This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 926,049

GRAD
BUHR

PQ
6426
.A1
191-

PROPERTY OF
University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

5-8431

BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

F. DE ROJAS

LA CELESTINA

TRAGICOMEDIA

DE CALISTO Y MELIBEA

INTRODUCCIÓN DE

E. DÍEZ-CANEDO

NUEVA EDICIÓN

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

Grad
Undergraduate
Library
PQ
6426
.A1
191-
Buhr

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS

ALDUS, S. A., ARTES GRÁFICAS. SANTANT

tritoG-6/1dulto
1-3-95

INTRODUCCIÓN

En dos versos de cabo roto hizo Miguel de Cervantes el más sonado elogio de la tragicomedia de Calisto y Melibea: libro divino, si encubriera más lo humano, la llamó, y su juicio se viene repitiendo siglo tras siglo. Táchala, pues, el autor del *Quijote* de cruda y desaprensiva, cualidad no rara, ciertamente, entre los primitivos de la literatura española, que solían llamar a las cosas por su nombre, sin alardear de impudicia, pero sin espantarse del rostro severo de la verdad. Necesario fue que pasara el tiempo para que las letras españolas se ruborizaran de su desnudez y se echaran a vestir suntuosas y arrogantísimas hopalandas en que la riqueza y majestad del plegado, juntamente con la calidad escogida de la estofa, dieran algo a trueco de la forma viva que disimulaban. Pero siempre hubo de correr por ellas el impulso primero, asomando cabeza ya en el teatro, ya en la novela, si bien jamás con aquella originaria osadía.

Compuesto en las postrimerías del XV, cuando toda la vida española comenzaba a volverse, quitando los ojos de su propio solar en que forzosamente los había tenido clavados durante siglos, despertando poderosa y llena de ímpetu, bien ejercitada para toda contienda, con un mundo que al otro lado de los mares se la ofrecía *para desfogue* de su esfuerzo ya ocio-

so en casa, y atenta por otro lado a la E
pa que también revuelta presentía el hond
tido de la Reforma, divide este libro dos
cas: y movido por un vivísimo impulso
centista conserva aún cierto medievalismo,
mo quintaesencia preciosa, que por él pa
la época siguiente y que persiste a travé
los tiempos en las obras que son manif
ción genuina del espíritu nacional.

Está este medievalismo, que pudiéramos
lacionar con el alma del arte gótico, e
interés por el carácter. Cada uno de los
sonajes de la *Celestina* es él mismo y
die más; en este ser él mismo, ahincado en
rasgos peculiares de carácter y de fisono
estriba su valor universal. La humanidad
cada personaje se deriva no de lo que tien
común con los demás seres de su especie
exaltada, sino en lo que le diferencia y p
naliza entre todos ellos.

Otra obra existe en nuestra literatura en
el siglo XV recoge toda la sustancia po
anterior, concretándola y fijándola en un
perior organismo: las coplas de Jorge M
que a la muerte de su padre el maestr
Santiago. Toda la vena heroica y ascétic
los siglos medios, el nervio de su habla,
rre hacia el caudal manriqueño como los
a la mar—para decirlo casi con palabras
yas—. El autor de la tragicomedia y e
las coplas son nuestros clásicos de la
Media, si entendemos por clásicos aquellos
nios en que culmina una tendencia espiritu
en cuya obra van a reunirse todos los esfu
anteriores. Si pensamos en las producciones
pitales de nuestros siglos medios, vestigio d

das ellas encontraremos en éstas. El Arcipreste y Don Juan Manuel, el de Talavera y Diego de San Pedro, la gesta y el romance, todo se resume en Jorge Manrique, y, si no, en Fernando de Rojas.

Concretándonos a la *Celestina*, henos aquí delante de un libro misterioso. Misterioso, no en sí, que pocos más claros y aun evidentes se habrán escrito, sino en todo cuanto le rodea. Sabemos del libro lo que el libro mismo nos dice; pero él se nos aparece como un gran resplandor todo rodeado de sombras. Leyéndolo, conocemos a sus personajes y trabamos amistad con ellos, tanto, que llegan a parecernos seres vivos; podemos seguir, paso a paso, sus acciones y los motivos manifiestos u ocultos que las determinan; examinar sus consecuencias y establecer entre éstas y los hechos una indiscutible y clara ilación. Pero no sabemos más.

¿Y qué más necesitamos saber? Nada, si nos conformásemos con seguir la lectura, desprendiéndonos de toda extraña preocupación. Pero es el caso que hoy se nos antoja saber más: cuándo se escribió el libro, quién lo escribió y cuál fue su vida, de qué imprenta hubo de salir por vez primera; y pasando así del libro mismo a lo que es exterior a él, nos encontramos sumidos en oscuridades y vacilaciones.

De las prensas de Friedrich Biel, conocido entre nosotros con el nombre de Fadrique Alemán de Basilea, tudesco establecido en Burgos, donde imprimió libros desde 1485 hasta 1517, salió en 1499 el ejemplar más antiguo que hoy se *conoce* de la *Comedia de* Calisto y

Melibea. Así se llamaba entonces el libro, que desde 1502, año en que ya se imprimió tres veces, cambia su título por el de *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. El de *Celestina*, con que más se le conoce, ocurre por primera vez en la traducción italiana hecha por Alfonso Ordóñez, desde su edición veneciana de 1519.

Discuten los eruditos acerca de si se ha de considerar como edición princeps a la de 1499: algunos la tienen por segunda. El único ejemplar que se conserva, perteneciente al hispanófilo norteamericano Mr. Huntington, que ha dado de él una cuidada reproducción facsimilar, está falto de la hoja primera. Es muy curiosa la serie de vicisitudes por que pasó, expuesta por el Sr. Foulché-Delbosc en el tomo IX de la *Revue Hispanique*. Baste decir que salió a la venta muchas veces en el transcurso del siglo pasado y que tuvo tacha de falso hasta que vino a levantársela, con su indiscutible autoridad, el bibliógrafo Conrado Haebler.

El Sr. Foulché-Delbosc, que reimprimió este texto en 1902, había, dos años antes, dado como «único texto auténtico de la *Celestina*» otra reimpresión de la hecha en Sevilla en 1501, sobre un ejemplar, asimismo único, de la Biblioteca Nacional de París. En ambos consta de dieciséis actos. Entre estas dos hay una hipotética edición de Salamanca, que se dice impresa en 1500. No se conoce de ella ejemplar; pero pasa por reimpresión suya la de Valencia de 1514.

En ésta aparece la tragicomedia con los veintiún actos que la componen desde que adopta

este título en la edición sevillana de 1502, hecha por Alonso de Proaza, corrector también de la de 1501. Los cinco actos que se aumentan están interpolados desde la mitad del décimocuarto hasta el décimonono, pasando a ser vigésimo y vigésimoprimero los que antes eran 15 y 16. Otras interpolaciones menores y alguna corrección modifican el texto antiguo. Todavía en una edición toledana de 1526 aparece un acto más, que viene a ser el 19, meramente episódico, llamado el «auto de Traso y sus compañeros», que figura como apéndice en varias reimpresiones, y modernamente en la de D. Cayo Ortega Mayor (Madrid, 1907, tomo 216 de la Biblioteca Clásica) y en la publicada en Estrasburgo por la Biblioteca Románica, números 142 a 145, con introducción del Sr. Holle. La autenticidad de este acto nadie la ha admitido, y aun en su «argumento» se dice que «fue sacado de la comedia que ordenó Sanabria».

Tenemos, pues, una forma primitiva en dieciséis actos; otra posterior en veintiuno, y otra en veintidós. De ésta ya hemos hecho mención y no hay más que decir. Examinemos atentamente las otras.

En los dieciséis actos primitivos hemos de hacer dos partes: una formada por el acto primero, de todos el más largo, y otra por los quince restantes. La «carta del autor a un su amigo», que va al frente del texto desde la edición de 1501, los versos acrósticos que le siguen y las octavas de Alonso de Proaza puestas al final, que declaran su artificio, nos indican que el primer acto es de mano distinta *que los otros*: «vi que no tenía su firma

del auctor» se lee en el texto referido, y en el de 1514, a continuación, se añade «el qual, según algunos dizen, fue Juan de Mena, e, según otros, Rodrigo Cota». Los demás compúsolos en quince días de vacaciones un jurista que conoció la obra en Salamanca, y que sólo manifiesta su nombre en el acróstico que sigue a la carta; y leídas juntas las letras iniciales de cada verso dicen así: «El bachiller Fernando de Roias acabó la Comedia de Calysto y Melybea e fve nascido en la Puebla de Montalván».

Si es de dos manos la forma primitiva, ¿cuántas anduvieron en la posterior? Las interpolaciones que la alargan, ¿son obra del autor mismo que añadió los quince actos al primero? ¿O son más bien el primero, los quince añadidos y los cinco interpolados obra de un solo ingenio y de una misma pluma? Los eruditos no llegan a un acuerdo.

Ante todo, ¿quién fue Fernando de Rojas? En el siglo XVIII, el licenciado Cosme Gómez Tejada de los Reyes, en su *Historia de Talavera*, cuyo manuscrito se guarda en la Biblioteca Nacional, escribía lo siguiente, que descubrió Gallardo, dio a conocer Cañete, citó, corrigiéndolo, Menéndez Pelayo, y reprodujo Cejador: «Fernando de Rojas, autor de la *Celestina*, fábula de Calixto y Melibea, nació en la Puebla de Montalbán, como él lo dice al principio de su libro en unos versos de arte mayor acrósticos; pero hizo asiento en Talavera; aquí vivió y murió y está enterrado en la iglesia del convento de monjas de la Madre de Dios. Fue abogado docto, y aun hizo algunos años en Talavera oficio de Alcalde ma-

yor. Naturalizóse en esta villa y dejó hijos en ella. Bien muestra la agudeza de su ingenio aquella breve obra llena de donaires y graves sentencias, espejo en que se pueden mejor mirar los ciegos amantes que en los christalinos adonde tantas horas gastan riçando sus feminiles guedejas. Cumplió bien sus obligaciones en aquel género de escrevir, con que pueden entender tantos autores modernos de libros de entretenimiento y de otros, que no consiste la arte y gallardía de decir en afectadas «culturas» todo ruido de palabras que atruenan el viento y lisonjean el oído, mas no hieren el alma porque les falta sólida munición: vano estudio, indecente, infructuoso, que solamente a ingenios semejantes deleita, y a ninguno enseña ni mueve. Vienen medidos a Fernando de Rojas respecto de otros autores aquellos dos versos de Marcial, hablando de Persio comparado a Marso:

Saepius in libro memoratur Persius uno
Quam levis in tota Marsus Amazonide;

y lo que admira es que siendo el primer auto de otro autor (entiéndese que Juan de Mena o Rodrigo de Cota), no sólo parece que formó todos los actos vn ingenio, sino que es individuo...»

Otros testimonios antiguos se conservan, y el Sr. Serrano y Sanz, en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, publicó en 1902 unas «Noticias biográficas de Fernando de Rojas, autor de la *Celestina*», en que se transcribe un proceso de la Inquisición de Toledo contra Álvaro de Montalbán, que declara con juramento tener una hija llamada Leonor Álvarez, «muger del bachiller Rojas, que compuso a Me-

libea, vecino de Talavera», a quien él nom por su letrado.

No es éste el único documento en que daba fe del autor de la *Celestina*, pero ı guno de los hasta ahora publicados tiene importancia de otros que en breve han de la luz. Fueron éstos comunicados al Sr. C dor, que se apresuró a adelantar algunos d: en la *Revista Crítica Hispano-Americ* año II (1916), tomo II, número 2.º, pág: 85-86, bajo este título: «El bachiller Herr do de Rojas, verdadero autor de la *Ce na*». Estos documentos son el testamento yo y otros papeles, por los que se sabe su llecimiento en Talavera de la Reina, en m de 1541, que estaba casado con doña Lec Álvarez de Montalbán y que tuvo por hij licenciado Francisco de Rojas, el cuál m en Valladolid. Fueron sus padres Garci-C zález Ponce de Rojas, natural de Tineo de A rias, y doña Catalina de Rojas. No era ju como se creía; converso se le llama en los cumentos publicados por el Sr. Serrano Sa mas parece que los recién hallados demues que fue hijodalgo de pura sangre como sus dres y abuelos. El escudo de los Rojas ost cinco estrellas de oro en campo de azur. I además, entre los papeles a que aludimos, inventario de los libros de su propiedad, no se dispersaron a su muerte, sino que ron acrecentados por su viuda.

Concuerdan en lo sustancial los datos s: dos a luz por los documentos con las afir ciones del licenciado Tejada de los Reyes, toriador juicioso y grave. Todos los indi *están hoy* a favor de Fernando de Rojas.

tre los que han estudiado el problema que arriba dejamos planteado, el Sr. Foulché-Delbosc cree de mano distinta los dieciséis actos y las adiciones, y muéstrase contrario a Rojas, el cual «se las dio de autor de una obra maestra que otro había escrito». Bien es verdad que esta opinión se manifestaba en 1902. Menéndez y Pelayo se inclina a la unidad: para él es Rojas el autor casi seguro del acto primero, e indudable de los demás de la primera forma y de las interpolaciones subsiguientes, con las que hizo como una refundición de su obra. De la misma opinión es el Sr. Bonilla San Martín. El Sr. Cejador, como el Sr. Bonilla, estima que las adiciones echaron a perder el texto originario, y no duda en atribuir a Proaza, autor de los versos finales en la edición de Sevilla de 1501, las añadiduras de la de 1502: tres octavas suyas, variantes en la carta, en los acrósticos y en el título, prólogo nuevo y los cinco discutidísimos actos.

De todas estas opiniones la de Menéndez Pelayo nos parece más atendible y segura. No se pronuncia de un modo decidido el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España* acerca de la cuestión referente al acto primero; porque si bien hace observar que en la refundición fué el único que se libró de adiciones y retoques, no deja de apuntar que pudo Rojas respetarlo para no «dar con su propio texto armas contra la supuesta existencia de otro autor». Y añade: «Inventada ya la fábula tenía que sostenerla con algún color de verosimilitud». Por otra parte, la atribución a Mena es inadmisible, si se compara la viveza de *estilo de la* tragicomedia con la dureza y

pesadez de la prosa que se conoce del p
cordobés. Queda el nombre de Cota, autor
delicioso *Diálogo entre el Amor y un vi*
pero no hay prueba decisiva. Así, pues,
estado actual de la cuestión es éste: Ferna
de Rojas fue el autor de la *Celestina*,
escribió primeramente en dieciséis actos y
fundió más tarde en veintiuno. El primero
lo dio por suyo; pero no es posible dec
si cuando lo dijo hablaba en serio o si
taba de excusar, con una ficción, aquel que
día tomarse por pecadillo de un hombre
por ser letrado, tenía obligación de ocup
sólo en cosas graves. Debió escribirlo en
último decenio del siglo XV. Mucho se ha
cutido acerca de la expresión «Ganada
Granada» que en el texto aparece, sin ll
a nada concluyente. Lo mismo puede ser de
tiempos anteriores a la conquista, en que
noticia corriera a diario, sin confirmación
chas veces, que repetirse después como ex
sión proverbial.

La *Celestina* fue muy pronto popular.
principio hemos citado la opinión de Cervan
Juan de Valdés elogia su traza y estilo. Pr
empiezan las continuaciones: de 1534 a 1
salen una segunda, una tercera y una cu
Celestina. Don Pedro Manuel de Urre
otros poetas menores que él se dedican a
sificarla. En todo el siglo XVI, las imitaci
abundan: famosa entre ellas la que con el t
lo de *La Lozana Andaluza* imprimió en
necia el año 1527 el clérigo Francisco Del
do. Pero ya en ese siglo, desde la edición
Alcalá de Henares, 1536, la Inquisición ma
expurgar la Celestina; y en el XVII

pués de la expurgada que apareció en Madrid en 1632, prohibe toda impresión. El XIX restaura la consideración de la tragicomedia y la crítica le da el puesto merecido. Los últimos años son especialmente fecundos para su conocimiento; ya se puede colegir de los datos que arriba quedan expuestos.

Imprímese hoy, generalmente, la *Celestina* en la forma que tiene veintiún actos. Algunos editores, como el Sr. Cejador y el Sr. Holle, distinguen los dos textos estampando el primero en diferentes tipos los dieciséis actos originarios y los cinco añadidos y relegando el segundo éstos al pie de la página. Pero a no ser en reproducciones como las del Sr. Foulché-Delbosc, nadie prescinde de los actos añadidos. Todos están, sin embargo, conformes en que la primitiva forma era más dramática. En ella Calisto cae de la escala y muere por accidente fatal en la misma noche que logra a Melibea. Este desenlace rápido, imprevisto, acongoja y suspende el ánimo. En la forma ampliada, gózanse los amantes un mes; arman, entre tanto, planes de venganza las mozas de Celestina; se prolonga y complica el enredo; se trata de explicar la precipitación de Calisto, ocasión de su caída. Quizá el efecto dramático se esfuma un poco. Pero, en cambio, ¡qué dos escenas, aquella del acto dieciséis en que Melibea, escondida, oye hablar a sus padres, que aun la tienen por pura, y ella, sonrojada, pide a su sirvienta que entre a estorbarles su hablar, a interrumpir sus alabanzas que no puede oír serena, y aquella otra de la espera en *el jardín*, del acto diecinueve, que con

razón se ha comparado con las más apasionadas de *Romeo y Julieta!*

Es diestro el autor de la *Celestina* en la pintura de caracteres como ningún otro escritor español antes que él lo ha sido. No ya los principales, Celestina, Melibea, Calisto, sino las figuras de segundo término, los criados, las «mujeres enamoradas», el rufián, están caracterizados con sobria y humana profundidad. Hasta los dos criados que acompañan a Calisto en la última noche, el pajecico Tristán y el mozo de caballos Sosia, viven con una fuerza de realidad incomparable: avispado pese a sus pocos años el uno, fornido y simplón el otro, fácil de embaucar y resuelto en el reñir con los que atacan a su amo, no ceden a los tipos de Sempronio y Parmeno, más ampliamente desarrollados. ¿Pues qué diremos de los protagonistas? Ved aquí a Calisto, a quien los argumentos llaman «pungido» y «vencido», mozo gallardo, que se abandona al amor, y teme y llora y se vuelve crédulo y supersticioso, y, una vez seguro, sin amilanarse ante la tribulación en que le pone la ejecución de sus criados y su nombre en lenguas por la villa, pensar sólo en su pasión y dejarlo todo por ella, corriendo ciego a la cita como si le atrajese más que la dulzura del goce la cercana muerte fatal.

Más bellos son los caracteres femeninos, y para nosotros mejor aún el de Melibea que el de Celestina. A Melibea la conocemos bien: «Los ojos verdes, rasgados, las pestañas luengas, las cejas delgadas y alzadas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos, los labios colorados y grosezuelos, el torno del rostro poco más luengo que re-

ndo...» ¡Cómo la describe Calisto y cómo se retrata ella primero en su reserva y mesura, luego en su arrebato, en su apasionado hablar y entregarse! ¿Es la misma esta Melibea desenvuelta de ahora, se pregunta un comentador, que aquella de antes que no osaba alzar los ojos del suelo? Y salvo que la hace en tono de reproche, bien está la pregunta. No es la misma, no. Así la ha puesto el amor de Calisto. La mujer ha sustituído a la niña, y lo que ésta temía, aquélla lo ama y defiende con ardor invencible.

En cuanto a Celestina, más que un genio del mal, nos place ver en ella una humanísima mujer, toda ingenio y astucia, conocedora del corazón y la debilidad de la especie, acariciadora, lisonjeadora, supersticiosa en el fondo, engañada ella misma con lo que emplea para el engaño de los demás. Invoca al demonio, le pide auxilio en el trance apretado, pero obra como si nada de él esperase; suyas son las añagazas y las tretas, suyo el provecho. Y además predica a convencidos. Ni siquiera revela a Melibea la causa de su desasosiego: E no me fuera mejor conceder su petición e demanda ayer a Celestina, quando de parte de aquel señor, *cuya vista me cautivó*, me fue rogado...?—dice Melibea.

Traza la *Celestina* un animado cuadro de la vida ciudadana en la España de su tiempo. En qué ciudad se desarrolla? Tampoco esto es claro; pero ha de ser en una villa principal, con río navegable: Melibea quiere «gozar la vista de los navíos». Esto ha dejado suponer que se trataba de Sevilla, única ciudad de *España* accesible a la navegación flu-

vial. El Sr. Foulché-Delbosc se inclina a
tuarla en Toledo; pero los más la fijan en
lamanca. A la verdad, las indicaciones qu
texto proporciona son vagas. El detalle de
puede ser una libertad que el autor se pe
ta. Pero cuesta trabajo imaginarse que un
critor tan objetivo en sus tipos no lo fues
el lugar de la escena, y menos que llegase
estilización. Hasta parece deponer en favo
Salamanca la declaración de los prelimin
en que se dice: Yo vi en Salamanc
obra...

El lenguaje de la tragicomedia es de una
mitable limpidez y tersura; los giros, id
mos y proverbios en que abunda le dan un
bor popular que ninguna otra obra ant
a ella en nuestra literatura tiene y que só
verá después en las más grandes: Sancho
za hablará como se habla en la *Celes*
El diálogo es vivo, cortado; a veces, pro
de la época, se muestra en él una fastidiosa
dición: todos citan a los autores ant
amos y criados, Celestina misma; pero
poco es, entre tantas bellezas, y no sólo
en los actos añadidos. Muestra el autor
cer la literatura clásica; los nombres
criados y rameras están en Terencio y e
to; sentencias de autores latinos acud
pluma en ocasiones. Pero, juntamente
tos, la poesía nuestra le sostiene y en
rastréanse a menudo reminiscencias de
Mena. Cuando Pleberio, en su dolo
roración del acto último, exclama: «
por los prados de tus viciosos vicios,
cuydados, a rienda suelta; descúb
celada, quando ya no ay lugar de bo

ce que percibimos una resonancia de la ele-
a de Jorge Manrique:

Los placeres y dulzores
desta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores
y la muerte es la celada
en que caemos?
No mirando a nuestro daño
corremos a rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

Y cuando apostrofa al amor: «¡Oh amor,
nor! ¡Que no pensé que tenías fuerça ni po-
er de matar a tus subjetos!» parece revi-
r aquella canción del señor rey de Castilla
on Juan el segundo:

Amor, yo nunca pensé,
aunque poderoso eras,
que podrías tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé...

¡Dolorosa lamentación la de Pleberio, que ve
u desolada vejez, y entre tiernos lamentos ex-
lama: —Del mundo me quexo, porque en sí
e crió...!— Esta es la vida, Pleberio; tu hi-
a y su amante ven interrumpido el goce y caen
e improviso en la nada. El dolor arrebata a
os mozos el placer, pero con los viejos no es
ás benigno. Tú acumulaste riquezas, trazaste
royectos para gozarlas entre los tuyos y he
quí que los tuyos te abandonan y se van al
aís de donde no se vuelve. ¿Qué te queda por
acer? De más alta torre has caído que tu Me-
bea. Este es el mundo: engaño y dolor.

¡Amarga filosofía que emana de la obra más impresión nos deja que toda su pretend ejemplaridad! Bella es la tragicomedia de C listo y Melibea, no porque nos aperciba con engaños de gente aviesa y baja, sino porq está realizada cumplidamente, como obra arte puro, con un fondo de desengañada fil sofía, en una expresión plena de lenguaje; a el castellano se nos muestra con toda su ag dad juvenil, apto ya para expresarlo todo.

E. DÍEZ-CANEDO

NOTA.—La presente edición, acomodada en la ortografía y pun ción, en cuanto ha sido posible, a los usos de hoy, sigue el texto pleto de la edición de 1514. Cuando otra de las ediciones antiguas ofrecía una lección más accesible, no hemos vacilado en adoptarla. mos prescindido en absoluto de notas, que creemos innecesarias, el propósito de presentar al lector la tragicomedia de Calisto y Mel como una obra viva, sólo para su deleite, y de hacerla asequible masa de las que suelen arredrarse ante un texto erudito. Pero sin é no hubiera sido posible presentar seriamente uno fácil y popular el que ofrecemos.

EL AUTOR A UN SU AMIGO

SUELEN, los que de sus tierras ausentes se hallan, considerar de qué cosa aquel lugar donde parten mayor inopia o falta padezca, para con la tal servir a los conterráneos, de quien en algún tiempo beneficio recibido tienen; y viendo que legítima obligación a investigar lo semejante me compelía para pagar las muchas mercedes de vuestra libre liberalidad recibidas, asaz veces retraído en mi cámara, acostado sobre mi propia mano, echando mis sentidos por ventores y mi juicio a volar, me venía a la memoria, no sólo la necesidad que nuestra común patria tiene de la presente obra, por la muchedumbre de galanes y enamorados mancebos que posee, pero aun en particular vuestra misma persona, cuya juventud de amor ser presa se me representa haber visto, y dél cruelmente lastimada, a causa de le faltar defensivas armas para resistir sus fuegos, las cuales hallé esculpidas en estos papeles; no fabricadas en las grandes ferrerías de Milán, mas en los claros ingenios de doctos varones castellanos formadas. Y como mirase su primor, sutil artificio, su fuerte y claro metal, su modo y manera de laborar, su estilo elegante, jamás en nuestra lengua castellana visto ni oído, leí-

lo tres o cuatro veces y tantas cuantas m
leía, tanta más necesidad me ponía de
lo, y tanto más me agradaba, y en su pr
nuevas sentencias sentía. Vi no sólo ser dul
su principal historia, o ficción toda junta
ro aun de algunas de sus particularidades s
deleitables fontecicas de filosofía, de otros
dables donaires, de otros avisos y con
contra lisonjeros y malos sirvientes y falsas
jeres hechiceras. Vi que no tenía su firm
autor, el cual, según algunos dicen, fue
de Mena, y según otros, Rodrigo Cota; q
quier que fuese, es digno de recordable mer
por la sutil invención, por la gran copi
sentencias entregeridas, que so color de don
tiene. ¡Gran filósofo era! Y pues él con t
de detractores y nocibles lenguas, más
rejadas a reprender que a saber inventar,
so celar y encubrir su nombre, no me cu
si, en el fin bajo que lo pongo, no expresa
mío. Mayormente que siendo jurista yo,
que obra discreta, es ajena de mi faculta
quien lo supiese diría, que no por recre
de mi principal estudio, del cual yo más
precio, como es la verdad, lo hiciese; antes
traído de los derechos, en esta nueva labor
entremetiese. Pero aunque no acierten,
pago de mi osadía. Asimismo pensarían
no quince días de unas vacaciones, mie
mis socios en sus tierras, en acabarlo me
viese, como es lo cierto; pero aun más t
po y menos acepto. Para disculpa de lo
todo, no sólo a vos, pero a cuantos lo ley
ofrezco los siguientes metros. Y porque co
cáis dónde comienzan mis maldoladas
nes, acordé que todo lo del antiguo autor

se sin división en un acto o escena incluso, hasta el segundo acto, donde dice: *Hermanos míos*, etc. Vale.

EL AUTOR

ESCUSÁNDOSE DE SU YERRO EN ESTA OBRA QUE ESCRIBIÓ, CONTRA SÍ ARGUYE Y COMPARA

El silencio escuda y suele encobrir
la falta de ingenio y torpeza de lenguas:
blasón que es contrario, publica sus menguas
quien mucho habla sin mucho sentir.
Como hormiga que deja de ir,
holgando por tierra, con la provisión:
actóse con alas de su perdición;
leváronla en alto, no sabe dónde ir.

PROSIGUE

El aire gozando ajeno y extraño,
rapiña es ya hecha de aves que vuelan,
fuertes más que ella; por cebo la llevan;
en las nuevas alas estaba su daño.
Razón es que aplique a mi pluma este engaño,
no despreciando a los que me arguyen,
así que, a mí mismo mis alas destruyen,
nublosas y flacas, nacidas de hogaño.

PROSIGUE

Donde ésta gozar pensaba volando,
O yo de escribir cobrar más honor,
Del uno y del otro nació desfavor:
Ella es comida y a mí están cortando
Reproches, revistas y tachas. Callando
Obstára; y los daños de envidia y murmuros
Insisto remando; y los puertos seguros
Atrás quedan todos ya cuanto más ando.

PROSIGUE

Si bien queréis ver mi limpio motivo,
A cuál se endereza de aquestos extremos,
Con cuál participa, quién rige sus remos,
Apolo, Diana, o Cupido altivo;
Buscad bien el fin de aquesto que escribo,
O del principio leed su argumento:
Leedlo, veréis que aunque dulce cuento,
Amantes, que os muestra salir de cativo.

COMPARACIÓN

Como el doliente que píldora amarga
O la recela, o no puede tragar,
Métela dentro de dulce manjar,
Engáñase el gusto, salud se le alarga:
De esta manera mi pluma se embarga,
Imponiendo dichos lascivos, rientes,
Atrae los oídos de penadas gentes;
De grado escarmientan, y arrojan su carga.

VUELVE A SU PROPÓSITO

Estando cercado de dudas y antojos,
compuse la fin que el principio desata;
acordé dorar con hilo de lata
o más fino tibar que ví con mis ojos;
y encima de rosas sembrar mil abrojos.
Suplico, pues, suplan discretos mi falta:
leman groseros; y en obra tan alta,
o vean, o callen, o no den enojos.

PROSIGUE DANDO RAZONES PORQUE SE MOVIÓ A ACABAR ESTA OBRA

Yo vi en Salamanca la obra presente;
Movíme a acabarla por estas razones:
Es la primera, que estó en vacaciones;
Ya otra imitar la persona prudente;
Y es la final, ver ya la más gente
Vuelta y mezclada en vicios de amor.
Estos amantes les pornán temor
A fiar de alcahueta ni falso sirviente.

Fue así que esta obra en el proceder
Fue tanto breve, cuanto muy sotil,
Vi que portaba sentencias dos mil
En forro de gracias, labor de placer.
No hizo Dédalo cierto a mi ver
Alguna más prima entretalladura,
Si fin diera en ésta su propia escritura
Cota o Mena con su gran saber.

Jamás yo no vide en lengua romana,
Después que me acuerdo, ni nadie la vido,
Obra de estilo tan alto y subido
En tosca, ni griega, ni en castellana.
No trae sentencia, de donde no mana
Loable a su autor y eterna memoria,
Al cual Jesucristo reciba en su gloria
Por su pasión santa, que a todos nos sana.

AMONESTA A LOS QUE AMAN QUE SIRVAN A DIOS Y DEJEN LAS MALAS COGITACIONES Y VICIOS DE AMOR

Vos los que amáis, tomad este ejemplo,
Este fino arnés con que os defendáis;
Volved ya las riendas, porque no os perdáis;
Load siempre a Dios visitando su templo.
Andad sobre aviso; no seáis dejemplo
De muertos y vivos y propios culpados;
Estando en el mundo yacéis sepultados.
Muy grande dolor siento cuando esto contemplo.

FIN

O damas, matronas, mancebos, casados,
Notad bien la vida que aquestos hicieron;
Tened por espejo su fin cual hobieron;
Valo otro que amores dad vuestros cuidados.
Antes impiad ya los ojos, los ciegos errados,
Y virtudes sembrando con casto vivir;
Y todo correr debéis de huir,
No os lance Cupido sus tiros dorados.

PRÓLOGO

TODAS las cosas deben ser criadas a manera de contienda o batalla, dice aquel gran sabio eráclito, en este modo: *Omnia secundum 'em fiunt*. Sentencia a mi ver digna de ɜrpetua y recordable memoria. Y como sea erto que toda palabra del hombre sciente eñada, desta se puede decir, que de muy hinada y llena quiere reventar, echando de sí n crecidos ramos y hojas, que del menor npollo se sacaría harto fruto entre personas ɜcretas. Pero como mi pobre saber no bas- a más de roer sus secas cortezas de los dios de aquellos que por claror de sus ingeɔs merecieron ser aprobados, con lo poco e de allí alcanzare satisfaré al propósito deste rbreve prólogo. Hallé esta sentencia corrorada por aquel gran orador y poeta laurea-, Francisco Petrarca, diciendo: *Sine lite ue offensione nihil genuit natura parens:* in lid y ofensión ninguna cosa engendró la ura, madre de todo.» Dice más adelante: ' *est enim, et sic prope modum universa tantur: rapido stellæ obviant firmamento; ıtraria invicem elementa configunt; terræ munt; maria fluctuant; aer quatitur; creıt flammæ; bellum immortale venti geɜt; tempora temporibus concertant; secum gula, nobiscum omnia.*» Que quiere decir:

«En verdad así es, y así todas las cosas de
dan testimonio; las estrellas se encuentran
el arrebatado firmamento del cielo; los adv
sos elementos unos con otros rompen pel
tremen las tierras; ondean los mares; el a
se sacude; suenan las llamas; los vientos
tre sí traen perpetua guerra; los tiempos
tiempos contienden y ligitan entre sí, unc
uno y todos contra nosotros.» El verano
mos que nos aqueja con calor demasiado;
invierno con frío y aspereza; así que, esto
parece revolución temporal, esto con que
sostenemos, esto con que nos criamos y v
mos, si comienza a ensoberbecerse más de
acostumbrado, no es sino guerra. Y cuanto
ha de temer manifiéstase por los grandes te
motos y torbellinos; por los naufragios e
cendios, así celestiales como terrenales; po
fuerza de los aguaduchos; por aquel bramar
truenos; por aquel temeroso ímpetu de ray
aquellos cursos y recursos de las nubes, de
yos abiertos movimientos, para saber la se
ta causa de que proceden, no es menor la dis
sión de los filósofos en las escuelas, que
las ondas en la mar.

Pues entre los animales ningún género c
ce de guerra: peces, fieras, aves, serpient
de lo cual todo, una especie a otra persig
El león al lobo, el lobo a la cabra, el pe
a la liebre; y si no pareciere conseja de
el fuego, yo llegaría más al cabo esta cue
El elefante, animal tan poderoso y fuerte,
espanta y huye de la vista de un suzuelo ra
y aun de sólo oírle, toma gran temor. Entre
serpientes, el basilisco crió la natura tan p
zoñoso y conquistador de todas las otras,

con su silbo las asombra, y con su venida las ahuyenta y desparce, con su vista las mata. La víbora, reptilia o serpiente enconada, al tiempo de concebir, por la boca de la hembra metida la cabeza del macho, y ella con el gran dulzor apriétale tanto que le mata; y quedando preñada, el primer hijo rompe los ijares de la madre por do todos salen y ella muerta queda y él casi como vengador de la paterna muerte. ¿Qué mayor lid, qué mayor conquista ni guerra, que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas?

Pues no menos disensiones naturales creemos haber en los pescados; pues es cosa cierta gozar la mar de tantas formas de peces, cuantas la tierra y el aire cría de aves y animalias, y muchas más. Aristóteles y Plinio cuentan maravillas de un pequeño pez llamado «echeneis», y cuánto sea apta su propiedad para diversos géneros de lides. Especialmente tiene una, que si llega a una nao o carraca, la detiene, que no se puede menear, aunque vaya muy recio por las aguas; de lo cual hace Lucano mención, diciendo:

Non puppim retinens, Euro tendente rudentes,
In mediis echeneis aquis.

«No falta allí el pez dicho echeneis, que detiene las fustas, cuando el viento Euro extiende las cuerdas en medio de la mar.» ¡Oh natural contienda digna de admiración: poder más un pequeño pez que un gran navío con toda fuerza de los vientos!

Pues si discurrimos por las aves y por sus pequeñas enemistades, bien afirmaremos ser todas las cosas criadas a manera de contienda.

Las más viven de rapiña como halcones y águilas y gavilanes. Hasta los groseros milanos insultan dentro en nuestras moradas los domésticos pollos, y debajo las alas de sus madres los vienen a cazar. De una ave llamada rocho, que nace en el índico mar de Oriente, se dice ser de grandeza jamás oída, y que lleva sobre su pico hasta las nubes, no sólo un hombre o diez, pero un navío cargado de todas sus jarcias y gente; y como los míseros navegantes estén tan suspensos en el aire, con el meneo de su vuelo caen y reciben crueles muertes.

Pues ¿qué diremos entre los hombres, a quien todo lo sobredicho es sujeto? ¿Quién explanará sus guerras, sus enemistades, sus envidias, sus aceleramientos, y movimientos, y descontentamientos? ¿Aquel mudar de trajes, aquel derribar y renovar edificios, y otros muchos efectos diversos, y variedades que desta nuestra flaca humanidad nos provienen?

Y pues es antigua querella y usitada de largos tiempos, no quiero maravillarme, si esta presente obra ha sido instrumento de lid y contienda a sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno sentencia sobre ella a sabor de su voluntad. Unos decían que era prolija, otros breve, otros agradable, otros oscura; de manera que cortarla a medida de tantas y tan diferentes condiciones, a sólo Dios pertenece. Mayormente, pues, ella, con todas las otras cosas que al mundo son, van debajo de la bandera de esta noble sentencia: *que aun la misma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla*. Los niños con los *juegos,* los mozos con las letras, los mancebos

con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades, pelean; y estos papeles con todas las edades. La primera los borra y rompe. La segunda no los sabe bien leer. La tercera, que es la alegre juventud y mancebía, discorda. Unos roen los huesos que no tienen virtud, que es la historia toda junta, no aprovechándose de las particularidades, haciéndola cuento de camino; otros pican los donaires y refranes comunes, loándolos con toda atención, dejando pasar por alto lo que hace más al caso y utilidad suya. Pero aquellos para cuyo verdadero placer es todo, desechan el cuento de la historia para contar, coligen la suma para su provecho, ríen lo donoso, las sentencias y dichos de filósofos guardan en su memoria para trasponer en lugares convenibles a sus actos y propósitos. Así que, cuando diez personas se juntaren a oír esta comedia, en quien quepa esta diferencia de condiciones, como suele acaescer, ¿quién negará que no haya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda?

Que aun los impresores han dado sus punturas, poniendo rúbricas o sumarios al principio de cada acto, narrando en breve lo que dentro contenía: una cosa bien excusada, según lo que los antiguos escritores usaron. Otros han litigado sobre el nombre, diciendo que no se había de llamar comedia, pues acaba en tristeza, sino que se llamase tragedia. El primer autor quiso dar denominación del principio, que fue placer, y llamóla comedia: yo viendo estas discordias entre estos extremos, partí ahora por medio la porfía y llaméla *tragi-comedia*. Así que viendo estas contiendas, estos dísonos y varios juicios, miré a donde la mayor parte acostaba,

y hallé que querían que se alargase en el pro
so de su deleite de estos amantes, sobre lo c
fui muy importunado; de manera que acoı
aunque contra mi voluntad, meter segunda
la pluma en tan extraña labor y tan ajena
mi facultad, hurtando algunos ratos a mi prir
pal estudio, con otras horas destinadas para
creación, puesto que no han de faltar nue
detractores a la nueva adición.

SÍGUESE

LA COMEDIA O TRAGICOMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA, COMPUESTA EN REPREHENSIÓN DE LOS LOCOS ENAMORADOS QUE, VENCIDOS EN SU DESORDENADO APETITO, A SUS AMIGAS LLAMAN Y DICEN SER SU DIOS. ASIMISMO HECHA EN AVISO DE LOS ENGAÑOS DE LAS ALCAHUETAS Y MALOS Y LISONJEROS SIRVIENTES

ARGUMENTO DE TODA LA OBRA

CALISTO fue de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fue preso en el amor de Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera a su padre Pleberio, y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito della (entreveniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos sirvientes del vencido Calisto, engañados y por ésta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite), vinieron los amantes y los que les ministraron en amargo y desastrado fin. Para comienzo de lo cual dispuso la adversa fortuna lugar oportuno, donde a la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

INTRODÚCENSE EN ESTA TRAGICOMEDIA LAS PERSONAS SIGUIENTES

CALISTO, *mancebo enamorado.*
MELIBEA, *hija de Pleberio.*
PLEBERIO, *padre de Melibea.*
ALISA, *madre de Melibea.*
CELESTINA, *alcahueta.*
PARMENO, SEMPRONIO, TRISTÁN, SOSIA, } *criados de Calisto.*
CRITO, *putañero.*
LUCRECIA, *criada de Pleberio.*
ELICIA, AREUSA, } *rameras.*
CENTURIO, *rufián.*

ACTO PRIMERO

ARGUMENTO

Entrando *Calisto* en una huerta en pos de un halcón suyo, halló a *Melibea*, de cuyo amor preso, comenzóle de hablar. De la cual rigorosamente despedido, fue para su casa muy angustiado. Habló con un criado suyo llamado *Sempronio*, el cual, después de muchas razones, le enderezó a una vieja llamada *Celestina*, en cuya casa tenía el mismo criado una enamorada llamada *Elicia*. que Sempronio está negociando con Celestina, con el negocio de su amo, tenía a otro consigo llamado *Crito*, al cual escondieron. Entre tanto que Sempronio está negociando con Celestina. Calisto está razonando con otro su criado por nombre *Parmeno;* y este razonamiento dura hasta que llegan Sempronio y Celestina a casa de Calisto. Parmeno fue conocido de Celestina, la cual mucho le dice de los hechos y conocimiento de su madre, induciéndole a amor y concordia de Sempronio.

CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA, CRITO, PARMENO

CALISTO

En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA

¿En qué, Calisto?

CALISTO

En dar poder a natura que de tan
hermosura te dotase, y hacer a mí i
tanta merced que verte alcanzase, y en t
veniente lugar, que mi secreto dolor r
tarte pudiese. Sin duda incomparablem
mayor tal galardón que el servicio, sa
devoción y obras pías que por este lu
canzar yo tengo a Dios ofrecido ni otr
mi voluntad humana puede cumplir.
vido en esta vida cuerpo glorificado de
hombre como ahora el mío? Por cierto
riosos santos que se deleitan en la visi
na, no gozan más que yo ahora en el aca
to tuyo. Mas, ¡oh triste! que en esto
mos: que ellos puramente se glorifican
mor de caer de tal bienaventuranza;
mixto, me alegro con recelo del esqui
mento que tu ausencia me ha de causar

MELIBEA

¿Por tan gran premio tienes esto, (

CALISTO

Téngolo por tanto en verdad, que
me diese en el cielo la silla sobre s
tos, no lo ternía por tanta felicidad.

MELIBEA

Pues áun más igual galardón te dar
perseveras.

CALISTO

¡Oh bienaventuradas orejas mías,
dignamente tan gran palabra habéis oí

MELIBEA

Mas desaventuradas de que me ac
oír; porque la paga será tan fiera cua

ce tu loco atrevimiento; y el intento de tus palabras ha sido de ingenio de tal hombre como tú, haber de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo. ¡Véte, véte de ahí, torpe! que no puede mi paciencia tolerar que haya cabido en corazón humano conmigo en ilícito amor comunicar su deleite.

CALISTO

Iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel.

CALISTO

¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO

Aquí estoy, señor, curando destos caballos.

CALISTO

Pues ¿cómo sales de la sala?

SEMPRONIO

Abatióse el jerifalte, y vínele a enderezar en el alcándara.

CALISTO

Así los diablos te ganen; así por infortunio arrebatado perezcas, o perpetuo intolerable tormento consigas, el cual en grado incomparable a la penosa y desastrada muerte que espero, traspase. ¡Anda, anda, malvado! Abre la cámara y endereza la cama.

SEMPRONIO

Señor, luego hecho es.

CALISTO

Cierra la ventana y deja la tiniebla acompañar al triste, y al desdichado la ceguedad. Mis

pensamientos tristes no son dignos de lu
¡Oh bienaventurada muerte aquella que de
seada a los afligidos viene! O si viniésedes ahc
ra, Hipócrates y Galeno, médicos, ¿sentiríade
mi mal? ¡Oh piedad celestial, inspira en
plebérico corazón, porque sin esperanza c
salud no envíe el espíritu perdido con el de
sastrado Píramo y la desdichada Tisbe!

SEMPRONIO

¿Qué cosa es?

CALISTO

¡Véte de ahí! no me hables; si no, qui
antes del tiempo de mi rabiosa muerte, m
manos causarán tu arrebatado fin.

SEMPRONIO

Iré, pues solo quieres padecer tu mal.

CALISTO

¡Ve con el diablo!

SEMPRONIO

No creo, según pienso, ir conmigo, el qu
contigo queda. ¡Oh desventura! ¡Oh súbi
mal! ¿Cuál fue tan contrario acontecimient
que así tan presto robó la alegría deste hon
bre; y lo que peor es, junto con ella el seso
¿Dejarle he solo, o entraré allá? Si le de
matarse ha; si entro allá, matarme ha. Quéd
se, no me curo; más vale que muera aqu
a quien es enojosa la vida, que no yo que hue
go con ella. Aunque por al no desease vivi
sino por ver mi Elicia, me debría guard
de peligros. Pero si se mata sin otro testig
yo quedo obligado a dar cuenta de su vid
Quiero entrar; mas puesto que entre, no quie
consolación ni consejo. Asaz es señal mort
no querer sanar. Con todo, quiérole dejar u

poco desbrave, madure; que oído he decir, que es peligroso abrir o apremiar las apostemas duras, porque más se enconan. Esté un poco; dejemos llorar al que dolor tiene; que las lágrimas y suspiros mucho desenconan el corazón dolorido. Y áun si delante me tiene, más conmigo se encenderá; que el sol más arde donde puede reverberar; la vista a quien objeto no se antepone, cansa; y cuando aquél es cerca, agúzase. Por eso quiérome sufrir un poco. Si entre tanto se matare, muera. Quizá con algo me quedaré; que otro no lo sabe, con que mude el pelo malo; aunque malo es esperar salud en muerte ajena. Y quizá me engaña el diablo; y si muere, matarme han, e irán allá la soga y el calderón. Por otra parte dicen los sabios, que es grande descanso a los afligidos tener con quien puedan sus cuitas llorar, y que la llaga interior más empece. Pues en estos extremos en que estoy perplejo, lo más sano es entrar, y sufrirle y consolarle; porque si posible es sanar sin arte ni aparejo, más ligero es guarecer por arte y por cura.

CALISTO

Sempronio.

SEMPRONIO

Señor.

CALISTO

Dame acá el laud.

SEMPRONIO

Señor, vesle aquí.

CALISTO

¿Cuál dolor puede ser tal,
Que se iguale con mi mal?

2*

SEMPRONIO

Destemplado está ese laud.

CALISTO

- ¿Cómo templará el destemplado? - ¿C
sentirá la armonía aquél que consigo está
discorde? ¿aquél en quien la voluntad a la
zón no obedece? ¿quien tiene dentro del
cho aguijones, paz, guerra, tregua, amor,
mistad, injurias, cuidados, sospechas, tod
una causa? Pero tañe y canta la más triste
ción que sepas. -

SEMPRONIO

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos,
y él de nada se dolía.

CALISTO

Mayor es mi fuego, y menor la piedad
quien ahora digo.

SEMPRONIO

No me engaño yo, que loco está este
amo.

CALISTO

¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO

No digo nada.

CALISTO

Di lo que dices, no temas.

SEMPRONIO

Digo, que ¿cómo puede ser mayor el f
que atormenta un vivo, que el que quem
ciudad y tanta multitud de gente?

CALISTO

¿Cómo? Yo te lo diré: mayor es la l

que dura ochenta años, que la que en un día pasa; y mayor la que mata un ánima, que la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia, como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real, tanta diferencia hay del fuego que dices al que me quema. Por cierto si el del purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuese con los de los brutos animales, que por medio de aquél ir a la gloria de los santos.

SEMPRONIO

¡Algo es lo que digo! A más ha de ir este hecho. No basta loco, sino hereje.

CALISTO

¿No te digo que hables alto cuando hablares? ¿Qué dices?

SEMPRONIO

Digo que nunca Dios quiera tal: que es especie de herejía lo que ahora dijiste.

CALISTO

¿Por qué?

SEMPRONIO

Porque lo que dices contradice la cristiana religión.

CALISTO

¿Qué a mí?

SEMPRONIO

¿Tú no eres cristiano?

CALISTO

¿Yo? Melibeo soy, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, y a Melibea amo.

SEMPRONIO

Tú te lo dirás. Como Melibea es grande, no cabe en el corazón de mi amo, que por la

boca le sale a borbollones. No es más ı
ter; bien sé de qué pie cojeas. Yo te s

CALISTO

Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO

Antes fácil; que el comienzo de la sa
conocer hombre la dolencia del enfermo.

CALISTO

¿Cuál consejo puede regir lo que en
tiene orden ni consejo?

SEMPRONIO

¡Ha, ha, ha! ¿Esto es el fuego de C
¿Estas son sus congojas? ¡Como si sol
el amor contra él asestara sus tiros! ¡(
berano Dios, cuán altos son tus mist
¡Cuánta premia pusiste en el amor, que
cesaria turbación en el amante! Su límı
siste por maravilla. Parece al amant
atrás queda. Todos pasan, todos rompen
gidos y garrochados como ligeros toro
freno saltan por las barreras. Mandaste a
bre por la mujer dejar el padre y la n
ahora no sólo aquéllo, mas a ti y a tu le
amparan, como ahora Calisto; del cual
maravillo, pues los sabios, los santos, lo
fetas, por ellas te olvidaron.

CALISTO

Sempronio.

SEMPRONIO

Señor.

CALISTO

No me dejes.

SEMPRONIO

De otro temple está esta gaita.

CALISTO

¿Qué te parece de mi mal?

SEMPRONIO

Que amas a Melibea.

CALISTO

¿Y no otra cosa?

SEMPRONIO

Harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva.

CALISTO

Poco sabes de firmeza.

SEMPRONIO

La perseverancia en el mal no es constancia; mas dureza o pertinacia la llaman en mi tierra. Vosotros los filósofos de Cupido llamadla como quisiéredes.

CALISTO

Torpe cosa es mentir el que enseña a otro; pues que tú te precias de loar a tu amiga Elicia.

SEMPRONIO

Ha! tú lo que bien digo, y no lo que mal hago.

CALISTO

¿Qué me repruebas?

SEMPRONIO

Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la mujer.

CALISTO

¿Mujer? ¡Oh grosero! ¡Dios, Dios!

SEMPRONIO

¿Y así lo crees, o burlas?

CALISTO

¿Que burlo? Por Dios la creo, por Dios la

confieso, y no creo que hay otro
en el cielo, aunque entre nosotros mor

SEMPRONIO

¡Ha, ha, ha! ¿Oíste qué blasfemia
tes qué ceguedad?

CALISTO

¿De qué te ríes?

SEMPRONIO

Ríome que no pensaba que había
vención de pecado que en Sodoma.

CALISTO

¿Cómo?

SEMPRONIO

Porque aquellos procuraron abomin
con los ángeles no conocidos, y tú co
confiesas ser Dios.

CALISTO

¡Maldito seas, que hecho me has re
no pensé hogaño!

SEMPRONIO

Pues qué, ¿toda tu vida habías de l

CALISTO

Sí.

SEMPRONIO

¿Por qué?

CALISTO

Porque amo a aquella, ante quien ta
no me hallo, que no la espero alcanz

SEMPRONIO

¡Oh, pusilánime, oh hideputa! ¡Q
brot, qué magno Alejandre, los cuales
del señorío del mundo, mas del cielo
garon ser dignos!

CALISTO

No te oí bien eso que dijiste. Torna, dilo, no procedas.

SEMPRONIO

Dije que tú, que tienes más corazón que Nembrot ni Alejandre, desesperas de alcanzar una mujer; muchas de las cuales en grandes estados constituídas se sometieron a los pechos y resuellos de viles acemileros, y otras a brutos animales. ¿No has leído de Pasífae con el toro, de Minerva con el can?

CALISTO

No lo creo, hablillas son.

SEMPRONIO

Lo de tu abuela con el jimio ¿hablilla fue? Testigo es el cuchillo de tu abuelo.

CALISTO

¡Maldito sea este necio, y qué porradas dice!

SEMPRONIO

¿Escocióte? Lee los historiales, estudia los filósofos, mira los poetas: llenos están los libros de sus viles malos ejemplos, de las caídas que llevaron los que en algo, como tú, las reputaron. Oye a Salomón do dice que las mujeres y el vino hacen a los hombres renegar. Conséjate con Séneca, y verás en qué las tiene. Escucha a Aristóteles, mira a Bernardo. Gentiles, judíos, cristianos y moros, todos en esta concordia están. Pero lo dicho y lo que dellas dijere, no te contezca error de tomarlo en común: que muchas hubo y hay santas, y virtuosas, y nobles, cuya resplandeciente corona quita el general vituperio. Pero destas otras, ¿quién te contaría sus mentiras, sus tráfagos, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus

osadías? Que todo lo que piensan, osan sin deliberar. ¿Sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su revolver, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su sujeción, su parlería, su golosina, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embaimientos, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüenza, su alcahuetería? ¡Considera, qué sesito está debajo de aquellas grandes y delgadas tocas, qué pensamientos so aquellas gorgueras, so aquel fausto, so aquellas largas y autorizantes ropas!, ¡qué imperfección, qué albañares debajo de templos pintados! Por ellas es dicho, arma del diablo, cabeza de pecado, destruición de paraíso. ¿No has rezado en la festividad de San Juan, do dice: *Las mujeres y el vino hacen los hombres renegar*; do dice: *Esta es la mujer, antigua malicia que a Adán echó de los deleites del paraíso; ésta el linaje humano metió en el infierno; a ésta menospreció Elías profeta*, etc.?

CALISTO

Di pues, ese Adán, ese Salomón, ese David, ese Aristóteles, ese Virgilio, esos que dices, ¿cómo se sometieron a ellas? ¿Soy más que ellos?

SEMPRONIO

A los que las vencieron querría que remedases, que no a los que dellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. ¿Sabes qué hacen? Cosas, que es difícil entenderlas: no tienen modo, no razón, no intención. Por rigor comienzan el ofre-

cimiento que de sí quieren hacer. A los que meten por los agujeros denuestan en la calle; convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga; ensáñanse presto, apacíguanse luego; quieren que adivinen lo que quieren. ¡Oh, qué plaga, oh, qué enojo, oh, qué hastío es conferir con ellas más de aquel breve tiempo que son aparejadas a deleite!

CALISTO

¡Ve! Mientras más me dices y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué se es.

SEMPRONIO

No es este juicio para mozos, según veo, que no se saben a razón someter, no saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo.

CALISTO

¿Y tú qué sabes? ¿quién te mostró esto?

SEMPRONIO

¿Quién? Ellas; que desque se descubren así pierden la vergüenza, que todo esto y aun más a los hombres manifiestan. Ponte, pues, en la medida de honra, piensa ser más digno de lo que te reputas; que cierto peor extremo es dejarse hombre caer de su merecimiento, que ponerse en más alto lugar que debe.

CALISTO

Pero ¿quién soy yo para eso?

SEMPRONIO

¿Quién? Lo primero eres hombre y de claro ingenio; y más, a quien la natura dotó de los mejores bienes que tuvo: conviene a saber: hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerza, *ligereza; y allende* desto, fortuna mediana-

mente partió contigo lo suyo en tal cuantía, que los bienes que tienes de dentro con los de fuera resplandecen. Porque sin los bienes de fuera, de los cuales la fortuna es señora, a ninguno acaece en esta vida ser bienaventurado; y más, a constelación de todos eres amado.

CALISTO

Pero no de Melibea; y en todo lo de que me has gloriado, Sempronio, sin proporción ni comparacion se aventaja Melibea. Mira la nobleza y antigüedad de su linaje, el grandísimo patrimonio, el excelentísimo ingenio, las resplandecientes virtudes, la altitud e inefable gracia, la soberana hermosura, de la cual te ruego me dejes hablar un poco, porque haya algún refrigerio. Y lo que te diré será de lo descubierto, que si de lo oculto yo hablarte supiera, no nos fuera necesario altercar tan miserablemente estas razones.

SEMPRONIO

¿Qué mentiras, y qué locuras dirá agora este cativo de mi amo?

CALISTO

¿Cómo es eso?

SEMPRONIO

Dije que digas, que muy gran placer habré de lo oír. ¡Así te medre Dios como me será agradable ese sermón!

CALISTO

¿Qué?

SEMPRONIO

Que así me medre Dios como me será gracioso de oír.

CALISTO

Pues porque hayas placer, yo lo figuraré por *partes mucho* por extenso.

SEMPRONIO

¡Duelos tenemos! Esto es tras lo que yo andaba. De pasarse habrá ya esta importunidad.

CALISTO

Comienzo por los cabellos: ¿ves tú las madejas del oro delgado que hilan en Arabia? Más lindos son, y no resplandecen menos. Su longura hasta el postrero asiento de sus pies; después, crinados y atados con la delgada cuerda, como ella se los pone, no ha más menester para convertir los hombres en piedras.

SEMPRONIO

Más en asnos.

CALISTO

¿Qué dices?

SEMPRONIO

Dije que esos tales no serían cerdas de asno.

CALISTO

¡Ved, qué torpe y qué comparación!

SEMPRONIO

¿Tú cuerdo?

CALISTO

Los ojos verdes, rasgados; las pestañas luengas; las cejas delgadas y alzadas; la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos; los labios colorados y grosezuelos; el torno del rostro poco más luengo que redondo; el pecho alto; la redondez y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría figurar? ¡Qué se despereza el hombre cuando las mira! La tez lisa, lustrosa; el cuero suyo oscurece la nieve; la color mezclada, cual ella la escogió para sí.

SEMPRONIO

¡En sus trece está este necio!

CALISTO

Las manos pequeñas en mediana ma: dulce carne acompañadas; los dedos l las uñas en ellos largas y coloradas que rubíes entre perlas. Aquella proporci ver yo no pude, sin duda por el bulto juzgo incomparablemente ser mejor que Paris juzgó entre las tres diosas.

SEMPRONIO

¿Has dicho?

CALISTO

Cuan brevemente pude.

SEMPRONIO

Puesto que sea todo eso verdad, po hombre eres más digno.

CALISTO

¿En qué?

SEMPRONIO

En que ella es imperfecta, por el cua to desea y apetece a ti, y a otro menor ¿No has leído al filósofo do dice *así materia apetece a la forma, así la muje rón?*

CALISTO

¡Oh triste, y cuándo veré yo eso y Melibea!

SEMPRONIO

Posible es; y aunque la aborrezcas ahora la amas podría ser, alcanzándola dola con otros ojos, libres del engaño ahora estás.

CALISTO

¿Con qué ojos?

SEMPRONIO

Con ojos claros.

CALISTO

Y ahora ¿con qué la veo?

SEMPRONIO

Con ojos de alinde, con que lo poco parece mucho, y lo pequeño grande. Y porque no te desesperes, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu deseo.

CALISTO

¡Oh! Dios te dé lo que deseas. ¡Qué glorioso me es oírte, aunque no espero que lo has de hacer!

SEMPRONIO

Antes lo haré cierto.

CALISTO

Dios te consuele. El jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístele tú.

SEMPRONIO

Prospérete Dios por éste y por muchos más que me darás. De la burla yo me llevo lo mejor; con todo, si destos aguijones me da, traérsela he hasta la cama. ¡Bueno ando! Hácelo esto que me dio mi amo; que sin merced, imposible es obrarse bien ninguna cosa.

CALISTO

No seas ahora negligente.

SEMPRONIO

No lo seas tú, que imposible es hacer siervo diligente amo perezoso.

CALISTO

¿Cómo has pensado de hacer esta piedad?

SEMPRONIO

Yo te lo diré. Días ha grandes que conozco en fin desta vecindad una vieja barbuda que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en

cuantas maldades hay. Entiendo que pasar
cinco mil virgos los que se han hecho y
hecho por su autoridad en esta ciudad. A
duras peñas promoverá y provocará a luj
si quiere.

CALISTO

¿Podría yo hablar?

SEMPRONIO

Yo te la traeré hasta acá. Por eso aparéj
seile gracioso, seile franco. Estudia, mien
voy, de le decir tu pena tan bien como
te dará el remedio.

CALISTO

Ya tardas.

SEMPRONIO

Ya voy; quede Dios contigo.

CALISTO

Y contigo vaya. ¡Oh, todopoderoso, pe
rable Dios! ¡Tú, que guías los perdidos
a los reyes orientales por la estrella precec
te a Belén trajiste, y en su patria los redu
te! humildemente te ruego que guíes a
Sempronio, de manera que convierta mi p
y tristeza en gozo, y yo indigno merezca v
en el deseado fin.

CELESTINA

¡Albricias, albricias, Elicia! ¡Sempro
¡Sempronio!

ELICIA

Ce, ce ce.

CELESTINA

¿Por qué?

ELICIA

está aquí Crito.

CELESTINA

en la camarilla de las escobas: pres-
que viene tu primo y mi familiar.

ELICIA

retráete ahí. Mi primo viene; perdi-

CRITO

ne, no te congojes.

SEMPRONIO

re bendita! ¡Qué deseo traigo! ¡Gra-
Dios, que te me dejó ver!

CELESTINA

mío, rey mío, turbado me has; no te
ablar. Torna y dame otro abrazo. ¿Y
s pudiste estar sin vernos? ¡Elicia,
átale aquí!

ELICIA

ién, madre?

CELESTINA

npronio.

ELICIA

triste! Saltos me da el corazón. Y
de él?

CELESTINA

aquí, vesle. Yo me le abrazaré, que

ELICIA

maldito seas, traidor. Postema y landre
y a manos de tus enemigos mueras, y
enes dignos de cruel muerte en poder
osa justicia te veas. ¡Ay, ay!

SEMPRONIO

¡Hi, hi, hi! ¿Qué has, mi Elicia?, ¿d
te congojas?

ELICIA

Tres días ha que no me ves. ¡Nunca D
vea, nunca Dios te consuele ni visite! ¡
de la triste que en ti tiene su esperanza
fin de todo su bien!

SEMPRONIO

Calla, señora mía; ¿tú piensas que la
tancia del lugar es poderosa de apartar e
trañable amor, el fuego que está en mi
zón? Do yo voy, conmigo vas, conmigo
No te aflijas ni atormentes más de lo qu
he padecido. Mas di, ¿qué pasos suenan
ba?

ELICIA

¿Quién? Un mi enamorado.

SEMPRONIO

Pues créolo.

ELICIA

¡Alahé! verdad es. Sube allá, y verle

SEMPRONIO

Voy.

CELESTINA

¡Anda acá!, deja a esa loca, que es liv
y turbada de tu ausencia, sácasla ahora de
Dirá mil locuras. Ven y hablemos; no
mos pasar el tiempo en balde.

SEMPRONIO

Pues ¿quién está arriba?

CELESTINA

¿Quiéreslo saber?

SEMPRONIO

Quiero.

CELESTINA

Una moza que me encomendó un fraile.

SEMPRONIO

¿Qué fraile?

CELESTINA

No lo procures.

SEMPRONIO

Por mi vida, madre, ¿qué fraile?

CELESTINA

¿Porfías? El ministro gordo.

SEMPRONIO

¡Oh, desventurada, y qué carga espera!

CELESTINA

Todas la llevamos. Pocas mataduras has tú visto en la barriga.

SEMPRONIO

Mataduras, no, mas petreras sí.

CELESTINA

¡Ay, burlador!

SEMPRONIO

Deja; si soy burlador, muéstramela.

ELICIA

¡Ah, don malvado!, ¿verla querías? Los ojos se te salten; que no basta a ti una ni otra. Anda, vela, y deja a mí para siempre.

SEMPRONIO

¡Calla, Dios mío!, ¿y enójaste?; que ni la quiero ver a ella ni a mujer nacida. A mi madre quiero hablar, y quédate adiós.

ELICIA

¡Anda, anda, vete, desconocido, y está otros tres años que no me vuelvas a ver!

SEMPRONIO

Madre mía, bien ternás confianza, y creerás

que no te burlo. Toma el manto, y vamos, que por el camino sabrás lo que si aquí me tardase en decirte, impediría tu provecho y el mío.

CELESTINA

Vamos, Elicia, quédate adiós, cierra la puerta. ¡Adiós, paredes!

SEMPRONIO

¡Oh, madre mía!, todas las cosas dejadas aparte, solamente sei atenta, e imagina en lo que te dijere y no derrames el pensamiento en muchas partes, que quien junto en diversos lugares le pone, en ninguno le tiene; sino por caso determina lo cierto. Y quiero que sepas de mí lo que no has oído, y es, que jamás pude, después que mi fe contigo puse, desear bien de que no te cupiese parte.

CELESTINA

Parta Dios, hijo, de lo suyo contigo, que no sin causa lo hará, siquiera porque has piedad desta pecadora vieja. Pero di, no te detengas; que la amistad que entre ti y mí se afirma, no ha menester preámbulos, ni corolarios, ni aparejos para ganar voluntad. Abrevia, y ven al hecho; que vanamente se dice por muchas palabras lo que por pocas se puede entender.

SEMPRONIO

Así es. Calisto arde en amores de Melibea. De tí y de mí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprovechemos; que conocer el tiempo, y usar el hombre de la *oportunidad,* hace los hombres prósperos.

CELESTINA

as dicho, al cabo estoy; basta para
el ojo. Digo, que me alegro mucho
evas, como los cirujanos de los desca-
Y como aquéllos dañan en los prin-
llagas, y encarecen el prometimiento
ud, así entiendo yo hacer a Calisto.
he la certenidad del remedio, por-
o dicen, la esperanza luenga aflige el
y cuanto él la perdiere, tanto se la
Bien me entiendes.

SEMPRONIO

os, que a la puerta estamos; y, como
paredes han oídos.

CELESTINA

SEMPRONIO

ta.

CALISTO

io.

PARMENO

CALISTO

es, maldito sordo?

PARMENO

s, señor?

CALISTO

uerta llaman, corre.

PARMENO

es?

SEMPRONIO

Abre a mí y a esta dueña.

PARMENO

Señor, Sempronio y una puta vieja alcoholada daban aquellas porradas.

CALISTO

Calla, calla, malvado, que es mi tía: corre, corre, abre. Siempre lo vi, que por huir hombre de un peligro cae en otro mayor. Por encubrir yo este hecho de Parmeno, a quien amor o fidelidad o temor pusieran freno, caí en indignación desta que no tiene menor poderío en mi vida que Dios.

PARMENO

¿Por qué, señor, te matas? ¿Por qué, señor, te congojas? ¿Y tú piensas que es vituperio en las orejas desta el nombre que la llamé? No lo creas; que así se glorifica en el oír, como tú cuando dicen: diestro caballero es Calisto. Y demás desto es nombrada y por tal título conocida. Si entre cien mujeres va, y alguno dice ¡puta vieja! sin ningún empacho luego vuelve la cabeza, y responde con alegre cara. En los convites, en las fiestas, en las bodas, en las cofradías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gentes, con ella pasan tiempo. Si pasa por los perros, aquello suena su ladrido; si está cerca las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando lo pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dicen: ¡puta vieja! Las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar; si va entre los herreros, aquello dicen sus martillos; carpinteros y armeros, herradores, caldereros, arcadores, todo oficio de instrumento forma en el aire su nombre: cántanla los carpinteros, péi-

nanla los peinadores, tejedores, labradores en las huertas, en las aradas, en las viñas, en las segadas, con ella pasan el afán cotidiano; al perder en los tableros, luego suenan sus loores; odas cosas que son hacen, a do quiera que ella stá, el tal nombre representan. ¡Oh, qué comedor de huevos asados era su marido! ¿Qué uieres más, sino que si una piedra topa con tra, luego suena ¡puta vieja!

CALISTO

Y tú, ¿cómo lo sabes y la conoces?

PARMENO

Saberlo has. Días grandes son pasados que i madre, mujer pobre, moraba en su vecin-d, la cual rogada por esta Celestina me dio ella por sirviente, aunque ella no me conoce, r lo poco que la serví, y por la mudanza que edad ha hecho.

CALISTO

¿De qué la servías?

PARMENO

Señor, iba a la plaza, y traíle de comer y ompañábala; suplía en aquellos menesteres e mi tierna fuerza bastaba. Pero de aquel co tiempo que la serví, recogía la nueva memoria lo que la vejez no ha podido quitar. ene esta buena dueña al cabo de la ciudad, lá cerca de las tenerías, en la cuesta del río, a casa apartada, medio caída, poco compues- y menos abastada. Ella tenía seis oficios, nviene saber: labrandera, perfumera, maes- de hacer afeites y de hacer virgos, alcahue- y un poquito hechicera. Era el primer ofi- cobertura de los otros, so color del cual chas mozas destas sirvientes entraban en su

casa a labrarse y a labrar camisas y gorgueras y otras muchas cosas. Ninguna venía sin torrezno, trigo, harina o jarro de vino, y de las otras provisiones que podían a sus amas hurtar, y aun otros hurtillos de más cualidad allí se encubrían. Asaz era amiga de estudiantes, y despenseros y mozos de abades; a éstos vendía ella aquella sangre inocente de las cuitadillas la cual ligeramente aventuraban en esfuerzo de la restitución que ella les prometía. Subió su hecho a más: que por medio de aquéllas comunicaba con las más encerradas, hasta traer a ejecución su propósito. Y aquestas en tiempo honesto, como de estaciones, procesiones de noche, misas del gallo, misas del alba y otras secretas devociones, muchas encubiertas ví entrar en su casa; tras ellas hombres descalzos, contritos, rebozados, desatacados, que entraban allí a llorar sus pecados. ¡Qué tráfagos, si piensas, traía! Hacíase física de niños, tomaba estambre de unas casas, dábalo a hilar en otras, por achaque de entrar en todas. Las unas, madre acá; las otras, madre acullá; cata la vieja, ya viene el ama, de todas muy conocida. Con todos estos afanes, nunca pasaba sin misa ni vísperas, ni dejaba monasterio de frailes ni de monjas; esto porque allí hacía ella sus aleluyas y conciertos. Y en su casa hacía perfumes, falsaba estoraques, menjuí, animes, ámbar, algalia, polvillos, almizcles, mosquetes. Tenía una cámara llena de alambiques, de redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de alambre, de estaño, hechos de mil faciones; hacía solimán, afeite conocido, argentadas, bujelladas, cerillas, lanillas, unturillas, lustres, lucentores, clarimientes, albalinos y otras aguas

ıstro; de rasuras de gamones, de cortezas
spantalobos, de taraguntia, de hieles, de
, de mosto, deslitadas y azucaradas. Adel-
a los cueros con zumos de limones, con
ıo, con tuétano de corzo y de garza, y
confecciones. Sacaba agua para oler, de
de azahar, de jazmín, de trébol, de madre-
y clavellinas mosquetadas y almizcladas,
rizadas con vino. Hacía lejía para enrubiar,
rmientos, de carrasca, de centeno, de marru-
con salitre, con alumbre y millifolia, y
diversas cosas. Y los untos y mantecas y
que tenía, es hastío decir: de vaca, de
le caballos y de camello, de culebra y de
ɔ, de ballena, de garza y de alcarabán, y
.mo y de gato montés y de tejón, de har-
e erizo, de nutria. Aparejos para baños,
es una maravilla, de las hierbas y raíces
enía en el techo de su casa colgadas: man-
a y romero, malvaviscos, culantrillo, coro-
, flor de saúco y de mostaza, espliego y
blanco, tortarosa y gramonilla, flor sal-
e higueruela, pico de oro y hoja tinta.
.ceites que sacaba para el rostro no es co-
: creer. De estoraque y de jazmín, de li-
de pepitas, de violetas, de menjuí, de
gos, de piñones, de granillo, de azofaifas,
eguilla, de altramuces, de arvejas y de
las y de hierba pajarera; y un poquillo
álsamo tenía ella el una redomilla, que
aba para aquel rasguño que tiene por las
es. Esto de los virgos, unos hacía de ve-
y otros curaba de punto. Tenía en un ta-
lo, en una cajuela pintada, unas agujas
las de pellejeros, e hilos de seda encera-
y colgadas allí raíces de hojaplasma y

fuste sanguino, cebolla albarrana, y cepacaballo. Hacía con esto maravillas, que cuando vino por aquí el embajador francés, tres veces vendió por virgen una criada que tenía.

CALISTO

Así pudiera ciento.

PARMENO

¡Sí, santo Dios! Y remediaba por caridad muchas huérfanas y cerradas que se encomendaban a ella. Y en otro apartado tenía para remediar amores, y para se querer bien. Tenía huesos de corazón de ciervo, lengua de víbora, cabezas de codornices, sesos de asno, tela de caballo, mantillo de niño, haba morisca, guija marina, soga de ahorcado, flor de yedra, espina de erizo, pie de tejón, granos de helecho, la piedra del nido del águila y otras mil cosas. Venían a ella muchos hombres y mujeres; y a unos demandaba el pan do mordían, a otros de su ropa, a otros de sus cabellos; a otros pintaba en la palma letras con azafrán, a otros con bermellón; a otros daba unos corazones de cera llenos de agujas quebradas, y otras cosas en barro y en plomo hechas, muy espantables al ver. Pintaba figuras, decía palabras en tierra. ¿Quién te podría decir lo que esta vieja hacía? Y todo era burla y mentira.

CALISTO

Bien está, Parmeno, déjalo para más oportunidad. Asaz soy de ti avisado. Téngotelo en gracia. No nos detengamos, que la necesidad desecha la tardanza. Oye, aquella viene rogada: espera más que debe; vamos, no se indigne. Yo temo, y el temor reduce la memoria y *a la providencia* despierta. Sús; vamos, provea-

mos. Pero ruégote, Parmeno, la envidia de Sempronio, que en esto me sirve y complace, no ponga impedimento en el remedio de mi vida; que si para él hubo jubón, para ti no faltará sayo. Ni pienses que tengo en menos tu consejo y aviso, que su trabajo y obra; como lo espiritual sepa yo que precede a lo corporal, y que puesto que las bestias corporalmente trabajen más que los hombres, por eso son pensadas y curadas, pero no amigas dellos. En la tal diferencia serás conmigo en respeto de Sempronio; y so secreto sello, pospuesto el dominio, por tal amigo a ti me concedo.

PARMENO

Quéjome, señor, de la duda de mi fidelidad y servicio, por los prometimientos y amonestaciones tuyas. ¿Cuándo me viste, señor, envidiar, o por ningún interés ni resabio tu provecho estorcer?

CALISTO

No te escandalices; que sin duda tus costumbres y gentil crianza en mis ojos, ante todos los que me sirven, están. Mas como en caso tan arduo, do todo mi bien y vida pende, es necesario proveer, proveo a los acontecimientos, como quiera que creo que tus buenas costumbres sobre buen natural florecen, como el buen natural sea principio del artificio. Y no más, sino vamos a ver la salud.

CELESTINA

Pasos oigo; acá descienden. Haz, Sempro-

nio, que no lo oyes; escucha, y déjame hablar lo que a ti y a mí me conviene.

SEMPRONIO

Habla.

CELESTINA

No me congojes, ni me importunes, que sobrecargar el cuidado es aguijar al animal congojoso. Así sientes la pena de tu amo Calisto, que parece que tú eres él y él tú, y que los tormentos son en un mismo sujeto. Pues cree que yo no vine acá por dejar este pleito indeciso o morir en la demanda.

CALISTO

Parmeno, detente, ce, escucha qué hablan éstos: veamos en qué vivimos. ¡Oh, notable mujer! ¡Oh, bienes mundanos, indignos de ser poseídos de tan alto corazón! ¡Oh, fiel y verdadero Sempronio! ¿Has visto, mi Parmeno? ¿Oíste? ¿Tengo razón? ¿Qué me dices, rincón de mi secreto, y consejo y alma mía?

PARMENO

Protestando mi inocencia en la primera sospecha, y cumpliendo con la fidelidad, porque te me concediste, hablaré. Oyeme, y el afecto no te ensorde, ni la esperanza del deleite te ciegue. Tiémplate, y no te apresures; que muchos con codicia de dar en el fiel, yerran el blanco. Aunque soy mozo, cosas he visto asaz, y el seso y la vista de las muchas cosas demuestran la experiencia. De verte o de oírte

ıder por la escalera, parlan éstos lo que ımente han dicho, en cuyas falsas pala- ones el fin de tu deseo.

SEMPRONIO

:stina, ruinmente suena lo que Parmeno

CELESTINA

.a, que para la mi santiguada, do vino el ʼerná el albarda. Déjame tú a Parmeno, ı te le haré uno de nos; y de lo que hu- ıos, démosle parte; que los bienes, si ı comunicados, no son bienes. Ganemos partamos todos, holguemos todos. Yo raeré manso y benigno a picar el pan en ıo y seremos dos a dos; y como dicen, l mohino.

CALISTO

ıpronio.

SEMPRONIO

or.

CALISTO

ıé haces, llave de mi vida? Abre. ¡Oh, no! ya la veo: sano soy, vivo soy. ¿Mi- ıé reverenda persona, qué acatamiento? ı mayor parte, por la fisonomía es cono- .a virtud interior. ¡Oh, vejez virtuosa! virtud envejecida! ¡Oh, gloriosa espe- de mi deseado fin! ¡Oh, fin de mi de- esperanza! ¡Oh, salud de mi pasión, ı de mi *tormento*, regeneración mía, vi-

vificación de mi vida, resurrección de mi muerte! Deseo llegar a tí, codicio besar esas manos llenas de remedio. La indignidad de mi persona lo embarga. Desde aquí adoro la tierra que huellas, y en reverencia tuya la beso.

CELESTINA

Sempronio, de aquellas vivo yo. Los huesos que yo roí piensa este necio de tu amo de darme a comer; pues al le sueño, al freír lo verá. Dile que cierre la boca y comience a abrir la bolsa, que de las obras dudo, cuanto más de las palabras. Xo, que te estriego, asna coja; más habías de madrugar.

PARMENO

¡Guay de orejas que tal oyen! ¡Perdido es quien tras perdido anda! ¡Oh, Calisto, desaventurado, abatido, ciego! ¡Y en tierra está adorando a la más antigua y puta tierra que fregaron sus espaldas en todos los burdeles! Deshecho es, vencido es, caído es; no es capaz de ninguna redención ni consejo ni esfuerzo.

CALISTO

¿Qué decía la madre? Paréceme que pensaba que le ofrecía palabras por excusar galardón.

SEMPRONIO

Así lo sentí.

CALISTO

Pues ven conmigo, trae las llaves, que yo sanaré su duda.

SEMPRONIO

Bien harás, y luego vamos. Que no se debe dejar crecer la hierba entre los panes, ni la *sospecha* en los corazones de los amigos, sino

alimpiarla luego con el escardillo de las buenas obras.

CALISTO

Astuto hablas, vamos y no tardemos.

CELESTINA

Pláceme, Parmeno, que habemos habido oportunidad para que conozcas el amor mío para contigo, y la parte que en mi inmérito tienes. Y digo inmérito por lo que te he oído decir, de que no hago caso. Porque virtud nos amonesta sufrir las tentaciones y no dar mal por mal; y especial cuando somos tentados por mozos, y no bien instrutos en lo mundano, en que con necia lealtad pierdan a sí y a sus amos, como ahora tú a Calisto. Bien te oí; y no pienses que el oír con los otros exteriores sensos mi vejez haya perdido; que no sólo lo que veo, oyo y conozco, más aun lo intrínseco con los intelectuales ojos penetro. Has de saber, Parmeno, que Calisto anda de amor quejoso. Y no lo juzgues por eso por flaco, que el amor impervio, todas las cosas vence. Y sabe, si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas: la primera, que es forzoso el hombre amar a la mujer, y la mujer al hombre; la segunda, que el que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el hacedor de las cosas fue puesto, porque el linaje de los hombres perpetuase, sin lo cual perecería. Y no sólo en la humana especie, mas en los peces, en las bestias,

en las aves, en las reptilias, y en lo vegetativo algunas plantas han este respeto, si sin interposición de otra cosa en poca distancia de tierra están puestas; en que hay determinación de herbolarios y agricultores ser machos y hembras. ¿Qué dirás a esto, Parmeno, neciuelo, loquito, angelico, perlica, simplecico? ¿lobitos en tal gestico? Llégate acá, putico, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites. Mas rabia mala me mate, si te llego a mí, aunque vieja, que la voz tienes ronca, las barbas te apuntan. Mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga.

PARMENO

Como cola de alacrán.

CELESTINA

Y aún peor; que la otra muerde sin hinchar, y la tuya hincha por nueve meses.

PARMENO

¡Hi, hi, hi!

CELESTINA

¿Ríeste, landrecilla, fijo?

PARMENO

Calla, madre, no me culpes, ni me tengas, aunque mozo, por insipiente. Amo a Calisto, porque le debo fidelidad, por crianza, por beneficios, por ser dél honrado y bien tratado, que es la mayor cadena, que el amor del servidor al servicio del señor prende, cuanto lo contrario aparta. Véole perdido, y no hay cosa peor que ir tras deseo sin esperanza de buen fin; y especial pensando remediar su hecho tan arduo y difícil con vanos consejos y necias razones de aquel bruto Sempronio, que es pensar

sacar aradores a pala y azadón. No lo puedo sufrir; dígolo y lloro.

CELESTINA

Parmeno, ¿tú no ves que es necedad o simpleza llorar por lo que con llorar no se puede remediar?

PARMENO

Por eso lloro; que si con llorar fuese posible traer a mi amo el remedio, tan grande sería el placer de la tal esperanza, que de gozo no podría llorar; pero así, perdida ya toda la esperanza, pierdo el alegría, y lloro.

CELESTINA

Lloras sin provecho por lo que llorando estorbar no podrás, ni sanarlo presumas. A otros ¿no ha contecido eso, Parmeno?

PARMENO

Sí; pero a mi amo no le querría doliente.

CELESTINA

No lo es; mas aun cuando fuese doliente, podría sanar.

PARMENO

No curo de lo que dices, porque en los bienes mejor es el acto que la potencia; y en los males mejor la potencia que el acto. Así que mejor es ser sano que poderlo ser; y mejor es poder ser doliente que ser enfermo por acto. Y, por tanto, es mejor tener la potencia en el mal que el acto.

CELESTINA

¡Oh, malvado, cómo que no se te entiende! ¿Tú no sientes su enfermedad? ¿Qué has dicho hasta ahora? ¿De qué te quejas? Pues burla, o di por verdad lo falso, y cree lo que quisieres;

que él es enfermo por acto, y el poder ser es en mano desta flaca vieja.

PARMENO

Más desta flaca puta vieja.

CELESTINA

Putos días vivas, bellaquillo; ¿y cóm atreves?

PARMENO

Como te conozco...

CELESTINA

¿Quién eres tú?

PARMENO

¿Quién?, Parmeno, hijo de Alberto, tu padre, que estuve contigo un mes, que te dio mi madre, cuando morabas a la cuesta río, cerca de las tenerías.

CELESTINA

¡Jesú, Jesú, Jesú! ¿y tú eres Parmeno, de la Claudina?

PARMENO

¡Alahé yo!

CELESTINA

¡Pues fuego malo te queme, que tan vieja era tu madre como yo! ¿Por qué me sigues, Parmenico? ¡Él es, él es, por los tos de Dios! Allégate a mí; ven acá, que azotes y puñadas te dí en este mundo, y tantos besos. ¿Acuérdaste cuando dormí mis pies, loquito?

PARMENO

Sí, en buena fe; y algunas veces, aunque niño, me subías a la cabecera, y me apret *contigo, y* porque olías a vieja me huía d

CELESTINA

Mala landre te mate; ¡y cómo lo dice el desvergonzado! Dejadas burlas y pasatiempos, oye ahora, mi hijo, y escucha: que aunque a un fin soy llamada, a otro soy venida, y maguera que contigo me haya hecho de nuevas, tú eres la causa. Hijo, bien sabes cómo tu madre, que Dios haya, te me dio, viviendo tu padre; el cual, como de mí te fuiste, con otra ansia no murió, sino con la incertidumbre de tu vida y persona; por la cual ausencia algunos años de su vejez sufrió angustiosa y cuidosa vida; y al tiempo que della pasó, envió por mí, y en su secreto te me encargó, y me dijo sin otro testigo sino aquel que es testigo de todas las obras y pensamientos, y los corazones y entrañas escudriña, al cual puso entre él y mí, que te buscase, y allegase, y abrigase, y cuando de cumplida edad fueses, tal, que en tu vivir supieses tener manera y forma, te descubriese adónde dejó encerrada tal copia de oro y plata, que basta más que la renta de tu amo Calisto. Y porque se lo prometí, y con mi promesa llevó descanso, y la fe es de guardar más que a los vivos a los muertos, que no pueden hacer por sí, en pesquisa y seguimiento tuyo he gastado asaz tiempo y cuantías, hasta ahora que ha placido a aquel que todos los cuidados tiene y remedia las justas peticiones y las piadosas obras endereza, que te hallase aquí, donde solos ha tres días que sé que moras. Sin duda dolor he sentido, porque has por tantas partes vagado y peregrinado, que ni has habido provecho ni ganado deudo ni amistad. Que, como Séneca nos dice, los peregrinos tienen muchas posadas y pocas amistades, porque en bre-

ve tiempo con ninguno no pueden firmar amistad. Y el que está en muchos cabos está en ninguno; ni puede aprovechar el manjar a los cuerpos, que en comiendo se lanza, ni hay cosa que más la sanidad impida que la diversidad y mudanza y variación de los manjares; y nunca la llaga viene a cicatrizar, en la cual muchas medicinas se tientan; ni convalece la planta que muchas veces es traspuesta; ni hay cosa tan provechosa que en llegando aproveche. Por tanto, mi hijo, deja los ímpetus de la juventud, y tórnate con la doctrina de tus mayores a la razón: reposa en alguna parte. ¿Y dónde mejor que en mi voluntad, en mi ánimo, en mi consejo, a quien tus padres te remitieron? Y yo, así como verdadera madre tuya, te digo, so las maldiciones que tus padres te pusieron si me fueses inobediente, que por el presente sufras y sirvas a este tu amo que procuraste, hasta en ello haber otro consejo mío. Pero no con necia lealtad, proponiendo firmeza sobre lo movible, como son estos señores deste tiempo. Y tú gana amigos, que es cosa durable; ten con ellos constancia. No vivas en flores, deja los vanos prometimientos de los señores, los cuales desechan la sustancia de sus sirvientes con huecos y vanos prometimientos; como la sanguijuela saca la sangre, desagradecen, injurian, olvidan servicios, niegan galardón. ¡Guay de quien en palacio envejece! Como se escribe de la probática piscina, que de ciento que entraban sanaba uno. Estos señores deste tiempo más aman a sí que a los suyos; y no yerran: los suyos igualmente lo deben hacer. Perdidas son las mercedes, las magnificencias, los actos nobles: cada uno destos cativa, y

mezquinamente procuran su interés con los suyos. Pues aquellos no deben menos hacer, como sean en facultades menores, sino vivir a su ley. Dígolo, hijo Parmeno, porque este tu amo, como dicen, me parece rompenecios: de todos se quiere servir sin merced. Mira bien, créeme: en su casa cobra amigos, que es el mayor precio mundano; que con él no pienses tener amistad, como por la diferencia de los estados o condiciones pocas veces contezca. Caso es ofrecido, como sabes, en que todos medremos, y tú por el presente te remedies; que lo al que te he dicho, guardado te está a su tiempo, y mucho te aprovecharás siendo amigo de Sempronio.

PARMENO

Celestina, todo tremo en oírte; no sé qué haga; perplejo estoy. Por una parte téngote por madre; por otra, a Calisto por amo. Riqueza deseo; pero quien torpemente sube a lo alto, más aína cae que subió. No quería bienes malganados.

CELESTINA

Yo sí: a tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo.

PARMENO

Pues yo con ellos no viviría contento, y tengo por honesta cosa la pobreza alegre; y aun más te digo, que no los que poco tienen son pobres, mas los que mucho desean. Y por esto, aunque más digas, no te creo en esta parte. Querría pasar la vida sin envidia, los yermos y aspereza sin temor, el sueño sin sobresalto, las injurias con respuesta, las fuerzas sin denuesto, las premias con resistencia.

CELESTINA

¡Oh, hijo! bien dicen que la prudenci puede ser sino en los viejos, y tú mucho mozo.

PARMENO

Mucho segura es la mansa pobreza.

CELESTINA

Mas di, como Marón, que la fortuna a a los osados. Y demás desto, ¿quién es que ga bienes en la república que escoja vivi amigos? Pues, loado Dios, bienes tienes no sabes que has menester amigos para conservar? Y no pienses que tu privanza este señor te hace seguro: que cuanto n es la fortuna, tanto es menos segura: y tanto en los infortunios el remedio es a los gos. Y ¿adónde puedes ganar mejor este do que donde las tres maneras de amistad curren, conviene a saber: por bien, y p cho, y deleite? Por bien, mira la volunta Sempronio conforme a la tuya, y la gran litud que tú y él en la virtud tenéis. Por vecho, en la mano está, si sois concordes deleite, semejable es como seáis en edad puestos para todo linaje de placer, en que los mozos que los viejos se juntan: así para jugar, para vestir, para burlar, para c y beber, para negociar los amores, junto compañía. ¡Oh, si quisieses, Parmeno, qu da gozaríamos! Sempronio ama a Elicia ma de Areusa.

PARMENO

¿De Areusa?

CELESTINA

De Areusa.

PARMENO

¿De Areusa, hija de Eliso?

CELESTINA

De Areusa, hija de Eliso.

PARMENO

¿Cierto?

CELESTINA

Cierto.

PARMENO

Maravillosa cosa es.

CELESTINA

¿Pero bien te parece?

PARMENO

No cosa mejor.

CELESTINA

Pues tu buena dicha quiere, aquí está quien te la dará.

PARMENO

Mía fe, madre, no creo a nadie.

CELESTINA

Extremo es creer a todos, y yerro no creer a ninguno.

PARMENO

Digo que te creo, pero no me atrevo; déjame.

CELESTINA

¡Oh, mezquino! de enfermo corazón es no sufrir el bien. Da Dios habas a quien no tiene quijadas. ¡Oh, simple! Dirás que adonde hay mayor entendimiento hay mayor fortuna: y donde más discreción, allí es menor la fortuna! Dichos son.

PARMENO

¡Oh, Celestina! Oído he a mis mayores que

un ejemplo de lujuria o avaricia mucho
hace; y que con aquellos debe hombre
versar que le hagan mejor; y aquellos
a quien él mejor piensa hacer. Y Sem
en su ejemplo no me hará mejor, ni yo
sanaré su vicio. Y puesto que yo a lo que
me incline, sólo yo querría saberlo; p
a lo menos por el ejemplo fuese oculto
cado. Y si hombre vencido del deleite va
tra la virtud, no se atrevía a la honestid

CELESTINA

Sin prudencia hablas, que de ninguna
es alegre posesión sin compañía. No te
yas ni amargues, que la natura huye lo
y apetece lo deleitable. El deleite es con
amigos en las cosas sensuales; y especi
recontar las cosas de amores y comunica
esto hice, estotro me dijo, tal donaire
mos, de tal manera la tomé, así la bes
me mordió, así la abracé, así se allegó.
qué habla! ¡oh, qué gracia! ¡oh, qué ju
¡oh, qué besos! Vamos allá, volvamos
ande la música, pintemos los motes, can
canciones, invenciones, justemos. ¿Qué
ra sacaremos o qué letra? Ya va a la
mañana saldrá, rondemos su calle, mi
carta, vamos de noche, tenme el escala,
da la puerta. ¿Cómo te fue? Cata el co
sola la deja. Dale otra vuelta, tornemos
Y para esto, Parmeno, ¿hay deleite sin
pañía? Alahé, alahé, la que las sabe las
éste es el deleite, que lo al, mejor lo hac
asnos en el prado.

PARMENO

No querría, madre, que convidases a

jo con amonestación de deleite, como hicieron los que careciendo de razonable fundamento, opinando hicieron sectas envueltas en dulce veneno para cazar o tomar las voluntades de los flacos, y con polvos de sabroso afecto cegaron los ojos de la razón.

CELESTINA

¿Qué es razón, loco? ¿Qué es afecto, asnillo? La discreción que no tienes lo determina; y de la discreción mayor es la prudencia; y la prudencia no puede ser sin experimento; y la experiencia no puede ser más que en los viejos; y los ancianos somos llamados padres; y los buenos padres muy bien aconsejan a sus hijos, y especial yo a tí, cuya vida y honra más que la mía deseo. ¿Y cuándo me pagarás tú eso? Nunca, pues a los padres y a los maestros no puede ser hecho servicio igualmente.

PARMENO

Todo me recelo, madre, de recibir dudoso consejo.

CELESTINA

¿No quieres? Pues decirte he lo que dice el sabio: al varón que con dura cerviz al que le castiga menosprecia, arrebatado quebrantamiento le verná, y sanidad ninguna le conseguirá. Y así, Parmeno, me despido de ti y deste negocio.

PARMENO

Ensañada está mi madre; duda grande tengo en su consejo; yerro es no creer, y culpa creerlo todo. Más humano es confiar, mayormente en esta que interés promete, a do provecho nos puede allende de amor conseguir.

Oído he que debe hombre a sus mayores creer. Esta ¿qué me aconseja? Paz con Sempronio. La paz no se debe negar; que bienaventurados son los pacíficos, que hijos de Dios serán llamados. Amor no se debe rehuir: caridad a los hermanos, interés pocos le apartan; pues quiérola complacer y oír.

Madre, no se debe ensañar el maestro de la ignorancia del discípulo; sino, raras veces por la sciencia que es de su natura comunicable y en pocos lugares se podría infundir. Por eso, perdóname, háblame, que no sólo quiero oírte y creerte, mas en singular merced recibir tu consejo. Y no me lo agradezcas, pues el loor y las gracias de la acción más al dante que no al recibiente se deben dar. Por eso manda; que a tu mandado mi consentimiento se humilla.

CELESTINA

De los hombres es errar, y bestial es la porfía; por ende, gózome, Parmeno, que hayas limpiado las turbias telas de tus ojos, y respondido al reconocimiento, discreción e ingenio sutil de tu padre, cuya persona, ahora representada en mi memoria, enternece los ojos piadosos por do tan abundantes lágrimas ves derramar. Algunas veces duros propósitos, como tú, defendía; pero luego tornaba a lo cierto. En Dios y en mi ánima, que en ver ahora lo que has porfiado, y cómo a la verdad eres reducido, no parece sino que vivo le tengo delante. ¡Oh, qué persona! ¡oh, qué hartura! ¡oh, qué cara tan venerable! Pero callemos, que se acerca Calisto y tu nuevo amigo Sempronio, *con quien tu* conformidad para más oportuni-

dad dejo; que dos en un corazón viviendo, son más poderosos de hacer y de entender.

CALISTO

Duda traigo, madre, según mis infortunios, de hallarte viva; pero más es maravilla, según el deseo, de cómo llego vivo. Recibe la dádiva pobre de aquel que con ella la vida te ofrece.

CELESTINA

Como en el oro muy fino labrado por la mano del sutil artífice la obra sobrepuja a la materia, así se aventaja a tu magnífico dar la gracia y forma de tu dulce liberalidad. Y sin duda la presta dádiva su efecto ha doblado; porque la que tarda, el prometimiento muestra negar y arrepentirse del don prometido.

PARMENO

¿Qué le dio, Sempronio?

SEMPRONIO

Cien monedas de oro.

PARMENO

¡Hi, hi, hi!

SEMPRONIO

¿Habló contigo la madre?

PARMENO

Calla, que sí.

SEMPRONIO

¿Pues cómo estamos?

PARMENO

Como quisieres, aunque estoy espantado.

SEMPRONIO

Pues calla, que yo te haré espantar dos ta

PARMENO

¡Oh, Dios! No hay pestilencia más ef que el enemigo de casa para empecer.

CALISTO

Ve agora, madre, y consuela tu casa; pués ven y consuela la mía, y luego.

CELESTINA

Quede Dios contigo.

CALISTO

Y él te me guarde.

EL SEGUNDO ACTO

ARGUMENTO DEL SEGUNDO ACTO

Partida Celestina de Calisto para su casa, queda Calisto hablando con Sempronio, criado suyo; al cual como quien en alguna esperanza puesto está, todo aguijar le parece tardanza. Envía de sí a Sempronio a solicitar a Celestina para el concebido negocio. Quedan entre tanto Calisto y Parmeno juntos razonando.

CALISTO, PARMENO, SEMPRONIO

CALISTO

Hermanos míos, cien monedas dí a la madre, ¿hice bien?

SEMPRONIO

¡Ay si hiciste bien! Allende de remediar tu vida ganaste muy gran honra. ¿Y para qué es la fortuna favorable y próspera sino para servir a la honra, que es el mayor de los mundanos bienes? Que ésto es premio y galardón de la virtud; y por eso la damos a Dios, porque no tenemos mayor cosa que le dar; la mayor parte de la cual consiste en la liberalidad y franqueza. A ésta los duros tesoros comunicables la oscurecen y pierden, y la magnificencia y liberalidad la ganan y subliman. ¿Qué aprovecha tener lo que se niega aprovechar?

Sin duda te digo que mejor es el uso de las riquezas que la posesión dellas. ¡Oh qué glorioso es el dar; oh qué miserable es el recibir! Cuanto es mejor el acto que la posesión, tanto es más noble el dante que el recibiente. Entre los elementos, el fuego, por ser más activo, es más noble, y en las esferas puesto en más noble lugar. Y dicen algunos que la nobleza es una alabanza que provienne de los merecimientos y antigüedad de los padres; yo digo que la ajena luz nunca te hará claro si la propia no tienes. Y por tanto, no te estimes en la claridad de tu padre, que tan magnífico fue, sino en la tuya. Y así se gana la honra, que es el mayor bien de los que son fuera de hombre; de lo cual no el malo, mas el bueno, como tú, es digno que tenga perfecta virtud. Y aun te digo, que la virtud perfecta no pone que sea hecho con digno honor. Por ende goza de haber seído así magnífico y liberal; y de mi consejo tórnate a la cámara y reposa, pues que tu negocio en tales manos está depositado: de donde ten por cierto, pues el comienzo llevó bueno, el fin será muy mejor; y vamos luego, porque sobre este negocio quiero hablar contigo más largo.

CALISTO

Sempronio, no me parece buen consejo quedar yo acompañado, y que vaya sola aquella que busca el remedio de mi mal. Mejor será que vayas con ella y la aquejes; pues sabes que de su diligencia pende mi salud, de su tardanza mi pena, de su olvido mi esperanza. Sabido eres, fiel te siento, por buen criado te tengo: haz de manera que en sólo verte ella a ti *juzgue la pena* que a mí queda y fuego que me

atormenta; cuyo ardor me causó no poder mostrarle la tercia parte de mi secreta enfermedad, según tiene mi lengua y sentido ocupados y consumidos. Tú, como hombre libre de tal pasión, hablarla has a rienda suelta.

SEMPRONIO

Señor, querría ir por cumplir tu mandado; querría quedar por aliviar tu cuidado. Tu temor me aqueja; tu soledad me detiene. Quiero tomar consejo con la obediencia, que es ir y dar priesa a la vieja. Mas, ¿cómo iré, que en viéndote solo dices desvaríos de hombre sin séso? Suspirando, gimiendo, maltrovando, holgando con lo oscuro, deseando soledad, buscando nuevos modos de pensativo tormento; donde si perseveras, o de muerto o loco no podrás escapar, si siempre no te acompaña quien te allegue placeres, diga donaires, taña canciones alegres, cante romances, cuente historias, pinte motes, finja cuentos, juegue a naipes, arme mates; finalmente, que sepa buscar todo género de dulce pasatiempo para no dejar trasponer tu pensamiento en aquellos crueles dèsvíos que recibiste de aquella señora en el primer trance de tus amores.

CALISTO

¡Cómo, simple! ¿no sabes que alivia la pena llorar la causa? ¿Cuánto es dulce a los tristes quejar su pasión? ¿Cuánto descanso traen consigo los quebrantados suspiros? ¿Cuánto relievan y disminuyen los lagrimosos gemidos del dolor? Cuantos escribieron consuelos no dicen otra cosa.

SEMPRONIO

Lee más adelante, vuelve la hoja, hallarás

que dicen que fiar en lo temporal y buscar materia de tristeza que es igual género de locura. Y aquel Macías, ídolo de los amantes, del olvido porque le olvidaba, se queja. En el contemplar está la pena de amor, en el olvidar el descanso. Huye de tirar coces al aguijón; finge alegría y consuelo, y serlo ha. Que muchas veces la opinión trae las cosas donde quiere, no para que mude la verdad, pero para moderar nuestro sentido y regir nuestro juicio.

CALISTO

Sempronio amigo, pues tanto sientes mi soledad, llama a Parmeno y quedará conmigo. Y de aquí adelante sei, como sueles, leal; que en el servicio del criado está el galardón del señor.

PARMENO

Aquí estoy, señor.

CALISTO

Yo no, pues no te veía. No te partas della, Sempronio, ni me olvides a mí, y ve con Dios. Tú, Parmeno, ¿qué te parece de lo que hoy ha pasado? Mi pena es grande. Melibea alta, Celestina sabia y buena maestra destos negocios: no podemos errar. Tú me la has aprobado con toda tu enemistad: yo te creo. Que tanta es la fuerza de la verdad, que las lenguas de los enemigos trae a sí. Así que pues ella es tal, más quiero dar a ésta cien monedas que a otra *cinco.*

PARMENO

¿Ya lloras? Duelos tenemos: en casa se habrán de ayunar estas franquezas.

CALISTO

Pues pido tu parecer, seime agradable, Parmeno. No abajes la cabeza al responder; mas como la envidia es triste, la tristeza sin lengua, puede más contigo su voluntad que mi temor. ¿Qué dijiste enojoso?

PARMENO

Digo, señor, que irían mejor empleadas tus franquezas en presentes y servicios a Melibea, que no dar dineros a aquella que yo me conozco; y lo que es peor, hacerte su cautivo.

CALISTO

¿Cómo, loco, su cautivo?

PARMENO

Porque a quien dices el secreto, das tu libertad.

CALISTO

Algo dice el necio; pero quiero que sepas, que cuando hay mucha distancia del que ruega al rogado, o por gravedad de obediencia, o por señorío de estado, o esquividad de género, como entre esta mi señora y mí, es necesario intercesor o medianero, que suba de mano en mano mi mensaje, hasta los oídos de aquella a quien yo segunda vez hablar tengo por imposible. Y pues que así es, dime si lo hecho apruebas.

PARMENO

Apruébelo el diablo.

CALISTO

¿Qué dices?

PARMENO

Digo, señor, *que nunca* yerro vino desacom-

pañado, y que un inconveniente es causa y puerta de muchos.

CALISTO

El dicho yo lo apruebo; el propósito no entiendo.

PARMENO

Señor, porque perderse el otro día el neblí fue causa de tu entrada en la huerta de Melibea a le buscar, la entrada, causa de la ver y hablar, la habla engendró amor, el amor parió tu pena, la pena causará perder tu cuerpo, y el alma y hacienda. Y lo que más dello siento, es venir a manos de aquella trota-conventos, después de tres veces emplumada.

CALISTO

Así, Parmeno, di más deseo, que me agrada; pues mejor me parece cuanto más la desalabas. Cumpla conmigo y emplúmenla la cuarta. Desentido eres, sin pena hablas; no te duele donde a mí, Parmeno.

PARMENO

Señor, más quiero que airado me reprendas porque te doy enojo, que arrepentido me condenes porque no te dí consejo; pues perdiste el nombre de libre cuando cautivaste tu voluntad.

CALISTO

Palos querrá este bellaco. Di, mal criado, ¿por qué dices mal de lo que yo adoro? Y tú, ¿qué sabes de honra? Dime, ¿qué es amor? ¿En qué consiste buena crianza, que te me vendes por discreto? ¿No sabes que el primer escalón de locura es creerse ser sciente? Si tú sintieses mi dolor, con otra agua rociarías aquella ardiente llaga que la cruel flecha de Cupido me ha causado. Cuanto remedio Sempronio

acarrea con sus pies, tanto apartas tú con tu lengua, con tus vanas palabras. Fingiéndote fiel, eres un terrón de lisonjas, bote de malicias, el mismo mesón y aposentamiento de la envidia, que por disfamar la vieja a tuerto o a derecho, pones en mis amores desconfianza. Pues sabe que esta mi pena y fluctuoso dolor no se rige por razón, no quiere avisos, carece de consejo; y si alguno se le diere, tal que no aparte ni desgozne lo que sin las entrañas no podrá despegarse. Sempronio temió su ida y tu quedada; yo quíselo todo; y así me padezco su ausencia y tu presencia. Valiera más solo que mal acompañado.

PARMENO

Señor, flaca es la fidelidad que temor de pena la convierte en lisonja, mayormente con señor a quien dolor a afición priva y tiene ajeno de su natural juicio. Quitarse ha el velo de la ceguedad; pasarán estos momentáneos fuegos; conocerás mis agras palabras ser mejores para matar este fuerte cáncer, que las blandas de Sempronio, que lo ceban, atizan tu fuego, avivan tu amor, encienden tu llama, añaden astillas, que tenga que gastar hasta ponerte en la sepultura.

CALISTO

Calla, calla, perdido; estoy yo penando, y tú filosofando. No te espero más. Saquen un caballo, límpienle mucho, aprieten bien la cincha, por si pasare por casa de mi señora y mi Dios.

PARMENO

¡Mozos! ¿No hay mozo en casa? Yo me lo habré de hacer; que a peor vendremos desta

vez, que ser mozo de espuelas. Andar, pas
Mal me quieren mis comadres porque digo l
verdades. ¿Relincháis, don caballo? ¿No ba
ta un celoso en casa, o barruntas a Melibea

CALISTO

¿Viene ese caballo? ¿Qué haces, Parmeno

PARMENO

Señor, veslo aquí, que no está Sosia en cas

CALISTO

Pues ten ese estribo, abre más esa puert
y si viniere Sempronio con aquella señora, c
que esperen, que presto será mi vuelta.

PARMENO

Mas nunca sea. Allá irás con el diablo. A
estos locos decidles lo que les cumple; no o
podrán ver. Por mi ánima que si ahora le die
sen una lanzada en el calcañar, que saliese
más sesos que de la cabeza. Pues anda, que a
mi cargo que Celestina y Sempronio te espul
guen. ¡Oh desdichado de mí! Por ser leal pa
dezco mal. Otros se ganan por malos, yo me
pierdo por bueno: el mundo es tal. Quiero ir
me al hilo de la gente, pues a los traidores lla
man discretos, y a los fieles necios. Si creyera
a Celestina con sus seis docenas de años acues
tas, no me maltratara Calisto. Mas esto me
pondrá escarmiento de aquí en adelante con él;
que si dijere comamos, yo también; si quisiere
derrocar la casa, aprobarlo he; si quemar su
hacienda, iré por fuego. Destruya, rompa, quie
bre, dañe, dé a alcahuetas lo suyo, que mi parte
me cabrá. Pues dicen: a río revuelto, ganancia
de pescadores; nunca más perro al molino.

EL TERCER ACTO

ARGUMENTO DEL TERCER ACTO

ɔronio vase a casa de Celestina, a la cual re-
ende por la tardanza. Pónense a buscar qué
ınera tomen en el negocio de Calisto con Me-
ea. En fin sobreviene Elicia. Vase Celestina
casa de Pleberio. Quedan Sempronio y Elicia
casa.

SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA

ɔué espacio lleva la barbuda! Menos sosie-
ɾaían sus pies a la venida. A dineros paga-
brazos quebrados. Ce, señora Celestina,
has aguijado.

CELESTINA

ʌ qué vienes, hijo?

SEMPRONIO

ste nuestro enfermo no sabe qué pedir;
us manos no se contenta: no se le cuece
ın; teme su negligencia; maldice su avari-
ɾ cortedad, porque te dio tan poco dinero.

CELESTINA

o es cosa más propia del que ama que la
ıciencia: toda tardanza les es tormento;
una dilación les agrada; en un momento
rían poner en efecto sus cogitaciones; an-
las querrían ver concluídas que empeza-
Mayormente estos necios amantes, que con-

tra cualquiera sueño vuelan sin deliberació
sin pensar el daño que el celo de su deseo tra
mezclado en su ejercicio y negociación pa
sus personas y sirvientes.

SEMPRONIO

¿Qué dices de sirvientes? Parece por
razón que nos puede venir a nosotros daí
deste negocio, y quemarnos con las centell
que resultan deste fuego de Calisto. Aun
diablo daría yo sus amores. Al primer desco
cierto que vea en este negocio, no como m
su pan. Más vale perder lo servido que la v
da por cobrallo. El tiempo me dirá qué haga
que primero que caiga del todo, dará seña
como casa que se acuesta. Si te parece, m
dre, guardemos nuestras personas de peligro
hágase lo que se hiciere. Si la hubiere, h
gaño, si no, a otro, si no, nunca; que no h
cosa tan difícil de sufrir en sus principio
que el tiempo no la ablande y la haga con
portable. Ninguna llaga tanto se sintió, q
por luengo tiempo no aflojase su tormento
ni placer tan alegre fue que no lo amengü
su antigüedad. El mal y el bien, la prosp
ridad y adversidad, la gloria y pena, tod
pierde con el tiempo la fuerza de su acelerad
principio. Pues los casos de admiración, y v
nidos con gran deseo, tan presto como pasado
olvidados. Cada día vemos novedades, y l
oímos, y las pasamos, y dejamos atrás; dism
núyelas el tiempo, hácelas contingibles. ¿Q
tanto te maravillaría si dijesen, la tierra ten
bló, o otra semejante cosa, que no olvidas
luego? Así como helado está el río, el cieg
ve ya, muerto es tu padre, un rayo cayó, g
nada es Granada, el rey entra hoy, el turco

vencido, eclipse hay mañana, la puente es llevada, aquél es ya obispo, a Pedro robaron, Inés se ahorcó. ¿Qué me dirás sino que a tres días pasados o a la segunda vista no hay quien dello se maraville? Todo es así, todo pasa desta manera, todo se olvida, todo queda atrás. Pues así será este amor de mi amo: cuanto más fuere andando, tanto más disminuyendo; que la costumbre luenga amansa los dolores, afloja y deshace los deleites, desmengua las maravillas. Procuremos provecho, mientras pendiere la contienda; y si a pie enjuto la pudiéremos remediar, lo mejor, mejor es; y si no, poco a poco le soldaremos el reproche o menosprecio de Melibea contra él. Donde no, más vale que pene el amo que no que peligre el mozo.

CELESTINA

Bien has dicho; contigo estoy, agradado me has, no podemos errar. Pero todavía, hijo, es necesario que el buen procurador ponga de su casa algún trabajo, algunas fingidas razones, algunos sofísticos actos, ir y venir a juicio, aunque reciba malas palabras del juez; siquiera por los presentes que lo vieren, no digan que se gana holgando el salario; y así vernná cada uno a él con su pleito, y a Celestina con sus amores.

SEMPRONIO

Haz a tu voluntad, que no será éste el primer negocio que has tomado a cargo.

CELESTINA

¿El primero, hijo? Pocas vírgenes, a Dios gracias, has tú visto en esta ciudad, que hayan abierto tienda a vender, de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. En nacien-

do la muchacha, la hago escribir en mi registro; y esto para saber cuántas se me salen de la red. ¿Qué pensabas, Sempronio? ¿Habíame de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? ¿Tengo otra casa o viña? ¿Conócesme otra hacienda más de este oficio? ¿De qué como y bebo? ¿De qué visto y calzo? ¿En esta ciudad nacida, en ella criada, manteniendo honra, como todo el mundo sabe, conocida, pues, no soy? Quien no supiere mi nombre y mi casa, tenle por extranjero.

SEMPRONIO

Dime, madre, ¿qué pasaste con mi compañero Parmeno cuando subí con Calisto por el dinero?

CELESTINA

Díjele el sueño y la soltura, y cómo ganaría más con nuestra compañía que con las lisonjas que dice a su amo; cómo viviría siempre pobre y baldonado si no mudaba el consejo, que no se hiciese santo a tal perra vieja como yo; acordéle quién era su madre, porque no menospreciase mi oficio, porque queriendo de mí decir mal, tropezase primero con ella.

SEMPRONIO

¿Tantos días ha que le conoces, madre?

CELESTINA

Aquí está Celestina que le vido nacer y le ayudó a criar: su madre y yo, uña y carne. Della aprendí todo lo mejor que sé de mi oficio; juntas comíamos, juntas dormíamos, juntas habíamos nuestros solaces, nuestros placeres, nuestros consejos y conciertos; en casa y fuera, como dos hermanas; nunca blanca gané en que no tuviese su mitad; pero no vivía yo

engañada si mi fortuna quisiera que ella me durara. ¡Oh muerte, muerte! ¡A cuántos privas de agradable compañía! ¡A cuántos desconsuela tu enojosa visitación! Por uno que comes con tiempo, cortas mil en agraz. Que siendo ella viva no fueran estos mis pasos desacompañados. Buen siglo haya, que leal amiga y buena compañera me fue; que jamás me dejó hacer cosa en mi cabo, estando ella presente. Si yo traía el pan, ella la carne; si yo ponía la mesa, ella los manteles; no loca, no fantástica ni presuntuosa como las de ahora. En mi ánima, descubierta se iba hasta el cabo de la ciudad con su jarro en la mano, que en todo el camino no oía peor de: señora Claudina. Y a osadas que otra conocía peor el vino y cualquier mercaduría. Cuando pensaba que no era llegada, era de vuelta. Allá la convidaban, según el amor todos le tenían, que jamás volvía sin ocho o diez gustaduras, un azumbre en el jarro y otro en el cuerpo; así le fiaban dos o tres arrobas en veces, como sobre una taza de plata. Su palabra era prenda de oro en cuantos bodegones había; si íbamos por la calle, donde quiera que hubiésemos sed, entrábamos en la primera taberna, y luego mandaba echar medio azumbre para mojar la boca; mas a mi cargo que no le quitaron la toca por ello, sino cuanto la rayaban en su taja, y andar adelante. Si tal fuese ahora su hijo a mi cargo que tu amo quedase sin pluma y nosotros sin queja. Pero yo lo haré de mi hierro, si vivo; yo le contaré en el número de los míos.

SEMPRONIO

¿Cómo has pensado hacerlo, que es un traidor?

CELESTINA

A ese tal, dos alevosos; haréle ver a
sa; será de los nuestros. Darnos ha lu
tender las redes sin embarazo pór aquell
blas de Calisto.

SEMPRONIO

¿Pues crees que podrás alcanzar algo c
libea? ¿Hay algún buen ramo?

CELESTINA

No hay cirujano que a la primera cura
la herida; lo que yo al presente veo, te
Melibea es hermosa; Calisto loco y fran
a él penará gastar, ni a mí andar. Bulla
da, y dure el pleito lo que durare. To
puede el dinero: las peñas quebranta; lo
pasa en seco; no hay lugar tan alto, que
no cargado de oro no le suba. Su desa
ardor basta para perder a sí y ganar a
otros. Esto he sentido; esto he calado; e
dél y della, esto es lo que nos ha de a
char. A casa voy de Pleberio: quédate
que aunque esté brava Melibea, no es ésta
Dios ha placido, la primera a quien yo he
perder el cacarear. Cosquillosicas son
mas después que una vez consienten la s
el envés del lomo, nunca querrían holga
ellas queda el campo; muertas sí, cansada
si de noche caminan, nunca querrían que
neciese; maldicen los gallos porque an
el día, y al reloj porque da tan apriesa
quieren las cabrillas y el norte, haciéndo
trelleras. Ya cuando ven salir el lucero c
ba, quiéreseles salir el alma; su claridad
curece el corazón. Camino es, hijo, que
me harté de andar; nunca me vi cansa

aun así vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo: cuanto más éstas que hierven sin fuego. Cautívanse del primer abrazo, ruegan a quien rogó, penan por el penado, hácense siervas de quien eran señoras, dejan el mando y son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades, a los chirriadores quicios de las puertas hacen con aceites usar su oficio sin ruido. No te sabré decir lo mucho que obra en ellas aquel dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman. Son enemigas del medio, contino están posadas en los extremos.

SEMPRONIO

No te entiendo esos términos, madre.

CELESTINA

Digo, que la mujer o ama mucho aquel de quien es requerida, o le tiene mucho odio. Así que, si al querer despiden, no pueden tener las riendas al desamor; y con esto que sé cierto, voy más consolada a casa de Melibea que si en la mano la tuviese. Porque sé, que aunque al presente la ruegue, al fin me ha de rogar; aunque al principio me amenace, al cabo me ha de halagar. Aquí llevo un poco de hilado en esta mi faltriquera, con otros aparejos que conmigo siempre traigo, para tener causa de entrar, donde mucho no soy conocida, la primera vez; así como gorgueras, garvines, franjas, rodeos, tenazuelas, alcohol, albayalde y solimán, hasta agujas y alfileres. Que tal hay, que tal quiere; porque donde me tomare la voz, me halle apercibida para les echar cebo o requerir de la primera vista.

SEMPRONIO

Madre, mira bien lo que haces; porque cuan-

do el principio se yerra, no puede seguirse buen fin. Piensa en su padre, que es noble y esforzado, su madre celosa y brava, tú la misma sospecha. Melibea es única a ellos; faltándoles ella, fáltales todo el bien. En pensallo tiemblo: no vayas por lana y vengas sin pluma.

CELESTINA

¿Sin pluma, hijo?

SEMPRONIO

O emplumada, madre, que es peor.

CELESTINA

Alahé, en malhora, a ti yo he menester por compañero. ¿Aun si quisieses avisar a Celestina en su oficio? Pues cuando tú naciste ya comía yo pan con corteza. Para adalid eres tú bueno, cargado de agüeros y recelo.

SEMPRONIO

No te maravilles, madre, de mi temor; pues es común condición humana, que lo que mucho se desea, jamás se piensa ver concluído; mayormente que en este caso temo tu pena y mía. Deseo provecho, querría que este negocio hubiese buen fin; no porque saliese mi amo de pena, mas por salir yo de lacería. Y así miro más inconvenientes con mi poca experiencia, que no tú como maestra vieja.

ELICIA

Santiguarme quiero, Sempronio; quiero hacer una raya en el agua. ¿Qué novedad es esta, ¿venir hoy acá dos veces?

CELESTINA

Calla, boba, déjale, que otro pensamiento traemos en que más nos va. Dime, ¿está desocupada la casa? ¿Fuese la moza que esperaba al ministro?

ELICIA

Y aun después vino otra, y se fue...

CELESTINA

¿Sí, que no en balde?

ELICIA

No, en buena fe, ni Dios lo quiera; que aunque vino tarde, más vale a quien Dios ayuda, etcétera.

CELESTINA

Pues sube presto al sobrado alto de la solana, y baja acá el bote del aceite serpentino, que hallarás colgado del pedazo de la soga que traje del campo la otra noche cuando llovía y hacía oscuro; y abre el arca de los lienzos, y hacia la mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélago, debajo de aquel ala de drago, al que sacamos ayer las uñas. Mira no derrames el agua de mayo que me trajeron a confecionar.

ELICIA

Madre, no está donde dices; jamás te acuerdas cosa que guardes.

CELESTINA

No me castigues, por Dios, a mi vejez; no me maltrates, Elicia. No infinjas, porque está aquí Sempronio, ni te ensoberbezcas; que más me quiere a mí por consejera que a ti por amiga, aunque tú le ames mucho. Entra en la cámara de los ungüentos, y en la pelleja del gato negro, donde te mandé meter los ojos de la

loba, le hallarás, y baja la sangre del cabrón y unas poquitas de las barbas que tú le cortaste.

ELICIA

Toma, madre, veslo aquí; yo me subo y Sempronio arriba.

CELESTINA

Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos, que los hervientes étneos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos, y atormentador de las pecadoras ánimas; regidor de las tres furias, Tesífone, Megera y Aleto; administrador de todas las cosas negras del reino de Estigie y Dite, con todas sus lagunas y sombras infernales, y litigioso caos, mantenedor de las volantes arpías con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerzas de estas bermejas letras; por la sangre de aquella nocturna ave, con que están escritas; por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen; por la áspera ponzoña de las víboras, de que este aceite fue hecho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad, y en ello te envuelvas, y con ello estés sin un momento te partir, hasta que Melibea, con aparejada oportunidad que haya, lo compre; y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto más lo mirare, tanto más su corazón se ablande a conceder mi petición; y se le abras y lastimes de *crudo y fuerte* amor de Calisto, tanto que des-

pedida toda honestidad, se descubra a mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto hecho, pide y demanda de mí a tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternásme por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre; y otra vez y otra vez te conjuro. Y así confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo ya envuelto.

EL ACTO CUARTO

ARGUMENTO DEL CUARTO ACTO

Celestina andando por el camino habla consigo mis ma, hasta llegar a la puerta de Pleberio, dond halla a Lucrecia, criada de Pleberio. Pónese co: ella en razones. Sentida por Alisa, madre d Melibea, y sabido que es Celestina, hácela en trar en casa. Viene un mensajero a llamar a Alisa vase. Queda Celestina en casa con Melibea, y l descubre la causa de su venida.

LUCRECIA, CELESTINA, ALISA, MELIBEA

CELESTINA

Ahora que voy sola, quiero mirar bien lo qu Sempronio ha temido deste mi camino: porqu aquellas cosas que bien no son pensadas, aun que algunas veces hayan buen fin, comúnment crían desvariados efetos. Así que, la mucha es peculación nunca carece de buen fruto; qu aunque yo he disimulado con él, podría se que si me sintiesen estos pasos de parte de Me libea, que no pagase con pena que menor fue se que la vida, o muy amenguada quedase cuando matar no me quisiesen, manteándom o azotándome cruelmente. Pues amargas cie: monedas serían éstas. ¡Ay cuitada de mí! ¡E qué lazo me he metido, que por me mostr:

solícita y esforzada pongo mi persona al tablero! ¡Qué haré, cuitada, mezquina de mí, que ni el salir afuera es provechoso, ni la perseverancia carece de peligro! Pues ¿iré, o tornarme he? ¡Oh dudosa y dura perplejidad! No sé cuál escoja por más sano. En el osar, manifiesto peligro; en la cobardía, denostada pérdida. ¿Adónde irá el buey que no are? Cada camino descubre sus dañosos y hondos barrancos. Si con el hurto soy tomada, nunca de muerta o encorazada falto, a bien librar; si no voy, ¿qué dirá Sempronio? ¿Que todas estas eran mis fuerzas, saber y esfuerzo, ardid y ofrecimiento, astucia y solicitud? Y su amo Calisto ¿qué dirá, qué hará, qué pensará, sino que hay nuevo engaño en mis pisadas y que yo he descubierto la celada, por haber más provecho desta otra parte, como sofística prevaricadora? O si no se le ofrece pensamiento tan odioso, dará voces como loco; diráme en mi cara denuestos rabiosos; proporná mil inconvenientes, que mi deliberación presta le puso, diciendo: Tú, puta vieja, ¿por qué acrecentaste mis pasiones con tus promesas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes pies, para mí lengua; para todos obra, para mí palabra; para todos remedio, para mí pena; para todos esfuerzo, para mí te faltó; para todos luz, para mí tiniebla; pues, vieja traidora, ¿por qué te me ofreciste? Que tu ofrecimiento me puso esperanza, la esperanza dilató mi muerte, sostuvo mi vivir, púsome título de hombre alegre; pues no habiendo efecto, ni tú carecerás de pena, ni yo de triste desesperación. Pues ¡triste yo! Mal acá, mal acullá; pena en ambas partes. Cuando a los extremos falta el me-

lio, arrimarse el hombre al más sano es discreción... Más quiero ofender a Pleberio que mojar a Calisto. Ir quiero; que mayor es la vergüenza de quedar por cobarde, que la pena cumpliendo como osada lo que prometí; pues jamás al esfuerzo desayudó la fortuna. Ya veo su puerta; en mayores afrentas me he visto. Esfuerza, esfuerza, Celestina, no desmayes, que nunca faltan rogadores para mitigar las penas. Todos los agüeros se aderezan favorables, o yo no sé nada desta arte. Cuatro hombres que he topado, a los tres llaman Juanes, y los dos son cornudos. La primera palabra que oí por la calle, fue de achaques de amores. Nunca he tropezado, como otras veces. Las piedras parece que se apartan y me hacen lugar que pase, ni me estorban las haldas, ni siento cansancio en andar. Todos me saludan; ni perro me ha ladrado, ni ave negra he visto, tordo ni cuervo, ni otras nocturnas; y lo mejor de todo es que veo a Lucrecia a la puerta de Melibea. Prima es de Elicia: no me será contraria.

LUCRECIA

¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

CELESTINA

Paz sea en esta casa.

LUCRECIA

Celestina, madre, seas bien venida. ¿Cuál Dios te trajo por estos barrios no acostumbrados?

CELESTINA

Hija, mi amor; deseo de todos vosotro: traerte encomiendas de Elicia, y áun ver a t señoras vieja y moza; que después que n mudé al otro barrio, no han sido de mí visit das.

LUCRECIA

¿A eso sólo saliste de tu casa? Maravíllon de ti, que no es esa tu costumbre ni sueles d paso sin provecho.

CELESTINA

¿Más provecho quieres, boba, que cumpl hombre sus deseos? Y también como a las vi jas nunca nos fallecen necesidades, mayorme te a mí, que tengo de mantener hijas ajena ando a vender un poco de hilado.

LUCRECIA

Algo es lo que yo digo; en mi seso esto que nunca metes aguja sin sacar reja. Pe mi señora la vieja urdió una tela; tiene nec sidad dello, tú de venderlo. Entra y espe aquí, que no os desaverneis.

ALISA

¿Con quién hablas?

LUCRECIA

Señora, con aquella vieja de la cuchillad que solía vivir en las tenerías, a la cuesta d río.

ALISA

Ahora la conozco menos; si tú me das e

ender lo incógnito por lo menos conocido, es oger agua en cesto.

LUCRECIA

Jesús, señora, más conocida es esta vieja que a ruda. No sé cómo no tienes memoria de la ue empicotaron por hechicera, que vendía las nozas a los abades, y descasaba mil casados.

ALISA

¿Qué oficio tiene? Quizá por aquí la conoeré mejor.

LUCRECIA

Señora, perfuma tocas, hace solimán y otros reinta oficios; conoce mucho en yerbas, cura niños, y áun la llaman la vieja lapidaria.

ALISA

Todo eso dicho no me la da a conocer. Dime u nombre si le sabes.

LUCRECIA

¿Si le sé, señora? No hay niño ni viejo en oda la ciudad que no le sepa; ¿habíale yo le ignorar?

ALISA

Pues ¿por qué no le dices?

LUCRECIA

He vergüenza.

ALISA

Anda, boba, dile; no me indignes con tu ardanza.

LUCRECIA

Celestina, hablando con reverencia, es su ombre.

ALISA

¡Hi,hi, hi! ¡Mala landre te mate, si de risa uedo estar viendo el desamor que debes de

tener a esa vieja, que su nombre has vergüenza nombrar! Ya me voy recordando de ella... ¡Una buena pieza! No me digas más. Algo me vernà a pedir; di que suba.

LUCRECIA

Sube, tía.

CELESTINA

Señora buena, la gracia de Dios sea contigo y con la noble hija. Mis pasiones y enfermedades han impedido mi visitar tu casa, como era razón; mas Dios conoce mis limpias entrañas mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el querer de los corazones Así que, lo que mucho deseé, la necesidad me lo ha hecho cumplir. Con mis fortunas adversas otras, me sobrevino mengua de dinero; no supe mejor remedio que vender un poco de hilado, que para unas toquillas tenía allegado; supe de tu criada que tenías dello necesidad; aunque pobre, y no de la merced de Dios, veslo aquí, si dello y de mi te quieres servir.

ALISA

Vecina honrada, tu razón y ofrecimiento me mueven a compasión, y tanto que quisiera cierto más hallarme en tiempo de poder cumplir tu falta, que menguar tu tela. Lo dicho te agradezco; si el hilado es tal, serte ha bien pagado.

CELESTINA

¿Tal, señora? Tal sea mi vida y mi vejez y la de quien parte quisiere de mi jura. Delga-

do como el pelo de la cabeza, igual, recio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y aderezado. Vesle aquí en madejitas; tres monedas me daban ayer por la onza, así goce desta alma pecadora.

ALISA

Hija Melibea, quédese esta mujer honrada contigo, que ya me parece que es tarde para ir a visitar a mi hermana, su mujer de Cremes, que desde ayer no la he visto; y también que viene su paje a llamarme, que se le arreció de un rato acá el mal.

CELESTINA

Por aquí anda el diablo aparejando oportunidad, arreciando el mal a la otra. Ea, buen amigo, tener recio, ahora es mi tiempo o nunca. No la dejes, llévamela de aquí a quien digo.

ALISA

¿Qué dices, amiga?

CELESTINA

Señora, que maldito sea el diablo y mi pecado, porque en tal tiempo hubo de crecer el mal de tu hermana, que no habrá para nuestro negocio oportunidad. ¿Y qué mal es el suyo?

ALISA

Dolor de costado, y tal, que según del mozo supe que quedaba, temo no sea mortal. Ruega tú, vecina, por amor mío, en tus devociones, por su salud a Dios.

CELESTINA

Yo te prometo, señora, en yendo de aquí, me vaya por esos monesterios, donde tengo frailes

devotos míos, y les dé el mismo encargo que tú me das. Y demás desto, antes que me desayune dé cuatro vueltas a mis cuentas.

ALISA

Pues, Melibea, contenta a la vecina en todo lo que razón fuere darle por el hilado. Y tú, madre, perdóname, que otro día se verná en que más nos veamos.

CELESTINA

Señora, el perdón sobraría donde el yerro falta; de Dios seas perdonada, que buena compañía me queda. Dios la deje gozar su noble juventud y florida mocedad, que es el tiempo en que más placeres y mayores deleites se alcanzarán; que a la mi fe la vejez no es sino un mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo porvenir, vecina de la muerte, choza sin rama, que se llueve por cada parte, cayado de mimbre, que con poca carga se doblega.

MELIBEA

¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta eficacia gozar o ver desea?

CELESTINA

Desean harto mal para sí, desean harto trabajo: desean llegar allá, porque llegando viven, y el vivir es dulce, y viviendo envejecen. *Así que,* el niño desea ser mozo, y el mozo vie-

o, y el viejo más, aunque con dolor: todo por ivir; porque como dicen, viva la gallina con u pepita. Pero ¿quién te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, us cuidados, sus enfermedades, su frío, su alor, su descontentamiento, su rencilla, su peadumbre, aquel arrugar de cara, aquel mudar e cabellos, aquel poco oír, aquel debilitado er, puestos los ojos a la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel arecer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer? Pues ¡ay, ay, señora! si lo icho viene acompañado de pobreza, allí verás callar todos los otros trabajos, cuando sopra la gana y falta la provisión; que jamás sentí peor ahito, que de hambre.

MELIBEA

Bien conozco que dice cada uno de la feria según le va en ella; así que otra canción cantarán los ricos.

CELESTINA

Señora, hija, a cada cabo hay tres leguas de mal quebranto. A los ricos se les va la bienaventuranza, la gloria y descanso por otros alpañares de asechanzas, que no se parecen, ladrillados por encima con lisonjas. Aquel es rico que está bien con Dios; más segura cosa es ser menospreciado, que temido; mejor sueño duerme el pobre, que no el que tiene de guardar con solicitud lo que con trabajo ganó, y con dolor ha de dejar. Mi amigo no será simulado, y el del rico sí; yo soy querida por mi persona, el rico por su hacienda; nunca oye verdad, todos le hablan lisonjas a sabor de su paladar, todos le han envidia; apenas halla-

rás un rico que no confiese que le sería mejo estar en mediano estado, o en honesta pobre za. Las riquezas no hacen rico, mas ocupado no hacen señor, mas mayordomo; más son lo poseídos por las riquezas, que no los que la poseen; a muchos trajo la muerte, a todos qui ta el placer, y a las buenas costumbres ningu na cosa es más contraria. ¿No oíste decir durmieron su sueño los varones de las riquezas y ninguna cosa hallaron en sus manos? Cad rico tiene una docena de hijos y nietos que n rezan otra oración, no otra petición, sino roga a Dios que le saque denmedio dellos; no ven l hora de tener a él so la tierra y lo suyo entr sus manos, y darle a poca costa su morada para siempre.

MELIBEA

Madre, pues que así es, gran pena ternás po la edad que perdiste. ¿Querrías volver a l primera?

CELESTINA

Loco es, señora, el caminante que, enojad del trabajo del día, quisiese volver de comienzo la jornada para tornar otra vez a aque lugar. Que todas aquellas cosas cuya posesió no es agradable, más vale poseellas que esperallas; porque más cerca está el fin dellas cuanto más andado del comienzo. No hay cos más dulce ni graciosa al muy cansado, que e mesón; así que, aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea, porque e que de razón y seso caresce, casi otra cosa n ama sino lo que perdió.

MELIBEA

Siquiera por vivir más, es bueno desear l *que digo.*

CELESTINA

Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero. Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir. Así que, en esto, poca ventaja nos lleváis.

MELIBEA

Espantada me tienes con lo que has hablado; indicio me dan tus razones que te haya visto otro tiempo. Dime, madre, ¿eres tú Celestina, la que solía morar a las tenerías, cabe el río?

CELESTINA

Hasta que Dios quiera.

MELIBEA

Vieja te has parado; bien dicen que los días no se van en balde. Así goce de mí, no te conociera sino por esa señaleja de la cara. Figúraseme que eras hermosa. Otra pareces: muy mudada estás.

LUCRECIA

¡Hi, hi, hi! Mudada está el diablo: ¿hermosa era con aquel su Dios os salve que atraviesa la media cara?

MELIBEA

¿Qué hablas, loca? ¿Qué es lo que dices? ¿De qué te ríes?

LUCRECIA

De cómo no conocías a la madre en tan poco tiempo en la filosomía de la cara.

MELIBEA

No es tan poco tiempo dos años; y más que la tiene arrugada.

CELESTINA

Señora, ten tú el tiempo que no ande; terné yo mi forma que no se mude. ¿No has leído

que dicen: verná el día que en el esp
te conozcas? Pero también yo encanec
prano, y parezco de doblada edad: q
goce desta alma pecadora, y tú dese
gracioso, que de cuatro hijas que parió r
dre, yo fui la menor. Mira cómo no soy
como me juzgan.

MELIBEA

Celestina amiga, yo he holgado mucho
te y conocerte; también hasme dado plac
tus razones. Toma tu dinero y vete con
que me parece que no debes haber comi

CELESTINA

¡Oh angélica imagen, oh perla prec
cómo te lo dices! Gozo me toma en ve
blar. ¿Y no sabes que por la divina bo
dicho contra aquel infernal tentador,
de sólo pan viviremos? Pues así es, que
sólo comer mantiene; mayormente a n
me suelo estar uno y dos días negocian
comiendas ajenas ayuna, salvo hacer p
buenos, morir por ellos. Esto tuve si
querer más trabajar sirviendo a otros, q
gar contentando a mí. Pues si tú me das
cia, direte la necesitada causa de mi ve
que es otra que la que hasta agora ha
y tal que todos perderíamos en me tor
balde sin que la sepas.

MELIBEA

Di, madre, todas tus necesidades, que
las pudiere remediar, de muy buen grado
ré por el pasado conocimiento y vecind
pone obligación a los buenos.

CELESTINA

¿Mías, señora? Antes ajenas, como te

cho; que las mías de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo, que con mi pobreza jamás me faltó, a Dios gracias, una blanca para pan y un cuarto para vino, después que enviudé; que antes no tenía yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba un cuero en mi casa, y uno lleno y otro vacío. Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tras cada sopa. Ahora, como todo cuelga de mí en un jarrillo malpegado me lo traen que no cabe dos azumbres; seis veces al día tengo de salir por mi pecado con mis canas acuestas a le henchir a la taberna. Mas no muera yo muerte, hasta que me vea con un cuero o tinajica de mis puertas adentro; que en mi ánima no hay otra provisión, que como dicen: pan y vino anda camino, que no mozo garrido: Así que, donde no hay varón, todo bien fallece: con mal está el uso, cuando la barba no anda de suso. Ha venido esto, señora, por lo que decía de las ajenas necesidades y no mías.

MELIBEA

Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

CELESTINA

Doncella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía a te lo decir. Yo dejo un enfermo a la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida que le lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha devoción tiene en tu gentileza.

MELIBEA

Vieja honrada, no te entiendo, si más no declaras tu demanda. Por una parte me alteras y provocas a enojo; por otra me mueves a compasión. No te sabría volver respuesta conveniente, según lo poco que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa, si de mi palabra hay necesidad para salud de algún cristiano. Porque hacer beneficio es semejar a Dios: y el que le da le recibe, cuando a persona digna dél le hace. Y demás desto, dicen que el que pueda sanar al que padece, no lo haciendo, le mata. Así que, no ceses tu petición por empacho ni temor.

CELESTINA

El temor perdí, mirando, señora, tu beldad; que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos más perfectos que otros, más dotados de gracias, más hermosas faciones, sino para hacerlos almacén de virtudes, de misericordia, de compasión; ministros de sus mercedes y dádivas, como a ti, y pues como todos seamos humanos, nacidos para morir, sea cierto que no se puede decir nacido el que para sí solo nació; porque sería semejante a los brutos animales, en los cuales aun hay algunos piadosos, como se dice del unicornio, que se humilla a cualquier doncella; el perro, con todo su ímpetu y braveza, cuando viene a morder, si se echan en el suelo, no hace mal; esto de piedad. ¿Pues las aves? Ninguna cosa el gallo come que no participe y llame las gallinas a comer dello; el pelícano rompe el pecho por dar a sus hijos a comer de sus entrañas; las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo a sus padres viejos en el nido, cuanto ellos les dieron cebo

endo pollitos. Pues tal conocimiento dio la atura a los animales y aves, ¿por qué los hom-res habemos de ser más crueles? ¿Por qué o daremos parte de nuestras gracias y perso-as a los prójimos, mayormente cuando están nvueltos en secretas enfermedades, y tales que onde está la medicina salió la causa de la en-ermedad?

MELIBEA

Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es se doliente, que de mal tan perplejo se siente, ue su pasión y remedio salen de una misma uente.

CELESTINA

Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentil hombre, de clara angre, que llaman Calisto.

MELIBEA

¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más; no pases adelante. ¿Es ese el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda? ¿por quien has venido a buscar la muerte para ti? ¿por quien has dado tan dañosos pasos, desver-gonzada, barbuda? ¿Qué siente ese perdido, que con tanta pasión vienes? De locura será su mal. ¿Qué te parece? ¡Si me hallaras sin sospecha de ese loco con qué palabras me entrabas! No se dice en vano que el más empecible miem-bro del mal hombre o mujer es la lengua. Que-mada seas, alcahueta, falsa, hechicera, enemi-ga de honestad, causadora de secretos yerros. ¡Jesú, Jesú! ¡quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dejado gota de san-gre en el cuerpo! Bien se lo merece esto y *más quien a estas tales* da oídos. Por cierto si

no mirase a mi honestidad, y por no publi
su osadía dese atrevido, yo te hiciera, malva
que tu razón y vida acabaran en un tiempo.

CELESTINA

En hora mala acá vine, si me falta mi co
juro. Ea pues, bien sé a quien digo. Ce, h
mano, que se va todo a perder.

MELIBEA

¿Aun hablas entre dientes delante mí, p
acrecentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Q
rrías condenar mi honestidad por dar vida a
loco, dejar a mí triste por alegrar a él, y lle
tú el provecho de mi perdición, el galardón
mi yerro? ¿perder y destruir la casa y la ho
de mi padre, por ganar la de una vieja mald
como tú? ¿Piensas que no tengo sentidas
pisadas, y entendido tu dañado mensaje? P
yo te certifico que las albricias que de aquí
ques no sean sino estorbarte de más ofende
Dios, dando fin a tus días. Respóndeme, traic
ra, ¿cómo osaste tanto hacer?

CELESTINA

Tu temor, señora, tiene ocupada mi descul
Mi inocencia me da osadía, tu presencia me t
ba en verla irada; y lo que más siento y me
na es recibir enojo sin razón ninguna. Por Di
señora, que me dejes concluir mi dicho, q
ni él quedará culpado, ni yo condenada; y
rás cómo es todo más servicio de Dios, q
pasos deshonestos; más para dar salud al e
fermo, que para dañar la fama al médico.
pensara, señora, que tan de ligero habías
conjeturar de lo pasado nocibles sospech
no bastara tu licencia para me dar osadía a h

blar en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocase.

MELIBEA

¡Jesú! No oiga yo mentar más ese loco, saltaparedes, fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintado; si no, aquí me caeré muerta. Este es el que el otro día me vido y comenzó a desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galán. Dirásle, buena vieja, que si pensó que yo era todo suyo y quedaba por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dejarle por loco, que publicar su grande atrevimiento. Pues avísale que se aparte deste propósito, y serle ha sano; si no, podrá ser que no haya comprado tan cara habla en su vida. Pues sabe que no es vencido sino el que se cree serlo, y yo quedé bien segura y él ufano. De los locos es estimar a todos los otros de su calidad; y tú tórnate con su misma razón, que respuesta de mí otra no habrás, ni la esperes; que por demás es ruego a quien no puede haber misericordia; y da gracias a Dios, pues tan libre vas desta feria. Bien me habían dicho quien tú eras, y avisado de tus propiedades, aunque ahora no te conocía.

CELESTINA

Más fuerte estaba Troya, y áun otras más bravas he yo amansado; ninguna tempestad mucho dura.

MELIBEA

¿Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oír. ¿Tienes disculpa alguna para satisfacer mi enojo, y excusar tu yerro y osadía?

CELESTINA

Mientras viviere tu ira, más dañará mi des-

cargo, que estás muy rigurosa; y no me maravillo, que la sangre nueva poca calor ha menester para hervir.

MELIBEA

¿Poca calor? Poco lo puedes llamar, pues quedaste tú viva, y yo quejosa sobre tan gran atrevimiento. ¿Qué palabra podías tú querer para ese tal hombre que a mí bien me estuviese? Responde, pues dices que no has concluído: quizá pagarás lo pasado.

CELESTINA

Una oración, señora, que le dijeron que sabías de Santa Polonia para el dolor de las muelas; asimismo tu cordón, que es fama que ha tocado todas las reliquias que hay en Roma y Jerusalén. Aquel caballero que dije, pena y muere dellas. Esta fue mi venida; pero pues en mi dicha estaba tu airada respuesta, padézcase él su dolor, en pago de buscar tan desdichada mensajera; que pues en tu mucha virtud me faltó piedad, también me faltará agua si a la mar me enviara. Pero ya sabes que el deleite de la venganza dura un momento, y el de la misericordia para siempre.

MELIBEA

Si eso querías, ¿por qué luego no me lo expresaste? ¿Por qué me lo dijiste en tan pocas palabras?

CELESTINA

Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer, que aunque en menos lo propusiera, no se había de sospechar mal; que si faltó el debido preámbulo, fue porque la verdad no es necesario abundar de muchas colores. Compasión

de su dolor, confianza de tu magnificencia, ahogaron en mi boca al principio la expresión de la causa; y pues conoces, señora, que el dolor turba, la turbación demanda y altera la lengua, la cual había de estar siempre atada con el seso, por Dios, que no me culpes. Y si él otro yerro ha hecho, no redunde en mi daño; pues no tengo otra culpa sino ser mensajera del culpado. No quiebre la soga por lo más delgado; no seas la telaraña, que no muestra su fuerza sino contra los flacos animales; no paguen justos por pecadores. Imita la divina justicia, que dijo: el ánima que pecare, aquella misma muera; a la humana, que jamás condena al padre por el delito del hijo, ni al hijo por el del padre. Ni es, señora, razón que su atrevimiento acarree mi perdición, aunque, según su merecimiento, no ternía en mucho que fuese él el delincuente, y yo la condenada; que no es otro mi oficio, sino servir a los semejantes. Desto vivo y desto me arreo. Nunca fue mi voluntad enojar a unos por agradar a otros, aunque hayan dicho a tu merced en mi ausencia otra cosa. Al fin, señora, a la firme verdad el viento del vulgo no la empece. Una sola soy en este limpio trato; en toda la ciudad pocos tengo descontentos; con todos cumplo los que algo me mandan, como si tuviese veinte pies y otras tantas manos.

MELIBEA

No me maravillo, que un solo maestro de vicios dicen que basta para corromper un pueblo. Por cierto, tantos y tales loores me han dicho de tus falsas mañas, que no sé si crea que pedías oración.

CELESTINA

Nunca yo la rece y si la rezare no sea oída, si otra cosa de mí se saque, aunque mil tormentos me diesen.

LUCRECIA

Mi pasada alteración me impide a reír de tu desculpa; que bien sé que ni juramento ni tormento te torcerá a decir verdad, que no es en tu mano.

CELESTINA

Eres mi señora; téngote de callar, hete yo de servir, hasme tú de mandar; tu mala palabra será víspera de una saya.

MELIBEA

Bien la has merecido.

CELESTINA

Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intención.

MELIBEA

Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces creer lo que puede ser. Quiero, pues, en tu dudosa desculpa tener la sustancia en peso, y no disponer de tu demanda al sabor de ligera interpretación. No tengas en mucho, ni te maravilles de mi pasado sentimiento, porque concurrieron dos cosas en tu habla que cualquiera dellas era bastante para me sacar de seso. Nombrarme ese tu caballero, que conmigo se atrevió a hablar, y también pedirme palabra sin más causa, que no se podía sospechar sino daño para mi honra. Pero pues todo viene de buena parte, de lo pasado haya perdón; que en alguna manera es aliviado mi corazón viendo que es obra pía y santa sanar los pasionados y enfermos.

CELESTINA

Y tal enfermo, señora. Por Dios, si bien le conocieses, no le juzgases por el que has dicho y mostrado con tu ira. En Dios y en mi alma, no tiene hiel; gracias dos mil; en franqueza, Alexandre; en esfuerzo, Héctor; gesto de un rey; gracioso, alegre; jamás reina en él tristeza; de noble sangre, como sabes; gran justador; pues verlo armado, un San Jorge; fuerza y esfuerzo, no tuvo Hércules tanta; la presencia y faciones, disposición, desenvoltura, otra lengua había menester para las contar; todo junto semeja ángel del cielo. Por fe tengo que no era tan hermoso aquel gentil Narciso, que se enamoró de su propia figura, cuando se vido en las aguas de la fuente. Ahora, señora, tiénele derribado una sola muela que jamás cesa de quejar.

MELIBEA

¿Y qué tanto tiempo ha?

CELESTINA

Podrá ser, señora, de veinte y tres años; que aquí está Celestina que le vido nacer, y le tomó a los pies de su madre.

MELIBEA

Ni te pregunto eso, ni tengo necesidad de saber su edad, sino qué tanto ha que tiene el mal.

CELESTINA

Señora, ocho días, que parece que ha un año en su flaqueza; y el mayor remedio que tiene es tomar una vihuela, y tañe tantas canciones y tan lastimeras, que no creo que fueron otras las que compuso aquel emperador y *gran músico* Adriano, de la partida del ani-

ma, por sufrir sin desmayo la ya vecina mu te. Que aunque yo sé poco de música, par que hace aquella vihuela hablar. Pues si a so canta, de mejor gana se paran las aves a oír, que no a aquel antico, de quien se dice movía los árboles y piedras con su canto. Si do este nacido, no alabaran a Orfeo. ¡M señora, si una pobre vieja como yo, si se llará dichosa en dar la vida a quien tales g cias tiene! Ninguna mujer le ve, que no al a Dios, que así le pintó; pues si le habla a so, no es más señora de sí de lo que él or na. Y pues tanta razón tengo, juzga, señ por bueno mi propósito, mis pasos saludal y vacíos de sospecha.

MELIBEA

¡Oh, cuánto me pesa con la falta de mi ciencia! Porque siendo él ignorante y tú i cente, habéis padecido las alteraciones de airada lengua. Pero la mucha razón me reli de culpa, la cual tu habla sospechosa cau En pago de tu buen sufrimiento, quiero cu plir tu demanda, y darte luego mi cordón; porque para escribir la oración no habrá tie po sin que venga mi madre, si esto no bast ven mañana por ella muy secretamente.

LUCRECIA

Ya, ya. Perdida es mi ama. ¿Secretame quiere que venga Celestina? Fraude h más le querrá dar que lo dicho.

MELIBEA

¿Qué dices, Lucrecia?

LUCRECIA

Señora, que baste lo dicho, que es tar

MELIBEA

Pues, madre, no le des parte de lo que pasó a ese caballero, porque no me tenga por cruel, o arrebatada, o deshonesta.

LUCRECIA

No miento yo, que mal va este hecho.

CELESTINA

Mucho me maravillo, señora Melibea, de la duda que tienes de mi secreto. No temas, que todo lo sé sufrir y encubrir; que bien veo que tu mucha sospecha echó, como suele, mis razones a la más triste parte. Yo voy con tu cordón tan alegre, que se me figura que está diciéndole allá su corazón la merced que nos hiciste, y que lo tengo de hallar aliviado.

MELIBEA

Más haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo sufrido.

CELESTINA

Más será menester, y más harás, y aunque no se te agradezca.

MELIBEA

¿Qué dices, madre, de agradecer?

CELESTINA

Digo, señora, que todos lo agradecemos y serviremos, y todos quedamos obligados, que la paga más cierta es, cuando más la tienen de cumplir.

LUCRECIA

Trastócame esas palabras.

CELESTINA

Hija, Lucrecia, ce: irás a casa, y darte he una lejía con que pares esos cabellos más que oro. No lo digas a tu señora. Y aun darte

he unos polvos para quitarte ese olor de la boca, que te huele un poco, que en el reino no los sabe hacer otra sino yo; y no hay cosa que peor en la mujer parezca.

LUCRECIA

¡Oh! Dios te dé buena vejez, que más necesidad tenía de todo eso que de comer.

CELESTINA

Pues ¿por qué murmuras contra mí, loquilla? Calla, que no sabes si me habrás menester en cosa de más importancia. No provoques a ira a tu señora más de lo que ella ha estado; déjame ir en paz.

MELIBEA

¿Qué le dices, madre?

CELESTINA

Señora, acá nos entendemos.

MELIBEA

Dímelo, que me enojo cuando yo presente se habla cosa de que no haya parte.

CELESTINA

Señora, que te acuerde la oración, para que la mandes escribir, y que aprenda de mí a tener mesura en el tiempo de tu ira, en la cual yo usé lo que se dice: que del airado es de apartar por poco tiempo, del enemigo por mucho. Pues tú, señora, tenías ira con lo que sospechaste de mis palabras, no enemistad; porque aunque fuera las que tú pensabas, en sí no eran malas; que cada día hay hombres penados por mujeres, y mujeres por hombres, y esto obra la natura, y la natura ordenóla Dios, y Dios no hizo cosa mala. Y así quedaba *mi demanda* como quiera que fuese en sí loa-

ble, pues de tal tronco procede, y yo libre de pena. Más razones destas te diría, sino porque la prolijidad es enojosa al que oye y dañosa al que habla.

MELIBEA

En todo has tenido buen tiento, así en el poco hablar en mi enojo, como el mucho sufrir.

CELESTINA

Señora, sufríte con temor, porque te airaste con razón. Porque con la ira morando poder, no es sino rayo; y por esto pasé tu rigurosa habla hasta que tu almacén hubiese gastado.

MELIBEA

En cargo te es ese caballero.

CELESTINA

Señora, más merece; y si algo con mi ruego para él he alcanzado, con la tardanza lo he dañado. Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIBEA

Mientras más aína la hubieras pedido, más de grado la hubieras recaudado. Ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traído provecho, ni de tu ida me puede venir daño.

EL ACTO QUINTO

ARGUMENTO DEL QUINTO ACTO

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle hablando consigo misma entre dientes. Llegada a su casa, halló a Sempronio que la aguardaba. Ambos van hablando hasta llegar a su casa de Calisto, y, vistos por Parmeno, cuéntalo a Calisto su amo, el cual le manda abrir la puerta.

CALISTO, PARMENO, SEMPRONIO, CELESTINA

CELESTINA

¡Oh rigurosos trances! ¡oh cruda osadía! ¡oh gran sufrimiento! ¡Y qué tan cercana estuve de la muerte, si mi mucha astucia no rigiera con el tiempo las velas de la petición! ¡Oh amenazas de doncella brava! ¡oh airada doncella! ¡oh diablo a quien yo conjuré, cómo cumpliste palabra en todo lo que te pedí! En cargo te soy. Así amansaste la cruel hembra con tu poder, y diste tan oportuno lugar a mi habla cuanto quise, con la ausencia de su madre. ¡Oh vieja Celestina! ¿vas alegre? Sábete que la mitad está hecha, cuando tienen buen principio las cosas. ¡Oh serpentino aceite, oh blanco hilado! ¡cómo os aparejastes todos en mi favor! ¡Oh! yo rompiera todos mis

atamientos hechos y por hacer, ni creyera en yerbas, ni piedras, ni en palabras. Pues alégrate, vieja, que más sacarás deste pleito, que de quince virgos que renovaras. ¡Oh, malditas haldas, prolijas y largas; cómo me estorbáis de llegar adonde han de reposar mis nuevas! ¡Oh buena fortuna, cómo ayudas a los osados, y a los tímidos eres contraria! Nunca huyendo huye la muerte al cobarde. ¡Oh cuántas erraran en lo que yo he acertado! ¿Qué hicieran en tan fuerte estrecho estas nuevas maestras de mi oficio, sino responder algo a Melibea, por donde se perdiera cuanto yo con buen callar he ganado? Por esto dicen: quien las sabe las tañe; y que es más cierto médico el experimentado que el letrado; y la experiencia y escarmiento hace los hombres arteros; y la vieja como yo, que alce sus faldas al pasar del vado como maestra. ¡Ay, cordón, cordón! Yo te haré traer por fuerza, si vivo, a la que no quiso darme su buena habla de grado.

SEMPRONIO

O yo no veo bien, o aquella es Celestina. ¡Válala el diablo, qué haldear que trae! Parlando viene entre dientes.

CELESTINA

¿De qué te santiguas, Sempronio? Creo que en verme.

SEMPRONIO

Yo te lo diré: la rareza de las cosas es madre de la admiración; la admiración concebi-

los ojos, desciende al ánimo por ellos; no es forzado descubrillo por estas ex- ; señales. ¿Quién jamás te vido por la ıbajada la cabeza, puestos los ojos en el y no mirar a ninguno como ahora? te vido hablar entre dientes por las ca- venir aguijando, como quien va a ga- ıeficio? Cata, que todo esto novedad es : maravillar quien te conoce. Pero, esto dime por Dios, con qué vienes. Dime mos hijo o hija; que desde que dio la espero aquí, y no he sentido mejor se- : tu tardanza.

CELESTINA

, esa regla de bobos no es siempre cier- otra hora me pudiera más tardar y de- las narices, y otras dos, narices y len- así que, mientras más tardase más caro tase.

SEMPRONIO

amor mío, madre, no pases de aquí sin contar.

CELESTINA

pronio amigo, ni yo me podría parar, ni .r es aparejado. Vente conmigo delante , oirás maravillas; que será desflorar bajada comunicándola con muchos. De a quiero que sepa lo que se ha hecho, nque hayas de haber alguna partecilla ›vecho, quiero yo todas las gracias del .

SEMPRONIO

·tecilla, Celestina? Mal me parece eso :es.

CELESTINA

Calla, loquillo, que parte o partecilla, cuanto tú quisieres te daré. Todo lo mío es tuyo. Gocémonos y aprovechémonos, que sobre el partir nunca reñiremos. Y también sabes tú cuánta más necesidad tienen los viejos que los mozos, mayormente tú que vas a mesa puesta.

SEMPRONIO

Otras cosas he menester más de comer.

CELESTINA

¿Qué, hijo? Una docena de agujetas, un torce para el bonete y un arco para andar de casa en casa tirando a pájaros, y aojando pájaras a las ventanas: muchachas digo, bobo, de las que no saben volar, que bien me entiendes. Que no hay mejor alcahuete para ellas que un arco, que se puede entrar cada uno hecho mostrenco, como dicen en achaque de trama, etc. Mas ¡ay, Sempronio, de quien tiene de mantener honra, y se va haciendo vieja como yo!

SEMPRONIO

¡Oh lisonjera vieja, o vieja llena de mal! ¡Oh codiciosa y avarienta garganta! También quiere a mí engañar como a mi amo, por ser rica. Pues mala medra tiene; no le arriendo la ganancia: que quien con modo torpe sube en alto, más presto cae que sube. ¡Oh, qué mala cosa es de conocer el hombre! Bien dicen que ninguna mercaduría ni animal es tan difícil. Mala vieja, falsa es ésta, el diablo me metió con ella; más seguro me fuera huir desta venenosa víbora que tomalla. Mía fue la culpa; pero gane harto, que por bien o mal no negará la promesa.

CELESTINA

¿Qué dices, Sempronio? ¿con quién ha-
as? ¿Viénesme royendo las haldas? ¿por qué
aguijas?

SEMPRONIO

Lo que vengo diciendo, madre Celestina, es
e no me maravillo que seas mudable, que
gas el camino de las muchas. Dicho me ha-
as que diferirías este negocio; ahora vas sin
so por decir a Calisto cuanto pasa. ¿No sa-
s que aquello es en algo tenido, que es por
mpo deseado, y que cada día que él penase
a doblarnos el provecho?

CELESTINA

El propósito muda el sabio; el necio per-
vera. A nuevo negocio, nuevo consejo se re-
iere. No pensé yo, hijo Sempronio, que así
e respondería mi buena fortuna. De los dis-
etos mensajeros es hacer lo que el tiempo
iere; así que, la calidad de lo hecho no pue-
encubrir tiempo disimulado. Y más que yo
que tu amo, según lo que dél sentí, es liberal
algo antojadizo; más dará en un día de buenas
evas, que en ciento que ande penado, y yo
ndo y viniendo; que los acelerados y súbi-
s placeres crían alteración, la mucha altera-
ón estorba el deliberar. Pues ¿en qué po-
á parar el bien sino en bien, y el alto men-
je sino en luengas albricias? Calla, bobo,
ja hacer a tu vieja.

SEMPRONIO

Pues dime lo que pasó con aquella gentil
ncella; dime alguna palabra de su boca;
e por Dios así peno por sabella, como mi
o penaría.

CELESTINA

¡Calla, loco, altérasete la complexión! Ya lo veo en ti, que querrías más estar al sabor que al olor deste negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardanza.

SEMPRONIO

Y áun sin ella se lo está.

PARMENO

Señor, señor.

CALISTO

¿Qué quieres, loco?

PARMENO

A Sempronio y a Celestina veo venir cerca de casa, haciendo paradillas de rato en rato, y cuando están quedos, hace rayas en el suelo con la espada; no sé qué sea.

CALISTO

¡Oh desvariado, negligente! Veslos venir ¿no puedes corriendo bajar a abrir la puerta? ¡Oh alto Dios! ¡Oh soberana deidad! ¿Con qué vienen? ¿Qué nuevas traen? Que tan grande ha sido su tardanza, que ya más esperaba su venida, que el fin de mi remedio. ¡Oh, mis tristes oídos, aparejados a lo que os viniere, que en su boca de Celestina está agora aposentado el alivio o pena de mi corazón! ¡Oh, si en sueños se pasase este poco de tiempo hasta ver el principio y fin de su habla! Ahora tengo por cierto, que es más penoso al delincuente esperar la cruda y capital senten-

que el acto de la ya sabida muerte. ¡Oh
:ioso Parmeno, manos de muerto! Quita
sa enojosa aldaba, entrará esa honrada
a, en cuya lengua está mi vida.

CELESTINA

'yes, Sempronio? De otro temple anda
ro amo. Bien difieren estas razones de
ue oímos a Parmeno y a él la primera
a; de mal en bien me parece que va.
ay palabra de las que dice, que no vale a
:ja Celestina más que una saya.

SEMPRONIO

es mira que entrando hagas que no ves a
:o, y hables algo bueno.

CELESTINA

lla, Sempronio, que aunque haya aven-
o mi vida, más merece Calisto y su rue-
tuyo, y más mercedes espero yo dél.

EL ACTO SEXTO

ARGUMENTO DEL SEXTO ACTO

Entrada Celestina en casa de Calisto, con grande afición y deseo Calisto le pregunta de lo que le ha acontecido con Melibea. Mientras ellos están hablando, Parmeno, oyendo hablar a Celestina de su parte, contra Sempronio a cada razón le pone un mote; reprendiéndolo Sempronio. En fin, la vieja Celestina le descubre todo lo negociado, y un cordón de Melibea; y, despedida de Calisto, vase para su casa, y con ella Parmeno.

CALISTO, CELESTINA, PARMENO, SEMPRONIO

CALISTO

¿Qué dices, señora y madre mía?

CELESTINA

¡Oh mi señor Calisto! ¿Y aquí estás? ¡Oh mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea, y con mucha razón! ¿Con qué pagarás a la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cuál mujer jamás se vido en tan estrecha afrenta como yo, que en tornallo a pensar se me menguan y vacian todas las venas de mi cuerpo de sangre? Mi vida diera por menor precio que ahora daría este manto raído y viejo.

PARMENO

Tú dirás lo tuyo: entre col y col lechuga. Subido has un escalón, más adelante te espero a la saya. Todo para ti, y no nada de que puedas dar parte. Pelechar quiere la vieja. Tú me sacarás a mí verdadero y a mi amo loco. No le pierdas palabra, Sempronio, y verás como no quiere pedir dinero, porque es divisible.

SEMPRONIO

Calla, hombre desesperado, que te matará Calisto si te oye.

CALISTO

Madre mía, abrevia tu razón, o toma esta espada y mátame.

PARMENO

Temblando está el diablo como azogado; no se puede tener en sus pies; su lengua le querría prestar para que hablase presto, no es mucha su vida; luto habremos de medrar desto amores.

CELESTINA

¿Espada, señor, o qué? Espada mala mata a tus enemigos y a quien mal te quiere; que yo la vida te quiero dar con buena esperanza que traigo de aquella que tú más amas.

CALISTO

¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA

Buena se puede decir, pues queda abierta puerta para mi tornada, y antes me recibirá mí con esta saya rota, que a otro con seda brocado.

PARMENO

Sempronio, cóseme esta boca, que no lo
ıedo sufrir; encajado ha la saya.

SEMPRONIO

¿Callarás, por Dios, o te echaré dende con
diablo? Que si anda rodeando su vestido,
ce bien, pues tiene dello necesidad; que el
ad de do canta de allí se viste.

PARMENO

Y áun viste como canta; y esta puta vieja
ɜrría en un día por tres pasos desechar to-
el pelo malo, cuanto en cincuenta años no
podido medrar.

SEMPRONIO

¿Todo eso es lo que te castigó, y el conocí-
ɜnto que os teníades y lo que te crió?

PARMENO

Bien sufriré yo que pida y pele; pero no
lo para su provecho.

SEMPRONIO

No tiene otra tacha sino ser codiciosa; pero
ıala; barde sus paredes, que después bar-
rá las nuestras, o en mal punto nos cono-
.

CALISTO

Dime, por Dios, señora ¿qué hacía? ¿cómo
:raste? ¿qué tenía vestido? ¿a qué parte de
ɜa estaba? ¿qué cara te mostró al princi-
ı?

CELESTINA

Aquella cara, señor, que suelen los bravos
·os mostrar contra los que lanzan las agu-
s flechas en el coso; la que los monteses
ercos contra los sabuesos que mucho los
uejan.

CALISTO

¿Y a éstas llamas señales de salud? Pues ¿cuáles serían mortales? No por cierto la misma muerte; que aquélla alivio sería en tal caso deste mi tormento, que es mayor y duele más.

SEMPRONIO

¿Estos son los fuegos pasados de mi amo? ¿qué es esto? ¿No tenía este hombre sufrimiento para oír lo que siempre ha deseado?

PARMENO

¡Y que calle yo, Sempronio! Pues si nuestro amo te oye, también te castigará a ti como a mí.

SEMPRONIO

¡Oh mal fuego te abrase! Que tú hablas en daño de todos, y yo a ninguno ofendo. ¡Oh intolerable pestilencia y mortal te consumarijoso, envidioso, maldito! ¿Toda esta es la amistad que con Celestina y conmigo había concertado? Véte de aquí a mala ventura.

CALISTO

Si no quieres, reina y señora mía, que desespere y vaya mi ánima condenada a perpetua pena, oyendo esas cosas, certifícame brevemente si no hubo buen fin tu demanda gloriosa, y la cruda y rigurosa muestra de aquegesto angélico y matador, pues todo eso más es señal de odio que de amor.

CELESTINA

La mayor gloria que al secreto oficio de la abeja se da, a la cual los discretos deben imitar, es que todas las cosas por ella tocadas convierte en mejor de lo que son. Desta manerme he habido con las zahareñas razones y es

ıs de Melibea. Todo su rigor traigo con-
do en miel, su ira en mansedumbre, su
:ramiento en sosiego. Pues ¿a qué pien-
que iba allá la vieja Celestina, a quien
lemás de su merecimiento, magníficamen-
alardonaste, sino ablandar su saña, sufrir
ıccidente, a ser escudo de tu ausencia, a
›ir en mi manto los golpes, los desvíos,
menosprecios y desdenes que muestran
:llas en los principios de sus requeri-
ıtos de amor, para que sea después en más
la su dádiva? Que a quien más quieren,
hablan; y si así no fuese, ninguna dife-
ia habría entre las públicas que aman, a
escondidas doncellas, si todas dijesen sí
. entrada de su primer requerimiento, en
do que de alguno eran amadas; las cuales,
ıue están abrasadas y encendidas de vivos
os de amor, por su honestidad muestran
río exterior, un sosegado vulto, un apacible
ío, un constante ánimo y casto propósito,
palabras agrias, que la propia lengua se
ıvilla del gran sufrimiento suyo, que la ha-
forzosamente confesar el contrario de lo
siente. Así que, para que tú descanses y
as reposo mientras te contare por extenso
roceso de mi habla y la causa que tuve pa-
ntrar, sabe que el fin de su razón y habla
muy bueno.

CALISTO

hora, señora, que me has dado seguro pa-
ue ose esperar todos los rigores de la res-
ta, di cuanto mandares y como quisieres,
yo estaré atento. Ya me reposa el corazón,
escansa mi pensamiento, ya reciben las ve-
y recobran su perdida sangre, ya he per-

dido temor, ya tengo alegría. Subamos, si man
das, arriba; en mi cámara me dirás por exten
so lo que aquí he sabido en suma.

CELESTINA

Subamos, señor.

PARMENO

¡Oh santa María! ¡Qué rodeos busca est
loco para huir de nosotros, para poder llora
a su placer con Celestina de gozo, y por des
cubrirle mil secretos de su liviano y desvaria
do apetito; por preguntar y responder seis ve
ces cada cosa, sin que esté presente quien l
pueda decir que es prolijo! Pues mándote yo
desatinado, que tras ti vamos.

CALISTO

Mira, señora, qué hablar trae Parmeno. Có
mo se viene santiguando de oír lo que has he
cho con tu gran diligencia. Espantado está, po
mi fe, señora Celestina; otra vez se santigua
Sube, sube, sube y asiéntate, señora, que d
rodillas quiero escuchar tu suave respuesta
y dime luego, ¿la causa de tu entrada qué fue

CELESTINA

Vender un poco de hilado, con que tengo ca
zadas más de treinta de su estado, si a Dio
ha placido, en este mundo, y algunas mayo
res.

CALISTO

Eso será de cuerpo, madre; pero no de ger
tileza, no de estado, no de gracia y discreció
no de linaje, no de presunción con merec
miento, no en virtud, no en habla.

PARMENO

Ya escurre eslabones el perdido, ya se de
conciertan sus badajadas. Nunca da menos c

ıce, siempre está hecho reloj de medidas, ıenta, cuenta, Sempronio, que estás desbaındo, oyéndole a él locuras y a ella mentiras.

SEMPRONIO

¡Maldiciente venenoso! ¿Por qué cierras las rejas a lo que todos los del mundo las aguın, hecho serpiente que huye la voz del enıntador? Que sólo por ser de amores estas ızones, aunque mentiras, las habías de escuhar con gana.

CELESTINA

Oye, señor Calisto, y verás tu dicha y mi olicitud qué obraron; que en comenzando yo vender y poner en precio mi hilado, fue su ıadre de Melibea llamada para que fuese a ısitar una hermana suya enferma; y como le uese necesario ausentarse, dejó en su lugar a Melibea.

CALISTO

¡Oh gozo sin par! ¡oh singular oportunilad! ¡oh oportuno tiempo! ¡Oh, quién estuıiera allí debajo de tu manto, escuchando qué ıablaría sola aquella en quien Dios tan extrenadas gracias puso!

CELESTINA

¿Debajo de mi manto dices? ¡Ay mezquıa! Que fueras visto por treinta agujeros que iene, si Dios no le mejora.

PARMENO

Sálgome fuera, Sempronio; ya no digo nada, ıscúchatelo tú todo. Si este perdido de mi amo ıo midiese con el pensamiento cuántos pasos ıay de aquí a casa de Melibea, y contemplase ın su gesto y considerase cómo estaría aviıiendo el hilado, todo el sentido puesto y ocu-

dido a que mis consejos le
 que estos engaños de (

CALISTO

 s esto, mozos? Estoy yo escucl
que me va la vida, ¿vosotros susu
 o soléis, por hacerme mala obra y e
 or mi amor, que calléis: moriréis de
con esta señora, según su buena dilig
Di, señora, ¿qué hiciste cuando te viste

CELESTINA

Recibí, señor, tanta alteración de place
cualquiera que me viera me lo conociera
rostro.

CALISTO

Ahora la recibo yo, cuanto más quien
sí contemplaba tal imagen. Enmudecería
la novedad incogitada.

CELESTINA

Antes me dio más osadía hablar lo que
verme sola con ella. Abrí mis entrañas
jele mi embajada, cómo penabas tanto po
palabra de su boca salida en favor tuyo
sanar un gran dolor. Y como ella estuvies
pensa mirándome, espantada del nuevo m
je, escuchando hasta ver quién podía s
que así por necesidad de su palabra pe
o a quién pudiese sanar su lengua, en nom
do tu nombre, atajó mis palabras, diose
frente una gran palmada, como quien co
grande espanto hubiese oído, diciendo qu
sase mi habla y me quitase delante, si no
ría hacer a sus servidores verdugos de mi
trimería; agravando mi osadía, llamándom
chicera, alcahueta, vieja falsa, barbuda, n

a y otros muchos ignominiosos nombres, cuyos títulos asombran a los niños de cu- Y en pos desto mil amortecimientos y des- os; mil milagros y espantos, turbado el ido, bullendo fuertemente los miembros to- a una parte y a otra, herida de aquella da flecha, que del sonido de tu nombre le ; retorciendo el cuerpo, las manos enclavi- s, como quien se despereza, que parecía que despedazaba, mirando con los ojos a todas es, acoceando con los pies al suelo duro. Y todo esto arrinconada, encogida, callando, gozosa con su ferocidad. Mientras más ueaba, más yo me alegraba, porque más a estaba el rendirse y su caída. Pero entre o que gastaba aquel espumajoso almacén su yo no dejaba mis pensamientos estar vagos ciosos, de manera que tuve tiempo para sal- lo dicho.

CALISTO

so me di, señora madre, que yo he revuel- n mi juicio mientras te escucho, y no he ha- o disculpa que buena fuese, ni conveniente que lo dicho se cubriese ni colorase, sin dar terrible sospecha de tu demanda: por- conozca tu mucho saber, que en todo me eces más que mujer; que como su respuesta pronosticaste, proveíste con tiempo tu ré- a. ¿Qué más hacía aquella Tusca Adeleta a fama, siendo tú viva, se perdiera? la cual días antes de su fin prenunció la muerte su viejo marido y de dos hijos que tenía. creo lo que dices, que el género flaco de hembras es más apto para las prestas cau- s que el de los varones.

CELESTINA

¿Qué, señor? dije que tu pena era mal muelas, y que la palabra que della quería, e una oración que ella sabía muy devota pa ellas.

CALISTO

¡Oh maravillosa astucia! ¡Oh singular m jer en su oficio! ¡Oh cautelosa hembra! ¡O melecina presta! ¡Oh discreta en mensaje ¿Cuál humano seso bastara a pensar tan a manera de remedio? De cierto creo si nuest edad alcanzara aquellos pasados Eneas y Did no trabajara tanto Venus para atraer a s hijo el amor de Elisa haciendo tomar a Cupid ascánica forma, para la engañar; antes por evi tar prolijidad pusiera a ti por medianera. Aho ra doy por bien empleada mi muerte, puest en tales manos, y creeré que si mi deseo n hubiere efecto cual querría, que no se pud obrar más según natura en mi salud. ¿Qué o parece, mozos? ¿Qué más se pudiera pensar ¿Hay tal mujer nacida en el mundo?

CELESTINA

Señor, no atajes mis razones; déjame decir que se va haciendo noche. Ya sabes que quien mal hace, aborrece la claridad; y yendo a mi casa podré haber algún mal encuentro.

CALISTO

¡Qué, qué! Sí, que hachas y pajes hay que te acompañen.

PARMENO

Sí, sí, porque no fuercen a la niña. Tú irás con ella, Sempronio, que ha temor de los grillos que cantan con lo oscuro.

CALISTO

algo, hijo Parmeno?

PARMENO

, que yo y Sempronio será bueno que
pañemos hasta su casa, que hace mu-
curo.

CALISTO

dicho es; después será. Procede en tu
y dime qué más pasaste: ¿qué respon-
la demanda de la oración?

CELESTINA

e la daría de su grado.

CALISTO

De su grado? Dios mío ¡qué alto don!

CELESTINA

ues más le pedí.

CALISTO

Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA

Jn cordón que ella trae contino ceñido, di-
ido que era provechoso para tu mal, por-
había tocado muchas reliquias.

CALISTO

Pues ¿qué dijo?

CELESTINA

Dame albricias, decírtelo he.

CALISTO

Oh! por Dios, toma toda esta casa, y cuan-
n ella hay, y dímelo, o pide lo que querrás.

CELESTINA

Por un manto que tu des a la vieja, te daré
tus manos el mismo que en su cuerpo ella
a.

CALISTO

¿Qué dices de manto? Y saya, y cuanto tengo.

CELESTINA

Manto he menester, y éste terné yo en ha No te alargues más, no pongas sospechosa d en mi pedir, que dicen que ofrecer much que poco pide, es especie de negar.

CALISTO

Corre, Parmeno, llama mi sastre; y c luego un manto y una saya de aquel con que se sacó para frisado.

PARMENO

Así, así; a la vieja todo, porque venga gada de mentiras, como abeja, y a mí que arrastren. Tras esto anda ella hoy todo el con sus rodeos.

CALISTO

¡De qué gana va el diablo! No hay ci tan mal servido hombre como yo, manten do mozos adevinos, rezongadores, enemigos mi bien. ¿Qué vas, bellaco, rezando? Envi so, ¿qué dices, que no te entiendo? Ve dc te mando presto, y no me enojes; que h basta mi pena para acabar; que también brá para ti sayo en aquella pieza.

PARMENO

No digo, señor, otra cosa sino que es t para que venga el sastre.

CALISTO

¿No digo yo que adivinas? Pues qué para mañana. Y tú, señora, por amor mío te fras, que no se pierde lo que se dilata *mándame* mostrar aquel santo cordón que

es miembros fue digno de ceñir. Gozarán mis ojos con todos los otros sentidos, pues juntos han sido apasionados; gozará mi lastimado corazón, aquel que nunca recibió momento de placer, después que aquella señora conoció. Todos los sentidos le llegaron, todos acorrieron a él con sus esportillas de trabajo, cada uno le lastimó cuanto más pudo; los ojos en vella, los oídos en oilla, las manos en tocalla.

CELESTINA

¿Que la has tocado dices? ¡Mucho me espantas!

CALISTO

Entre sueños, digo.

CELESTINA

¿En sueños?

CALISTO

En sueños la veo tantas noches, que temo me acontezca como a Alcibiades, o a Sócrates, que el uno soñó que se veía envuelto en el manto de su amiga, y otro día matáronle, y no hubo quien le alzase de la calle, ni cubriese, sino ella con su manto; el otro veía que le llamaban por nombre y murió dende a tres días; pero en vida o en muerte, alegre me sería vestir su vestidura.

CELESTINA

Asaz tienes pena, pues cuando los otros reposan en sus camas, preparas tú el trabajo para sufrir otro día. Esfuérzate, señor, que no hizo Dios a quien desamparase; da espacio a tu deseo, toma este cordón, que si yo no me muero yo te daré a su ama.

CALISTO

¡Oh, nuevo huésped! ¡Oh bienaventurado

cordón, que tanto poder y merecimiento
te de ceñir aquel cuerpo que yo no soy
de servir! ¡Oh nudos de mi pasión, v
enlazasteis mis deseos! Decidme si os
teis presentes en la desconsolada respu
aquella a quien vosotros servís y yo a
por más que trabajo noches y días, no n
ni aprovecha.

CELESTINA

Refrán viejo es, quien menos procura
za más bien. Pero yo te haré, procurand
seguir lo que siendo negligente no h
Consuélate, señor, que en una hora no s
Zamora; pero no por eso desconfiar
combatientes.

CALISTO

¡Oh desdichado! que las ciudades est
piedras cercadas, y a piedras, piedras l
cen; pero esta mi señora tiene el cora
acero. No hay metal que con él pueda,
tiro que le melle. Pues poned escalas
muro. Unos ojos tiene con que echa
una lengua de reproches y desvíos; el
tiene en parte que media legua no le
poner cerco.

CELESTINA

Calla, señor, que el buen atrevimiento
solo hombre ganó a Troya. No desconf
una mujer pueda ganar a otra. Poco h
tado mi casa; no sabes bien lo que yo

CALISTO

Cuanto dijeres, señora, te quiero creer
tal joya como ésta me trujiste. ¡Oh mi
y ceñidero de aquella angélica cintura!
veo y no lo creo. ¡Oh cordón, c
¿*Fuísteme* tú enemigo? Dilo cierto. Si

yo te perdono, que de los buenos es pro-
las culpas perdonar. No lo creo; que si
as contrario, no vinieras tan presto a mi
er, salvo si vienes a disculparte. Conjúro-
que me respondas, por la virtud del gran
er que aquella señora sobre mí tiene.

CELESTINA

ese ya, señor, ese devanear, que a mí tie-
cansada de escucharte, y al cordón roto
tratarlo.

CALISTO

Oh mezquino de mí, que asaz bien me fue-
el cielo otorgado, que de mis brazos fueras
o y tejido, no de seda como eres, porque
gozaran cada día de rodear y ceñir con
da reverencia aquellos miembros que tú,
sentir ni gozar de la gloria, siempre tienes
zados! ¡Oh qué secretos habrás visto de
lla excelente imagen!

CELESTINA

ás verás tú y con más sentido, si no lo pier-
hablando lo que hablas.

CALISTO

alla, señora, que él y yo nos entendemos.
mis ojos! Acordaos, como fuisteis causa
erta por donde fue mi corazón llagado, y
aquel es visto hacer daño que da la causa.
daos que sois deudores de la salud; re-
d la melecina que os viene hasta casa.

SEMPRONIO

ñor, por holgar con el cordón, no que-
gozar de Melibea.

CALISTO

Qué, loco, desvariado, ataja solaces! ¿cómo
o?

SEMPRONIO

Que mucho hablando matas a ti y a los (te oyen; y así perderás la vida o el seso. Cu quiera que falte, basta para quedarte a os ras. Abrevia tus razones, darás lugar a las Celestina.

CALISTO

¿Enójote, madre, con mi luenga razón, o tá borracho este mozo?

CELESTINA

Aunque no lo esté, debes, señor, cesar razón, dar fin a tus luengas querellas; tra al cordón como cordón, porque sepas hacer ferencia de habla cuando con Melibea te ve no haga tu lengua iguales la persona y el v tido.

CALISTO

¡Oh mi señora, mi madre, mi consolado Déjame gozar con este mensajero de mi g ria. ¡Oh lengua mía! ¿por qué te impides otras razones, dejando de adorar presente excelencia de quien por ventura jamás ve en tu poder? ¡Oh mis manos! ¡con qué at vimiento, con cuán poco acatamiento tenéis tratáis la triaca de mi llaga! Ya no pod empecer las yerbas, que aquel crudo casq llo traía envueltas en su aguda punta; se ro soy; pues quien dio la herida la cura. ¡ tú, señora, alegría de las viejas mujeres, zo de las mozas, descanso de los fatigados mo yo! No me hagas más penado con tu mor, que hace mi vergüenza; suelta la rie a mi contemplación, déjame salir por las ca con esta joya; porque los que me vier sepan que no hay más bienandante hom *que yo.*

SEMPRONIO

No afistoles tu llaga cargándola de más deseo; no es, señor, el solo cordón del que pende tu remedio.

CALISTO

Bien lo conozco; pero no tengo sufrimiento para me abstener de adorar tan alta empresa.

CELESTINA

¿Empresa? Aquella es empresa que de grado es dada; pero ya sabes que lo hizo por amor de Dios, para guarecer tus muelas, no por el tuyo para cerrar tus llagas; pero si yo vivo, ella volverá la hoja.

CALISTO

¿Y la oración?

CELESTINA

No se me dio por ahora.

CALISTO

¿Qué fue la causa?

CELESTINA

La brevedad del tiempo; pero quedó que si tu pena no aflojase, que tornase mañana por ella.

CALISTO

¿Aflojar? Entonces aflojará mi pena, cuando su crueldad.

CELESTINA

Asaz, señor, basta lo dicho y hecho; obligada queda, según lo que mostró, a todo lo que para esta enfermedad yo quisiere pedir, según su poder. Mira, señor, si esto basta para la primera vista. Yo me voy; cumple, señor, que si salieres mañana, lleves rebozado un paño, por-

que si della fueres visto, no acuse de falsa mi petición.

CALISTO

Y áun cuatro por tu servicio. Pero dime por Dios, ¿pasó más? Que muero por oír palabras de aquella dulce boca. ¿Cómo fuiste tan osada, que sin la conocer, te mostraste tan familiar en tu entrada y demanda?

CELESTINA

¿Sin la conocer? Cuatro años fueron mis vecinas; trataba con ellas, hablaba y reía de día y de noche. Mejor me conoce su madre que a sus mismas manos, aunque Melibea se ha hecho grande, mujer discreta y gentil.

PARMENO

Ea, mira, Sempronio, que te digo al oído.

SEMPRONIO

Dime, ¿qué dices?

PARMENO

Aquel atento escuchar de Celestina da materia de alargar en su razón a nuestro amo. Llégate a ella, dale del pie, hagámosle de señas que no espere más, sino que se vaya; que no hay tan loco hombre nacido, que solo mucho hable.

CALISTO

¿Gentil dices, señora, que es Melibea? Parece que lo dices burlando. ¿Hay nacida su par en el mundo? ¿Crió Dios otro mejor cuerpo? ¿Puédense pintar tales facciones, dechado de hermosura? Si hoy fuera viva Elena, por quien tanta muerte hubo de griegos y troyanos, o la hermosa Polixena, todas obedecieran a *esta señora* por quien yo peno. Si ella se ha-

llara presente en aquel debate de la manzana con las tres diosas, nunca sobrenombre de discordia le pusieran; porque sin contrariar ninguna, todas concedieran y vivieran conformes en que la llevara Melibea; así que, se llamara manzana de concordia. Pues cuantas hoy son nacidas que della tengan noticia, se maldicen, querellan a Dios, porque no se acordó dellas, cuando a esta mi señora hizo. Consumen sus vidas, comen sus carnes con envidia, danles siempre crudos martirios, pensando con artificio igualar con la perfección que sin trabajo dotó a ella natura. Dellas pelan sus cejas con tenacicas y pegones, y a cordelejos; dellas buscan las doradas yerbas, raíces, ramas y flores para hacer lejías, con que sus cabellos semejen a los della; las caras martillando, en vistiéndolas en diversos matices, con ungüentos y unturas, aguas fuertes, posturas blancas y coloradas, que por evitar prolijidad no las cuento. Pues la que todo esto halló hecho, mira si merece de un triste hombre como yo ser servida.

CELESTINA

Bien te entiendo, Sempronio. Déjale, que él caerá de su asno. Ya acaba.

CALISTO

En la que toda la natura se remiró por la hacer perfecta; que las gracias que en todas repartió, las juntó en ella. Allí hicieron alarde cuanto más acabadas pudieron allegarse, porque conociesen los que la viesen cuánta era la grandeza de su pintor. Sola un poco de agua clara con un ebúrneo peine, basta para exceder a las nacidas en gentileza. Éstas son sus armas, con éstas mata y vence, con éstas me

cautivó, con éstas me tiene ligado y puesto en dura cadena.

CELESTINA

Calla, y no te fatigues; que más aguda es la lima que yo tengo, que fuerte esa cadena que te atormenta. Yo la cortaré con ella, porque tú quedes suelto. Por ende, dame licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordón, porque tengo dél necesidad.

CALISTO

¡Oh desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue junta; que contigo, o con el cordón, o con entrambos quisiera yo estar acompañado esta noche luenga y oscura. Pero pues no hay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera la soledad. ¡Mozos, mozos!

PARMENO

Señor.

CALISTO

Acompañad esta señora hasta su casa, y vaya con ella tanto placer y alegría, cuanta conmigo queda tristeza y soledad.

CELESTINA

Quede, señor, Dios contigo; mañana será mi vuelta, donde mi manto y la respuesta vernán a un punto; pues hoy no hubo tiempo; y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO

Eso no, que es herejía olvidar a aquella por quien la vida me aplace.

EL SÉTIMO ACTO

ARGUMENTO DEL SÉTIMO ACTO

estina habla con Parmeno, induciéndole a con-
ordia y amistad de Sempronio. Tráele Parmeno a
nemoria la promesa que le hiciera, de le hacer
aber a Areusa, que él mucho amaba. Vanse a
asa de Areusa; queda ahí la noche Parmeno.
Celestina va para su casa, llama a la puerta;
Elicia le viene a abrir, increpándole su tardanza.

PARMENO, CELESTINA, AREUSA, ELICIA

CELESTINA

Parmeno, hijo, después de las pasadas ra-
es, no he habido oportuno tiempo para te
ir y mostrar el mucho amor que te tengo;
asimismo cómo de mi boca todo el mundo
oído hasta ahora en ausencia bien de ti.
razón no es menester repetirla, porque yo
tenía por hijo, a lo menos casi adoptivo,
sí que imitaras a natural; y tú dasme el pa-
en mi presencia, pareciéndote mal cuanto
o, susurrando y murmurando contra mí en
sencia de Calisto. Bien pensaba yo que des-
s que concediste en mi buen consejo, que
habías de tornarte atrás. Todavía me pare-
que te quedan reliquias vanas, hablando por
ojo más que por razón: desechas el prove-
, por contentar la lengua. Oyeme si no me

has oído, y mira que soy vieja, y el buen consejo mora en los viejos, y de los mancebos es propio el deleite. Bien creo que de tu yerro sola la edad tiene la culpa; espero en Dios que serás mejor para mí de aquí adelante, y mudarás el ruin propósito con la tierna edad; que, como dicen, múdanse costumbres con la mudanza del cabello y variación. Digo, hijo, creciendo y viendo cosas nuevas cada día, porque la mocedad en sólo lo presente se impide y ocupa a mirar; mas la madura edad no deja presente, ni pasado, ni porvenir. Si tú tuvieras memoria, hijo Parmeno, del pasado amor que te tuve, la primera posada que tomaste, venido nuevamente en esta ciudad, había de ser la mía; pero los mozos curáis poco de los viejos, regís os a sabor de paladar, nunca pensáis que tenéis ni habéis de tener necesidad dellos, nunca pensáis en enfermedades, nunca pensáis que os faltar puede esta florecilla de juventud. Pues mira, amigo, que para tales necesidades como éstas, buen acorro es una vieja conocida, amiga, madre y más que madre; buen mesón para descansar sano, buen hospital para sanar enfermo, buena bolsa para necesidad, buena arca para guardar dinero en prosperidad, buen fuego de invierno, rodeado de asadores, buena sombra de verano, buena taberna para comer y beber. ¿Qué dirás, loquillo, a todo esto? Bien sé que estás confuso por lo que hoy has hablado; pues no quiero más de ti, que Dios no pide más del pecador de arrepentirse y enmendarse. Mira a Sempronio, yo le hice hombre, de Dios en ayuso; querría que fuésedes como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo y con todo el

ndo lo estarías. Mira que es bien quisto, igente, palanciano, buen servidor, gracioso, iere tu amistad; crecería vuestro provecho ndoos el uno al otro la mano. Ni aun habría .s privados con vuestro amo que vosotros. es sabe que es menester que ames, si quie- ser amado; que no se toman truchas, etcé- a. Ni te lo debe Sempronio de fuero; sim- za es no querer amar, y esperar de ser ama- ; locura es pagar el amistad con odio.

PARMENO

Madre, para contigo digo que mi segundo ro te confieso, y con perdón de lo pasado, iero que ordenes lo porvenir; pero con Sem- nio me parece que es imposible sostener amistad. Él es desvariado, yo mal sufrido: nciértame esos amigos.

CELESTINA

Pues no era esa tu condición.

PARMENO

A la mi fe, mientras más fue creciendo, más primera paciencia se me olvidaba; no soy que solía; y asimismo Sempronio no hay ni ne en qué me aproveche.

CELESTINA

El cierto amigo en la cosa incierta se cono- en las adversidades se prueba; entonces allega y con más deseo visita la casa que la tuna próspera desamparó. ¿Qué te diré, hijo, las virtudes del buen amigo? No hay cosa s amada ni más rara: ninguna carga rehusa. sotros sois iguales: la paridad de las cos- nbres y la semejanza de los corazones es la e más la sostiene. Cata, hijo, que si algo tie- , guardado se te está; sabe tú ganar más,

que aquello ganado lo hallaste. Buen siglo haya aquel padre que lo trabajó. No se te puede dar hasta que vivas más reposado y vengas en edad cumplida.

PARMENO

¿A qué llamas reposado, tía?

CELESTINA

Hijo, a vivir por ti; a no andar por casas ajenas, lo cual siempre andarás, mientras no te supieres aprovechar de tu servicio, que de lástima que hube de verte roto pedí hoy manto, como viste, a Calisto; no por mi manto; pero porque estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diese. Así que, no por mi provecho, como yo sentí que dijiste, mas por el tuyo; que si esperas al ordinario galardón destos galanes, es tal, que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. Goza tu mocedad, el buen día, la buena noche, el buen comer y beber, cuando pudieres haberlo; no lo dejes, piérdase lo que se perdiere; no llores tú la hacienda que tu amo heredó, que esto te llevarás deste mundo, pues no le tenemos más de por nuestra vida. ¡Oh, hijo Parmeno! que bien te puedo decir hijo, pues tanto tiempo te crié, toma mi consejo, pues sale con limpio deseo de verte en alguna honra. ¡Oh cuán dichosa me hallaría en que tú y Sempronio estuviésedes muy conformes, muy amigos, hermanos en todo, viéndoos venir a mi pobre casa a holgar y a verme, y áun a desenojaros con sendas muchachas.

PARMENO

¿*Muchachas*, madre mía?

CELESTINA

lahé, muchachas digo, que viejas harto me yo. Cual se la tiene Sempronio, y áun sin :r tanta razón, ni tenerle tanta afición como ; que de las entrañas me sale cuanto te '.

PARMENO

eñora, no vives engañada.

CELESTINA

aunque lo viva, no me pena mucho, que bién lo hago por amor de Dios, y por verte en tierra ajena, y más por aquellos hue- de quien te me encomendó; que tú serás .bre y vernás en buen conocimiento y ver- ɜro y dirás: la vieja Celestina bien me ısejaba.

PARMENO

áun ahora lo siento, aunque soy mozo; aunque hoy vías que aquello decía, no era ıue me pareciese mal lo que tú hacías; ı porque vía que le aconsejaba yo lo cierto ıe daba malas gracias. Pero de aquí ade- ɜ demos tras él; haz de las tuyas, que yo ıré; que ya tropecé en no te creer cerca e negocio con él.

CELESTINA

erca deste y de otro tropezarás y caerás, ıtras no tomares mis consejos, que son de ga verdadera.

PARMENO

hora doy por bien empleado el tiempo que do niño te serví; pues tanto fruto trae pa- ı mayor edad. Y rogaré a Dios por el alma ni padre, que tal tutriz me dejó, y de mi re, que a tal mujer me encomendó.

CELESTINA

No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchen los ojos de agua. Y ¿tuve yo en este mundo otra tal amiga? ¿otra tal compañera? ¿tal aliviadora de mis trabajos y fatigas? ¿Quién suplía mis faltas? ¿quién sabía mis secretos? ¿a quién descubría mi corazón? ¿quién era todo mi bien y descanso, sino tu madre, más que mi hermana y comadre? ¡Oh qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba a media noche de cimenterio en cimenterio, buscando aparejos para nuestro oficio, como de día. Ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos, cuyos enterramientos no visitaba: de día los acechaba, de noche los desenterraba. Así se holgaba con la noche oscura como tú con el día claro; decía que aquella era capa de pecadores. Pues maña ¿no tenía con todas las otras gracias? Una cosa te diré, porque veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó a un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. Pues entraba en un cerco mejor que yo y con más esfuerzo aunque yo tenía harto buena fama, más que ahora, que por mis pecados todo se olvidó con su muerte. ¿Qué más quieres sino que los mismos diablos la habían miedo? Atemorizados y espantados los tenía, con las crudas voces que les daba; así era ella dellos conocida, como tú en tu casa. Tumbando venían unos sobre otros a su llamado; no le osaban decir mentira, según la fuerza con que los apremiaba. Después que la perdí, jamás les oí verdad.

PARMENO

No la medre Dios más a esta vieja, que ella me da placer con estos loores de sus palabras.

CELESTINA

¿Qué dices, mi honrado Parmeno, mi hijo y más que hijo?

PARMENO

Digo, que ¿cómo tenía esa ventaja mi madre, pues las palabras que ella y tú decíades eran todas unas?

CELESTINA

¿Cómo y deso te maravillas? ¿No sabes que dice el refrán que mucho va de Pedro a Pedro? Aquella gracia de mi comadre no la alcanzamos todas. ¿No has visto en los oficios unos buenos y otros mejores? Así era tu madre, que Dios haya: la primera de nuestro oficio, y por tal era de todo el mundo conocida y querida, así de caballeros como clérigos, casados, viejos, mozos y niños. ¿Pues mozas y doncellas? Así rogaban a Dios por su vida, como de sus mismos padres. Con todas tenía que hacer, con todas hablaba: si salíamos por la calle, cuantos topábamos eran sus ahijados, que fue su principal oficio partera diez y seis años. Así que, aunque tú no sabías sus secretos, por la tierna edad que habías, ahora es razón que los sepas, pues ella es finada y tú hombre.

PARMENO

Dime, señora: cuando la justicia te mandó prender, estando yo en tu casa, ¿teníades mucho conocimiento?

CELESTINA

¿Si teníamos me dices? (como por burla)

Juntas lo hicimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, juntas nos dieron la pena esa vez, que creo que fue la primera. Pero muy pequeño eras tú; yo me espanto como te acuerdas, que es la cosa que más olvidada está en la ciudad. Cosas son que pasan por el mundo; cada día verás quien peque y pague, si sales a ese mercado.

PARMENO

Verdad es; pero del pecado lo peor es la perseverancia: que así como el primer movimiento no es en mano del hombre, así el primer yerro; donde dicen, que quien yerra y se enmienda, etcétera.

CELESTINA

Lastimásteme, don loquillo. ¿A las verdades nos andamos? Pues espera, que yo te tocaré donde te duela.

PARMENO

¿Qué dices, madre?

CELESTINA

Hijo, digo, que sin aquella prendieron cuatro veces a tu madre, que Dios haya sola, y áun la una le levantaron que era bruja, porque la hallaron de noche con unas candelillas cogiendo tierra de una encrucijada, y la tuvieron medio día en una escalera en la plaza puesta, y como rocadero pintado en la cabeza. Pero cosas son que pasan: algo han de sufrir los hombres en este triste mundo para sustentar sus vidas y honras; y mira en cuán poco lo tuvo con su buen seso, que ni por eso dejó dende en adelante de usar mejor de su oficio. Esto ha venido por lo que decías del perseverar en lo que una vez se yerra. En todo te-

a gracia: que en Dios y en mi conciencia, ın en aquella escalera estaba y parecía que a dos los de abajo no tenía en una blanca, se-ín su meneo y presencia. Así que, los que go son, como ella, y saben, y valen, son los ıe más presto yerran. Verás quién fue Vir-lio, y, qué tanto supo; mas ya habrás oído ›mo estuvo en un cesto colgado de una torre, irándole toda Roma; pero por eso no dejó : ser honrado, ni perdió el nombre de Vir-lio.

PARMENO

Verdad es lo que dices; pero eso no fue por sticia.

CELESTINA

Calla, bobo, poco sabes de achaque de igle-a. ¿Cuánto es mejor por mano de justicia, ıe de otra manera? Sabíalo mejor el cura, ıe Dios haya, que viniéndole a consolar, le di-, que la santa Escritura tenía, que bienaven-rados eran los que padecían persecución por justicia, que aquellos poseerían el reino de s cielos. Mira si es mucho pasar algo en este undo por gozar de la gloria del otro; y más ıe, según todos decían, a tuerto y sin razón, con falsos testigos y recios tormentos, la hi-eron aquella vez confesar lo que no era; pero ın su buen esfuerzo, y como el corazón aveza-› a sufrir hace las cosas más leves de lo que ın, todo lo tuvo en nada. Que mil veces le a decir: si me quebré el pie, fue por mi bien, ›rque soy más conocida que antes. Así que, do esto pasó tu buena madre acá; debemos eer que le dará Dios buen pago allá, si es ver-.d lo que nuestro cura nos dijo, y con esto e consuelo. Pues séme tú como ella, amigo

verdadero, y trabaja por ser bueno, pues tienes a quien parezcas, que lo que tu padre te dejó a buen seguro lo tienes.

PARMENO

Bien lo creo, madre; pero querría saber qué tanto es.

CELESTINA

No puede ser ahora: vendrá tiempo como te dije para que lo sepas y lo oyas.

PARMENO

Ahora dejemos los muertos y las herencias que si poco me dejaron, poco hallaré. Hablemos en los presentes negocios, que nos va más que en traer los pasados a la memoria. Bien se te acordará no ha mucho que me prometiste que me harías haber a Areusa, cuando en mi casa te dije que moría por sus amores.

CELESTINA

Si te lo prometí, no lo he olvidado, ni creas que he perdido con los años la memoria; que más de tres jaques he recibido de mí sobre ello en tu ausencia. Ya creo que estará bien madura; vamos de camino por casa, que no se podrá escapar de mate; que esto es lo menos que yo por ti tengo de hacer.

PARMENO

Yo ya desconfiaba de la poder alcanzar, porque jamás podía acabar con ella que me esperase a poderle decir una palabra; y como dicen, mala señal es de amor huir y volver la cara, sentí en mí gran desfucia desto.

CELESTINA

No tengo en mucho tu desconfianza, no me conociendo, ni sabiendo como ahora que tienes tan de tu mano la maestra destas labores.

ues ahora verás cuánto por mi causa vales, uánto con las tales puedo, cuánto sé en casos e amor. Anda paso; ves aquí su puerta; ntremos quedo, no nos sientan sus vecinas. tiende y espera debajo desta escalera, suiré yo a ver qué se podrá hacer sobre lo halado, y por ventura haremos más que tú ni o traemos pensado.

AREUSA

¿Quién anda ahí? ¿Quién sube a tal hora n mi cámara?

CELESTINA

Quien no te quiere mal, cierto; quien nunca a paso que no piense en tu provecho; quien iene más memoria de ti que de si misma; na enamorada tuya aunque vieja.

AREUSA

¡Válala el diablo a esta vieja, con qué vieie como estantigua a tal hora! Tía, señora, qué buena venida es esta tan tarde? Ya me lesnudaba para acostar.

CELESTINA

¿Con las gallinas, hija? Así se hará la haienda. Andar, pase; otro es el que ha de lloar las necesidades, que no tú; yerba pace uien lo cumple: tal vida, quienquiera se la uería.

AREUSA

¡Jesú! Quiérome tornar a vestir, que he río.

CELESTINA

No harás por mi vida sino éntrate en la
ma, que desde allí hablaremos.

AREUSA

Así goce de mí, pues que lo he bien me
ter, que me siento mala hoy todo el día;
que, necesidad más que vicio me hizo to
con tiempo las sábanas por faldetas.

CELESTINA

Pues no estés asentada, acuéstate, y m
debajo de la ropa, que pareces sirena.

AREUSA

Bien me dices, señora tía.

CELESTINA

¡Ay cómo huele toda la ropa en bullé
te! A osadas que está todo a punto; sie
me pagué de tus cosas y hechos, de tu lim
y atavío. ¡Fresca que estás, bendígate D
¡Qué sábanas y colcha, qué almohada y
blancura! Tal sea mi vejez, cual todo
parece perla de oro. Verás si te quiere
quien te visita a tales horas. Déjame mi
toda a mi voluntad, que me huelgo.

AREUSA

Paso, madre, no llegues a mí, que me h
cosquillas, y provócasme a reír, y la risa
ciéntame el dolor.

CELESTINA

¿Qué dolor, mis amores? ¿Búrlaste po
vida conmigo?

AREUSA

Mal gozo vea de mí si burlo; sino qu
cuatro horas que muero de la madre, qu
tengo subida en los pechos, que me quier

ar deste mundo. Que no soy tan viciosa como piensas.

CELESTINA

Pues dame lugar, tentaré; que aun algo sé yo deste mal por mi pecado, que cada una se tiene o ha tenido su madre, y sus zozobras della.

AREUSA

Más arriba la siento, sobre el estómago.

CELESTINA

¡Bendígate Dios y señor San Miguel, ángel! ¡y qué gorda y fresca estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenía hasta ahora, viendo lo que todos podían ver; pero ahora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el tuyo, en cuanto yo conozco. No parece que hayas quince años. ¡Oh quién fuera hombre, y tanta parte alcanzara de ti para lograr tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte destas gracias a todos los que bien te quieren; que no te las dio Dios para que pasasen en balde por la frescor de tu juventud debajo de seis dobleces de paño y lienzo. Cata que no seas avarienta de lo que poco te costó; no atesores tu gentileza, pues es de su natura tan comunicable como el dinero; no seas el perro del hortelano; y pues tú no puedes de ti propia gozar, goce quien puede. Que no creas que en balde fuiste criada, que cuando nace ella nace él, y cuando él ella. Ninguna cosa hay criada al mundo superflua, ni que con acordada razón no proveyese della natura. Mira que es pecado fatigar y dar pena a los hombres, pudiéndolos remediar.

AREUSA

Alábame ahora, madre, y no me quiere ni guno. Dame algún remedio para mi mal, y r estés burlando de mí.

CELESTINA

Deste tan común dolor todas somos, m pecado, maestras. Lo que he visto a much hacer, y lo que a mí siempre me aprovech te diré; porque como las calidades de las pe sonas son diversas, así las medicinas hacen d versas sus operaciones y diferentes. Todo ol fuerte es bueno, así como poleo, ruda, axiensc humo de plumas de perdiz, de romero, de mo quete, de encienso; recibido con mucha di gencia aprovecha y afloja el dolor y vuelve p co a poco la madre a su lugar. Pero otra co hallaba yo siempre por mejor que todas, ésta no te la quiero decir, pues tan santa te n haces.

AREUSA

¿Qué, por mi vida, madre? ¿Vésme pen da y encúbresme la salud?

CELESTINA

¡Anda, que bien me entiendes, no te hag boba!

AREUSA

¡Ya, ya! mala landre me mate si te ente día; pero ¿qué quieres que haga? Sabes q se partió ayer aquel mi amigo con su capit a la guerra: ¿había de hacerle ruindad?

CELESTINA

¡Verás y qué daño, y qué gran ruinda

AREUSA

Por cierto sí sería; que me da todo lo q

e menester, tiéneme honrada, favoréceme y rátame como si fuese su señora.

CELESTINA

Pero aunque todo eso sea, mientras no paieres, nunca te faltará este mal y dolor que hora, de lo cual él debe ser causa; y si no rees en dolor, cree en color, y verás lo que viee de su sola compañía.

AREUSA

No es sino mi mala dicha; maldición mala nis padres me echaron. ¿Qué, no está ya por robar todo eso? Pero dejemos eso, que es arde, y dime, a qué fue tu venida.

CELESTINA

Ya sabes lo que de Parmeno te hube dicho; uéjaseme que áun verle no le quieres; no sé or qué, sino porque sabes que le quiero yo ien y le tengo por hijo. Pues, por cierto, de tra manera miro yo tus cosas; que hasta tus ecinas me parecen bien y se me alegra el coazón cada vez que las veo, porque sé que halan contigo.

AREUSA

¿No vives, tía señora, engañada?

CELESTINA

No lo sé, a las obras creo, que las palabras e balde las venden donde quiera. Pero el mor nunca se paga sino con puro amor, y las bras con obras. Ya sabes el deudo que hay ntre ti y Elicia, la cual tiene Sempronio en ıi casa: Parmeno y él son compañeros, siren a este señor que tú conoces, y por quien ınto favor podrás tener. No niegues lo que ın poco hacer te cuesta. Vosotras parientas, llos compañeros; mira cómo viene mejor me-

dido que lo queremoss. Aquí viene conmig
verás si quieres que suba.

AREUSA

¡Amarga de mí, si nos ha oído!

CELESTINA

No, que abajo queda; quiérole hacer sub
reciba tanta gracia que le conozcas y hab
y muestres buena cara. Y si tal te pareci
goce él de ti, y tú dél; que aunque él gane n
cho, tú no pierdes nada.

AREUSA

Bien tengo, señora, conocimiento como
das tus razones, estas y las pasadas, se en
rezan en mi provecho; pero ¿cómo quieres
haga tal cosa, que tengo a quien dar cue
como has oído, y si soy sentida matarme h
Tengo vecinas envidiosas; luego lo dirán.
que, aunque no haya más mal de perderle,
rá más que ganaré en agradar al que me m
das.

CELESTINA

Eso que temes, yo lo proveí primero,
muy paso entramos.

AREUSA

No lo digo por esta noche, sino por ot
muchas.

CELESTINA

¿Cómo? ¿Y desas eres? ¿Desa manera
tratas? Nunca tú harás cosa con sobrado.
sente le has miedo, ¿qué harías si estuviese
la ciudad? En dicha me cabe, que jamás
so de dar consejo a bobos, y todavía
quien yerre; pero no me maravillo, que
grande el mundo, y pocos los experimentad
¡Ay, ay, hija! ¡Si vieses el sabor de tu

y qué tanto le ha aprovechado mi crianza
nsejos, y qué gran maestra está! Y áun que
e halla ella mal con mis castigos; que uno
a cama, y otro en la puerta, y otro que sus-
por ella en su casa, se precia de tener; y
todos cumple, y a todos muestra buena
, y todos piensan que son muy queridos,
ada uno piensa que no hay otro, y que él
es privado, y él solo es el que la da lo que
menester: ¿y tú temes que con dos que
gas, que las tablas de la cama lo han de
cubrir? ¿De una sola gotera te mantienes?
te sobrarán muchos manjares; no quiero
endar tus escamochos. Nunca uno me agra-
nunca en uno puse toda mi afición. Más
den dos y más cuatro, y más dan y más tie-
, y más hay en qué escoger. No hay cosa
s perdida, hija, que el mur que no sabe sino
horado; si aquel le tapan, no habrá donde
esconda del gato. Quien no tiene sino un ojo,
a a cuanto peligro anda. Una alma sola ni
ta ni llora; un solo acto no hace hábito;
fraile solo pocas veces lo encontrarás por
calle; una perdiz sola por maravilla vuela
vormente en verano; un manjar solo conti-
presto pone hastío; una golondrina no
e verano; un testigo solo no es entera
quien sola una ropa tiene, presto la enve-
e. ¿Qué quieres, hija, deste número de
? Más inconvenientes te diré dél, que años
go acuestas. Ten siquiera dos, que es com-
ía loable y tal cual es éste; como tienes
orejas, dos pies y dos manos, dos sába-
en la cama; como dos camisas para re-
dar; y si más quisieres, mejor te irá, que
ntras más *moros*, más ganancia; que honra

sin provecho no es sino como anillo
dedo; y pues entrambos no caben en un
acoge la ganancia.—Sube, hijo Parmen

AREUSA

¡No suba, landre me mate, que me f
empacho! que no le conozco; siempre
vergüenza dél.

CELESTINA

Aquí estoy yo que te la quitaré, y cub
hablaré por entrambos, que otro tan em
do es él.

PARMENO

Señora, Dios salve tu graciosa presen

AREUSA

Gentilhombre, buena sea tu venida.

CELESTINA

Llégate acá, asno, ¿adónde te vas allá
tar al rincón? No seas empachado, c
hombre vergonzoso el diablo le trajo a
cio. Oídme entrambos lo que digo: ya
tú, Parmeno amigo, lo que te prometí,
hija mía, lo que te tengo rogado. Dejada
te la dificultad con que me lo has con
pocas razones son necesarias, porque el
no lo padece. Él ha siempre vivido
por ti; pues viendo su pena, sé que no l
rrás matar, y áun conozco que él te pare
que no será malo para quedarse acá es
che en casa.

AREUSA

Por mi vida, madre, que tal no se haga
sú, no me lo mandes!

PARMENO

Madre mía, por amor de Dios, que no
yo de aquí sin buen concierto, que

uerto de amores su vista; ofrécele cuanto mi ıdre te dejó para mí; dile que le daré cuan- tenga. Ea, díselo, que me parece que no me ıiere mirar.

AREUSA

¿Qué te dice ese señor a la oreja? ¿Piensa ıe tengo de hacer nada de lo que pides?

CELESTINA

No dice, hija, sino que se huelga mucho con ı amistad, porque eres persona tan honrada, en quien cualquier beneficio cabrá bien. Y simismo que, pues que esto por mi interce- ón se hace, que él me promete de aquí ade- ınte ser muy amigo de Sempronio y venir en ›do lo que quisiere contra su amo en un ne- ocio que traemos entre manos. ¿Es verdad, armeno? ¿Prométeslo así como digo?

PARMENO

Sí prometo, sin duda.

CELESTINA

¡Ah, don ruin, palabra te tengo, a buen empo te así! —Llégate acá, negligente, ver- onzoso, que quiero ver para cuánto eres, antes ue me vaya; retózala en esa cama.

AREUSA

No será él tan descortés, que entre en lo ve- ado sin licencia.

CELESTINA

¿En cortesías y licencias estás? No espero ıás aquí yo, fiadora que tú amanezcas sin do- ır, y él sin color; mas como es un putillo, ga- illo, barbiponiente, entiendo que en tres no- ıes no se le demude la cresta. Destos me man- aban a mí comer en mi tiempo los médicos e mi tierra, cuando tenía mejores dientes.

AREUSA

¡Ay señor mío! no me trates de tal manera; ten mesura por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada que están presentes. Quítate allá, que no soy de aquellas que piensas; no soy de las que públicamente están a vender sus cuerpos por dinero. Así goce de mí, de casa me salga, si hasta que Celestina mi tía sea ida, a mi ropa tocas.

CELESTINA

¿Qué es eso, Areusa? ¿Qué son estas extrañezas y esquividad, estas novedades y retraimientos? Parece, hija, que no sé yo qué cosa es esto; que nunca vi estar a un hombre con una mujer juntos y que jamás pasé por ello, ni gocé de lo que gozas; y que no sé lo que pasan, y lo que dicen y hacen. ¡Guay de quien tal oye como yo! Pues avísote, de tanto, que fui errada como tú, y tuve amigos; pero nunca el viejo ni la vieja echaba de mi lado, ni su consejo en público ni en mis secretos. Para la muerte que a Dios debo, más quisiera una gran bofetada en mitad de mi cara. Parece que ayer nací, según tu encubrimiento. Por hacerte a ti honesta, me haces a mí necia y vergonzosa, y de poco secreto y sin experiencia, y me amenguas en mi oficio por alzar a ti en el suyo. Pues de cosario a cosario no se pierden sino los barriles; más te alabo yo detrás, que tú te estimas delante.

AREUSA

Madre, si erré haya perdón, y llégate más acá, que él haga lo que quisiere; que más quiero tener a ti contenta, que no a mí; antes *me quebraré* un ojo que enojarte.

CELESTINA

No tengo ya enojo; pero dígotelo para en elante. Quedaos adiós, que voyme sólo por- e me hacéis dentera con vuestro besar y ozar; que áun el sabor en las encías me edó, no le perdí con las muelas.

AREUSA

Dios vaya contigo.

PARMENO

Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA

Sería quitar a un santo para poner en otro. ompáñeos Dios, que yo vieja soy, que no temor que me fuercen en la calle.

ELICIA

El perro ladra ¿si vendrá este diablo de eja?

CELESTINA

Ta, ta, ta.

ELICIA

¿Quién es, quién llama?

CELESTINA

Bájame abrir, hija.

ELICIA

¿Estas son tus venidas? andar de noche es placer; ¿por qué lo haces? ¿Qué larga es- la fue esta, madre? Nunca sales para volver casa. Por costumbre lo tienes; cumpliendo n uno dejas *ciento* descontentos; que has si-

do hoy buscada del padre de la des
que llevaste el día de pascua al racioner
la quiere casar de aquí a tres días, y e
nester que la remedies, pues que se lo p
tiste, para que no sienta su marido la fa
la virginidad.

CELESTINA

No me acuerdo, hija, por quién dices.

ELICIA

¿Cómo no te acuerdas? Desacordada
cierto. ¡Oh cómo caduca la memoria!
por cierto tú me dijiste cuando la llevaba
la habías renovado siete veces.

CELESTINA

No te maravilles, hija, que quien en
chas partes derrama su memoria, en ni
la puede tener. Pero dime si tornará.

ELICIA

¡Mirá si tornará! Tiénete dada una
lla de oro en prendas de tu trabajo,
había de venir?

CELESTINA

¿La de la manilla es? Ya sé por qui
ces. ¿Por qué tú no tomabas el aparejo,
menzabas a hacer algo? Pues en aquella
te habías de avezar y probar, de cuantas
me lo has visto hacer. Si no, ahí te estar
da tu vida hecha bestia sin oficio ni
y cuando seas de mi edad, llorarás la h
de ahora; que la mocedad ociosa acar
vejez arrepentida y trabajosa. Hacíalo y
jor, cuando tu abuela, que Dios haya, me
traba este oficio, que a cabo de un año
más que ella.

ELICIA

No me maravillo, que muchas veces, como dicen, al maestro sobrepuja el buen discípulo; y no va esto sino en la gana con que se aprende. Ninguna sciencia es bien empleada en el que no le tiene afición; yo le tengo a este oficio odio, tú mueres tras ello.

CELESTINA

Tú te lo dirás todo. Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA

Por Dios, dejemos enojo y al tiempo el consejo. Hayamos mucho placer. Mientras hoy tuviéremos de comer, no pensemos en mañana. También se muere el que mucho allega, como el que pobremente vive, y el doctor como el pastor, y el papa como el sacristán, y el señor como el siervo, y el de alto linaje como el bajo, y tú con tu oficio como yo sin ninguno; no habemos de vivir siempre; gocemos y holguemos, que la vejez pocos la ven, y de los que la ven ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino día y vito, y parte en paraíso. Aunque los ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria, que quien poco tiene, no hay ninguno contento, no hay quien diga: harto tengo; no hay ninguno que no trocase mi placer por sus dineros. Dejemos cuidados ajenos, y acostémonos, que es hora, que más me engordará un buen sueño sin temor, que cuanto tesoro hay en Venecia.

EL OCTAVO ACTO

ARGUMENTO DEL OCTAVO ACTO

La mañana viene. Despierta Parmeno. Despedido de Areusa, va para casa de Calisto su señor. Halla a la puerta a Sempronio; conciertan su amistad. Van juntos a la cámara de Calisto. Hállanle hablando consigo mismo. Levantado, va a la iglesia.

SEMPRONIO, PARMENO, AREUSA, CALISTO

PARMENO

¿Amanece, o qué es esto que tanta claridad está en esta cámara?

AREUSA

¿Qué amanecer? Duerme, señor, que áun ahora nos acostamos. No yo he pegado los ojos, ¿ya había de ser de día? Abre, por Dios, esa ventana de tu cabecera, y verlo has.

PARMENO

En mi seso estó yo, señora, que es de día claro, en ver entrar luz por entre las puertas. ¡Oh traidor de mí! ¡En qué gran falta he caído con mi amo! De mucha pena soy digno. ¡Oh qué tarde es!

AREUSA

¿Tarde?

PARMENO

Y muy tarde.

AREUSA

Pues así goce de mi ánima, no se me ha tado el mal de la madre. No sé cómo p ser.

PARMENO

¿Pues qué quieres, mi vida?

AREUSA

Que hablemos en mi mal.

PARMENO

Señora, si lo hablado no basta, lo que es necesario me perdona, porque es ya m día. Si voy más tarde, no seré bien rec de mi amo; yo verné mañana y cuantas después mandares, que por eso hizo Dios u tras otro, porque lo que el uno no ba se cumpliese en otro. Y áun porque más veamos, reciba de ti esta gracia, que te hoy a las doce del día a comer con nos a su casa de Celestina.

AREUSA

Que me place, de buen grado. Ve con junta tras ti la puerta.

PARMENO

Adiós te quedes.

PARMENO

¡Oh placer singular, oh singular ale ¿Cuál hombre es ni ha sido más bienaven *do que* yo? ¿cuál más dichoso y bienanda

Que un tan excelente don sea por mí poseído, cuan presto pedido tan presto alcanzado! 'or cierto si las traiciones desta vieja con mi orazón yo pudiese sufrir, de rodillas había e andar a la complacer. ¿Con qué pagaré yo sto? ¡Oh alto Dios! ¿A quién contaría yo ste gozo? ¿a quién descubriría tan gran sereto? ¿a quién daré parte de mi gloria? Bien ne decía la vieja que de ninguna prosperidad s buena la posesión sin compañía. El placer o comunicado no es placer. ¿Quién sentiría sta mi dicha como yo la siento? A Sempronio veo a la puerta de casa; mucho ha madrugado. Trabajo tengo con mi amo, si es salido uera. No será, que no es acostumbrado; pero omo ahora no anda en su seso, no me maraillo que haya pervertido su costumbre.

SEMPRONIO

Parmeno, hermano, si yo supiese aquella tiera donde se gana el sueldo durmiendo, muho haría por ir allá, que no daría ventaja ninguno; tanto ganaría como otro cualquiea. Y ¿cómo, holgazán, descuidado, fuiste para o tornar? No sé qué crea de tu tardanza, sino ue quedaste a escalentar la vieja esta noche, a rascarle los pies como cuando chiquito.

PARMENO

¡Oh Sempronio, amigo y más que hermao! Por Dios no corrompas mi placer, no nezcles tu ira con mi sufrimiento, no revuelas tu descontentamiento con mi descanso, no

agües con tan turbia agua el claro licor del pensamiento que traigo, no enturbies con tus envidiosos castigos y odiosas reprensiones mi placer. Recíbeme con alegría, y contarte he maravillas de mi buena andanza pasada.

SEMPRONIO

Dilo, dilo: ¿es algo de Melibea? ¿Hasla visto?

PARMENO

¿Qué de Melibea? Es de otra que yo más quiero; y aun tal, que si no estoy engañado, puede vivir con ella en gracia y hermosura. Sí, que no se encerró el mundo y todas sus gracias en ella.

SEMPRONIO

¿Qué es esto, desvariado? Reírme quería, sino que no puedo. ¿Ya todos amamos? El mundo se va a perder. Calisto a Melibea, yo a Elicia, tú de envidia has buscado con quien perder ese poco de seso que tienes.

PARMENO

¿Luego locura es amar, y yo soy loco y sin seso? Pues si la locura fuese dolores, en cada casa habría voces.

SEMPRONIO

Según tu opinión, sí es; que yo te he oído dar consejos vanos a Calisto, y contradecir a Celestina en cuanto habla; y por impedir mi provecho y el suyo, huelgas de no gozar tu parte. Pues, a las manos me has venido donde te podré dañar y lo haré.

PARMENO

No es, Sempronio, verdadera fuerza ni poderío dañar y empecer; mas aprovechar y guarecer, y muy mayor quererlo hacer. Yo siempre

tuve por hermano. No se cumpla por Dios
ti lo que se dice: que pequeña causa des-
te conformes amigos. Muy mal me tratas,
sé dónde nazca este rencor. No me indignes,
npronio, con tan lastimeras razones. Cata,
: es muy rara la paciencia que agudo baldón
penetre y traspase.

SEMPRONIO

No digo mal en esto, sino que se eche otra
:dina para el mozo de caballos, pues tú tie-
s amiga.

PARMENO

Estás enojado; quiérote sufrir, aunque más
l me trates; pues dicen que ninguna huma-
pasión es perpetua ni durable.

SEMPRONIO

Más maltratas tú a Calisto, aconsejando a
lo que para ti huyes, diciendo que se aparte
amar a Melibea, hecho tablilla de mesón,
e para sí no tiene abrigo y dale a todos. ¡Oh
rmeno! Ahora podrás ves cuán fácil cosa es
render vida ajena, y cuán duro guardar ca-
cual la suya. No digo más, pues tú eres testi-
; y de aquí adelante veremos cómo te has,
es ya tienes tu escudilla como cada cual. Si
mi amigo fueras, en la necesidad que de ti
e me habías de favorecer, y ayudar a Celes-
a en mi provecho, que no hincar un clavo
malicia a cada palabra. Sabe que, como la
: de la taberna despide a los borrachos, así
adversidad o necesidad al fingido amigo:
go se descubre el falso metal dorado por
:ima.

PARMENO

Oído lo había decir, y por experiencia lo veo,

nunca venir placer sin contraria zozobra
triste vida. A los alegres, serenos y cla
les, nublados escuros y pluvias vemos su
a los solaces y placeres, dolores y muer
ocupan; a las risas y deleites, llantos y
y pasiones mortales los siguen; finalm
mucho descanso y sosiego, mucho pesa
teza. ¿Quién pudiera tan alegre venir co
ahora? ¿quién tan triste recibimiento
cer? ¿quién verse como yo me vi, con
gloria alcanzada con mi querida A
¿quién caer della, siendo tan maltrata
presto, como yo de ti? Que no me ha
lugar a podértelo decir cuánto soy tuyo,
te he de favorecer en todo, cuánto soy
so de lo pasado, cuántos consejos y c
buenos he recibido de Celestina en tu f
provecho, y de todos; cómo, pues este
de nuestro amo y Melibea está entre las
podremos ahora medrar, o nunca.

SEMPRONIO

Bien me agradan tus palabras, si tales
ses las obras, a las cuales espero para l
de creer. Pero, por Dios, me digas qué
que dijiste de Areusa. Parece que cono
a Areusa, su prima de Elicia.

PARMENO

¿Pues qué es todo el placer que traig
haberla alcanzado?

SEMPRONIO

¡Cómo se lo dice el bobo! De risa n
de hablar: ¿a qué llamas haberla alcar
¿Estaba en alguna ventana, o qué es es

PARMENO

A ponerla en duda si queda preñada

SEMPRONIO

Espantado me tienes: mucho puede el continuo trabajo; una continua gotera horada una piedra.

PARMENO

Verás qué tan continuo, que ayer lo pensé, ya la tengo por mía.

SEMPRONIO

La vieja anda por ahí.

PARMENO

¿En qué lo ves?

SEMPRONIO

Que ella me había dicho que te quería mucho, y que te la haría haber. Dichoso fuiste, no hiciste sino llegar y recaudar: por esto dicen: más vale a quien Dios ayuda, que a quien mucho madruga; pero tal padrino tuviste.

PARMENO

Dí madrina, que es más cierto; así que, quien a buen árbol se arrima... Tarde fui, pero temprano recaudé. ¡Oh hermano! ¿Qué te contaría de sus gracias de aquella mujer, de su habla y hermosura de cuerpo? Pero quede para más oportunidad.

SEMPRONIO

¿Puede ser sino prima de Elicia? No me dirás tanto, cuanto estotra no tenga más: todo lo creo; pero ¿qué te cuesta? ¿Hasle dado algo?

PARMENO

No, cierto: mas aunque hubiera, era bien empleado; de todo bien es capaz. En tanto son las tales tenidas, cuanto caras son compradas; tanto valen cuanto cuestan; nunca mucho costó poco, *sino a mí* esta señora. A comer la con-

PARMENO

Aun hasta en esto me ha corrido buen tiem-
. Pues así es, mientras recuerda, quiero en-
.r la comida a que la aderecen.

SEMPRONIO

¿Qué has pensado enviar para que aquellas
uillas te tengan por hombre cumplido, bien
ado y franco?

PARMENO

En casa llena presto se adereza cena; de lo
e hay en la despensa basta para no caer en
.ta. Pan blanco, vino de Morviedro, un pernil
tocino, y más seis pares de pollos que tra-
on estotro día los renteros de nuestro amo;
e si los pidiese, haréle creer que los ha comi-
; y las tórtolas que mandó para hoy guar-
.r, diréle que hedían: tú serás testigo. Ter-
mos manera como a él no haga mal lo que
llas comiere, y nuestra mesa esté como es ra-
n. Y allá hablaremos largamente en su daño
nuestro provecho con la vieja cerca destos
nores.

SEMPRONIO

Más dolores: que por fe tengo que de muer-
o loco no escapa desta vez. Pues que así es,
spacha, subamos a ver qué hace.

CALISTO

En gran peligro me veo;
en mi muerte no hay tardanza:
pues que me pide el deseo
lo que me niega esperanza.

PARMENO

Escucha, escucha, Sempronio: trovando está nuestro amo.

SEMPRONIO

¡Oh, hideputa, el trovador! ¡El gran Antipater Sidonio, el gran poeta Ovidio, los cuales de improviso se les venían las razones metrificadas a la boca! Sí, sí, de esos es: trovará el diablo; está devaneando entre sueños.

CALISTO

Corazón, bien se te emplea
que penes y vivas triste,
que tan presto te venciste
del amor de Melibea.

PARMENO

¿No digo yo que trova?

CALISTO

¿Quién habla en la sala? ¡Mozos!

PARMENO

Señor.

CALISTO

¿Es muy de noche? ¿Es hora de acostar?

PARMENO

Mas ya es, señor, tarde para levantar.

CALISTO

¿Qué dices, loco? ¿Toda la noche es pasada?

PARMENO

Y áun harta parte del día.

CALISTO

Di, Sempronio, ¿miente ese desvariado que me hace creer que es de día?

SEMPRONIO

Olvida, señor, un poco a Melibea, y verás

la claridad: que con la mucha que en su gesto contemplas, no puedes ver de encandilado, como perdiz con la calderuela.

CALISTO

Ahora te creo, que tañen a misa. Daca mis ropas, iré a la Magdalena; rogaré a Dios aderece a Celestina, y ponga en corazón a Melibea mi remedio, o dé fin en breve a mis tristes días.

SEMPRONIO

No te fatigues tanto; no lo quieras todo en una hora, que no es de discretos desear con grande eficacia lo que se puede tristemente acabar. Si tú pides que se concluya en un día lo que en un año sería harto, no es mucha tu vida.

CALISTO

¿Quieres decir que soy como el mozo del escudero gallego?

SEMPRONIO

No mande Dios que tal cosa yo diga, que eres mi señor; y mas desto sé que como me galardonas el buen consejo, me castigarías lo mal hablado. Aunque dicen que no es igual la alabanza del servicio o buena habla, como la reprensión y pena de lo mal hecho o hablado.

CALISTO

No sé quién te avezó tanta filosofía, Sempronio.

SEMPRONIO

Señor, no es todo blanco aquello que de negro no tiene semejanza, ni es todo oro cuanto amarillo reluce. Tus acelerados deseos, no medidos por razón, hacen parecer claros mis consejos. Quisieras tú ayer que te trajeran a

la primera habla amanojada y envuelta en su cordón a Melibea, como si hubieras enviado por otra cualquiera mercaduría a la plaza, en que no hubiera más trabajo de llegar y pagarla. Da, señor, alivio al corazón, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventuranza. Un solo golpe no derriba un roble. Apercíbete con sufrimiento, porque la providencia es cosa loable, y el apercibimiento resiste el fuerte combate.

CALISTO

Bien has dicho, si la calidad de mi mal lo consintiese.

SEMPRONIO

¿Para qué, señor, es el seso, si la voluntad priva a la razón?

CALISTO

¡Oh loco, loco! Dice el sano al doliente: Dios te dé salud. No quiero consejo ni esperarte más razones, que más avivas y enciendes las llamas que me consumen. Yo me voy solo a misa, y no tornaré a casa hasta que me llaméis, pidiéndome las albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina. Ni comeré hasta entonces, aunque primero sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin a su jornada.

SEMPRONIO

Deja, señor, esos rodeos; deja esas poesías, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden. Di, aunque se ponga el sol, y sabrán todos lo que dices; y come alguna conserva, con que tanto espacio de tiempo te *sostengas*.

CALISTO

Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como a tí te parece; porque cierto tengo, según tu limpieza de servicio, quieres tanto mi vida como la tuya.

SEMPRONIO

¿Créeslo tú, Parmeno? Bien sé que no lo jurarías. Acuérdate, si fueres por conserva, apañes un bote para aquella gentecilla, que nos va más, y a buen entendedor... En la bragueta cabrá.

CALISTO

¿Qué dices, Sempronio?

SEMPRONIO

Dije, señor, a Parmeno, que fuese por una tajada de diacitrón.

PARMENO

Hela aquí, señor.

CALISTO

Daca.

SEMPRONIO

Verás qué engullir hace el diablo. Entero lo quiere tragar por más apriesa hacer.

CALISTO

El alma me ha tornado. Quedaos con Dios, hijos; esperad la vieja, e id por buenas albricias.

PARMENO

¡Allá irás con el diablo tú y malos años! ¡y en tal hora comieses el diacitrón, como Apuleyo el veneno que le convirtió en asno!

EL ACTO NOVENO

ARGUMENTO DEL NOVENO ACTO

Sempronio y Parmeno van a casa de Celestina, entre sí hablando. Llegados allá, hallan a Elicia y Areusa. Pónense a comer. Entre comer riñe Elicia con Sempronio, levántase de la mesa, tórnanla apaciguar. Estando ellos todos entre sí razonando viene Lucrecia, criada de Melibea, llamar a Celestina, que vaya a estar con Melibea.

SEMPRONIO, PARMENO, ELICIA, CELESTINA, AREUSA, LUCRECIA

SEMPRONIO

Baja, Parmeno, nuestras capas y espadas, si te parece, que es hora que vamos a comer.

PARMENO

Vamos presto; ya creo que se quejarán de nuestra tardanza. No por esa calle, sino por estotra, porque nos entremos por la iglesia, y veremos si hubiere acabado Celestina sus devociones; llevarla hemos de camino.

SEMPRONIO

A donosa hora ha de estar rezando.

PARMENO

No se puede decir sin tiempo hecho lo que en todo tiempo se puede hacer.

SEMPRONIO

Verdad es; pero mal conoces a Celestina: cuando ella tiene que hacer, no se acuerda de

Dios, ni cura de santidades. Cuando hay que roer en casa, sanos están los santos; cuando va a la iglesia, con sus cuentas en la mano, no sobra el comer en casa. Aunque ella te crió, mejor conozco yo sus propiedades que tú; lo que en sus cuentas reza, es los virgos que tiene a cargo, y cuántos enamorados hay en la ciudad, y cuántas mozas tiene encomendadas, y qué despenseros le dan ración, y cuál lo mejor, y cómo les llaman por nombre, porque cuando los encontrare no hable como extraña, y qué canónigo es más mozo y franco. Cuando menea los labios es fingir mentiras, ordenar cautelas para haber dinero. Por aquí le entraré, esto me responderá, estotro replicaré: así vive esta que nosotros mucho honramos.

PARMENO

Más que eso sé yo; sino porque te enojaste estotro día, no quiero hablar; cuando lo dije a Calisto.

SEMPRONIO

Aunque lo sepamos para nuestro provecho no lo publiquemos para nuestro daño. Saberlo nuestro amo es echarlo por quien es, y no curar della. Dejándola, verná forzado otra, de cuyo trabajo no esperemos parte como desta, que de grado o por fuerza nos dará de lo que le diere.

PARMENO

Bien has dicho. Calla, que está abierta la puerta. En casa está: llama antes que entres, que por ventura están envueltas, y no querrán ser así vistas.

SEMPRONIO

Entra, no cures, que todos somos de casa. Ya ponen la mesa.

CELESTINA

¡Oh mis enamorados, mis perlas de oro! Tal me venga el año, cual me parece vuestra venida.

PARMENO

¡Qué palabras tiene la noble! Bien ves, hermano, estos halagos fingidos.

SEMPRONIO

Déjala, que deso vive; que no sé quién diablos le mostró tanta ruindad.

PARMENO

La necesidad y pobreza; la hambre, que no hay mejor maestra en el mundo; no hay mejor despertadora y avivadora de ingenios. ¿Quién mostró a las picazas y papagayos imitar nuestra propia habla con sus arpadas lenguas, y nuestro órgano y voz, sino ésta?

CELESTINA

Muchachas, muchachas, bobas, andad acá bajo, presto; que están aquí dos hombres que me quieren forzar.

ELICIA

¡Más nunca acá vinieran! ¡y mucho convidar con tiempo, que ha tres horas que está aquí mi prima! Este perezoso de Sempronio habrá sido causa de la tardanza, que no ha ojos por do verme.

SEMPRONIO

Calla, mi señora, mi vida, mis amores; que quien a otro sirve no es libre: así que sujeción me relieva de culpa. No hayamos enojo, asentémonos a comer.

ELICIA

Así; para asentar a comer, muy diligente: a mesa puesta con tus manos lavadas y poca vergüenza.

SEMPRONIO

Después reñiremos, comamos ahora. Asiéntate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA

Asentaos vosotros, mis hijos, que harto lugar hay para todos a Dios gracias: tanto nos diesen del paraíso cuando allá vamos. Poneos en orden, cada uno cabe la suya: yo que estoy sola porné cabe mí este jarro y taza, que no es más mi vida de cuanto con ello hablo. Después que me fui haciendo vieja, no sé mejor oficio a la mesa que escanciar; porque quien la miel trata, siempre se le apega dello. Pues de noche en invierno, no hay tal escalentador de cama; que con dos jarrilos desto que beba cuando me quiero acostar, no siento frío en toda la noche; desto aforro todos mis vestidos cuando viene la navidad; esto me calienta la sangre; esto me sostiene continuo en un ser; esto me hace andar siempre alegre; esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en casa, que nunca temeré el mal año; que un cortezón de pan ratonado me basta para tres días. Esto quita la tristeza del corazón, más que el oro ni el coral; esto da esfuerzo al mozo, y al viejo fuerza; pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia; conforta los celebros; saca el frío del estómago, quita el hedor del anélito, hace potentes los fríos, hace sufrir los afanes de las labranzas, a los cansados segadores hace sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas, sostiénese sin heder en la mar, lo cual no hace el agua. Más propiedades te diría dello, que todos tenéis cabellos; así que, no sé quién no se goce en mentarlo. No tiene sino una tacha, que le

no vale caro, y lo malo hace daño; así que, lo que sana el hígado, enferma la bolsa. o todavía con mi fatiga busco lo mejor, a eso poco que bebo. Una sola docena de es a cada comida: no me harán pasar de , salvo si no soy convidada como ahora.

PARMENO

Madre, pues tres veces dicen que es bueno y esto todos los que escribieron.

CELESTINA

Hijo, estará corrupta la letra; por trece tres.

SEMPRONIO

Mía señora, a todos nos sabe bien. Comien- y hablando, porque después no habrá tiem- para entender en los amores deste perdido nuestro amo, y de aquella graciosa y gen- Melibea.

ELICIA

Apártateme allá, desabrido, enojoso! Mal vecho te haga lo que comes, tal comida me dado. Por mi alma, revesar quiero cuanto go en el cuerpo, de asco de oírte llamar élla gentil. ¡Mirad quién gentil! ¡Jesú, Je- ¡Y qué hastío y enojo es ver tu poca ver- nza! ¡A quién gentil! Mal me haga Dios lla lo es, ni tiene parte dello, sino que hay s que de lagaña se agrandan. Santiguarme ro de tu necedad y poco conocimiento. ¡Oh n estuviese de gana para disputar contigo hermosura y gentileza! ¿Gentil es Melibea? onces lo es, entonces acertarán, cuando an- a pares los diez mandamientos. Aquella nosura por una moneda se compra de la da. Por cierto que conozco yo en la calle de ella vive cuatro doncellas, en quien Dios

más repartió su gracia, que no en Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Ponedlos a un palo, también diréis que es gentil. Por mi vida, que no lo digo por alabarme; mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREUSA

Pues no la has tú visto como yo, hermana mía. Dios me lo demande, si en ayunas la topases, si aquel día pudieses comer de asco. Todo el año se está encerrada con mudas de mil suciedades. Por una vez que haya de salir donde pueda ser vista, enviste su cara con hiel y miel, con unas tostadas e higos pasados, y con otras cosas que por reverencia de la mesa dejo de decir. Las riquezas las hacen a éstas hermosas y ser alabadas, que no las gracias de su cuerpo; que así goce de mí, unas tetas tiene, para ser doncella, como si tres veces hubiese parido: no parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se le he visto; pero juzgando por lo otro, creo que lo tiene tan flojo como una vieja de cincuenta años. No sé qué se ha visto Calisto, porque deja de amar a otras que más ligeramente podría haber, y con quien él más holgase; sino que el gusto dañado muchas veces juzga por dulce lo amargo.

SEMPRONIO

Hermana, paréceme aquí que cada buhonero alaba sus agujas; que el contrario deso se suena por la ciudad.

AREUSA

Ninguna cosa es más lejos de verdad que la vulgar opinión. Nunca alegre vivirás si por voluntad de muchos te riges, porque estas son

conclusiones verdaderas, que cualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad; lo que habla falsedad; lo que reprueba es bondad; lo que prueba, maldad. Y pues este es su más cierto uso y costumbre, no juzgues la bondad y hermosura de Melibea por eso ser la que afirmas.

SEMPRONIO

Señora, el vulgo parlero no perdona las tachas de sus señores; y así yo creo que si alguna tuviese Melibea, ya sería descubierta de los que con ella más que nosotros tratan. Y aunque lo que dices concediese, Calisto es caballero, Melibea hijadalgo; así que, los nacidos por linaje escogido búscanse unos a otros. Por ende no es de maravillar que ame antes a ésta que a otra.

AREUSA

Ruin sea quien por ruin se tiene; las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí, y no vaya a buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.

CELESTINA

Hijos, por mi vida, que cesen esas razones de enojo; y tú, Elicia, que te tornes a la mesa y dejes esos enojos.

ELICIA

¡Con tal que mala pro me hiciese! ¡con tal que reventase en comiéndolo! ¿Había yo de comer con ese malvado, que en mi cara me ha porfiado que es más gentil su andrajo de Melibea que yo?

SEMPRONIO

Calla, mi vida, que tú la compáraste. Toda

comparación es odiosa; tú te tienes la culpa, y no yo.

AREUSA

Ven, hermana, a comer, no hagas ahora este placer a estos locos porfiados; si no, levantarme he yo de la mesa.

ELICIA

Necesidad de complacerte me hace contentar a ese enemigo mío, y usar de virtud con todos.

SEMPRONIO

¡He, he, he!

ELICIA

¿De qué te ríes? ¡De mal cancre sea comida esa boca desgraciada, enojosa!

CELESTINA

No le respondas, hijo; si no, nunca acabaremos. Entendamos a lo que hace a nuestro caso. Decidme, ¿cómo quedó Calisto? ¿cómo lo dejastes? ¿cómo os pudistes entrambos descabullir dél?

PARMENO

Allá fue a la maldición, echando fuego, desesperado, perdido, medio loco, a misa a la Magdalena, a rogar a Dios que te dé gracia que puedas bien roer los huesos destos pollos, y protestando no volver a casa hasta oír que eres venida con Melibea en tu arremango. Tu saya y manto, y aun mi sayo cierto está; lo otro vaya y venga. El cuándo lo dará, no lo sé.

CELESTINA

Sea cuando fuere: buenas son mangas pasada la pascua. Todo aquello alegra que con poco trabajo se gana, mayormente viniendo de *parte* de donde tan poca mella hace; de hom-

tan rico, que con los salvados de su casa
ía yo salir de laceria, según lo mucho le
a. No les duele a los tales lo que gastan,
gún la causa por que lo dan; no lo sienten
el embebecimiento del amor; no les pena,
ren, no oyen; lo cual yo juzgo por otros
he conocido menos apasionados y metidos
ste fuego de amor que a Calisto veo. Que ni
en, ni beben, ni ríen, ni lloran, ni duer-
, ni velan, ni callan, ni penan, ni descansan,
stán contentos, ni se quejan, según la per-
dad de aquella dulce y fiera llaga de sus
zones. Y si alguna cosa destas la natural
sidad les fuerza hacer, están en el acto tan
lados, que comiendo se olvida la mano de
ır la vianda a la boca. Pues si con ellos
an, jamás conveniente respuesta vuelven.
tienen los cuerpos; con sus amigas los co-
nes y sentidos. Mucha fuerza tiene el amor;
sólo la tierra, mas aun las mares traspasa,
in su poder. Igual mando tiene en todo
ero de hombres. Todas las dificultades quie-
Ansiosa cosa es, temerosa y solícita. To-
las cosas mira en derredor: así que, si
tros buenos enamorados habéis sido, juz-
iis yo decir verdad.

SEMPRONIO

eñora, en todo concedo con tu razón, que
l está quien me causó algún tiempo andar
ıo otro Calisto, perdido el sentido, cansado
uerpo, la cabeza vana, los días mal dur-
ndo, las noches todas velando, dando albo-
ıs, haciendo momos, saltando paredes, po-
ıdo cada día la vida al tablero, esperan-
toros, *corriendo* caballos, tirando barra,

echando lanza, cansando amigos, quebrando
padas, haciendo escalas, vistiendo armas,
otros mil actos de enamorado; haciendo
plas, pintando motes, sacando invenciones.
ro todo lo doy por bien empleado, pues
joya gané.

ELICIA

Mucho piensas que me tienes ganada. P
hágote cierto, que no has vuelto la cabe
cuando está en casa otro que más quiero, n
gracioso que tú, y aun que no anda buscan
cómo me dar enojo: a cabo de un año
me vienes a ver, tarde y con mal.

CELESTINA

Hijo, déjala decir, que devanea; mient
más deso la oyeres, más se confirma en tu am
Todo es porque habéis aquí alabado a M
bea; no sabe en otra cosa que os lo pag
sino en decir eso; y creo que no ve la hora
haber comido, para lo que yo me sé. Pues e
tra su prima yo me la conozco. Gozad vuest
frescas mocedades, que quien tiempo tie
y mejor le espera, tiempo viene que se ar
piente; como yo hago ahora por algunas ho
que dejé perder cuando moza, cuando me p
ciaban, cuando me querían; que ya, mal pe
do, caducado he, nadie me quiere. ¡Que s
Dios mi buen deseo! Besaos y abrazaos,
a mí no me queda otra cosa sino gozarme
vello. Mientra a la mesa estáis, de la cinta a
ba todo se perdona; cuando seáis aparte,
quiero poner tasa, pues que el rey no la po
Que yo sé por las muchachas que nunca de
portunos os acusen; y la vieja Celestina m
cará de dentera, con sus botas encías las
gajas de los manteles. Bendígaos Dios, ¡có

› reís y holgáis, putillos, loquillos, traviesos! ›n esto había de parar el nublado de las cuesoncillas que habéis tenido: ¡mirá no derriéis la mesa!

ELICIA

Madre, a la puerta llaman. ¡El solaz es detamado!

CELESTINA

Mira, hija, quién es; por ventura será quien › acreciente y allegue.

ELICIA

O la voz me engaña, o es mi prima Lucreia.

CELESTINA

Abrela, y entre ella, y buenos años; que aun ella algo se le entiende desto que aquí halamos; aunque su mucho encerramiento le npide el gozo de su mocedad.

AREUSA

Así goce de mí, que es verdad, que estas ue sirven a señoras, ni gozan deleite, ni conoen los dulces premios de amor. Nunca tratan on parientes, con iguales a quien pueden halar tú por tú, con quien digan ¿qué cenaste? estás preñada? ¿cuántas gallinas crías? llémame a merendar a tu casa; muéstrame tu namorado; ¿cuánto ha que no te vido? ¿cóio te va con él? ¿quién son tus vecinas? y tras cosas de igualdad semejantes. ¡Oh tía, qué duro nombre, y qué grave y soberbio › señora continuo en la boca! Por esto me ivo sobre mí desde que me sé conocer; que ımás me precié de llamarme de otra, sino mía. Iayormente destas señoras que ahora se usan: ástase con ellas lo mejor del tiempo, y con

una saya rota de las que ellas desechan pa-
gan servicio de diez años. Denostadas, maltra-
tadas las traen, contino sojuzgadas, que habla
delante dellas no osan; y cuando ven cerca e
tiempo de la obligación de casallas, levántan-
les un caramillo, que se echan con el mozo o
con el hijo, o pídenles celos del marido, o qu
meten hombres en casa, o que hurtó la taza, o
perdió el anillo; danles un ciento de azotes
y échanlas la puerta afuera, las haldas en la
cabeza diciendo: allá irás, ladrona, puta, no
destruirás mi casa y honra. Así que esperan
galardón, sacan baldón; esperan salir casa-
das, salen amenguadas; esperan vestidos y jo-
yas de boda, salen desnudas y denostadas. Es-
tos son sus premios, estos son sus beneficio
y pagos, oblíganseles a dar marido, quítanle
el vestido. La mejor honra que en sus casa
tienen, es andar hechas callejeras de dueña e
dueña, con sus mensajes a cuestas. Nunca oye
su nombre propio de la boca dellas, sino put
acá, puta acullá. ¿A do vas, tiñosa? ¿qué hi
ciste, bellaca? ¿por qué comiste esto, golosa
¿cómo fregaste la sartén, puerca? ¿por qué n
limpiaste el manto, sucia? ¿cómo dijiste est
necia? ¿quién perdió el plato, desenliñada
¿cómo faltó el paño de manos, ladrona? a
tu rufián lo habrás dado. Ven acá, mala muje
la gallina havada no parece; pues búscal
presto; si no, en la primera blanca de tu so
dada la contaré. Y tras esto mil chapinazos
pellizcos, palos y azotes. No hay quien las se
pa contentar; no hay quien pueda sufrillas. S
placer es dar voces, su gloria es reñir. De l
mejor hecho, menos contentamiento muestra
Por eso, madre, me he querido más vivir en n

pequeña casa, exenta y señora, que no en sus ricos palacios sojuzgada y cautiva.

CELESTINA

En tu seso has estado, bien sabes lo que haces. Que los sabios dicen, que vale más una migaja de pan con paz, que toda la casa llena de viandas con rencilla. Mas ahora cese esta razón, que entra Lucrecia.

LUCRECIA

Buena pro os haga, tía, y la compañía. Dios bendiga tanta gente y tan honrada.

CELESTINA

¿Tanta, hija? ¿Por mucha has esta? Bien parece que no me conociste en mi prosperidad, hoy ha veinte años. ¡Ay, quien me vido, y quien me ve ahora, no sé cómo no quiebra su corazón de dolor! Yo vi, mi amor, a esta mesa donde ahora están tus primas asentadas, nueve mozas de tus días, que la mayor no pasaba de diez y ocho años, y ninguna había menor de catorce. Mundo es, pase, ande su rueda, rodee sus arcaduces, unos llenos, otros vacíos. La ley es de fortuna, que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanece: su orden es mudanzas. No puedo decir sin lágrimas la mucha honra que entonces tenía; aunque por mis pecados y mala dicha poco a poco ha venido en disminución. Como declinaban mis días, así se disminuía y menguaba mi provecho. Proverbio es antiguo, que cuanto al mundo es o crece o descrece; todo tiene sus límites, todo tiene sus *grados. Mi* honra llegó a la cumbre,

según quien yo era; de necesidad es que se desmengüe y abaje. Cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida; pero bien sé que subí para descender, florecí para secarme, gocé para entristecerme, nací para vivir, viví para crecer, crecí para envejecer, envejecí para morirme. Y pues esto antes de ahora me consta, sufriré con menos pena mi mal, aunque del todo no pueda despedir el sentimiento, como sea de carne sensible formada.

LUCRECIA

Trabajo tenías, madre, con tantas mozas, que es un ganado muy trabajoso de guardar.

CELESTINA

¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me obedecían, todas me honraban, de todas era acatada, ninguna salía de mi querer; lo que yo decía era lo bueno; a cada cual daba su cobro. No escogían más de lo que yo les mandaba; cojo, o tuerto, o manco, aquel habían por sano, quien más dinero me daba. Mío era el provecho, suyo el afán. Pues servidores ¿no tenía por su causa dellas? Caballeros viejos y mozos, abades, de todas dignidades desde obispos hasta sacristanes. En entrando por la iglesia veía derrocar bonetes en mi honor, como si yo fuera una duquesa; el que menos había que negociar conmigo, por más ruin se tenía. De media legua que me viesen, dejaban las Horas; uno a uno, dos a dos, venían adonde yo estaba, a ver si mandaba algo, a preguntarme cada uno por la suya. Que hombre había que estando diciendo misa, en viéndome entrar, se turbaba que no hacía ni decía cosa a derechas. Unos me llamaban señora

otros tía, otros enamorada, otros vieja honrada. Allí se concertaban sus venidas a mi casa, allí las idas a la suya, allí se me ofrecían dineros, allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara, por me tener más contenta. Ahora hame traído la fortuna a tal estado, que me digas, buena pro te hagan las zapatas.

SEMPRONIO

Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas de esa religiosa gente y benditas coronas. Sí, que no serían todos.

CELESTINA

No, hijo; ni Dios lo mande que yo tal cosa levante; que muchos viejos devotos había con quien yo poco medraba, y aun que no me podía ver; pero creo que de envidia de los otros que me hablaban. Como la clerecía era grande, había de todos: unos muy castos, otros que tenían cargo de mantener a las de mi oficio, y aun todavía creo que no faltan. Y enviaban sus escuderos y mozos a que me acompañasen; y apenas era llegada a mi casa, cuando entraban por mi puerta muchos pollos y gallinas, ansarones, anadones, perdices, tórtolas, perniles de tocino, tortas de trigo, lechones; cada cual como lo recibía de aquellos diezmos de Dios, así lo venían luego a registrar, para que comiese yo y aquellas sus devotas. Pues ¿vino? ¿No me sobraba de lo mejor que se bebía en la ciudad? Venido de diversas partes, de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martín y de otros muchos lugares, y tantos que, aunque tengo la diferencia de los gustos y sabor en la boca, no tengo la di-

versidad de sus tierras en la memoria; que harto es que una vieja como yo, en oliendo cualquier vino, diga de dónde es. Pues otros curas sin renta, no era ofrecido el bodigo, cuando, en besando el feligrés la estola, era del primer voleo en mi casa. Espesos como piedras a tablado entraban muchachos cargados de provisiones por mi puerta. No sé cómo puedo vivir, cayendo de tal estado.

AREUSA

Por Dios, pues somos venidas a haber placer, no llores, madre, ni te fatigues, que Dios lo remediará todo.

CELESTINA

Harto tengo, hija, que llorar, acordándome de tan alegre tiempo y tal vida como yo tenía, y cuán servida era de todo el mundo; que jamás hubo fruta nueva, de que yo primero no gozase que otros supiesen si era nacida. En mi casa se había de hallar si para alguna preñada se buscase.

SEMPRONIO

Madre, ningún provecho trae la memoria del buen tiempo, si cobrar no se puede; antes tristeza: como a ti ahora, que nos has sacado el placer de entre las manos. Alcese la mesa; irnos hemos a holgar, y tú darás respuesta a esa doncella que aquí es venida.

CELESTINA

Hija Lucrecia, dejadas estas razones, querría que me dijeses a qué fue ahora tu buena venida.

LUCRECIA

Por cierto ya se me había olvidado mi principal demanda y mensaje con la memoria de ese tan alegre tiempo como has contado; y así me estuviera un año escuchándote sin comer, pensando en aquella vida buena que aquellas mozas gozarían, que me parece y semeja que estoy yo ahora en ella. Mi venida, señora, es lo que tú sabrás: pedirte el ceñidero, y demás desto, te ruega mi señora sea de ti visitada, y muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y dolor del corazón.

CELESTINA

Hija, destos dolorcillos tales, más es el ruido que las nueces. Maravillada estoy, sentirse del corazón mujer tan moza.

LUCRECIA

¡Así te arrastren, traidora! ¿Tú no sabes qué es? Hace la vieja falsa sus hechizos, y vase: después hácese de nuevas.

CELESTINA

¿Qué dices, hija?

LUCRECIA

Madre, que vamos presto, y me dés el cordón.

CELESTINA

Vamos, que yo le llevo.

EL DÉCIMO ACTO

ARGUMENTO DEL DÉCIMO ACTO

entras andan Celestina y Lucrecia por el camino está hablando Melibea consigo misma. Llegan a la puerta. Entra Lucrecia primero. Hace entrar a Celestina. Melibea, después de muchas razones, descubre a Celestina arder en amor de Calisto. Ven venir a Alisa, madre de Melibea; despídense de en uno. Pregunta Alisa a Melibea de los negocios de Celestina, defendiéndole su mucha conversación.

MELIBEA, CELESTINA, LUCRECIA, ALISA

MELIBEA

¡Oh lastimada de mí! ¡oh mal proveída ›ncella! ¿Y no me fuera mejor conceder su ›tición y demanda ayer a Celestina, cuando › parte de aquel señor, cuya vista me cautivó, e fue rogado, y contentarle a él, y sanar a mí, ıe no venir por fuerza a descubrir mi llaga, ıando no me sea agradecido, cuando ya des›nfiado de mi buena respuesta, haya puesto ıs ojos en amor de otra? ¡Cuánta más ven›ja tuviera mi prometimiento rogado, que mi ›recimiento forzoso! ¡Oh mi fiel criada Lu›ecia! ¿Qué dirás de mí? ¿Qué pensarás de i seso, cuando me veas publicar lo que a ti más he querido descubrir? ¡Cómo te espan›rás del rompimiento de mi honestidad y ver›ienza, que siempre como encerrada doncella

acostumbré tener! No sé si habrás barruntad de dónde proceda mi dolor. ¡Oh si ya viniese con aquella medianera de mi salud! ¡Oh so berano Dios! ¡A ti, que todos los atribulado llaman, los apasionados piden remedio, los lla gados medicina! ¡a ti, que los cielos, mar tierra con los infernales centros obedecen! ¡ ti, el cual todas las cosas a los hombres sojuz gaste, humildemente suplico des a mi herid corazón sufrimiento y paciencia, con que m terrible pasión pueda disimular! No se desdo re aquella hoja de castidad que tengo asenta da sobre este amoroso deseo, publicando se otro mi dolor, que no el que me atormenta Pero ¿cómo lo podré hacer, lastimándome ta cruelmente el ponzoñoso bocado, que la vist de su presencia de aquel caballero me dio! ¡Oh género femíneo, encogido y frágil! ¿Po qué no fue también a las hembras concedid poder descubrir su congojoso y ardiente amo como a los varones? Que ni Calisto vivier quejoso ni yo penada.

LUCRECIA

Tía, detente un poquito cabe esta puerta entraré a ver con quién está hablando mi se ñora. Entra, entra que consigo lo ha.

MELIBEA

Lucrecia, echa esa antepuerta. ¡Oh vieja sa bia y honrada, tú seas bien venida! ¿Qué te pa rece, cómo ha querido mi dicha y la fortuna h rodeado, que yo tuviese de tu saber necesi *dad, para* que tan presto me hubieses de pa

gar en la misma moneda el beneficio que por ti me fue demandado para ese gentil hombre que curabas con la virtud de mi cordón?

CELESTINA

¿Qué es, señora, tu mal, que así muestras las sañas de su tormento en las coloradas colores de tu gesto?

MELIBEA

Madre mía, que comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA

Bien está; así lo quería yo. Tú me pagarás, doña loca, la sobra de tu ira.

MELIBEA

¿Qué dices? ¿Has sentido en verme alguna causa, donde mi mal proceda?

CELESTINA

No me has, señora, declarado la calidad del mal: ¿quieres que adivine la causa? Lo que yo digo es, que recibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA

Vieja honrada, alégramela tú, que grandes nuevas me han dado de tu saber.

CELESTINA

Señora, el sabidor sólo es Dios; pero como para salud y remedio de las enfermedades fueron repartidas las gracias en las gentes de hallar las melecinas, dellas por experiencia, dellas por arte, dellas por natural instinto, alguna partecica alcanzó a esta pobre vieja, de la cual al presente podrás ser servida.

MELIBEA

¡Oh qué gracioso y agradable me es oírte! Saludable es al enfermo la alegre cara del que le

visita. Paréceme que veo mi corazón entre tus manos hecho pedazos, el cual, si tú quisieses, con muy poco trabajo juntarías con la virtud de tu lengua, no de otra manera que cuando vio en sueños aquel grande Alexandre, rey de Macedonia, en la boca del dragón, la saludable raíz con que sanó a su criado Tolomeo de bocado de la víbora. Pues por amor de Dios te despojes para muy diligente entender en mi mal, y me des algún remedio.

CELESTINA

Grande parte de la salud es desearla; por lo cual creo menos peligroso ser tu dolor. Pero para yo dar, mediante Dios, congrua y saludable melecina, es necesario saber de ti tres cosas. La primera, a qué parte de tu cuerpo más declina y aqueja el sentimiento. Otra, si es nuevamente por ti sentido, porque más presto curan las tiernas enfermedades en sus principios que cuando han hecho curso en la perseveración de su oficio; mejor se doman los animales en su primera edad, que cuando ya es su cuero endurecido para venir mansos a la melena; mejor crecen las plantas que tiernas nuevas se trasponen que las que fructificando ya se mudan; muy mejor se despide el nuevo pecado, que aquel que por costumbre antiguo cometemos cada día. La tercera, si procede de algún cruel pensamiento que asentó en aquel lugar. Y esto sabido, verás obrar mi cura. Por ende cumple que al médico como al confesor se hable toda verdad abiertamente.

MELIBEA

Amiga Celestina, mujer bien sabia y maestra grande, mucho has abierto el camino por

donde mi mal te pueda especificar. Por cierto, tú lo pides como mujer bien esperta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazón; la izquierda teta es su aposentamiento; tiende sus rayos a todas partes. Lo segundo, es nuevamente nacido en mi cuerpo; que no pensé jamás que podía dolor privar el seso, como éste hace: túrbame la cara, quítame el comer, no puedo dormir, ningún género de risa querría ver. La causa o pensamiento, que es la final cosa por ti preguntada de mi mal, ésta no sabré decir, porque ni muerte de deudo, ni pérdida de temporales bienes, ni sobresalto de visión, ni sueño desvariado, ni otra cosa puedo sentir que fuese, salvo la alteración que tú me causaste con la demanda que sospeché de parte de aquel caballero Calisto, cuando me pediste la oración.

CELESTINA

Cómo, señora, ¿tan mal hombre es aquél? ¿Tan mal nombre es el suyo, que en sólo ser nombrado trae consigo ponzoña su sonido? No creas que sea esa la causa de tu sentimiento, antes otra que yo barrunto; y pues así es, si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

MELIBEA

¿Cómo, Celestina? ¿qué es ese nuevo salario que pides? ¿De licencia tienes tú necesidad para me dar la salud? ¿Cuál físico jamás pidió tal seguro para curar al paciente? Di, di, que siempre la tienes de mí, tal que mi honra no dañes con tus palabras.

CELESTINA

Véote, señora, por una parte, quejar del dolor; por otra, temer la melecina. Tu temor me pone miedo, el miedo silencio, el silencio tre-

gua entre tu llaga y mi melecina. Así que, será causa que ni tu dolor cese, ni mi venida aproveche.

MELIBEA

Cuanto más dilatas la cura, tanto más me acrecientas y multiplicas la pena y pasión. O tus melecinas son de polvos de infamia y licor de corrupción, conficionadas con otro más crudo dolor que el que de parte del paciente se siente, o no es ninguno tu saber. Porque si lo uno o lo otro no abastase, cualquiera remedio otro darías sin temor, pues te pido le muestres, quedando libre mi honra.

CELESTINA

Señora, no tengas por nuevo ser más fuerte de sufrir al herido la ardiente trementina, y los ásperos puntos que lastiman lo llagado y doblan la pasión, que no la primera lisión, que dio sobre sano. Pues si tú quieres ser sana, y que te descubra la punta de mi sutil aguja sin temor, haz para tus manos y pies una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de silencio, para tus oídos unos algodones de sufrimiento y paciencia, y verás obrar la antigua maestra destas llagas.

MELIBEA

¡Oh, cómo me muero con tu dilatar! Di por Dios lo que quisieres; haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero que iguale con mi pena y tormento. Ahora toque en mi honra, ahora dañe mi fama, ahora lastime mi cuerpo, aunque sea romper mis carnes para sacar mi dolorido corazón, te doy mi fe ser segura, y si siento alivio, bien galardonada.

LUCRECIA

El seso tiene perdido mi señora; gran mal es éste. Cautivádola ha esta hechicera.

CELESTINA

Nunca me ha de faltar un diablo acá y acullá; escapóme Dios de Parmeno, tópome con Lucrecia.

MELIBEA

¿Qué dices, madre? ¿Qué te habla esta moza?

CELESTINA

No le oí nada; pero diga lo que dijere, sabe que no hay cosa más contraria en las grandes curas delante de los animosos cirujanos, que los flacos corazones, los cuales con su gran lástima, con sus dolorosas hablas, con sus sensibles meneos, ponen temor al enfermo, hacen que desconfíen de la salud, y al médico enojan y turban, y la turbación altera la mano, rige sin orden la aguja. Por donde se puede conocer claro, que es muy necesario para tu salud que no esté persona delante, y así que la debes mandar salir; y tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEA

Salte presto.

LUCRECIA

¡Ya, ya! todo es perdido. Ya me salgo, señora.

CELESTINA

También me da osadía tu gran pena, ver cómo con tu sospecha has ya tragado alguna *parte de mi cura;* pero todavía es necesario

traer más clara melecina y más saludable descanso de casa de aquel caballero Calisto.

MELIBEA

Calla, por Dios, madre; no traigan de su casa cosa para mi provecho, ni le nombres aquí.

CELESTINA

Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal; no se quiebre; si no, todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura, y lo duro con duro se ablanda más eficazmente. Y dicen los sabios, que la cura del lastimero médico deja mayor señal, y que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura, y un clavo con otro se espele, y un dolor con otro. No concibas odio ni desamor, ni consientas a tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conocido fuese...

MELIBEA

¡Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no tengo dicho que no me alabes ese hombre, ni me lo nombres en bueno ni en malo?

CELESTINA

Señora, este es otro y segundo punto, el cual si tú con tu mal sufrimiento no consientes, poco aprovechará mi venida y si como prometiste lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin queja y pagado. Primero te avisaré de mi cura y desta invisible aguja, que sin llegar a ti sientes en sólo mentarla en mi boca.

MELIBEA

Tantas veces me nombrarás ese tu caballero, que ni mi promesa baste ni la fe que te di

a sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo a él? ¿Qué le soy en cargo? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Qué necesario es él aquí para el propósito de mi mal? Más agradable me sería que rasgases mis carnes y sacases mi corazón, que no traer esas palabras aquí.

CELESTINA

Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor, no rasgaré yo tus carnes para le curar.

MELIBEA

¿Cómo dices que llaman a este mi dolor, que así se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA

Amor dulce.

MELIBEA

Eso me declara qué es, que en sólo oírlo me alegro.

CELESTINA

Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELIBEA

¡Ay mezquina de mí! Que si verdad es tu relación, dudosa será mi salud, porque, según la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso, acarreará al otro más pasión.

CELESTINA

No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud. Que cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envía el remedio; mayormente que sé yo

en el mundo nacida una flor que de todo esto te dé libre.

MELIBEA

¿Cómo se llama?

CELESTINA

No te lo oso decir.

MELIBEA

Di, no temas.

CELESTINA

Calisto. ¡Oh, por Dios, señora Melibea! ¿Qué poco esfuerzo es este? ¿Qué descaecimiento? ¡Oh mezquina yo! Alza la cabeza. ¡Oh malaventurada vieja! ¡En esto han de parar mis pasos! Si muere, matarme han; aunque viva, seré sentida; que ya no podrá sufrirse de no publicar su mal y mi cura. Señora mía Melibea, ángel mío, ¿qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? Abre tus claros ojos. ¡Lucrecia, Lucrecia, entra presto acá! Verás amortecida a tu señora entre mis manos. ¡Baja presto por un jarro de agua!

MELIBEA

Paso, paso, que yo me esforzaré; no escandalices la casa.

CELESTINA

¡Oh cuitada de mí! no te descaezcas, señora, háblame como sueles.

MELIBEA

Y muy mejor. Calla, no me fatigues.

CELESTINA

¿Pues qué me mandas que haga, perla graciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIBEA

Quebróse mi honestidad, quebróse mi empa-

cho, aflojó mi mucha vergüenza; y como muy naturales, como muy domésticos, no pudieron tan livianamente despedirse de mi cara, que no llevasen consigo su color por algún poco de espacio, mi fuerza, mi lengua, y gran parte de mi sentido. ¡Oh! pues ya, mi buena maestra, mi fiel secretaria, lo que tú tan abiertamente conoces, en vano trabajo por te lo encubrir. Muchos y muchos días son pasados que ese noble caballero me habló en amor; tanto me fue su habla enojosa, cuanto después que tú me lo tornaste a nombrar, alegre. Cerrado han tus puntos mi llaga, venida soy en tu querer. En mi cordón le llevaste envuelta la posesión de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento; su pena era la mayor mía. Alabo y loo tu buen sufrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos y fieles pasos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada solicitud, tu provechosa importunidad. Mucho te debe ese señor, y más yo, que jamás pudieron mis reproches aflacar tu esfuerzo y perseverar, confiando en tu mucha astucia. Antes como fiel servidora, cuando más denostada, más diligente; cuando más disfavor, más esfuerzo; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo más airada, tú más humilde. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás a ti ni a otro pensé descubrir.

CELESTINA

Amiga y señora mía, no te maravilles, porque estos fines con efecto me dan osadía a sufrir los ásperos y escrupulosos desvíos de las encerradas doncellas como tú. Verdad es que antes que me determinase, así por el camino *como en tu casa,* estuve en grandes dudas si te

descubriría mi petición. Visto el gran poder de tu padre, temía; mirando la gentileza de Calisto, osaba; vista tu discreción, me recelaba; mirando tu virtud y humanidad, me esforzaba. En lo uno hablaba el miedo y en lo otro la seguridad. Y pues así, señora, has querido descubrir la gran merced que nos has hecho, declara tu voluntad, echa tus secretos en mi regazo, pon en mis manos el concierto deste concierto; yo daré forma como tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.

MELIBEA

¡Oh mi Calisto y mi señor! ¡Mi dulce y suave alegría! Si tu corazón siente lo que ahora el mío, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente vivir. ¡Oh mi madre y mi señora! haz de manera como luego le pueda ver, si mi vida quieres.

CELESTINA

Ver y hablar.

MELIBEA

Hablar es imposible.

CELESTINA

Ninguna cosa a los hombres que quieren hacerla es imposible.

MELIBEA

Dime cómo.

CELESTINA

Yo lo tengo pensado, yo te lo diré: por entre las puertas de tu casa.

CELESTINA

¿Cuándo?

MELIBEA

Esta noche.

MELIBEA

Gloriosa me serás si lo ordenas. Di a qué hora.

CELESTINA

A las doce.

MELIBEA

Pues ve, mi señora, mi leal amiga, y habla con aquel señor, y que venga muy paso, y de allí se dará concierto, según su voluntad, a la hora que has ordenado.

CELESTINA

Adiós, que viene hacia acá tu madre.

MELIBEA

Amiga Lucrecia y mi leal criada y fiel secretaria, ya has visto cómo no ha sido más en mi mano. Cautivóme el amor de aquel caballero. Ruégote, por Dios, se cubra con secreto sello, porque yo goce de tan suave amor. Tú serás de mí tenida en aquel grado que merece tu fiel servicio.

LUCRECIA

Señora, mucho antes de ahora tengo sentida tu llaga, y calado tu deseo. Hame fuertemente dolido tu perdición. Cuanto más tú me querías encubrir y celar el fuego que te quemaba, tanto más sus llamas se manifestaban en la color de tu cara, en el poco sosiego del corazón, en el meneo de tus miembros, en comer sin gana, en el no dormir. Así que contino te se caían, como de entre las manos, señales muy claras de pena. Pero como en los tiempos que la voluntad reina en los señores o desmedido apetito, cumple a los servidores obedecer con diligencia corporal, y no con artificiales consejos de lengua, sufría con pena, callaba por temor, encubría con fieldad; de manera que fuera mejor el áspero consejo que la blanda lisonja. Pero pues ya no tiene tu merced otro

remedio sino morir o amar, mucha razón es que se escoja por mejor aquello que en sí lo es.

ALISA

¿En qué andas acá, vecina, cada día?

CELESTINA

Señora, faltó ayer un poco de hilado al peso, y vínelo a cumplir, porque di mi palabra; y traído, vóime. Quede Dios contigo.

ALISA

Y contigo vaya.—Hija Melibea, ¿qué quería la vieja?

MELIBEA

Venderme un poquito de solimán.

ALISA

Eso creo yo más que lo que la vieja ruin dijo. Pensó que recibiría yo pena dello, y mintióme. Guárdate, hija, della, que es gran traidora; que el sutil ladrón siempre rodea las ricas moradas. Sabe ésta con sus traiciones, con sus falsas mercadurías, mudar los propósitos castos; daña la fama; a tres veces que entra en una casa, engendra sospecha.

LUCRECIA

Tarde acuerda nuestra ama.

ALISA

Por amor mío, hija, que si acá tornare sin verla yo, que no hayas por bien su venida, ni la recibas con placer. Halle en ti honestidad en tu respuesta breve, y jamás volverá; que la verdadera virtud más se teme que espada.

MELIBEA

¿Desas es? Nunca más; bien huelgo, señora, *de ser avisada,* por saber de quién me tengo de *guardar.*

EL ACTO ONCENO

ARGUMENTO DEL ONCENO ACTO

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle sola hablando. Ve a Sempronio y a Parmeno que van a la Magdalena por su señor. Sempronio habla con Calisto. Sobreviene Celestina; van a casa de Calisto; declárale Celestina su mensaje y negocio recaudado con Melibea; mientras ellos en estas razones están, Parmeno y Sempronio entre sí hablan. Despídese Celestina de Calisto, va para su casa, llama a la puerta; Elicia le viene a abrir, cenan y vanse a dormir.

CALISTO, CELESTINA, PARMENO, SEMPRONIO, ELICIA

CELESTINA

¡Ay Dios, si llegase a mi casa con mi mucha alegría a cuestas! A Parmeno y a Sempronio veo ir a la Magdalena; tras ellos me voy, y si ahí no estuviere Calisto, pasaremos a su casa, a pedirle las albricias de su gran gozo.

SEMPRONIO

Señor, mira que tu estado es dar a todo el mundo qué decir. Por Dios, que huyas de ser traído en lenguas; que al muy devoto llaman hipócrita: ¿qué dirán sino que andas royendo los santos? Si pasión tienes, súfrela en tu casa, no te sienta la tierra. No descubras tu pena

a los extraños, pues está en manos el p
que lo sabrán bien tañer.

CALISTO

¿En qué manos?

SEMPRONIO

De Celestina.

CELESTINA

¿Qué nombrais a Celestina? ¿Qué dec
ta esclava de Calisto? Toda la calle del
diano vengo a más andar tras vosotros
canzaros, y jamás he podido con mis l
haldas.

CALISTO

¡Oh joya del mundo, acorro de mis pa
espejo de mi vista! El corazón se me
en ver esa honrada presencia, esa noble
tud. Dime, ¿con qué vienes? ¿Qué
traes, que te veo alegre, y no sé en q
mi vida?

CELESTINA

En mi lengua.

CALISTO

¿Qué dices, gloria y descanso mío? D
me más lo dicho.

CELESTINA

Salgamos, señor, de la iglesia, y de
casa te contaré algo con que te alegres
dad.

PARMENO

Buena viene la vieja, hermano, rec
debe haber.

SEMPRONIO

Escúchala.

CELESTINA

Todo este día, señor, he trabajado en

gocio, y he dejado perder otros en que harto me iba. Muchos tengo quejosos por tenerte a ti contento: más he dejado de ganar que piensas; pero todo vaya en buena hora, pues tan buen recaudo traigo que te traigo muchas buenas palabras de Melibea y la dejo a tu servicio.

CALISTO

¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA

Que es más tuya que de sí misma; más está a tu mandato y querer, que de su padre Pleberio.

CALISTO

Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán estos mozos que estás loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi Dios, Melibea es mi vida; yo su cautivo, yo su siervo.

SEMPRONIO

Con tu desconfianza, señor, con tu poco preciarte, con tenerte en poco, hablas esas cosas con que atajas su razón. A todo el mundo turbas diciendo desconciertos. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo, harás mejor, que eso esperan esas palabras.

CALISTO

Bien has dicho, madre mía, yo sé cierto que jamás igualará tu trabajo y mi liviano galardón. En lugar de manto y saya, porque no se dé parte a oficiales, toma esta cadenilla, ponla al cuello, y procede en tu razón y mi alegría.

PARMENO

¿Cadenilla la llama? ¿No lo oyes, Sempronio? No estima el gasto; pues yo te certifico no diese mi parte por medio marco de oro, por mal que la vieja lo reparta.

SEMPRONIO

Oírte ha nuestro amo, ternemos en él que amansar y en ti que sanar, según está hinchado de tu mucho murmurar. Por mi amor, hermano, que oigas y calles, que por eso te dio Dios dos oídos y una lengua sola.

PARMENO

¡Oirá el diablo! está colgado de la boca de la vieja, sordo y mudo y ciego, hecho personaje sin son, que aunque le diésemos higas, diría que alzábamos las manos a Dios, rogando por buen fin de sus amores.

SEMPRONIO

Calla, oye, escucha bien a Celestina; en mi alma todo lo merece, y más que le diese; mucho dice.

CELESTINA

Señor Calisto, para tan flaca vieja como yo, de mucha franqueza usaste. Pero como todo don o dádiva se juzga grande o chica respecto del que lo da, no quiero traer a consecuencia mi poca merecer ante quien sobra en cualidad y en cantidad; mas medirse ha con tu magnificencia, ante quien no es nada. En pago de la cual te restituyo tu salud que iba perdida, tu corazón que te faltaba, tu seso que se alteraba. Melibea pena por ti más que tú por ella; Melibea te ama y desea ver; Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya, Melibea se llama tuya y esto tiene por título de libertad, y con esto amansa el fuego que más que a ti la quema.

CALISTO

Mozos, ¿estoy yo aquí? Mozos, ¿oigo yo *esto? Mozos,* mirad si estoy despierto; ¿es de

:a o de noche? ¡Oh señor Dios, padre celes-
al! ¡Ruégote que esto no sea sueño! Des-
.erto, pues, estoy. Si burlas, señora, de mí,
or me pagar en palabras, no temas, dí verdad
ie para lo que tú de mí has recibido, más
erecen tus pasos.

CELESTINA

Nunca el corazón lastimado de deseo toma
buena nueva por cierta, ni la mala por du-
osa; pero si burla o si no, verlo has yendo
ta noche, según el concierto dejo con ella, a
ı casa, en dando el reloj las doce, a la hablar
or entre las puertas; de cuya boca sabrás más
or entero mi solicitud y su deseo, y el amor
ie te tiene, y quién lo ha causado.

CALISTO

Ya, ya, ¿tal cosa espero? ¿Tal cosa es posi-
e haber de pasar por mí? Muerto soy de aquí
lá: no soy capaz de tanta gloria; no merece-
or de tan gran merced; no digno de hablar
on tal señora de su voluntad y grado.

CELESTINA

Siempre lo oí decir, que es más difícil de
ıfrir la próspera fortuna que la adversa: que
una no tiene sosiego, y la otra tiene consue-
. ¿Cómo, señor Calisto? ¿y no mirarías
iién tú eres? ¿no mirarías el tiempo que has
ıstado en su servicio? ¿no mirarías a quién
ıs puesto entremedias? Y asimismo que hasta
ıora siempre has estado dudoso de la alcan-
.r, y tenías sufrimiento; ahora que te certi-
co el fin de tu pena, ¿quieres poner fin a
. vida? Mira, mira que está Celestina de tu
ırte y que aunque todo te faltase lo que en
ı enamorado se requiere, te vendería por el

más acabado galán del mundo; que te haría llanas las peñas para andar; que te haría las más crecidas aguas corrientes pasar sin mojarte. Mal conoces a quien das tu dinero.

CALISTO

Cata, señora, ¿qué me dices? ¿que verná de su grado?

CELESTINA

Y aun de rodillas.

SEMPRONIO

No sea ruido, hechizo que nos quieran tomar a manos a todos... Cata, madre, que así se suelen dar las zarazas en pan envueltas, porque no la sienta el gusto.

PARMENO

Nunca te oí decir mejor cosa. Mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora, y venir tan aína en todo su querer de Celestina, engañando nuestra voluntad con sus palabras dulces y prestas por hurtar por otra parte, como hacen los de Egipto, cuando el signo nos catan en la mano; pues alahé, madre, con dulces palabras están muchas injurias vengadas. El manso boyzuelo con su blando cencerrear trae las perdices a la red; el canto de la sirena engaña a los simples marineros con su dulzor. Así ésta con su mansedumbre y concesión presta querrá tomar una manada de nosotros a su salvo; purgará su inocencia con la honra de Calisto y con nuestra muerte. Así como corderica mansa, que mama su madre y la ajena; ella con su segurar tomará la venganza de Calisto en todos nosotros; de manera, que con la mucha gente que tiene, podrá cazar a padres e hijos en una nidada, y tú estarte has

ascando a tu fuego diciendo: a salvo está el ue repica.

CALISTO

Callad, locos, bellacos, sospechosos; parece ue dais a entender que los ángeles sepan hacer mal. Sí, que Melibea ángel disimulado es, ue vive entre nosotros.

SEMPRONIO

¿Todavía te vuelves a tus herejías? Escúchae, Parmeno, no te pene nada, que si fuere trao doble, él lo pagará, que nosotros buenos ies tenemos.

CELESTINA

Señor, tú estás en lo cierto; vosotros cargalos de sospechas vanas. Yo he hecho todo lo ue a mí era a cargo. Alegre te dejo, Dios e libre y aderece; pártome muy contenta. Si uere menester para esto o para más, allí estoy uy aparejada a tu servicio.

PARMENO

¡Hi, hi, hi!

SEMPRONIO

¿De qué te ríes, por tu vida, Parmeno?

PARMENO

De la priesa que la vieja tiene por irse; no ve la hora que haber despegado la cadena de casa; no puede creer que la tenga en su poder, ni que se la han dado de verdad; no se halla digna de tal don, tan poco como Calisto de Melibea.

SEMPRONIO

¿Qué quieres que haga una puta alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros nos callamos, y suele hacer siete virgos por dos monedas, después de verse cargada de oro, sino po-

nerse en salvo con la posesión, con tem
se la tornen a tomar, después que ha cu
do de su parte aquello para que era mene
Pues guárdese del diablo, que sobre el
no le saquemos el alma.

CALISTO

Dios vaya contigo, madre; yo quiero d
y reposar un rato para satisfacer a las pa
noches, y cumplir con la por venir.

CELESTINA

Ta, ta.

ELICIA

¿Quién llama?

CELESTINA

Abre, hija Elicia.

ELICIA

¿Cómo vienes tan tarde? No lo debes l
que eres vieja: tropezarás donde caigas y
ras.

CELESTINA

No temo eso, que de día me aviso por
de venga de noche, que jamás me sub
poyo ni calzada, sino por medio de la
porque como dicen: no da paso seguro
corre por el muro; y que aquel va más
que anda por llano; más quiero ensucia
zapatos con el lodo, que ensangrentar las
y los cantos; pero no te duele a ti en e
gar.

ELICIA

¿Pues qué me ha de doler?

CELESTINA

Que se fue la compañía que te dejé, y que-
.ste sola.

ELICIA

Son pasadas cuatro horas después: ¿y había-
me de acordar deso?

CELESTINA

Cuanto más presto te dejaron, más con razón
sentiste; pero dejemos su ida y mi tardan-
; entendamos en cenar y dormir.

EL ACTO DOCENO

ARGUMENTO DEL DOCENO ACTO

Llegando la media noche, Calisto, Sempronio y Parmeno, armados, van para casa de Melibea. Lucrecia y Melibea están cabe la puerta aguardando a Calisto. Viene Calisto; háblale primero Lucrecia; llama a Melibea; apártase Lucrecia; háblanse por entre las puertas Melibea y Calisto. Parmeno y Sempronio de su cabo departen. Oyen gentes por la calle; apercíbense para huir. Despídese Calisto de Melibea, dejando concertada la tornada para la noche siguiente. Pleberio, al son del ruido que había en la calle, despierta; llama a su mujer Alisa; preguntan a Melibea quién da patadas en su cámara; responde Melibea a su padre Pleberio fingiendo que tenía sed. Calisto con sus criados va para su casa hablando; échase a dormir. Parmeno y Sempronio van a casa de Celestina; demandan su parte de la ganancia; disimula Celestina; vienen a reñir; échanle mano a Celestina; mátanla. Da voces Elicia; viene la justicia y préndelos ambos.

CALISTO, LUCRECIA, MELIBEA, SEMPRONIO, PARMENO, PLEBERIO, ALISA, CELESTINA, ELICIA

CALISTO

Mozos, ¿qué hora da el reloj?

SEMPRONIO

Las diez.

CALISTO

¡Oh cómo me descontenta el olvido en los mozos! De mi mucho acuerdo en esta noche, y tu descuidar y olvido, se haría una razonable memoria y cuidado. ¿Cómo, desatinado, sabiendo cuánto me va, Sempronio, en ser diez o once, me respondías a tiento lo que más aína se te vino a la boca? ¡Oh cuitado de mí! Si por caso me hubiera dormido, y colgara mi pregunta de la respuesta de Sempronio para hacerme de once diez, y así de doce once, saliera Melibea, yo me fuera ido, tornárase: de manera que ni mi mal hubiera fin, ni mi deseo ejecución. No se dice en balde, que mal ajeno de pelo cuelga.

SEMPRONIO

Tanto yerro, señor, me parece, sabiendo preguntar, como ignorando, responder. Mas este mi amo tiene gana de reñir y no sabe cómo

PARMENO

Mejor sería, señor, que se gastase esta hora que queda en aderezar armas que en buscar cuestiones.

CALISTO

Bien me dice este necio: no quiero en tal tiempo recibir enojo; no quiero pensar en lo que pudiera venir, sino en lo que fue; no en el daño que resultara de su negligencia, sino en el provecho que verná de mi solicitud quiero dar espacio a la ira, que o se me quitará, o se me ablandará. Descuelga, Parmeno mis corazas, y armaos vosotros; y así iremos con buen recaudo, porque, como dicen: el hombre apercibido, medio combatido.

PARMENO

Hélas aquí, señor.

CALISTO

Ayúdame aquí a vestirlas; mira tú, Sempronio, si parece alguno por la calle.

SEMPRONIO

Señor, ninguna gente parece; y aunque la hubiese, la mucha oscuridad privaría el viso y conocimiento a los que nos encontrasen.

CALISTO

Pues andemos por esta calle, aunque se rodee alguna cosa, porque más encubiertos vamos. Las doce da ya: buena hora es.

PARMENO

Cerca estamos.

CALISTO

A buen tiempo llegamos: párate tú, Parmeno, a ver si es venida aquella señora por entre las puertas.

PARMENO

¿Yo, señor? Nunca Dios mande que sea en dañar lo que no concerté; mejor será que tu presencia sea su primer encuentro, porque viéndome a mí no se turbe de ver que de tantos es sabido lo que tan ocultamente quería hacer, y con tanto temor hace, o porque quizá pensará que la burlaste.

CALISTO

¡Oh qué bien has dicho! La vida me has dado con tu sutil aviso; pues no era más menester para me llevar muerto a casa, que volverse ella por mi mala providencia. Yo me llego allá, quedaos vosotros en este lugar.

PARMENO

¿Qué te parece, Sempronio, cómo el necio

de nuestro amo pensaba tomarme por broquel para el encuentro del primer peligro? ¿Qué sé yo quién está tras las puertas cerradas? ¿Qué sé yo si hay alguna traición? ¿Qué sé yo si Melibea anda porque le pague nuestro amo su mucho atrevimiento desta manera? Y más, aun no somos muy ciertos decir verdad la vieja. No sepas hablar, Parmeno; sacarte han el alma sin saber quién; no seas lisonjero, como tu amo quiere, y jamás llorarás duelos ajenos; no tomes en lo que te cumple el consejo de Celestina y hallarte has a oscuras; ándate ahí con tus consejos amonestaciones fieles; darte han de palos; no vuelvas la hoja, y quedarte has a buenas noches. Quiero hacer cuenta que hoy me nací, pues de tal peligro me escapé.

SEMPRONIO

Paso, paso, Parmeno, no saltes ni hagas ese bullicio de placer, que darás causa que seas sentido.

PARMENO

Calla, hermano, que no me hallo de alegría. ¡Cómo le hice creer que por lo que a él cumplía dejaba de ir, y era por mi seguridad! ¿Quién supiera así rodear su provecho, como yo? Muchas cosas me verás hacer, si estás de aquí adelante atento, que no las sientan todas personas, así con Calisto, como con cuantos en este negocio suyo se entremetieren; porque soy cierto que esta doncella ha de ser para él cebo de anzuelo, o carne de buitrera, que suelen pagar bien el escote los que a comerla vienen.

SEMPRONIO

Anda, no te penen a ti esas sospechas, aun-

que salgan verdaderas. Apercíbete, a la primera voz que oyeres, tomar calzas de Villadiego.

PARMENO

Leído has donde yo: en un corazón estamos. Calzas traigo, y aun borceguíes desos ligeros que tú dices, para mejor huir que otro. Pláceme que me has, hermano, avisado de lo que yo no hiciera de vergüenza de ti; que nuestro amo, si es sentido, no temo que se escapará de manos desta gente de Pleberio, para podernos después demandar como lo hicimos, y incusarnos el huir.

SEMPRONIO

¡Oh Parmeno amigo, cuán alegre y provechosa es la conformidad en los compañeros! Aunque por otra cosa no nos fuera buena Celestina, era harta la utilidad que por su causa nos ha venido.

PARMENO

Ninguno podrá negar lo que por sí se muestra. Manifiesto es que con vergüenza el uno del otro, por no ser odiosamente acusado de cobarde, esperáramos aquí la muerte con nuestro amo, no siendo más de él merecedor della.

SEMPRONIO

Salido debe haber Melibea; escucha, que hablan quedito.

PARMENO

¡Oh, cómo temo que no sea ella, sino alguno que finja su voz!

SEMPRONIO

Dios nos libre de traidores, no nos hayan tomado la calle por do tenemos de huir, que de otra cosa no tengo temor.

CALISTO

Este bullicio más de una persona lo hace: quiero hablar, sea quien fuere. ¡Ce, ce, señora mía!

LUCRECIA

La voz de Calisto es esta: quiero llegar. ¿Quién habla? ¿Quién está fuera?

CALISTO

Aquel que viene a cumplir tu mandado.

LUCRECIA

¿Por qué no llegas, señora? Llega sin temor acá, que aquel caballero está aquí.

MELIBEA

¡Loca, habla paso! Mira bien si es él.

LUCRECIA

Allégate, señora, que sí es; que yo le conozco en la voz.

CALISTO

Cierto soy burlado, que no era Melibea la que me habló. Bullicio oigo; perdido soy; ¡pues viva o muera, que no me he de ir de aquí!

MELIBEA

Vete, Lucrecia, acostar un poco. Ce, señor, ¿cómo es tu nombre? ¿Quién es el que te mandó ahí venir?

CALISTO

Es la que tiene merecimiento de mandar a todo el mundo, la que dignamente servir yo no merezco. No tema tu merced de se descubrir a este cautivo de tu gentileza, que el dulce sonido de tu habla, que jamás de mis oídos se cae, me certifica ser tú mi señora Melibea. Yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA

La sobrada osadía de tus mensajes me ha

rzado a haberte de hablar, señor Calisto; ıe habiendo habido de mí la pasada respues- a tus razones, no sé qué piensas más sacar : mi amor de lo que entonces te mostré. esvía estos vanos y locos pensamientos de porque mi honra y persona estén sin detri- ento de mala sospecha seguras. A esto fue ıuí mi venida, a dar concierto en tu despe- da y mi reposo. No quieras poner mi fama ı la balanza de las lenguas maldicientes.

CALISTO

A los corazones aparejados, con apercibi- iento recio contra las adversidades, ninguna ıede venir que pase de claro en claro la fuer- de su muro. Pero el triste que desarmado, sin prever los engaños y celadas, se vino a eter por las puertas de tu seguridad, cual- ıiera cosa que en contrario vea es razón que e atormente, y pase rompiendo todos los al- acenes en que la dulce nueva estaba aposen- da. ¡Oh malaventurado Calisto! ¡Oh cuán ırlado has sido de tus sirvientes! ¡Oh en- .ñosa mujer Celestina! ¡Dejárasme acabar : morir, y no tornaras a vivificar mi esperan- para que tuviese más que gastar el fuego ıe ya me aqueja! ¿Por qué falsaste la pa- bra desta mi señora? ¿Por qué has así dado n tu lengua causa a mi desesperación? ¿A ıé me mandaste aquí venir para que me fue- mostrado el disfavor, el entredicho, la des- nfianza, el odio, por la misma boca desta que ·ne las llaves de mi perdición y gloria? ¡Oh .emiga! ¿Y tú, no me dijiste que esta mi se- ›ra me era favorable? ¿No me dijiste que : su grado mandaba venir este su cautivo al esente *lugar? No* para me desterrar nueva-

mente de su presencia, pero para alzar el destierro ya por otro su mandamiento puesto antes de ahora. ¿En quién hallaré yo fe? ¿A dónde hay verdad? ¿Quién carece de engaño? ¿A dónde no moran falsarios? ¿Quién es claro enemigo? ¿Quién es verdadero amigo? ¿Dónde no se fabrican traiciones? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdición?

MELIBEA

Cesen, señor mío, tus verdaderas querellas, que ni mi corazón basta para las sufrir, ni mis ojos para lo disimular. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor y mi bien todo! ¡Cuánto más alegre me fuera poder ver tu faz que oír tu voz! Pero pues no se puede al presente más hacer, toma la firma y sello de las razones que te envié escritas en la lengua de aquella solícita mensajera. Todo lo que te dijo confirmo; todo lo he por bueno. Limpia, señor, tus ojos; ordena de mí a tu voluntad.

CALISTO

¡Oh señora mía! Esperanza de mi gloria, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazón; ¿qué lengua será bastante para te dar iguales gracias a la sobrada e incomparable merced que en este punto de tanta congoja para mí me has querido hacer? ¡En querer que un flaco e indigno hombre pueda gozar de tu suavísimo amor, del cual, aunque muy deseoso, siempre me juzgaba indigno, mirando tu grandeza, considerando tu estado, remirando tu perfección, contemplando tu gentileza, acatando mi poco merecer y tu alto merecimiento, tus extremadas gracias, tus loadas y manifies-

as virtudes! Pues, ¡oh alto Dios! ¿cómo te podré ser ingrato, que tan milagrosamente has obrado conmigo tus singulares maravillas? ¡Oh cuántos días, antes de ahora pasados, me fue venido este pensamiento a mi corazón, y por imposible lo rechazaba de mi memoria, hasta que ya los rayos ilustrantes de tu muy claro gesto dieron luz en mis ojos, encendieron mi corazón, despertaron mi lengua, extendieron mi merecer, acortaron mi cobardía, destorcieron mi encogimiento, doblaron mis fuerzas, desadormecieron mis pies y manos; finalmente, me dieron tal osadía, que me han traído con su mucho poder a este sublimado estado en que ahora me veo, oyendo de grado tu suave voz. La cual si antes de ahora no conociese, y no sintiese tus saludables olores, no podría creer que careciesen de engaño tus palabras. Pero como soy cierto de tu limpieza de sangre y hechos, me estoy remirando si soy yo, Calisto, a quien tanto bien se le hace.

MELIBEA

Señor Calisto, tu mucho merecer, tus extremadas gracias, tu alto nacimiento han obrado, que después que de ti hube entera noticia, ningún momento de mi corazón te partieses; y aunque muchos días he pugnado por lo disimular, no he podido tanto, que en tornándome aquella mujer tu dulce nombre a la memoria no descubriese mi deseo, y viniese a este lugar y tiempo, donde te suplico ordenes y dispongas de mi persona según querrás. Las puertas impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo, y sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, que ni tú estarías quejoso ni yo descontenta.

CALISTO

¿Cómo señora mía, y mandas que consienta a un palo impedir nuestro gozo? Nunca yo pensé que demás de tu voluntad lo pudiera cosa estorbar. ¡Oh molestas y enojosas puertas! Ruego a Dios que tal fuego os abrase como a mí da guerra; que con la tercia parte seríades en un punto quemadas. Pues, por Dios, señora mía, permite que llame a mis criados para que las quiebren.

PARMENO

¿No oyes, no oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que nos den mal año. No me agrada cosa esta venida; en mal punto creo que se empezaron estos amores; yo no espero más aquí.

SEMPRONIO

Calla, calla, escucha, que ella no consiente que vamos allá.

MELIBEA

¿Quieres, amor mío, perderme a mí y dañar mi fama? No sueltes las riendas a la voluntad; la esperanza es cierta, el tiempo breve cuanto tú ordenares. Y pues tú sientes tu pena sencilla y yo la de entrambos; tú solo dolor, yo el tuyo y el mío, conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes de mi huerto: que si ahora quebrases las crueles puertas, aunque al presente no fuésemos sentidos, amanecería en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro. Y pues sabes que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra, en un punto sería por la ciudad publicado.

SEMPRONIO

Enhoramala acá esta noche venimos: aquí

s ha de amanecer, según el espacio que nues-
› amo lo toma; que aunque más la dicha nos
ude, nos han en tanto tiempo de sentir de su
sa o vecinos.

PARMENO

Ya ha dos horas que te requiero que nos
mos, que no faltará un achaque.

CALISTO

¡Oh mi señora y mi bien todo! ¿Por qué
ımas yerro aquello que por los santos de
ios me fue concedido? Rezando hoy ante el
tar de la Magdalena me vino con tu mensaje
egre aquella solícita mujer.

PARMENO

¡Desvariar, Calisto, desvariar! Por fe tengo,
ermano, que no es cristiano. Lo que la vieja
aidora con sus pestíferos hechizos ha ro-
eado y hecho, dice que los santos de Dios se
› han concedido e impetrado, y con esta con-
anza quiere quebrar las puertas; y no ha-
rá dado el primer golpe, cuando sea sentido
tomado por los criados de su padre, que duer-
ıen.

SEMPRONIO

Ya no temas, Parmeno, que harto desviados
stamos. En sintiendo bullicio, el buen huir
os ha de valer. Déjale hacer, que si mal hi-
iere, él lo pagará.

PARMENO

Bien hablas, en mi corazón estás, así se ha-
a, huyamos la muerte, que somos mozos; que
o querer morir ni matar no es cobardía, sino
uen natural. Estos escuderos de Pleberio son
ocos; no desean tanto comer ni dormir co-
ıo *cuestiones y ruidos*: pues más locura se-

ría esperar pelea con enemigo que no an
to la victoria y vencimiento como la c
guerra y contienda. ¡Oh si me vieses,
no, como estoy, placer habrías! A me
do, abiertas las piernas, el pie izquierd
lante, puesto en huída, las faldas en la
la adarga arrollada y so el sobaco, por
me empache; que por Dios que creo c
como un gamo, según el temor tengo d
aquí.

SEMPRONIO

Mejor estoy yo, que tengo liado el b
y el espada con las correas porque no
caigan al correr, y el casquete en la

PARMENO

¿Y las piedras que traías en ella?

SEMPRONIO

Todas las vertí por ir más liviano, qu
to tengo que llevar en estas corazas que
ciste vestir por importunidad; que bien
husaba de traer, porque me parecían pa
muy pesadas. Escucha, escucha, ¿oyes
meno? A malas andan; muertos somos
presto, echa hacia casa de Celestina, y
atajen por nuestra casa.

PARMENO

Huye, huye, que corres poco. ¡Oh p
de mí! Sí nos han de alcanzar, deja bro
todo.

SEMPRONIO

¿Si han muerto ya a nuestro amo?

PARMENO

No sé, no me digas nada; corre y cal
el menor cuidado mío es ese.

SEMPRONIO

e, ce, Parmeno, torna, torna callando, que s sino la gente del alguacil que pasaba ha- lo estruendo por la otra calle.

PARMENO

íralo bien: no te fíes en los ojos, que se ja muchas veces uno por otro. No me ha- dejado gota de sangre: tragada tenía ya uerte, que me parecía que me iban dando stas espaldas golpes. En mi vida me acuer- aber tan gran temor ni verme en tal afren- unque he andado por casas ajenas harto po y en lugares de harto trabajo: que nue- ños serví a los frailes de Guadalupe, que veces nos apuñeábamos yo y otros; pero a como esta vez hube miedo de morir.

SEMPRONIO

Y yo no serví al cura de San Miguel, y al onero de la plaza, y a Mollejas el horte- ? Y también yo tenía mis cuestiones con que tiraban piedras a los pájaros que asen- n en un álamo grande que tenía, porque da- n la hortaliza. Pero guárdete Dios de ver- on armas, que aquel es verdadero temor; n balde dicen: cargado de hierro, cargado miedo. Vuelve, vuelve, que el alguacil es o.

MELIBEA

eñor Calisto, ¿qué es eso que en la calle a? Parece voces de gente que van en huí- Por Dios, mírate, que estás a peligro.

CALISTO

eñora, no temas, que a buen seguro vengo; míos deben ser, que son unos locos, y des- *n a cuantos* pasan, y huiráles alguno.

15

MELIBEA

¿Son muchos los que traes?

CALISTO

No, sino dos; pero aunque sean seis s
trarios, no recibirán mucha pena para
tar las armas y hacerlos huir según su
zo: escogidos son, señora, que no v
lumbre de pajas. Si no fuese por lo q
honra toca, pedazos harían estas pue
si sentidos fuésemos, a ti y a mí libra
toda la gente de tu padre.

MELIBEA

¡Oh, por Dios, no se acometa tal co
ro mucho placer tengo que de tan fi
andes acompañado; bien empleado es
que tan esforzados sirvientes comen.
amor, señor, pues tal gracia la natura
so dar, sean de ti bien tratados y galard
porque en todo te guarden secreto; y
sus osadías y atrevimientos les corrig
vueltas del castigo mezcla favor, porque
mos esforzados no sean con encogimient
nutos e irritados en el osar a sus tiem

PARMENO

Ce, ce, señor, quítate presto dende,
ne mucha gente con hachas, y serás
conocido, que no hay donde te metas

CALISTO

¡Oh mezquino yo, y cómo es forzad
ra, partirme de ti! Por cierto temor de l
te no obrara tanto, como el de tu hon
que así es, los ángeles queden con tu
cia; mi venida será, como ordenaste,
huerto.

MELIBEA

Así sea, y vaya Dios contigo.

PLEBERIO

ra mujer, ¿duermes?

ALISA

r, no.

PLEBERIO

oyes bullicio en el retraimiento de tu

ALISA

'o. ¡Melibea, Melibea!

PLEBERIO

e oye; yo la llamaré más recio. ¡Hija elibea!

MELIBEA

r.

PLEBERIO

én da patadas y hace bullicio en tu cá-

MELIBEA

r, Lucrecia es, que salió por un jarro de ıra mí, que había gran sed...

PLEBERIO

me, hija, que pensé que era otra cosa.

LUCRECIA

estruendo los despertó, con gran pavor n.

MELIBEA

ıay tan manso animal, que con amor o le sus hijos no asperece: pues ¿qué ha- mi cierta salida supiesen?

CALISTO

Cerrad esa puerta, hijos, y tú Parmeno, sube una vela arriba.

SEMPRONIO

Debes, señor, reposar y dormir esto que queda de aquí al día.

CALISTO

Pláceme, que bien lo he menester. ¿Qué te parece, Parmeno, de la vieja que tú me desalabas, qué obra ha salido de sus manos? ¿Qué fuera hecha sin ella?

PARMENO

Ni yo sentía tu gran pena, ni conocía la gentileza y merecimiento de Melibea: y así no tengo culpa. Conocía a Celestina y sus mañas, avisábate como a señor; pero ya me parece que es otra; todas las ha mudado.

CALISTO

Y ¿cómo mudado?

PARMENO

Tanto, que si no lo hubiese visto, no lo creería; mas así vivas tú como es verdad.

CALISTO

Pues ¿habéis oído lo que con aquella mi señora he pasado? ¿Qué hacíades? ¿Teníades temor?

SEMPRONIO

¿Temor, señor? ¡Qué! Por cierto todo el mundo no nos lo hiciera tener. Hallado habías los temerosos: allí estuvimos esperándote muy *aparejados*, y nuestras armas muy a mano.

CALISTO

¿Habéis dormido algún rato?

SEMPRONIO

¿Dormir, señor? ¡Dormilones son los mozos! Nunca me asenté ni aun junté por Dios los pies, mirando a todas partes, para en sintiendo por qué saltar presto, y hacer todo lo que mis fuerzas me ayudaran. Pues Parmeno, que te parecía que no te servía hasta aquí de buena gana, así se holgó cuando vido los de las hachas, como lobo cuando siente polvo de ganado, pensando poder quitárselas hasta que vido que eran muchos.

CALISTO

No te maravilles, que procede de su natural ser osado, y aunque no fuese por mí, haríalo porque no pueden los tales venir contra su uso, que aunque muda el pelo la raposa, su natural no despoja. Por cierto, yo dije a mi señora Melibea lo que en vosotros hay, y cuán seguras tenía mis espaldas con vuestra ayuda y guarda. Hijos, en mucho cargo os soy; rogad a Dios por mi salud, que yo os galardonaré más cumplidamente vuestro servicio. Id con Dios a reposar.

PARMENO

¿A dónde iremos, Sempronio? ¿A la cama a dormir, o a la cocina a almorzar?

SEMPRONIO

Ve tú donde quisieres, que antes que venga el día quiero yo ir a Celestina a cobrar mi

parte de la cadena; que es una puta vieja: no le quiero dar tiempo que fabrique alguna ruindad con que nos excluya.

PARMENO

Bien dices, olvidado lo había. Vamos entrambos, y si en eso se pone, espantémosla de manera que le pese; que sobre dineros no hay amistad.

SEMPRONIO

¡Ce, ce! Calla, que duerme cabe esta ventanilla. Ta, ta, señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA

¿Quién llama?

SEMPRONIO

Abre, que son tus hijos.

CELESTINA

No tengo yo hijos que anden a tal hora.

SEMPRONIO

Abrenos a Parmeno y Sempronio, que nos venimos acá almorzar contigo.

CELESTINA

¡Oh locos traviesos! Entrad, entrad; ¿cómo venís a tal hora, que ya amanece? ¿Qué habéis hecho? ¿Qué os ha pasado? ¿Despidióse la esperanza de Calisto, o vive todavía con ella, o cómo queda?

SEMPRONIO

¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre; que si estimarse pudiese a lo que de *allí nos* queda obligado, no sería su hacienda

bastante a cumplir la deuda, si verdad es lo que dicen, que la vida y la persona es más digna y de más valor que otra cosa ninguna.

CELESTINA

¡Jesú! ¿qué, en tanta afrenta os habéis visto? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO

Mira qué tanta; que por mi vida la sangre me hierve en el cuerpo en tornarlo a pensar.

CELESTINA

Reposa, por Dios, y dímelo.

PARMENO

Cosa larga le pides, según venimos alterados y cansados del enojo que hemos habido. Harías mejor aparejarnos a él y a mí de almorzar, quizá nos amansaría algo la alteración que traemos; que cierto te digo, que no querría yo topar hombre que paz quisiese. Mi gloria sería ahora hallar en quién vengar la ira, que no pude en los que nos la causaron, por su mucho huir.

CELESTINA

¡Landre me mate si no me espanto en verte tan fiero! Creo que burlas. Dímelo ahora, Sempronio, tú, por mi vida: ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO

Por Dios, sin seso vengo, desesperado; aunque para contigo por demás es no templar la ira y todo enojo, y mostrar otro semblante que con los hombres. Jamás me mostré poder mucho con los que poco pueden. Traigo, señora, todas las armas despedazadas, el broquel sin aro, la espada como sierra, el casquete abollado en la *capilla*; que no tengo con qué salir

paso con mi amo, cuando menester me haya, que quedó concertado de ir esta noche que viene a verse por el huerto. Pues ¿comprarlo de nuevo? No mando un maravedí en que caiga muerto.

CELESTINA

Pídelo, hijo, a tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró; pues sabes que es persona que luego lo cumplirá, que no es de los que dicen, vive conmigo, y busca quien te mantenga; él es tan franco, que te dará para eso y para más.

SEMPRONIO

¡Ah!, trae también Parmeno perdidas las suyas; a este cuento, en armas se le irá su hacienda. ¿Cómo quieres que le sea tan importuno en pedirle más de lo que él de su propio grado hace, pues es harto? No digan por mí que dando un palmo pido cuatro. Dionos las cien monedas; dionos después la cadena. A tres tales aguijones no terná cera en el oído. Caro le costaría este negocio: contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer más de la razón; que quien mucho abarca poco suele apretar.

CELESTINA

¡Gracioso es el asno! Por mi vejez, que si sobre comer fuera, que dijera que habíamos todos cargado demasiado. ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que hacer tu galardón con mi salario, tu soldada con mis mercedes? ¿Soy yo obligada a soldar vuestras armas, a cumplir vuestras faltas? A osadas que me maten, si no te has asido a una palabrilla que te *dije el otro* día, viniendo por la calle, que cuan-

to yo tenía era tuyo, y que cuanto pudiese, con mis pocas fuerzas, jamás te faltaría, y que si Dios me diese buena manderecha con tu amo, que tú no perderías nada. Pues ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos, estas palabras de buen amor no obligan: no ha de ser oro todo lo que reluce, si no, más barato valdría. Dime, ¿estoy en tu corazón, Sempronio? Verás si aunque soy vieja, si acierto lo que tú puedes pensar. Tengo, hijo, en buena fe más pesar, que se me quiere salir esta alma de enojo: di a esta loca de Elicia cómo vine de tu casa, la cadenilla que traje para que se holgase con ella, y no se puede acordar dónde la puso; que en toda esta noche ella ni yo no habemos dormido sueño, de pesar: no por su valor de la cadena, que no era mucho; pero por su mal cobro della y de mi mala dicha. Entraron unos conocidos y familiares míos en aquella sazón aquí: temo no la hayan llevado diciendo, si te vi, burléme, etcétera. Así que, hijos, ahora que quiero hablar con entrambos: si algo vuestro amo a mí me dio, debéis mirar que es mío, que de tu jubón de brocado no te pedí yo parte ni la quiero. Sirvamos todos, que a todos dará según viere que lo merece; que si me ha dado algo, dos veces he puesto por él mi vida al tablero. Más herramienta se me ha embotado en su servicio, que a vosotros; más materiales he gastado. Pues habéis de pensar, hijos, que todo me cuesta dinero, y aun mi saber, que no lo he alcanzado holgando; de lo cual fuera buen testigo su madre de Parmeno, Dios haya su alma. Esto trabajé yo, a vosotros se os debe esotro; esto tengo yo por oficio y trabajo, vosotros por recreación

y deleite. Pues así, no habéis vosotros de haber igual galardón de holgar, que yo de pensar; pero aun con todo lo que he dicho, no os despidáis si mi cadena parece, de sendos pares de calzas de grana, que es el hábito que mejor en los mancebos parece; y si no, recibid la voluntad, que yo me callaré con mi pérdida; y todo esto de buen amor, porque holgastes que hubiese yo antes el provecho destos pasos que no otra; y si no os contentardes de vuestro daño haréis.

SEMPRONIO

No es esta la primera vez que yo he dicho cuánto en los viejos reina este vicio de codicia: cuando pobre, franca; cuando rica, avarienta. Así que adquiriendo crece la codicia, y la pobreza codiciando; y ninguna cosa hace pobre al avariento, sino la riqueza. ¡Oh, Dios, y cómo crece la necesidad con la abundancia! Quien la oyó esta vieja decir que me llevase yo todo el provecho, si quisiese, deste negocio, pensando que sería poco; ahora que lo ve crecido, no quiere dar nada, por cumplir el refrán de los niños, que dicen: de lo poco, poco; de lo mucho, nada.

PARMENO

Dete lo que prometió, o tomémoselo todo. Harto te decía yo quién era esta vieja, si tú me creyeras.

CELESTINA

Si mucho enojo traéis con vosotros, o con vuestro amo o armas, no lo quebréis en mí; que bien sé dónde nace esto; bien sé y barrunto de qué pie cojeáis. No cierto de la necesidad que tenéis de lo que pedís, ni aun por

la mucha codicia que lo tenéis, sino pensando que os he de tener toda vuestra vida atados y cautivos con Elicia y Areusa, sin quereros buscar otras. Movéisme estas amenazas de dinero, ponéisme esos temores de la partición; pues callad, que quien éstas os supo acarrear, os dará otras diez. Ahora, que hay más conocimiento y más razón, y más merecido de vuestra parte. Y si sé cumplir lo que prometo en este caso, dígalo Parmeno; dilo, dilo, no hayas empacho de contar cómo nos pasó cuando a la otra dolía la madre.

SEMPRONIO

Yo dígole que se vaya, y abájase las bragas: no ando por lo que piensas; no entremetas burlas a nuestra demanda, que con ese galgo no tomarás, si yo puedo, más liebres; déjate conmigo de razones; a perro viejo no cuz cuz; danos las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has recibido, no quieras que se descubra quien tú eres. ¡A los otros, a los otros con esos halagos, vieja!

CELESTINA

¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitásteme de la putería? Calla tu lengua, no amengües mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere no le busco, de mi casa me vienen a sacar, en mi casa me ruegan; si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón; no pienses en tu ira maltratarme, que justicia hay para todos; a todos es igual: también seré oída, aunque mujer, como vosotros muy *peinados*. Dejadme en mi casa con mi for-

tuna; y tú, Parmeno, no pienses que soy tu cautiva por saber mis secretos y mi pasada vida, y los casos que nos acaecieron a mí y a la desdichada de tu madre. Y aun así me trataba ella cuando Dios quería.

PARMENO

No me hinches las narices con esas memorias; si no, enviarte he con nuevas a ella, donde mejor te puedas quejar.

CELESTINA

¡Elicia, Elicia, levántate de esa cama, daca mi manto presto! que, por los santos de Dios, para aquella justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa tenéis vosotros manos y braveza? ¿Con una gallina atada? ¿Con una vieja de sesenta años? Allá, allá, con los hombres como vosotros, contra los que ciñen espada mostrad vuestras iras, no contra mi flaca rueca. Señal es de gran cobardía acometer a los menores y a los que poco pueden: las sucias moscas nunca pican sino a los bueyes magros y flacos; los gozques ladradores a los pobres peregrinos aquejan con mayor ímpetu. Si aquella que allí está en aquella cama me hubiese a mí creído, jamás quedaría esta casa de noche sin varón, ni durmiéramos a lumbre de pajas; pero por aguardarte, por serte fiel, padecemos esta soledad; y como nos veis mujeres, habláis y pedís demasías; lo cual, si hombre sintiésedes en la posada, no haríades. Que *como dicen*: el duro adversario entibia las *iras y sañas.*

SEMPRONIO

vieja avarienta, garganta muerta de
dinero! ¿No serás contenta con la
rte de lo ganado?

CELESTINA

tercia parte? Vete con Dios de mi casa
tro, no dé voces, no allegue la vecin-
me hagáis salir de seso; no queráis
an a la plaza las cosas de Calisto y

SEMPRONIO

voces o gritos, que tú cumplirás lo que
te, o cumplirán hoy tus días!

ELICIA

, por Dios, la espada! ¡Tenle, Parme-
, no la mate ese desvariado!

CELESTINA

cia, justicia, señores vecinos, justicia!
: matan en mi casa estos rufianes!

SEMPRONIO

anes, o qué? Espera, doña hechicera,
te haré ir al infierno con cartas.

CELESTINA

que me ha muerto! ¡Ay, ay! ¡Confe-
nfesión!

PARMENO

dale, acábala, pues comenzaste, que
irán; muera, muera; de los enemigos
os.

CELESTINA

esión!

ELICIA

crueles enemigos! En mal poder os

veáis: ¿y para quién tuvisteis manos? Muerta es mi madre y mi bien todo.

SEMPRONIO

Huye, huye, Parmeno, que carga mucha gente. Guarte, guarte, que viene el alguacil.

PARMENO

¡Oh, pecador de mí! que no hay por do nos vamos, que está tomada la puerta.

SEMPRONIO

Saltemos destas ventanas; no muramos en poder de justicia.

PARMENO

Salta, que tras ti voy.

ACTO TRECENO

ARGUMENTO DEL TRECENO ACTO

Despertando Calisto de dormir, está hablando consigo mismo. Dende un poco está llamando a Tristán y a otros sus criados. Torna a dormir Calisto. Pónese Tristán a la puerta. Viene Sosia llorando. Preguntado de Tristán, Sosia cuéntale la muerte de Sempronio y Parmeno. Van a decir las nuevas a Calisto, el cual, sabiendo la verdad, hace grande lamentación.

CALISTO, TRISTÁN, SOSIA

CALISTO

¡Oh, cómo he dormido tan a mi placer, después de aquel tan azucarado rato, después de aquel angélico razonamiento! Gran reposo he tenido. El sosiego y descanso, ¿proceden de mi alegría, o causó el trabajo corporal mi mucho dormir, o la gloria y placer del ánimo? Y no me maravillo que lo uno y lo otro se juntasen a cerrar los candados de mis ojos, pues trabajé con el cuerpo y persona, y holgué con el espíritu y sentido la pasada noche. Muy cierto es que la tristeza acarrea pensamiento, y el mucho pensar impide el sueño, como a mí estos días es acaecido con la desconfianza que tenía de la mayor gloria que ya poseo. ¡Oh, señora

y amor mío, Melibea! ¿Qué piensas ahora? ¿Si duermes o estás despierta? ¿Si piensas en mí, o en otro? ¿Si estás levantada o acostada? ¡Oh, dichoso y bien andante Calisto, si es verdad que no ha sido sueño lo pasado! ¿Soñélo o no? ¿Fue fantaseado o pasó en verdad? Pues no estuve solo; mis criados me acompañaron, dos eran; si ellos dicen pasó en verdad, creerlo he según derecho. Quiero mandarlos llamar para más firmar mi gozo. ¡Tristanico! ¡mozos! ¡Tristanico! ¡Levántate de ahí!

TRISTÁN

Señor, levantado estoy.

CALISTO

Corre, llama a Sempronio y a Parmeno.

TRISTÁN

Ya voy, señor.

CALISTO

Duerme y descansa, penado,
desde ahora,
pues te ama tu señora
de su grado;
vence placer al cuidado,
y no le vea,
pues te ha hecho su privado
Melibea.

TRISTÁN

Señor, no hay ningún mozo en casa.

CALISTO

Pues abre esas ventanas, verás qué hora es.

TRISTÁN

Señor, bien de día.

CALISTO

Pues tórnalas a cerrar. Y déjame dormir hasta que sea hora de comer.

TRISTÁN

Yo quiero bajarme a la puerta, porque duerma mi amo sin que ninguno le impida, y a cuantos le buscaren se le negaré. ¡Oh, qué grita suena en el mercado! ¿Qué es esto? Alguna justicia se hace, o madrugaron a correr toros. No sé qué me diga de tan grandes voces como se dan. De allá viene Sosia, el mozo de espuelas; él me dirá qué es esto. Desgreñado viene el bellaco, en alguna taberna se debe haber revolcado; y si mi amo le cae en el rastro, mandarle ha dar dos mil palos; que aunque es algo loco, la pena le hará cuerdo. Parece que viene llorando: ¿qué es esto, Sosia? ¿Por qué lloras? ¿De do vienes?

SOSIA

¡Oh malaventurado yo, y qué pérdida tan grande! ¡Oh, deshonra de la casa de mi amo! ¡Oh, qué mal día amaneció éste! ¡Oh desdichados mancebos!

TRISTÁN

¿Qué es? ¿Qué has? ¿Por qué te matas? ¿Qué mal es éste?

SOSIA

Sempronio y Parmeno...

TRISTÁN

¿Qué dices, Sempronio y Parmeno? ¿Qué es esto, loco? Aclárate más, que me turbas.

SOSIA

Nuestros compañeros, nuestros he

TRISTÁN

O tú estás borracho, o has perdid
o traes alguna mala nueva. ¿No me
es esto que dices destos mozos?

SOSIA

Que quedan degollados en la pla

TRISTÁN

¡Oh, mala fortuna la nuestra, si
dad! ¿Vístelos cierto o habláronte?

SOSIA

Ya sin sentido iban; pero el uno
dificultad, como me sintió que con llo
raba, hincó los ojos en mí, alzando l
al cielo, cuasi dando gracias a Dios
preguntándome qué sentía de su mo
señal de triste despedida abajó su ca
lágrimas en los ojos, dando bien a ent
no me había de ver más hasta el día
juicio.

TRISTÁN

No sentiste bien; que sería pregu
estaba presente Calisto. Y pues tan
ñas traes deste cruel dolor, vamos p
las tristes nuevas a nuestro amo.

SOSIA

¡Señor, señor!

CALISTO

¿*Qué* es eso, locos? ¿No os mand
me recordásedes?

SOSIA

Recuerda y levanta, que si tú no vuelves por ; tuyos, de caída vamos. Sempronio y Par-:no quedan descabezados en la plaza, como ıblicos malhechores, con pregones que mani-:stan su delito.

CALISTO

¡Oh válasme Dios! ¿Y qué es esto que me ces? No sé si te crea tan acelerada y triste .eva. ¿Vístelos tú?

SOSIA

Yo los ví.

CALISTO

Cata, mira qué dices, que esta noche han tado conmigo.

SOSIA

Pues madrugaron a morir.

CALISTO

¡Oh mis leales criados! ¡Oh mis grandes rvidores! ¡Oh mis fieles secretarios y con-jeros! ¿Puede ser tal cosa verdad? ¡Oh ıenguado Calisto! Deshonrado quedas para da tu vida. ¿Qué será de ti, muertos tal par criados? Dime por Dios, Sosia, ¿qué fue la usa? ¿Qué decía el pregón? ¿Dónde los to-aron? ¿Qué justicia lo hizo?

SOSIA

Señor, la causa de su muerte publicaba el uel verdugo a voces, diciendo: Manda la jus-:ia que mueran los violentos matadores.

CALISTO

¿A quién mataron tan presto? ¿Qué puede r esto? No ha cuatro horas que de mí se des-dieron. ¿Cómo se llamaba el muerto?

SOSIA

Señor, una mujer que se llamaba C

CALISTO

¿Qué me dices?

SOSIA

Esto que oyes.

CALISTO

Pues si eso es verdad, mátame tú a te perdono; que más mal hay que viste des pensar, si Celestina, la de la cu es la muerta.

SOSIA

Ella misma es: de más de treinta e la vi llagada, tendida en su casa, llo una su criada.

CALISTO

¡Oh tristes mozos! ¿Cómo iban? ¿ te? ¿Habláronte?

SOSIA

¡Oh señor! que si los vieras, queb corazón de dolor. El uno llevaba todos sos de la cabeza de fuera sin ningún s el otro quebrados entrambos brazos y magullada; todos llenos de sangre: qu ron de unas ventanas muy altas por l alguacil, y así casi muertos les cortaron bezas, que creo que ya no sintieron n

CALISTO

Pues yo bien siento mi honra. Plug Dios que fuera yo ellos, y perdiera la no la honra, y no la esperanza de c mi comenzado propósito, que es lo que este caso desastrado siento. ¡Oh mi tris bre y fama, cómo andas al tablero de *boca!* ¡Oh mis secretos más secreto

úblicos andaréis por las plazas y mercados! Qué será de mí? ¿Adónde iré? ¿Que salga llá? A los muertos no puedo ya remediar. Que me esté aquí? Parecerá cobardía. ¿Qué onsejo tomaré? Dime, Sosia, ¿qué era la cau- a por que la mataron?

SOSIA

Señor, aquella su criada, dando voces, llo- ando su muerte, la publicaba a cuantos la que- an oír, diciendo que porque no quiso partir on ellos una cadena de oro que tú le diste.

CALISTO

¡Oh día de congoja! ¡Oh fuerte tribula- ón! ¡Y en qué anda mi hacienda de mano en ano, y mi nombre de lengua en lengua! Todo erá público cuanto con ella y con ellos ha- laba, cuanto de mí sabían, el negocio en que ndaban; no osaré salir entre gentes. ¡Oh pe- adores de mancebos, padecer por tan súpito esastre! ¡Oh mi gozo, cómo te vas disminu- endo! Proverbio es antiguo, que de muy alto randes caídas se caen. Mucho había anoche lcanzado: mucho tengo hoy perdido. Rara es bonanza en el piélago. Yo estaba en título e alegre, si mi ventura quisiera tener quedos os ondosos vientos de mi perdición. ¡Oh for- una, cuánto y por cuántas partes me has com- atido! Pues por más que sigas mi morada, seas contraria a mi persona, las adversidades on igual ánimo se han de sufrir, y en ellas e prueba el corazón recio o flaco. No hay me- or toque para conocer qué quilates de virtud o sfuerzo tiene el hombre; pues por más mal y año que me venga, no dejaré de cumplir el andato de aquella por quien todo esto se ha

causado; que más me va en conseguir la ganancia de la gloria que espero, que en la pérdida de morir los que murieron. Ellos eran sobrados y esforzados; ahora o en otro tiempo de pagar habían. La vieja era mala y falsa, según parece que hacía trato con ellos y así que riñeron sobre la capa del justo. Permisión fue divina, que así acabase en pago de muchos adulterios que por su intercesión o causa son cometidos. Quiero hacer aderezar a Sosia y a Tristanico, irán conmigo este tan esperado camino. Llevarán escalas, que son muy altas las paredes. Mañana haré que vengo de fuera, si pudiere vengaré estas muertes; si no, purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia, o me fingiré loco, por mejor gozar deste sabroso deleite de mis amores, como hizo aquel gran capitán Ulises por evitar la batalla troyana, y holgar con Penélope su mujer.

ACTO CATORCENO

ARGUMENTO DEL CATORCENO ACTO

Está Melibea muy afligida hablando con Lucrecia sobre la tardanza de Calisto, el cual le había hecho voto de venir en aquella noche a visitarla, lo cual cumplió, y con él vinieron Sosia y Tristán. Y después que cumplió su voluntad, volvieron todos a la posada, y Calisto se retrae en su palacio, y quéjase por haber estado tan poca cantidad de tiempo con Melibea, y ruega a Febo que cierre sus rayos, para haber de restaurar su deseo.

MELIBEA, LUCRECIA, SOSIA, TRISTÁN, CALISTO

MELIBEA

Mucho se tarda aquel caballero que esperamos: ¿qué crees tú o sospechas de su estada, Lucrecia?

LUCRECIA

Señora, que tiene justo impedimento, y que no es en su mano venir más presto.

MELIBEA

Los ángeles sean en su guarda, su persona esté sin peligro, que su tardanza no me es pena. Mas, cuitada, pienso muchas cosas que desde su casa acá le podrían acaecer. ¿Quién sabe si él, con voluntad de venir al prometido plazo, *en la forma* que los tales mancebos a

las tales horas suelen andar, fue topado de los alguaciles noturnos y sin le conocer le han acometido, el cual por se defender los ofendió, o es dellos ofendido? ¿O por si caso los ladradores perros con sus crueles dientes, que ninguna diferencia saben hacer, ni acatamiento de personas, le hayan mordido? ¿O si ha caído en alguna calzada o hoyo, donde algún daño le viniese? Mas ¡oh mezquina de mí! ¿Qué son estos inconvenientes que el concebido amor me pone delante, y los atribulados imaginamientos me acarrean? No plega a Dios que ninguna cosa destas sea, antes esté cuanto le placerá sin verme. Mas escucha, que pasos suenan en la calle, y aun parece que hablan destotra parte del huerto.

SOSIA

Arrima esa escalera, Tristán, que este es el mejor lugar, aunque alto.

TRISTÁN

Sube, señor: yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro; hablando están.

CALISTO

Quedaos, locos, que yo entraré solo, que a mi señora oigo.

MELIBEA

Es tu sierva, es tu cautiva, es la que más tu vida que la suya estima. ¡Oh mi señor! No

saltes de tan alto, que me moriré en verlo; baja, baja poco a poco por el escala, no vengas con tanta presura.

CALISTO

¡Oh angélica imagen! ¡Oh preciosa perla, ante quien el mundo es feo! ¡Oh mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo y no lo creo. Mora en mi persona tanta turbación de placer, que me hace no sentir todo el gozo que poseo.

MELIBEA

Señor mío, pues me fié en tus manos, pues quise cumplir tu voluntad, no sea de peor condición por ser piadosa que si fuera esquiva y sin misericordia; no quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio; las malhechas cosas, después de cometidas, más presto se pueden reprender que enmendar. Goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar a tu persona: no pidas ni tomes aquello que tomado no será en tu mano volver. Guarte, señor, de dañar lo que con todos tesoros del mundo no se restaura.

CALISTO

Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, ¿qué sería cuando me la diesen desechalla? Ni tú, señora, me lo mandarás, ni yo podría acabarlo conmigo. No me pidas tal cobardía; no es hacer tal cosa de ninguno que hombre sea, mayormente amando como yo. Nadando por este fuego de mi deseo toda mi vida, ¿no quieres que me arrime al dulce puerto a descansar de mis pasados trabajos?

MELIBEA

Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere, no obren las manos cuanto pueden. Está quedo, señor mío: bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo exterior, desto que es propio fruto de amadores; no me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Cata, que del buen pastor es propio trasquilar sus ovejas y ganado; pero no destruirlo y estragarlo.

CALISTO

¿Para qué, señora? ¿Para que no esté queda mi pasión? ¿Para penar de nuevo? ¿Para tornar al juego de comienzo? Perdona, señora, a mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron de tocar tu ropa con su indignidad y poco merecer; ahora gozan de llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

MELIBEA

Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO

¿Por qué, mi señora? Bien me huelgo que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA

Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente te habías de haber conmigo, no fiara mi persona de tu cruel conversación.

SOSIA

Tristán, bien oyes lo que pasa. ¡En qué *términos* anda el negocio!

TRISTÁN

Oigo tanto, que juzgo a mi amo por el más bienaventurado hombre que nació; y por mi vida, que aunque soy muchacho, que diese tan buena cuenta como mi amo.

SOSIA

Para con tal joya quien quiera se ternía manos; pero con su pan se la coma, que bien caro le cuesta: dos mozos entraron en la salsa destos amores.

TRISTÁN

Ya los tiene olvidados. ¡Dejaos morir sirviendo a ruines, haced locuras en confianza de su defensión! Viviendo con el conde, que no matase al hombre, me daba mi madre por consejo. Veslos a ellos alegres y abrazados, y sus servidores con harta mengua degollados.

MELIBEA

¡Oh mi vida y mi señor! ¿cómo has querido que pierda el nombre y corona de virgen por tan breve deleite? ¡Oh pecadora de mi madre! Si tal caso fueses sabidora, ¡cómo tomarías de grado tu muerte, y me la darías a mí por fuerza! ¡Cómo serías cruel verdugo de tu propia sangre! ¡Cómo sería yo fin quejosa de tus días! ¡Oh mi padre honrado, cómo he dañado tu fama, y dado causa y lugar a quebrantar tu casa! ¡Oh traidora de mí! ¿Cómo no miré primero el gran yerro que seguía de tu entrada, el peligro que esperaba?

SOSIA

Antes quisiera yo oírte esos milagros; to sabéis esa oración, después que no puede jar de ser hecho. ¡Y el bobo de Calisto se lo escucha!

CALISTO

Ya quiere amanecer. ¿Qué es esto? No rece que ha una hora que estamos aquí, y el reloj las tres.

MELIBEA

Señor, por Dios; pues ya todo queda ti, pues ya soy tu dueña, pues ya no pue negar mi amor, no me niegues tu vista de pasando por mi puerta; de noche donde ordenares. Sea tu venida por este secreto gar a la misma hora, porque siempre te esp apercibida del gozo con que quedo, esper do las venideras noches. Y por el presente ve con Dios, que no serás visto, que hace r oscuro, ni yo en casa sentida, que aun no ar nece.

CALISTO

Mozos, poned la escala.

SOSIA

Señor, vesla aquí. Baja.

MELIBEA

Lucrecia, vente acá que estoy sola. Aquel

›r mío es ido; conmigo deja su corazón; ›nsigo lleva el mío. ¿Hasnos oído?

LUCRECIA

No, señora; durmiendo he estado.

SOSIA

Tristán, debemos ir callando, porque suelen vantarse a esta hora los ricos, los codiciosos : temporales bienes, los devotos de templos, onasterios e iglesias; los enamorados como ıestro amo, los trabajadores de los campos labranzas, y los pastores que en este tiempo aen las ovejas a estos apriscos a ordeñar, y ›dría ser que cogiesen de pasada alguna ra-n, por do toda su honra y la de Melibea se rbase.

TRISTÁN

¡Oh simple rascacaballos! ¿Dices que calle-os, y nombras su nombre della? Bueno erès ıra adalid, o para regir gente en tierra de oros de noche: así que prohibiendo permi-s; encubriendo, descubres; asegurando, ofen-:s; callando, voceas y pregonas; preguntan-›, respondes. Pues tan sutil y discreto eres, ıo me dirás en qué mes cae Santa María de gosto, porque sepamos si hay harta paja en ısa que comas hogaño?

CALISTO

Mis cuidados y los de vosotros no son todos ıos. Entrad callando, no nos sientan en casa. errad esa puerta, y vamos a reposar, que yo e quiero subir solo a mi cámara. Yo me desar-*aré, id* vosotros a vuestras camas.

CALISTO

¡Oh mezquino yo! ¡Cuánto me es agradable de mi natural la soledad y silencio y oscuridad! No sé si lo causa, que me vino a la memoria la traición que hice en me despartir de aquella señora que tanto amo, hasta que más fuera de día, o el dolor de mi deshonra. ¡Ay, ay! que esto es; esta herida es la que siento ahora que se ha resfriado, ahora que está helada la sangre que ayer hervía: ahora que veo la mengua de mi casa, la falta de mi servicio, la perdición de mi patrimonio, la infamia que tiene mi persona de la muerte que de mis criados se ha seguido. ¿Qué hice? ¿En qué me detuve? ¿Cómo me puedo sufrir, que no me mostré luego presente, como hombre injuriado, vengador, soberbio y acelerado de la manifiesta injusticia que me fue hecha? ¡Oh mísera suavidad desta brevísima vida! ¿Quién es de ti tan codicioso, que no quiera más morir luego que gozar un año de vida denostado y prorrogarle con deshonra, corrompiendo la buena fama de los pasados? Mayormente que no hay hora cierta ni limitada, ni aun un solo momento. Deudores somos sin tiempo, contino estamos obligados a pagar luego. ¿Por qué no salí a inquirir siquiera la verdad de la secreta causa de mi manifiesta perdición? ¡Oh breve deleite mundano! ¡Cómo duran poco y cuestan mucho tus dulzores! No se compra tan caro el arrepentir. ¡Oh triste yo! ¿Cuándo se restaurará tan grande pérdida? ¿Qué haré? ¿Qué consuelo tomaré? ¿A quién descubriré mi mengua? ¿Por qué lo

celo a los otros mis servidores y parientes? Tresquílanme en concejo y no lo saben en mi casa. Salir quiero; pero si salgo, para decir que he estado presente, es tarde; si ausente, es temprano; y para proveer amigos y criados antiguos, parientes y allegados, es menester tiempo, y para buscar armas y otros aparejos de venganza. ¡Oh cruel juez; y qué mal pago me has dado del pan que de mi padre comiste! Yo pensaba que pudiera con tu favor matar mil hombres sin temor de castigo. ¡Inicuo falsario, perseguidor de verdad, hombre de bajo suelo! Bien dirán por ti que te hizo alcalde mengua de hombres buenos. Miraras que tú y los que mataste, en servir a mis pasados y a mí, érades compañeros; mas cuando el vil está rico, no tiene pariente ni amigo. ¿Quién pensara que tú me habías de destruir? No hay cierto cosa más empecible que el incogitado enemigo. ¿Por qué quisiste que dijesen, del monte sale con que se arde, y que crié cuervo que me sacase el ojo? Tú eres público delincuente, y mataste a los que son privados; y pues sabe que menor delito es el privado que el público, menor su utilidad según las leyes de Atenas disponen. Las cuales no son escritas con sangre; antes muestran que es menor yerro no condenar los malhechores, que punir los inocentes. ¡Oh cuán peligroso es seguir justa causa delante injusto juez! Cuanto más este exceso de mis criados que no carecía de culpa. Pues mira, si mal has hecho que hay sindicado en el cielo y en la tierra así que a Dios y al rey serás reo, y a mí capital enemigo. ¿Qué pecó el uno por lo que hizo el otro, que por sólo ser su compañero *los mataste* a entrambos? Pero ¿qué di-

go? ¿Con quién hablo? ¿Estoy en mi seso? ¿Qué es esto, Calisto? ¿Soñabas, duermes o velas? ¿Estás en pie o acostado? Cata que estás en la cámara. ¿No ves que el ofendedor no está presente? ¿Con quién lo has? Torna en ti; mira que nunca los ausentes se hallaron justos: oye a entrambas partes para sentenciar. ¿No ves tú que por ejecutar la justicia, no había de mirar amistad ni deudo ni crianza? ¿No miras que la ley tiene de ser igual a todos? Mira que Rómulo, el primer cimentador de Roma, mató a su propio hermano, porque la ordenada ley traspasó. Mira a Torcuato romano cómo mató a su hijo, porque excedió la tribunicia constitución. Otros muchos hicieron lo mismo. Considera que si aquí presente él estuviese, respondiera, que hacientes y consintientes merecen igual pena, aunque a entrambos matase por lo que uno pecó: y que si aceleró en su muerte, que era crimen notorio, y no eran necesarias muchas pruebas, y que fueron tomados en el acto del matar: que ya estaba el uno muerto de la caída que dio. Y también se debe creer que aquella lloradera moza que Celestina tenía en su casa le dio recia priesa con su triste llanto, y él por no hacer bullición, por no me difamar, por no esperar a que la gente se levantase y oyesen el pregón, del cual gran infamia se me seguía, los mandó justiciar tan de mañana; pues era forzoso el verdugo y voceador para la ejecución y su descargo. Lo cual todo, así como creo es hecho, antes le quedo deudor y obligado para cuanto viva, no como a criado de mi padre, pero como a *verdadero* hermano. Y puesto caso que así no *fuese, puesto* caso que no echase lo pasado

a la mejor parte, acuérdate, Calisto, del gran gozo pasado; acuérdate de tu señora y tu bien todo. Y pues tu vida no tienes en nada por su servicio, no has de tener las muertes de otros; pues ningún dolor igualará con el recibido placer.

¡Oh mi señora y mi vida! Que jamás pensé en ausencia ofenderte, que parece que tengo en poca estima la merced que me has hecho. No quiero pensar en enojo; no quiero tener con la tristeza amistad. ¡Oh bien sin comparación! ¡Oh insaciable contentamiento! ¿Y cuánto pidiera yo más a Dios por premio de mis méritos, si algunos son en esta vida, de lo que alcanzado tengo? ¿Por qué no estoy contento? Pues no es razón ser ingrato a quien tanto bien me ha dado, quiérolo conocer, no quiero con enojo perder mi seso, porque perdido no caiga de tan alta posesión. No quiero otra honra ni otra gloria; no otras riquezas, no otro padre ni madre, no otros deudos, no parientes: de día estaré en mi cámara; de noche en aquel paraíso dulce, en aquel alegre vergel, entre aquellas suaves plantas y frescas verduras. ¡Oh noche de mi descanso, si fueses ya tornada! ¡Oh luciente Febo, date priesa a tu acostumbrado camino! ¡Oh deleitosas estrellas, apareceos antes de la continua orden! ¡Oh espacioso reloj, aun te vea yo arder en vivo fuego de amor! Que si tú esperases lo que yo, cuando des doce, jamás estarías arrendado a la voluntad del maestro que te compuso. Pues vosotros, invernales meses que ahora estáis escondidos: ¡viniésedes con vuestras muy cumplidas noches a trocarlas por estos prolijos días! Ya me parece haber un año

que no he visto aquel suave descanso, aquel deleitoso refrigerio de mis trabajos. Pero ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco, sin sufrimiento? Lo que jamás fue ni puede ser. No aprenden los cursos naturales a rodearse sin orden, que a todos es un igual curso, a todos un mismo espacio para muerte y vida, un limitado término a los secretos movimientos del alto firmamento celestial de los planetas y norte, de los crecimientos y mengua de la menstrua luna. Todo se rige con un freno igual, todo se mueve con igual espuela: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frío. ¿Qué me aprovecha a mí que dé doce horas el reloj de hierro, si no las ha dado el del cielo? Pues por mucho que madrugue, no amanece más aína.

Pero tú, dulce imaginación, tú que puedes, me acorre. Trae a mi fantasía la presencia angélica de aquella imagen luciente; vuelve a mis oídos el suave son de sus palabras: aquellos desvíos sin gana; aquel apártate allá, señor, no llegues a mí; aquel no seas descortés, que con sus rubicundos labios veía sonar; aquel no quieras mi perdición, que de rato en rato proponía; aquellos amorosos abrazos entre palabra y palabra; aquel soltarme y prenderme; aquel huir y allegarse; aquellos azucarados besos; aquella final salutación con que se me despidió. ¡Con cuánta pena salió por su boca! ¡con cuántos desperezos, con cuántas lágrimas, que parecían granos de aljófar, que sin sentir se caían de aquellos claros y resplandecientes ojos!

SOSIA

Tristán, ¿qué te parece de Calisto, qué dormir ha hecho? Que son ya las cuatro de la tarde, y no nos ha llamado, ni ha comido?

TRISTÁN

Calla, que el dormir no quiere priesa. Demás desto aquéjale por una parte la tristeza de aquellos mozos, por otra le alegra el muy gran placer de lo que con su Melibea ha alcanzado. Así que dos tan recios contrarios verás qué tal paran un flaco sujeto do estuviesen aposentados.

SOSIA

¿Piénsaste tú que le penan a él mucho los muertos? Si no le penase más a aquella que desde esta ventana veo yo ir por la calle, no llevaría las tocas de tal color.

TRISTÁN

¿Quién es, hermano?

SOSIA

Llégate acá, y verla has antes que trasponga. Mira aquella lutosa que se limpia ahora las lágrimas de los ojos: aquella es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio; una muy bonita moza, aunque queda ahora perdida la pecadora, porque tenía a Celestina por madre y a Sempronio por el principal de sus amigos; y aquella casa donde entra, allí mora una hermosa mujer, muy graciosa y fresca, enamorada, medio ramera; pero no se tiene por poco dichoso quien la alcanza tener por amiga sin grande escote, y llámase Areusa; por la cual sé yo que hubo el triste de Parmeno más de tres noches malas, y aun que no le *place a ella* con su muerte.

ACTO DÉCIMOQUINTO

ARGUMENTO DEL DÉCIMOQUINTO ACTO

Areusa dice palabras injuriosas a un rufián llamado Centurio, el cual se despide della por la venida de Elicia, la cual cuenta a Areusa las muertes que sobre los amores de Calisto y Melibea se habían ordenado; y conciertan Areusa y Elicia que Centurio haya de vengar la muerte de los tres en los dos enamorados. En fin, despídese Elicia de Areusa, no consintiendo en lo que le ruega, por no perder el buen tiempo que se daba, estando en su asueta casa.

AREUSA, CENTURIO, ELICIA

ELICIA

¿Qué vocear es éste de mi prima? Si ha sabido las tristes nuevas que yo le traigo, no habré yo las albricias de dolor que por tal mensaje se ganan. Llore, llore, vierta lágrimas, pues no se hallan tales hombres a cada rincón: pláceme que así lo siente; mese aquellos cabellos, como yo, triste, he hecho; sepa que perder buena vida es más trabajo que la misma muerte. ¡Oh cuánto más la quiero que hasta aquí por el gran sentimiento que muestra!

AREUSA

Véte de mi casa, rufián, bellaco, mentiroso, burlador, que me traes engañada, boba con tus ofertas vanas; con tus ronces y halagos, hasme robado cuanto tengo. Yo te di, bellaco, sayo y capa, espada y broquel, camisas de dos en dos, a las mil maravillas labradas; yo te di armas y caballo; púsete con señor que no lo merecías descalzar; ahora una cosa que te pido que por mí hagas pónesme mil achaques.

CENTURIO

Hermana mía, mándame tú matar con diez hombres por tu servicio, y no que ande una legua de camino a pie.

AREUSA

¿Por qué jugaste tú el caballo, tahur, bellaco? Que si por mí no hubiese sido estarías tú ya ahorcado. Tres veces te he librado de la justicia; cuatro veces desempeñado en los tableros; ¿por qué lo hago? ¿por qué soy loca? ¿por qué tengo fe con este cobarde? ¿por qué creo en sus mentiras? ¿por qué le consiento entrar por mis puertas? ¿qué tiene bueno? Los cabellos crespos, la cara acuchillada, dos veces azotado, manco de la mano de la espada, treinta mujeres en la putería. ¡Salte luego de ahí! No te vea yo más; no me hables ni digas que me conoces: si no, por los huesos del padre que me hizo y de la madre que me parió, yo te haga dar mil palos en esas espaldas de molinero, que ya sabes que tengo quien lo sepa hacer, y hecho salirse con ello.

CENTURIO

¡*Loquear*, bobilla! Pues si yo me ensaño,

alguna llorará. Mas quiero irme y sufrirte, que no sé quién entra, no nos oigan.

ELICIA

Quiero entrar, que no es son de buen llanto donde hay amenazas y denuestos.

AREUSA

¡Ay triste yo! ¿Eres tú, mi Elicia? Jesú, Jesú, no lo puedo creer: ¿qué es esto? ¿Quién te me cubrió de dolor? ¿Qué manto de tristeza es éste? Cata, que me espantas, hermana mía. Dime presto qué cosa es, que estoy sin tiento, ninguna gota de sangre me has dejado en mi cuerpo.

ELICIA

¡Gran dolor, gran pérdida! Poco es lo que muestro con lo que siento y encubro; más negro traigo el corazón que el manto, más negras las entrañas que la toca. ¡Ay hermana, hermana, que no puedo hablar! No puedo de ronca sacar la voz del pecho.

AREUSA

¡Ay triste! ¿qué me tienes suspensa? Dímelo, no te meses, no te rasguñes ni maltrates. ¿Es común de entrambas este mal? ¿Tócame a mí?

ELICIA

¡Ay prima mía y mi amor! Sempronio y Parmeno ya no viven, ya no son en el mundo. Sus ánimas ya están purgando su yerro; ya son libres desta triste vida.

AREUSA

¿Qué me cuentas? No me lo digas, calla por Dios, que me caeré muerta.

ELICIA

Pues más mal hay que suena. Oye a la triste, que te contará más quejas. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenía por madre, aquella que me regalaba, aquella que me encubría, aquella con quien yo me honraba entre mis iguales, aquella por quien yo era conocida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas la vi dar a mis ojos; en mi regazo me la mataron.

AREUSA

¡Oh fuerte tribulación! ¡Oh dolorosas nuevas, dignas de mortal lloro! ¡Oh acelerados desastres! ¡Oh pérdida incurable! ¿Cómo ha rodeado tan presto la fortuna su rueda? ¿Quién los mató? ¿Cómo murieron? Que estoy embelesada, sin tiento, como quien cosa imposible oye. No ha ocho días que los vide vivos, y ya podemos decir: perdónelos Dios. Cuéntame, amiga mía, cómo es acaecido tan cruel y desastrado caso.

ELICIA

Tú lo sabrás. Ya oíste decir, hermana, los amores de Calisto y la loca de Melibea. Bien verías cómo Celestina había tomado el cargo, por intercesión de Sempronio, de ser medianera, pagándole su trabajo; la cual puso tanta diligencia y solicitud, que a la segunda azadonada sacó agua. Pues como Calisto tan presto vido buen concierto en cosa que jamás lo esperaba, a vueltas de otras cosas dio a la desdichada de mi tía una cadena de oro; y como sea de tal calidad aquel metal, que mientras más bebemos dello, más sed nos pone, con sacrílega *hambre,* cuando se vido tan rica, alzóse con su

ganancia, y no quiso dar parte a Sempronio ni a Parmeno dello; lo cual había quedado entre ellos que partiesen lo que Calisto diese. Pues como ellos viniesen cansados una mañana de acompañar a su amo toda la noche, muy airados de no sé qué cuestiones que dicen que habían habido, pidieron su parte a Celestina de la cadena para remediarse; ella púsose en negarles la convención y promesa, y decir que todo era suyo lo ganado, y aun descubriendo otras cosillas de secretos; que, como dicen: riñen las comadres, etcétera. Así que, ellos muy enojados, por una parte los aquejaba la necesidad, que priva todo amor; por otra el enojo grande y cansancio que traían, que acarrea alteración; por otra veían la fe quebrada de su mayor esperanza. No sabían qué hacer. Estuvieron gran rato en palabras: al fin, viéndola tan codiciosa, perseverando en su negar, echaron mano a sus espadas, y diéronla mil cuchilladas.

AREUSA

¡Oh desdichada mujer! ¡Y en esto había su vejez de fenecer! ¿Y dellos qué me dices? ¿En qué pararon?

ELICIA

Ellos como hubieron hecho el delito, por huir de la justicia, que acaso pasaba por allí, saltaron de las ventanas, y cuasi muertos los prendieron, y sin más dilación los degollaron.

AREUSA

¡Oh mi Parmeno y mi amor! ¡Y cuánto dolor me pone su muerte! Pésame del grande amor que con él tan poco tiempo había puesto; *pues no me* había más de durar. Pero pues

ya este mal recaudo es hecho; pues ya esta desdicha es acaecida; pues ya no se pueden por lágrimas comprar ni restaurar sus vidas, no te fatigues tú tanto, que cegarás llorando. Que creo que poca ventaja me llevas en sentimiento, y verás con cuánta paciencia lo sufro y paso.

ELICIA

¡Ay, que rabio! ¡Ay mezquina, que salgo de seso! ¡Ay, que no hallo quien lo sienta como yo! No hay quien pierda lo que yo pierdo ¡Oh cuánto mejores y más honestas fueran mis lágrimas en pasión ajena, que en la propia mía! ¡A dónde iré, que pierdo madre, manto y abrigo; pierdo amigo, y tal que nunca faltaba de mi marido? ¡Oh Celestina sabia, honrada y autorizada, cuántas faltas me encubrías con tu buen saber! Tú trabajabas, yo holgaba; tú salías fuera, yo estaba encerrada; tú rota, yo vestida; tú entrabas contino como abeja por casa, yo destruía, que otra cosa no sabía hacer ¡Oh bien y gozo mundano, que mientras eres poseído eres menospreciado, y jamás te consientes conocer hasta que te perdemos! ¡Oh Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes ¡Mal fin hayan vuestros amores, en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres! Tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso las yerbas deleitosas donde tomáis los hurtados solaces, se conviertan en culebras; los cantares se vos tornen lloro; los sombrosos árboles del huerto se sequen con vuestra vista sus flores olorosas se tornen de negra color

AREUSA

Calla, por Dios, hermana, pon silencio a tu

quejas, ataja tus lágrimas, limpia tus ojos, torna sobre tu vida. Que cuando una puerta se cierra, otra suele abrir la fortuna; y este mal aunque duro, se soldará y muchas cosas se pueden vengar que es imposible remediar, y ésta tiene el remedio dudoso y la venganza en la mano.

ELICIA

¿De quién se ha de haber enmienda, que la muerta y los matadores me han acarreado esta cuita? No menos me fatiga la punición de los delincuentes, que el yerro cometido. ¿Qué mandas que haga, que todo carga sobre mí? ¡Pluguiera a Dios que fuera yo con ellos, y no quedara para llorar a todos! Y de lo que más dolor siento es ver que por eso no deja aquel vil de poco sentimiento de ver y visitar, festejando cada noche a su estiércol de Melibea, y ella muy ufana en ver sangre vertida por su servicio.

AREUSA

Si eso es verdad, ¿de quién mejor se puede tomar venganza? De manera que quien lo comió, aquel lo escote. Déjame tú, que si yo les caigo en el rastro, cuándo se ven, y cómo, y por dónde, y a qué hora, no me hayas tú por hija de la pastelera vieja que bien conociste, si no hago que les amarguen los amores. Y si pongo en ello a aquel con quien me viste que reñía, cuando entrabas, si no sea él peor verdugo para Calisto, que Sempronio de Celestina. Pues ¡qué gozo habría ahora él en que le pusiese yo en algo por mi servicio, que se fue muy triste de verme que le traté mal! Y vería él los cielos abiertos en tornalle yo a hablar y mandar. Por

ende, hermana, dime tú de quién puedo saber el negocio cómo pasa, que yo le haré armar un lazo con que Melibea llore cuanto ahora goza.

ELICIA

Yo conozco, amiga, otro compañero de Parmeno, mozo de caballos, que se llama Sosia, que le acompaña cada noche; quiero trabajar de se lo sacar todo el secreto, y éste será buen camino para lo que dices.

AREUSA

Mas hazme este placer, que me envíes acá ese Sosia. Yo le halagaré y diré mil lisonjas y ofrecimientos hasta que no le deje en el cuerpo de lo hecho y por hacer; después a él y a su amo haré revesar el placer comido. Y tú, Elicia, alma mía, no recibas pena; pasa a mi casa tu ropa y alhajas, y vente a mi compañía, que estarás muy sola, y la tristeza es amiga de la soledad. Con nuevo amor olvidarás los viejos. Un hijo que nace restaura la falta de tres finados; con nuevo sucesor se pierde la alegre memoria, y placeres perdidos del pasado. De un pan que yo tenga, ternás tú la mitad. Más lástima tengo de tu fatiga que de los que te la ponen. Verdad sea que cierto duele más la pérdida de lo que hombre tiene, que da placer la esperanza de otro tal, aunque sea cierta. Pero ya lo hecho es sin remedio, y los muertos irrecuperables, y como dicen: mueran y vivamos. A los vivos me deja a cargo, que yo te les daré tan amargo jarope a beber, cual ellos a ti han dado. ¡Ay, prima, prima, cómo sé yo, cuando me ensaño, revolver estas tramas aunque soy moza! Y de al me vengue Dios, que de Calisto *Centurio* me vengará.

ELICIA

Cata, que creo que aunque llame el que mandas, no habrá efecto lo que quieres; porque la pena de los que murieron por descubrir el secreto, porná silencio al vivo para guardarle. Lo que me dices de mi venida a tu casa te agradezco mucho, y Dios te ampare y alegre en tus necesidades, que bien muestras el parentesco y hermandad no servir de viento, antes en las adversidades aprovechar; pero aunque lo quiera hacer por gozar de tu dulce compañía, no podrá ser por el daño que me vernía. La causa no es necesario decir, pues hablo con quien me entiende; que allí, hermana, soy conocida, allí estoy aparrochada. Jamás perderá aquella casa el nombre de Celestina, que Dios haya; siempre acuden allí mozas conocidas y allegadas, medio parientas de las que ella crió: allí hacen sus conciertos, de donde se me seguirá algún provecho, y también esos pocos amigos que me quedan no me saben otra morada; pues ya sabes cuán duro es dejar lo usado, y que mudar costumbre es a par de muerte, y piedra movediza que nunca moho la cobija. Allí quiero estar, siquiera porque el alquiler de la casa que está pagado por hogaño, no se vaya en balde: así que, aunque cosa no abastase por sí, juntas aprovechan y ayudan. Ya parece que es hora de irme; de lo dicho me llevo el cargo. Dios quede contigo, que me voy.

ACTO DÉCIMOSEXTO

ARGUMENTO DEL DÉCIMOSEXTO ACTO

ɜando Pleberio y Alisa tener su hija Melibea el ɔn de la virginidad conservado, lo cual, según ı parecido, está en contrario, están razonando ɔbre el casamiento de Melibea; y en tan gran ıantidad le dan pena las palabras que de sus ıdres oye, que envía a Lucrecia para que sea ıusa de su silencio en aquel propósito.

PLEBERIO, ALISA, LUCRECIA, MELIBEA

PLEBERIO

ılisa amiga, el tiempo, según me parece, se va, como dicen, entre las manos; corren días como agua de río; no hay cosa tan ra para huir como la vida; la muerte nos ıe y rodea, de la cual somos vecinos, y ha- su bandera nos acostamos según natura. ɔ vemos muy claro, si miramos nuestros ıles, nuestros hermanos y parientes en de- lor: todos los come ya la tierra, todos es- en sus perpetuas moradas. Y pues somos ertos cuándo habemos de ser llamados, ıdo tan ciertas señales, debemos echar nues- barbas en remojo, y aparejar nuestros far- ɜs para andar este forzoso camino; no nos e de improviso ni de salto aquella cruel voz. *la muerte.* Ordenemos nuestras ánimas con

tiempo, que más vale prevenir que ser prevenidos. Demos nuestra hacienda a dulce sucesor, acompañemos nuestra única hija con marido, cual nuestro estado requiere, porque vamos descansados y sin dolor deste mundo. Lo cual con mucha diligencia debemos poner desde ahora por obra, y lo que otras veces habemos principiado en este caso, ahora haya ejecución. No quede por nuestra negligencia nuestra hija en manos de tutores, pues parecerá ya mejor en su propia casa que en la nuestra. Quitarla hemos de lenguas del vulgo, porque ninguna virtud hay tan perfecta que no tenga vituperadores y maldicientes. No hay cosa con que mejor se conserve la limpia fama en las vírgenes, que con temprano casamiento. ¿Quién rehuiría nuestro parentesco en toda la ciudad? ¿Quién no se hallará gozoso de tomar tal joya en su compañía? En quien caben las cuatro principales cosas que en los casamientos se demandan, conviene a saber: lo primero, discreción, honestidad y virginidad; segundo, hermosura; lo tercero, el alto origen y parientes; lo final, riqueza. De todo esto la dotó natura: cualquiera cosa que nos pidan hallarán bien cumplida.

ALISA

Dios la conserve, mi señor Pleberio, porque nuestros deseos veamos cumplidos en nuestra vida, que antes pienso que faltará igual a nuestra hija, según tu virtud y tu noble sangre, que no sobrarán muchos que la merezcan. Pero como esto sea oficio de los padres, y muy ajeno a las mujeres, como tú lo ordenares, seré yo alegre, y nuestra hija obedecerá, según *su casto* vivir, y honesta vida y humildad.

LUCRECIA

¡Aun si bien lo supieses, reventarías! Ya, ya: perdido es lo mejor. ¡Mal año se os apareja a la vejez! Lo mejor Calisto lo lleva. No hay quien ponga virgos, que ya es muerta Celestina: tarde acordáis, y más habíades de madrugar. ¡Escucha, escucha, señora Melibea!

MELIBEA

¿Qué haces ahí escondida, loca?

LUCRECIA

Llégate aquí, señora, oirás a tus padres la priesa que traen por te casar.

MELIBEA

Calla, por Dios, que te oirán: déjalos parlar, déjalos devaneen. Un mes ha que otra cosa no hacen, ni otra cosa entienden. No parece sino que les dice el corazón el gran amor que a Calisto tengo, y todo lo que con él un mes ha he pasado. No sé si me han sentido; no sé qué se sea aquejarles más ahora este cuidado que nunca. Pues mándoles yo trabajar en vano. Por demás es la cítola en el molino. ¿Quién es el que me ha de quitar mi gloria? ¿Quién apartarme mis placeres? Calisto es mi ánima, mi vida, mi señor, en quien yo tengo toda mi esperanza; conozco dél que no vivo engañada. Pues él me ama, ¿con qué otra cosa le puedo pagar? Todas las deudas del mundo reciben compensación en diverso género: el amor no admite sino sólo amor por paga. En pensar en él me alegro; en verlo gozo; en oírlo me glorifico. Haga y ordene de mí a su voluntad. Si pasar quisiere la mar, con él iré; si rodear el mundo, llévame *consigo;* si venderme en tierra de ene-

migos, no rehuiré su querer. Déjenme mis padres gozar dél, si ellos quieren gozar de mí; no piensen en estas vanidades ni en estos casamientos, que más vale ser buena amiga que mala casada. Déjenme gozar mi mocedad alegre, si quieren gozar su vejez cansada; si no, presto podrán aparejar mi perdición y su sepultura. No tengo otra lástima, sino por el tiempo que perdí de no gozarlo, de no conocerlo, después que a mí me sé conocer. No quiero marido: no quiero ensuciar los nudos del matrimonio, ni las maritales pisadas de ajeno hombre repisar, como muchas hallo, en los antiguos libros que leí, que hicieron, más discretas que yo, más subidas en estado y linaje; las cuales algunas eran de la gentilidad tenidas por diosas, así como Venus, madre de Eneas y de Cupido, el dios del amor, que siendo casada corrompió la prometida fe marital; y aun otras de mayores fuegos encendidas, cometieron nefarios e incestuosos yerros, como Mirra con su padre, Semíramis con su hijo, Canace con su hermano, y aun aquella forzada Tamar, hija del rey David. Otras aun más cruelmente traspasaron las leyes de natura, como Pasife, mujer del rey Minos, con el toro. Pues reinas eran y grandes señoras, debajo cuyas culpas la razonable mía podrá pasar sin denuesto. Mi amor fue con justa causa; requerida y rogada, cautivada de su merecimiento, aquejada por tan astuta maestra como Celestina, servida de muy peligrosas visitaciones, antes que concediese por entero en su amor; y después un mes ha, como has visto, que jamás noche ha faltado sin *ser nuestro* huerto escalado como fortaleza, y *muchas* haber venido en balde, y por eso no

me mostrar más pena ni trabajo; muertos por mí sus servidores; perdiéndose su hacienda; fingiendo ausencia con todos los de la ciudad, todos los días encerrado en casa con esperanza de verme a la noche. ¡Afuera, afuera la ingratitud, afuera las lisonjas y el engaño con tal verdadero amador, que ni quiero marido, ni quiero padres ni parientes! Faltándome Calisto, me falta la vida, la cual, porque él de mí goce, me aplace.

LUCRECIA

Calla, señora, escucha, que todavía perseveran.

PLEBERIO

Pues ¿qué te parece, señora mujer? ¿debemos hablarlo a nuestra hija? ¿Debemos darla parte de tantos como me la piden, para que de su voluntad venga, para que diga cuál le agrada? Pues en esto las leyes dan libertad a los hombres y mujeres, aunque estén so el paterno poder, para elegir.

ALISA

¿Qué dices? ¿En qué gastas tiempo? ¿Quién ha de irle con tan grande novedad a nuestra Melibea, que no la espante? ¡Cómo!, ¿y piensas que sabe ella qué cosa sean hombres? ¿Si se casan o qué es casar? ¿O que del ayuntamiento de marido y mujer se procrean los hijos? ¿Piensas que su virginidad simple le acarrea torpe deseo de lo que no conoce ni ha entendido jamás? ¿Piensas que sabe errar aun con el pensamiento? No lo creas, señor Plebe-
rio, que si alto o bajo de sangre, o feo o gentil

de gesto le mandáremos tomar, aquello s
placer, aquello habrá por bueno; que
bien lo que tengo criado en mi guardad

MELIBEA

Lucrecia, Lucrecia, corre presto, entra
postigo en la sala, y estórbales su habla
rrúmpeles sus alabanzas con algún fingid
saje, si no quieres que vaya yo dando vo
mo loca, según estoy enojada del concep
gañoso que tienen de mi ignorancia.

LUCRECIA

Ya voy, señora.

ACTO DÉCIMOSÉPTIMO

ARGUMENTO DEL DÉCIMOSÉPTIMO ACTO

icia careciendo de la castimonia de Penélope, determina de despedir el pesar y luto que por causa de los muertos trae, alabando el consejo de Areusa en este propósito; la cual va a casa de Areusa, adonde viene Sosia, al cual Areusa con palabras fictas saca todo el secreto que está entre Calisto y Melibea.

ELICIA, AREUSA, SOSIA

ELICIA

Mal me va con este luto: poco se visita mi sa, poco se pasea mi calle; ya no veo las ísicas de la alborada, ya no las canciones de s amigos, ya no las cuchilladas ni ruidos de che por mi causa; y lo que peor siento, que blanca ni presente veo entrar por mi puerta. : todo esto me tengo yo la culpa, que si tomara el consejo de aquella que bien me quiere, aquella verdadera hermana, cuando el otro a le llevé las nuevas deste triste negocio que :a mi mengua ha acarreado, no me viera ahoentre dos paredes sola, que de asco no hay ien me vea. El diablo me da tener dolor por ien no sé si yo muerta lo tuviera. A osadas e me dijo ella a mí lo cierto; nunca, herma-

na, traigas ni muestres más pena por el mal ni muerte de otro que él hiciera por ti. Sempronio holgara, yo muerta; ¿pues por qué, loca, me peno yo por él degollado? Y ¿qué si me matara a mí, como era acelerado y loco, como hizo a aquella vieja que tenía yo por madre? Quiero en todo seguir su consejo de Areusa, que sabe más del mundo que yo, y verla muchas veces, y traer materia como viva. ¡Oh qué participación tan suave, qué conversación tan gozosa y dulce! No en balde se dice, que vale más un día del hombre discreto, que toda la vida del necio y simple. Quiero, pues, deponer el luto, dejar tristeza, despedir las lágrimas, que tan aparejadas han estado a salir. Pero, como sea el primer oficio que en naciendo hacemos, llorar, no me maravillo ser el más ligero de comenzar, y de dejar más duro; mas para esto es el buen seso, viendo la pérdida al ojo, viendo que los atavíos hacen la mujer hermosa, aunque no lo sea; tornan de vieja moza, y a la moza más. No es otra cosa la color y albayalde sino pegajosa liga en que se traban los hombres. Ande, pues, mi espejo y alcohol, que tengo dañados estos ojos: anden mis tocas blancas, mis gorgueras labradas, mis ropas de placer. Quiero aderezar lejía para estos cabellos, que perdían ya la rubia color; y esto hecho contaré mis gallinas, haré mi cama, porque la limpieza alegra el corazón, barreré mi puerta y regaré la calle, porque los que pasaren vean que es ya desterrado el dolor. Mas primero quiero ir visitar a mi prima, por preguntarle si ha ido allá Sosia, y lo que con él ha pasado; que no lo he visto después que le dije cómo le querría hablar Areusa. Quiera

que la halle sola, que jamás está des-
añada de galanes, como buena taberna de
hos.

ELICIA

rada está la puerta, no debe estar allá
e; quiero llamar. Ta, ta.

AREUSA

iién es?

ELICIA

e, amiga; Elicia soy.

AREUSA

ra, hermana mía; véate Dios, que tanto
me haces en venir como vienes, muda-
hábito de tristeza. Ahora nos gozaremos
; ahora te visitaré; vernos hemos en mi
en la tuya; quizá por bien fue para en-
ıs la muerte de Celestina, que yo ya siento
joría más que antes. Por esto se dice,
ıs muertos abren los ojos de los que vi-
unos con haciendas, a otros con libertad,

ELICIA

a ti.
u puerta llaman; poco espacio nos dan
ıablar, que te querría preguntar si ha ve-
ıcá Sosia.

AREUSA

ha venido; después hablaremos. ¡Qué
las que dan! Quiero ir abrir; que o es
ɔ privado.
iién llama?

SOSIA

eme, señora; Sosia soy, criado de Ca-

AREUSA

Por los santos de Dios, el lobo es en la conseja: escóndete, hermana, tras ese paramento, y verás cuál te lo paro lleno de viento de lisonjas, que piense cuando se parta de mí que es él y otro no; y sacarle he lo suyo y lo ajeno del buche con halagos, como él saca el polvo con la almohaza a los caballos.

AREUSA

¿Es mi Sosia, mi secreto amigo? ¿el que yo me quiero bien sin que él lo sepa? ¿el que deseo conocer por su buena fama? ¿el fiel a su amo? ¿el buen amigo a sus compañeros? Abrazarte quiero, amor, que ahora que te veo creo que hay más virtudes en ti que todos me decían. Anda acá, entremos a asentarnos, que me gozo en mirarte, que me representas la figura del desdichado de Parmeno. Con esto hace hoy tan claro día que habías tú de venir a verme. Dime, señor, ¿conocíasme antes de ahora?

SOSIA

Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias y saber, vuela tan alto por esta ciudad, que no debes tener en mucho ser de más conocida que conociente; porque ninguno habla en loor de hermosas que primero no se acuerde de ti que de cuantas son.

ELICIA

¡Oh hideputa el pelón, y cómo se desasna! *Quien* le ve ir al agua con sus caballos en cerro y sus piernas de fuera, en sayo, y ahora

en verse medrado con calzas y capa, sálenle alas y lengua.

AREUSA

Yo me correría con tu razón, si alguno estuviese delante, en oírte tanta burla como de mí haces; pero como todos los hombres traigáis proveídas esas razones, esas engañosas alabanzas, tan comunes para todas, hechas de molde, no me quiero de ti espantar. Pero hágote cierto, Sosia, que no tienes dellas necesidad; sin que me alabes te amo, y sin que me ganes de nuevo me tienes ganada. Para lo que te envié a rogar que me vieses son dos cosas, las cuales, si más lisonja o engaño en ti conozco, te dejaré de decir, aunque sean de tu provecho.

SOSIA

Señora mía, no quiera Dios que yo te haga cautela: muy seguro venía de la gran merced que piensas hacer y haces; no me sentía digno para descalzarte. Guía tú mi lengua, responde por mí a tus razones, que todo lo habré por rato y firme.

AREUSA

Amor mío, ya sabes cuánto quise a Parmeno, y como dicen: quien bien quiere a Beltrán a todas sus cosas ama. Todos sus amigos me agradaban, el buen servicio de su amo como a él mismo me placía; donde vía su daño Calisto, le apartaba. Pues como esto así sea, acordé decirte, lo uno, que conozcas el amor que te tengo, y cuánto contigo y tu visitación siempre me alegrarás, y que en esto no perderás nada, si yo pudiere, antes te verná provecho; lo otro y segundo, que pues yo pongo mis ojos en ti, y mi amor y querer, avisarte que te guardes de peligros, y más de descubrir tu

secreto a ninguno, pues ves cuánto daño vino a Parmeno y a Sempronio de lo que supo Celestina, porque no querría verte morir mal logrado como a tu compañero; harto me basta haber llorado al uno. Porque has de saber que vino a mí una persona, y me dijo que le habías tú descubierto los amores de Calisto y Melibea, y cómo la había alcanzado, y cómo ibas cada noche a le acompañar, y otras muchas cosas que no sabría relatar. Cata, amigo, que no guardar secreto es propio de las mujeres; no de todas, sino de las bajas y de los niños. Cata, que te puede venir gran daño; que para esto te dio Dios dos oídos y dos ojos, y no más de una lengua; porque sea doblado lo que vieres y oyeres, que no el hablar. Cata, no confíes que tu amigo te ha de tener secreto de lo que le dijeres, pues tú no le sabes a ti mismo tener. Cuando hubieres de ir con tu amo Calisto a casa de aquella señora, no hagas bullicio, no te sienta la tierra, que otros me dijeron que ibas cada noche dando voces como loco de placer.

SOSIA

¡Oh cómo son sin tiento y personas desacordadas las que tales nuevas, señora, te acarrean! Quien te dijo que de mi boca lo había oído, no dice verdad. Los otros de verme ir con la luna de noche a dar agua a mis caballos, holgando y habiendo placer, diciendo cantares por olvidar el trabajo y desechar enojo, y esto antes de las diez, sospechan mal, y de la sospecha hacen certidumbre, afirman lo que barruntan. ¡Sí, que no estaba Calisto loco, que a tal hora había de ir a negocio de tanta afrenta, sin esperar que repose la gente, que descansen todos

el dulzor del primer sueño! Ni menos había ir cada noche, que aquel oficio no sufre coliana visitación. Y si más clara quieres, señor, ver su falsedad, como dicen, que toman an-; al mentiroso que al que coxquea, en un mes habemos ido ocho veces; ¡y dicen los falrios revolvedores que cada noche!

AREUSA

Pues por mi vida, amor mío, porque yo los use y tome en el lazo del falso testimonio, e dejes en la memoria los días que habéis ncertado de salir; y si yerran, estaré segura tu secreto, y cierta de su levantar. Porque siendo su mensaje verdadero, será tu persosegura de peligro, y yo sin sobresalto de vida: pues tengo esperanza de gozarme con;o largo tiempo.

SOSIA

Señora, no alarguemos los testigos: para esnoche en dando el reloj las doce está hecho concierto de su visitación por el huerto. Mana preguntarás lo que han sabido, de lo cual alguno te diere señas, que me trasquilen a a cruces.

AREUSA

¿Y por qué parte, alma mía, porque mejor ; pueda contraer, si anduvieren errados vacido?

SOSIA

Por la calle del Vicario gordo, a las espaldas su casa.

ELICIA

¡Tiénente, don andrajoso! no es más mester. ¡Maldito sea el que en manos de tal emilero se confía, que desgoznarse hace el bajo!

AREUSA

Hermano Sosia, esto hablado, basta para que tome cargo de saber tu inocencia, y la maldad de tus adversarios. Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio, y me he detenido mucho contigo.

ELICIA

¡Oh sabia mujer! ¡oh despidiente propio, cual le merece el asno que ha vaciado su secreto tan de ligero!

SOSIA

Graciosa y suave señora, perdóname si te he enojado con mi tardanza: mientras holgares con mi servicio, jamás hallarás quien tan de grado aventure en él su vida; y queden los ángeles contigo.

AREUSA

Dios te guíe.

¡Allá irás, acemilero! ¡muy ufano vas por tu vida! Pues toma para tu ojo, bellaco, y perdona que te la doy de espaldas. ¿A quién digo? Hermana, sal acá, ¿qué te parece cuál le envío? Así sé yo tratar los tales; así salen de mis manos los asnos, apaleados como éste, y los locos corridos, y los discretos espantados, y los devotos alterados, y los castos encendidos. Pues, prima, aprende; que otra arte es ésta que la de Celestina, aunque ella me tenía por boba, porque me quería yo serlo. Y pues ya tenemos deste hecho sabido cuanto deseábamos, debemos ir a casa de aquel otro cara de ahorcado, que el jueves eché delante de ti baldonado de mi casa, y haz tú como que nos quieres hacer *amigos,* y que rogaste que fuese a verlo.

ACTO DÉCIMOCTAVO

ARGUMENTO DEL DÉCIMOCTAVO ACTO

Elicia determina de hacer las amistades entre Areusa y Centurio, por precepto de Areusa y vanse a casa de Centurio, donde ellas le ruegan que haya de vengar las muertes en Calisto y Melibea; el cual lo prometió delante de ellas. Y como sea natural a estos no hacer lo que prometen, escúsase como en el proceso parece.

ELICIA, CENTURIO, AREUSA

ELICIA

¿Quién está en su casa?

CENTURIO

Muchacho, corre, verás quién osa entrar sin llamar a la puerta. Torna, torna acá, que ya he visto quién es. No te cubras con el manto, señora; ya no te puedes esconder, que cuando vi adelante entrar a Elicia, vi que no podía traer consigo mala compañía, ni nuevas que me pesasen, sino que me habían de dar placer.

AREUSA

No entremos, por mi vida, más adentro, que se estiende ya el bellaco pensando que le vengo a rogar: que más holgara con la vista de otras como él, que con la nuestra. Volvamos, por Dios, que me fino en ver tan mal gesto. *Parécete,* hermana, que me traes por buenas

estaciones, y que es cosa justa venir de vísperas, y entrarnos a ver un desuellacaras que ahí está?

ELICIA

Torna por mi amor, no te vayas; si no, en mis manos dejarás el medio manto.

CENTURIO

Tenla, por Dios, señora, tenla no se te suelte.

ELICIA

Maravillada astoy, prima, de tu buen seso. ¿Cuál hombre hay tan loco y fuera de razón, que no huelgue de ser visitado, mayormente de mujeres? Llégate acá, señor Centurio, que en cargo de mi alma por fuerza haga que te abrace, que yo pagaré la fruta.

AREUSA

Mejor lo vea yo en poder de justicia, y morir a manos de sus enemigos, que yo tal gozo le dé. ¡Ya, ya hecho ha conmigo para cuanto viva! ¿Y por cuál carga de agua le tengo de abrazar ni ver a ese enemigo? Porque le rogué estotro día que fuese una jornada de aquí, en que me iba la vida, y dijo de no.

CENTURIO

Mándame tú, señora, cosa que yo sepa hacer, cosa que sea de mi oficio: un desafío con tres juntos, y si más vinieren, que no huya por tu amor; matar un hombre, cortar una pierna o brazo, arpar el gesto de alguna que se haya igualado contigo: estas tales cosas antes serán hechas que encomendadas. No me pidas que ande camino, ni que te dé dinero; que bien sabes que no dura conmigo, que tres saltos daré sin que me se caiga blanca. Ninguno da lo que no tiene. En una casa vivo, cual ves, que roda-

á el majadero por toda ella sin que tropiece. as alhajas que tengo es el ajuar de la fronte- a, un jarro desbocado, un asador sin punta; a cama en que me acuesto está armada sobre ros de broqueles, un rimero de malla rota por olchones, una talega de dados por almohada, ue aunque quiera dar colación, no tengo qué mpeñar, sino esta capa arpada que traigo a uestas.

ELICIA

Así goce, que sus razones me contentan a naravilla. Como un santo está obediente, como n ángel te habla, a toda razón se allega, ¿qué nás le pides? Por mi vida que le hables, y ierdas enojo, pues tan de grado se te ofrece on su persona.

CENTURIO

¿Ofrecer dices, señora? Yo te juro por el anto martilogio de pe a pa el brazo me tiem- la de lo que por ella entiendo hacer, que ontino pienso cómo la tenga contenta, y ja- ıás acierto. La noche pasada soñaba que hacía rmas en un desafío por su servicio, con cuatro ombres que ella bien conoce, y maté al uno, y e los otros que huyeron, el que más sano se bró me dejó a los pies un brazo izquierdo. ues muy mejor lo haré despierto de día, cuan- o alguno tocare en su chapín.

AREUSA

Pues aquí te tengo, a tiempo somos; yo te erdono con condición que me vengues de un aballero que se llama Calisto, que nos ha eno- ıdo a mí y a mi prima.

CENTURIO

¡Oh! reniego de la condición: dime luego si *stá confesado.*

AREUSA

No seas tú cura de su ánima.

CENTURIO

Pues sea así: enviémosle a comer al i
sin confesión.

AREUSA

Escucha, no atajes mi razón: esta nc
tomarás.

CENTURIO

No digas más; al cabo estoy. Todo el
cio de sus amores sé y los que por su cau
muertos, y lo que os tocaba a vosotra
dónde va, y a qué hora, y con quién es
dime, ¿cuántos son los que le acompaña

AREUSA

Dos mozos.

CENTURIO

Pequeña presa es esa; poco cebo tie
mi espada. Mejor cebara ella en otra pa
ta noche, que estaba concertada.

AREUSA

Por escusarte lo haces: a otro perro c
hueso; no es para mí esa dilación; aquí
ver si decir y hacer comen juntos a tu

CENTURIO

Si mi espada dijese lo que hace, tie
faltaría para hablar. ¿Quién sino ella pue
más cimenterios? ¿quién hace rico los ci
desta tierra? ¿quién da contino que h
los armeros? ¿quién destroza la malla n
na? ¿quién hace riza de los broqueles d
celona? ¿quién rebana los capacetes de
tayud, sino ella, que los casquetes de
zán así los corta como si fuesen hecl
melón? Veinte años ha que me da de

por ella soy temido de los hombres y querido de mujeres, sino de ti; por ella me dieron Centurio por nombre a mi abuelo, y Centurio se llamó mi padre, y Centurio me llamo yo.

ELICIA

Pues ¿qué hizo la espada por que ganó tu abuelo ese nombre? Dime, ¿por ventura fue por ella capitán de cien hombres?

CENTURIO

No, pero fue rufián de cien mujeres.

AREUSA

No curemos de linaje ni hazañas viejas; si has de hacer lo que te digo, sin dilación determina, porque nos queremos ir.

CENTURIO

Más deseo yo la noche por tenerte contenta, que tú por verte vengada. Y porque más se haga todo a tu voluntad, escoge qué muerte quieres que le dé: allí te mostraré un repertorio en que hay setecientas y setenta especies de muertes: verás cuál más te agradare.

ELICIA

Areusa, por mi amor, que no se ponga este hecho en manos de tan fiero hombre. Más vale que se quede por hacer, que no escandalice la ciudad, por donde nos venga más daño de lo pasado.

AREUSA

Calla, hermana, díganos alguna que no sea de mucho bullicio.

CENTURIO

Las que ahora estos días yo uso y más traigo entre manos, son espaldarazos sin sangre, o porradas de pomo de espada, o revés mañoso;

a otros agujero como harnero a puñaladas, tajo largo, estocada temerosa, tiro mortal. Algún día doy palos por dejar holgar mi espada.

ELICIA

No pase, por Dios, adelante: déle palos, porque quede castigado y no muerto.

CENTURIO

Juro por el cuerpo santo de la letanía, no es más en mi brazo derecho dar palos sin matar, que en el sol dejar de dar vueltas al cielo.

AREUSA

Hermana, no seamos nosotras lastimeras; haga lo que quisiere; mátele como se le antojare. Llore Melibea como tú has hecho. Dejémosle. Centurio, da buena cuenta de lo encomendado; de cualquier muerte holgaremos: mira que no se escape sin alguna paga de su yerro.

CENTURIO

Perdónele Dios, si por pies no se me va. Muy alegre quedo, señora mía, que se ha ofrecido caso, aunque pequeño, en que conozcas lo que yo sé hacer por tu amor.

AREUSA

Pues Dios te dé buena manderecha, y a él te encomiendo, que nos vamos.

CENTURIO

Él te guíe, y te dé más paciencia con los tuyos.

CENTURIO

Allá irán estas putas atestadas de razones. Ahora quiero pensar cómo me excusaré de lo prometido; de manera que piensen que puse diligencia con ánimo de ejecutar lo dicho, y no negligencia, por no me poner en peligro. Quiérome hacer doliente; pero ¿qué aprovecha? Que no se apartarán de la demanda cuando sane. Pues si digo que fui allá y que les hice huir, pedirme han señas de quién eran, y cuántos iban, y en qué lugar los tomé, y qué vestidos llevaban: yo no las sabré dar; helo todo perdido. Pues ¿qué consejo tomaré que cumpla con mi seguridad y su demanda? Quiero enviar a llamar a Traso el cojo y a sus dos compañeros, y decirles que, porque yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, vayan a dar un repiquete de broquel a manera de levada, para ojear unos garzones, que me fue encomendado; que todo esto es pasos seguros, y donde no conseguirán ningún daño, más de hacerlos huir y volverse a dormir.

ACTO DECIMONONO

ARGUMENTO DEL DÉCIMONONO ACTO

:alisto yendo con Sosia y Tristán al huerto de Pleberio a visitar a Melibea, que lo estaba esperando, y con ella Lucrecia, cuenta Sosia lo que le aconteció con Areusa. Estando Calisto dentro del huerto con Melibea, viene Traso y otros por mandado de Centurio a cumplir lo que había prometido a Areusa y a Elicia, a los cuales sale Sosia; y oyendo Calisto desde el huerto, donde esstaba con Melibea, el ruido que traían, quiso salir fuera; la cual salida fue causa que sus días pereciesen porque los tales este don recibiesen por galardón; y por esto han de saber desamar los amadores.

ıOSIA, TRISTÁN, CALISTO, MELIBEA, LUCRECIA

SOSIA

Muy quedo, para que no seamos sentidos: esde aquí al huerto de Pleberio te contaré, ermano Tristán, lo que con Areusa me ha pado hoy, que estoy el más alegre hombre del ıundo. Sabrás que ella por las buenas nuevas ue de mí había oído, estaba presa de mi amor envióme a Elicia, rogándome que la visitase; dejando aparte otras razones de buen conseo que pasamos, mostró al presente ser tanto ıía cuanto algún tiempo fue de Parmeno. Roóme *que la* visitase siempre, que ella pensa-

ba gozar de mi amor por tiempo; pero yo te juro, por el peligroso camino en que vamos, hermano, y así goce de mí, que estuve dos o tres veces por me arremeter a ella, sino que me empachaba la vergüenza de verla tan hermosa y arreada, y a mí con una capa vieja ratonada. Echaba de sí en bullendo un olor de almizcle; yo hedía al estiércol que llevaba dentro de los zapatos; tenía unas manos como la nieve, que cuando las sacaba de rato en rato de un guante, parecía que se derramaba azahar por casa. Así por esto, como porque tenía un poco ella que hacer, se quedó mi atrever para otro día; y aun porque a la primera vista todas las cosas no son bien tratables, y cuanto más se comunican, mejor se entienden en su participación.

TRISTÁN

Sosia amigo, otro seso más maduro y esperimentado que no el mío era necesario para darte consejo en este negocio; pero lo que con mi tierna edad y mediano natural alcanzo, al presente te diré. Esta muchacha es marcada ramera, según tú me dijiste: cuanto con ella te pasó has de creer que no carece de engaño. Sus ofrecimientos fueron falsos, y no sé yo a qué fin; porque amarte por gentil hombre, ¿cuántos más terná ella desechados? si por rico, bien sabe que no tienes más del polvo que se te pega del almohaza; si por hombre de linaje, ya sabrá que te llaman Sosia, y a tu padre llamaron Sosia, nacido y criado en una aldea, quebrando terrones con un arado, para lo cual eres tú más dispuesto que para enamorado. Mira, Sosia, y acuérdate bien si te quería sacar algún punto *del secreto* deste camino que ahora vamos, para con que lo supiese revolver a Calisto y Ple-

berio, de envidia del placer de Melibea. Cata, que la envidia es una incurable enfermedad donde asienta; huésped que fatiga la posada; en lugar de galardón, siempre goza del mal ajeno. Pues si esto es así, ¡oh cómo te quiere aquella malvada hembra engañar con su alto nombre, del cual todas se arrean! Con su vicio ponzoñoso quería condenar el ánima por cumplir su apetito, revolver tales casas para contentar su dañada voluntad. ¡Oh arrufianada mujer, y con qué blanco pan te daba zarazas! Quería vender su cuerpo a trueco de contienda. Óyeme, y si así presumes que es, ármale trato doble, cual yo te diré: que quien engaña al engañador, ya me entiendes; y si sabe mucho la raposa, más que el que la toma. Contramínale sus malos pensamientos, escala sus ruindades, cuando más segura la tengas, y cantarás después en tu establo: uno piensa el bayo, y otro el que lo ensilla.

SOSIA

¡Oh Tristán, discreto mancebo! Mucho más me has dicho que tu edad demanda; astuta sospecha has remontado, y creo que verdadera. Pero porque ya llegamos al huerto y nuestro amo se nos acerca, dejemos este cuento, que es muy largo, para otro día.

CALISTO

Poned, mozos, la escala y callad, que me parece que está hablando mi señora de dentro. Subiré encima de la pared, y en ella estaré escuchando, por ver si oyere alguna buena señal de mi amor en ausencia.

MELIBEA

Canta más, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oírte, mientras viene aquel señor; y muy paso entre estas verduricas, que no nos oirán los que pasaren.

LUCRECIA

¡Oh quién fuese la hortelana
de aquestas viciosas flores,
por prender cada mañana
al partir a tus amores!
Vístanse nuevas colores
los lirios y el azucena;
derramen frescos olores,
cuando entre por estrena.

MELIBEA

¡Oh cuán dulce me es oírte! De gozo me deshago: no ceses, por mi amor.

LUCRECIA

Alegre es la fuente clara
a quien con gran sed la vea;
mas muy más dulce es la cara
de Calisto a Melibea.
Pues, aunque más noche sea,
con su vista gozará.
—¡Oh, cuando saltar le vea,
qué de abrazos le dará!
Saltos de gozo infinitos
da el lobo, viendo ganado,
con las tetas los cabritos,
Melibea con su amado.
Nunca fue más deseado
amador de la su amiga,
ni huerto más visitado,
ni noche más sin fatiga.

MELIBEA

uanto dices, amiga Lucrecia, se me repre-
a delante; todo me parece que lo veo con
ojos. Procede, que a muy buen son lo di-
y ayudarte he yo.

LUCRECIA, MELIBEA

Dulces árboles sombrosos,
humillaos cuando veáis
aquellos ojos graciosos
del que tanto deseáis.
Estrellas que relumbráis,
norte y lucero del día,
¿por qué no le despertáis,
si duerme mi alegría?

MELIBEA

yeme tú, por mi vida, que yo quiero cantar

Papagayos, ruiseñores,
que cantáis al alborada,
llevad nueva a mis amores,
cómo espero aquí asentada.
La media noche es pasada,
y no viene:
sabedme si hay otra amada
que lo detiene.

CALISTO

encido me tiene el dulzor de tu suave can-
no puedo más sufrir tu penado esperar,
mi señora y mi bien todo! ¿Cuál mujer
ía haber nacida que desprivase tu gran me-
miento? ¡Oh salteada melodía! ¡Oh go-
rato! ¡Oh corazón mío! ¿Y cómo no
iste más tiempo sufrir sin interrumpir tu go-
cumplir el deseo de entrambos?

MELIBEA

¡Oh sabrosa traición! ¡Oh dulce sobresalto! ¿Es mi señor de mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenías tu claridad escondida? ¿Había rato que escuchabas? ¿Por qué me dejabas echar palabras sin seso al aire, con mi ronca voz de cisne? Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra; las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua de esta fontecica, cuánto más suave murmurio su río lleva por entre las frescas yerbas. Escucha los altos cipreses, ¡cómo se dan paz unos ramos con otros por intercesión de un templadico viento que los menea! Mira sus quietas sombras cuán escuras están y aparejadas para encubrir nuestro deleite. Lucrecia, ¿qué sientes, amiga? ¿Tórnaste loca de placer? Déjame, no me le despedaces, no le trabajes sus miembros con tus pesados abrazos; déjame gozar lo que es mío, no me ocupes mi placer.

CALISTO

Pues, señora y gloria mía, si mi vida quieres, no cese tu suave canto; no sea de peor condición mi presencia con que te alegras, que mi ausencia que te fatiga.

MELIBEA

¿Qué quieres que cante, amor mío? ¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regía mi son y hacía sonar mi canto? Pues conseguida tu venida desapareció el deseo; destemplóse el tono de mi voz. Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesía y buena crianza, ¿cómo mandar a mi lengua hablar, y no a tus manos que estén quedas? ¿Por qué no olvidas estas ma-

ñas? Mándalas estar sosegadas y dejar su enojoso uso y conversación incomportable. Cata, ángel mío, que así como me es agradable tu vista sosegada, me es enojoso tu riguroso trato. Tus honestas burlas me dan placer, tus deshonestas manos me fatigan cuando pasan de la razón. Deja estar mis ropas en su lugar, y si quieres ver si es el hábito de encima de seda, o de paño, ¿para qué me tocas en la camisa? Pues cierto es de lienzo. Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré, no me destroces ni maltrates como sueles. ¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

CALISTO

Señora, el que quiere comer el ave, quita primero las plumas.

LUCRECIA

Mala landre me mate, si más los escucho. ¿Vida es esta? ¡Que me esté yo deshaciendo de dentera, y ella esquivándose porque la rueguen! Ya, ya apaciguado es el ruido; no hubieron menester despartidores. Pero también me lo haría yo, si estos necios de sus criados me hablasen entre el día; pero esperan que los tengo de ir a buscar.

MELIBEA

Señor mío, ¿quieres que mande a Lucrecia traer alguna colación?

CALISTO

No hay otra colación para mí, sino tener tu cuerpo y belleza en mi poder. Comer y beber, donde quiera se da por dinero; en cada tiempo se puede haber, y cualquiera lo puede alcanzar; pero lo no vendible, lo que en toda la tierra no hay igual que en este huerto, ¿cómo mandas que se me pase ningún momento que no goce?

LUCRECIA

Ya me duele a mí la cabeza de escuchar, y no a ellos de hablar, ni los brazos de retozar, ni las bocas de besar. Andar, ya callan: a tres me parece que va la vencida.

CALISTO

Jamás querría, señora, que amaneciese, según la gloria y descanso que mi sentido recibe de la noble conversación de tus delicados miembros.

MELIBEA

Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano: tú, señor, el que me haces con tu visitación incomparable merced.

SOSIA

¿Así, bellacos, rufianes, veníades a asombrar a los que no os temen? Pues yo juro que si esperárades, que yo os hiciera ir como merecíades.

CALISTO

Señora, Sosia es aquel que da voces: déjame ir a valerle, no le maten, que no está sino un pajecico con él. Dame presto mi capa, que está debajo de ti.

MELIBEA

¡Oh triste de mi ventura! No vayas allá sin tus corazas: tórnate a armar.

CALISTO

Señora, lo que no hace espada y capa y corazón, no lo hacen corazas y capacete y cobardía.

SOSIA

Aun tornáis? Esperadme, quizá venís por lana.

CALISTO

Déjame, por Dios, señora, que puesta está el escala.

MELIBEA

¡Oh, desdichada yo! ¿Y cómo vas tan recio y con tanta priesa y desarmado a meterte entre quien no conoces? Lucrecia, ven presto acá, que es ido Calisto a un ruido. Echémosle sus corazas por la pared, que se quedan acá.

TRISTÁN

Tente, señor, no bajes, que idos son; que no era sino Traso el cojo y otros bellacos que pasaban voceando, que ya se torna Sosia. Tente, tente, señor, con las manos al escala.

CALISTO

¡Oh, válame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!

TRISTÁN

¡Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caído del escala, y no habla ni se bulle!

SOSIA

¡Señor, señor! ¡A esotra puerta! Tan muerto es como mi abuelo. ¡Oh, gran desventura!

LUCRECIA

Escucha, escucha: ¡gran mal es este!

MELIBEA

¿Qué es esto? ¿qué oigo? ¡amarga de mi vida!

TRISTÁN

¡Oh mi señor y mi bien muerto! ¡Oh mi señor despeñado! ¡Oh triste muerte sin confesión! Coge, Sosia, esos sesos de esos cantos, júntalos con la cabeza del desdichado amo nuestro. ¡Oh día de aciago! ¡Oh arrebatado fin!

MELIBEA

¡Oh desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué puede ser tan áspero acontecimiento como oigo? Ayúdame a subir, Lucrecia, por estas paredes, veré mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. ¡Mi bien y placer todo es ido en humo; mi alegría es perdida; consumióse mi gloria!

LUCRECIA

Tristán, ¿qué dices, mi amor? ¿qué es eso que lloras tan sin mesura?

TRISTÁN

¡Lloro mi gran mal, lloro mis muchos dolores! Cayó mi señor Calisto del escala, y es muerto; su cabeza está en tres partes; sin confesión pereció. Díselo a la triste y nueva amiga, que no espere más su penado amador. Toma, Sosia, desos pies; llevemos el cuerpo de nuestro querido amo donde no padezca su honra detrimento, aunque sea muerto en este lugar. Vaya con nosotros llanto, acompáñenos soledad, síganos desconsuelo, visítenos tristeza, cúbranos luto y dolorosa jerga.

MELIBEA

¡Oh la más de las tristes triste! ¡Tan tarde alcanzado el placer, tan presto venido el dolor!

LUCRECIA

Señora, no rasgues tu cara, ni meses tus cabellos. Ahora en placer, ahora en tristeza: ¿qué planeta hubo que tan presto contrarió su operación? ¿Qué poco corazón es éste? Levan-

ta, por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso lugar, que serás sentida. Señora, señora, ¿no me oyes? No te amortezcas, por Dios. Ten esfuerzo para sufrir la pena, pues tuviste osadía para el placer.

MELIBEA

¿Oyes lo que aquellos mozos van hablando? ¿Oyes sus tristes cantares? ¡Rezando llevan con responso mi bien todo! ¡Muerta llevan mi alegría! No es tiempo de yo vivir. ¿Cómo no gocé más del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que entre mis manos tuve? ¡Oh ingratos mortales! ¡Jamás conocéis vuestros bienes, sino cuando dellos carecéis!

LUCRECIA

Avívate, aviva, que mayor mengua será hallarte en el huerto, que placer sentiste con la venida, ni pena con ver que es muerto. Entremos en la cámara; acostarte has; llamaré a tu padre, y fingiremos otro mal, pues éste no es para poderse encubrir.

EL VEINTENO ACTO

ARGUMENTO DEL VEINTENO ACTO

Lucrecia llama a la puerta de la cámara de Pleberio. Pregúntale Pleberio lo que quiere. Lucrecia le da priesa que vaya a ver a su hija Melibea. Levantado Pleberio, va a la cámara de Melibea. Consuélala preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor de corazón. Envía Melibea a su padre por algunos instrumentos músicos. Sube ella y Lucrecia en una torre. Envía de sí a Lucrecia; cierra tras sí la puerta. Llégase su padre al pie de la torre. Descúbrele Melibea todo el negocio que había pasado; en fin, déjase caer de la torre abajo.

PLEBERIO, LUCRECIA, MELIBEA

PLEBERIO

¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres tan presurosa? ¿Qué pides con tanta importunidad y poco sosiego? ¿Qué es lo que mi hija ha sentido? ¿Qué mal tan arrebatado puede ser que no haya yo tiempo de me vestir, ni me des aun espacio a me levantar?

LUCRECIA

Señor, apresúrate mucho si la quieres ver viva, que ni su mal conozco de fuerte, ni a ella ya de desfigurada.

PLEBERIO

Vamos presto; anda allá; entra adelante; alza esa antepuerta, y abre bien esa ventana, porque le pueda ver el gesto con claridad. ¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué dolor y sentimiento es el tuyo? ¿Qué novedad es ésta? ¿Qué poco esfuerzo es éste? Mírame, que soy tu padre. Habla conmigo, cuéntame la causa de tu arrebatada pena. ¿Qué has? ¿Qué sientes? ¿Qué quieres? Háblame, mírame, dime la razón de tu dolor, porque presto sea remediado; no quieras enviarme con triste postrimería al sepulcro. Ya sabes que no tengo otro bien sino a ti; abre esos alegres ojos, y mírame.

MELIBEA

¡Ay dolor!

PLEBERIO

¿Qué dolor puede ser, que iguale con ver yo el tuyo? Tu madre está sin seso en oír tu mal; no pudo venir a verte de turbada. Esfuerza tu fuerza, aviva tu corazón, arréciate de manera que puedas tú conmigo ir a visitar a ella. Dime, ánima mía, la causa de tu sentimiento.

MELIBEA

¡Pereció mi remedio!

PLEBERIO

¡Hija mi bien amada y querida del viejo padre! por Dios, no te ponga desesperación el cruel tormento desta tu enfermedad y pasión; que los flacos corazones el dolor los arguye. Si me cuentas tu mal, luego será remediado; que ni faltarán medicinas, ni médicos, ni sirvientes para buscar tu salud, ahora consista en yerbas, o en piedras, o en palabras, o esté secreta en cuerpos de animales. Pues no me fa-

tigues más, no me atormentes, no me hagas salir de mi seso, y dime, ¿qué sientes?

MELIBEA

Una mortal llaga en medio del corazón, que no me consiente hablar. No es igual a los otros males; menester es sacarle para ser curado, que está en lo más secreto dél.

PLEBERIO

Temprano cobraste los sentimientos de la vejez: la mocedad toda suele ser placer y alegría, enemiga de enojo. Levántate de ahí; vamos a ver los frescos aires de la ribera, alegrarte has: con tu madre, descansará tu pena. Cata, si huyes del placer, no hay cosa más contraria a tu mal.

MELIBEA

Vamos donde mandares: subamos, señor, al azotea alta, porque desde allí goce de la deleitosa vista de los navíos: por ventura aflojará algo mi congoja.

PLEBERIO

Subamos, y Lucrecia con nosotros.

MELIBEA

Mas si a ti placerá, padre mío, manda traer algún instrumento de cuerdas con que se sufra mi dolor, o tañendo, o cantando; de manera, que aunque aqueje por una parte la fuerza de su accidente, mitigarlo han por otra los dulces sones y alegre armonía.

PLEBERIO

Eso, hija mía, luego es hecho; yo lo voy a mandar aparejar.

MELIBEA

Lucrecia, amiga mía, muy alto es esto. Ya

me pesa por dejar la compañía de mi padre: baja a él y dile que se pare al pie desta torre, que le quiero decir una palabra, que se me olvidó que hablase a mi madre.

LUCRECIA

Ya voy, señora.

MELIBEA

De todos soy dejada; bien se ha aderezado la manera de mi morir; algún alivio siento en ver que tan presto seremos juntos yo y aquel mi querido y amado Calisto. Quiero cerrar la puerta, porque ninguno suba a me estorbar mi muerte, no me impidan la partida, no me atajen el camino, por el cual en breve tiempo podré visitar en este día al que me visitó la pasada noche. Todo se ha hecho a mi voluntad: buen tiempo terné para contar a Plebeyio mi señor, la causa de mi ya acordado fin. ¡Gran sinrazón hago a sus canas; gran ofensa a su vejez; gran fatiga le acarreo con mi falta; en gran soledad le dejo! Y caso que por mi morir a mis queridos padres sus días disminuyesen, ¿quién duda que no haya habido otros más crueles contra sus padres? Bursia, rey de Bitinia, sin ninguna razón, no aquejándole pena como a mí, mató su propio padre; Tolomeo, rey de Egipto, a su padre, y madre, y hermanos, y mujer, por gozar de una manceba; Orestes a su madre Clitemnestra; el cruel emperador Nero, a su madre Agripina por sólo su placer hizo matar. Éstos son dignos de culpa; éstos son verdaderos parricidas, que no yo; que con mi pena, con mi muerte, purgo la culpa que de su dolor se me puede poner. Otros muchos crueles hubo que ma-

aron hijos y hermanos, debajo de cuyos yerros l mío no parecerá grande. Filipo, rey de Maedonia; Herodes, rey de Judea; Constantio, emperador de Roma; Laodice, reina de Capadocia, y Medea, la nigromantesa: todos ésos mataron hijos queridos y amados sin ninuna razón, quedando sus personas a salvo. Fialmente, me ocurre aquella gran crueldad de Traates, rey de los parthos, que porque no quease sucesor después dél, mató a Orode, su iejo padre, y a su único hijo, y treinta hermaos suyos. Estos fueron delitos dignos de culable culpa, que guardando sus personas de pegro, mataban sus mayores y descendientes y ermanos. Verdad es que aunque todo esto sí sea, no había de imitarles en lo que mal hiieron; pero no es más en mi mano. Tú, señor, ue de mi habla eres testigo, ves mi poco poer: ves cuán cautiva tengo mi libertad, cuán resos mis sentidos de tan poderoso amor del uerto caballero, que priva al que tengo con os vivos padres!

PLEBERIO

Hija Melibea, ¿qué haces sola? ¿Qué es tu oluntad decirme? ¿Quieres que suba allá?

MELIBEA

Padre mío, no pugnes ni trabajes por venir donde yo estoy, que estorbarás la presente abla que te quiero hacer. Lastimado serás revemente con la muerte de tu única hija. Mi n *es llegado; llegado* es mi descanso y tu pa-

sión; llegado es mi alivio y tu pena; llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad. No habrás, honrado padre, menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Si me escuchas sin lágrimas, oirás la causa desesperada de mi forzada y alegre partida. No la interrumpas con lloro ni palabras; si no, quedarás más quejoso en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes, ni respondas, más de lo que de mi grado decirte quisiere; porque cuando el corazón está embargado de pasión, están cerrados los oídos al consejo; y en tal tiempo las fructuosas palabras, en lugar de amansar, acrecientan la saña. Oye, padre, mis últimas palabras, y si como yo espero las recibes, no culparás mi yerro. Bien ves y oyes este triste y doloroso sentimiento que toda la ciudad hace; bien ves este clamor de campanas, este alarido de gentes, este aullido de canes, este estrépito de armas: de todo esto fui yo la causa. Yo cubrí de luto y jergas en este día casi la mayor parte de la ciudadana caballería; yo dejé hoy muchos sirvientes descubiertos de señor; yo quité muchas raciones y limosnas a pobres y envergonzantes; yo fui ocasión que los muertos tuviesen compañía del más acabado hombre que en gracia nació; yo quité a los vivos el dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos y bordaduras, de habla, de andar, de cortesía, de virtud; yo fui causa que la tierra goce sin tiempo el más noble cuerpo y más fresca juventud, que al mundo era en nuestra edad criada. ¡Y porque estarás espantado con el son de mis no acostumbrados delitos, te

quiero más aclarar el hecho. Muchos días son pasados, padre mío, que penaba por amor un caballero que se llamaba Calisto, el cual tú bien conociste. Conociste asimismo sus padres y claro linaje; sus virtudes y bondad a todos eran manifiestas. Era tanta su pena de amor, y tan poco el lugar para hablarme, que descubrió su pasión a una astuta y sagaz mujer, que llamaban Celestina; la cual, de su parte venida a mí, sacó mi secreto amor de mi pecho. Descubrí a ella lo que a mi querida madre encubría; tuvo manera como ganó mi querer; ordenó cómo su deseo y el mío hubiese efecto. Si él mucho me amaba, no vivía engañado; concertó el triste concierto de la dulce y desdichada ejecución de su voluntad. Vencida de su amor, dile entrada en tu casa: quebrantó con escalas las paredes de tu huerto; quebrantó mi propósito: perdí mi virginidad. Del cual deleitoso yerro de amor gozamos casi un mes; y como esta pasada noche viniese, según era acostumbrado, a la vuelta de su venida, como de la fortuna mudable estuviese dispuesto y ordenado, según su desordenada costumbre, como las paredes eran altas, la noche oscura, la escala delgada, los sirvientes que traía no diestros en aquel género de servicio, y él bajaba presuroso a ver un ruido que con sus criados sonaba en la calle, con el gran ímpetu que llevaba no vido bien los pasos, puso el pie en vacío y cayó. De la triste caída sus más escondidos sesos quedaron repartidos por las piedras y paredes. Cortaron las hadas sus hilos; cortáronle sin confesión su vida; cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía. Pues ¿qué crueldad sería, padre

mío, muriendo él despeñado, que viviese yo penada? Su muerte convida a la mía; convídame y fuerza que sea presto, sin dilación; muéstrame que ha de ser despeñada por seguille en todo. No digan por mí a muertos y a idos... Y así contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida. ¡Oh mi amor y señor Calisto! Espérame, ya voy: detente, si me esperas: no me incuses la tardanza que hago, dando esta última cuenta a mi viejo padre, pues le debo mucho más. ¡Oh padre mío, muy amado! Ruégote si amor en esta pasada y penosa vida me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas; juntas nos hagan nuestras obsequias. Algunas consolatorias palabras te diría antes de mi agradable fin, colegidas y sacadas de aquellos antiguos libros, que tú por más aclarar mi ingenio me mandabas leer; sino que ya la dañada memoria con la gran turbación me las ha perdido, y aun porque veo tus lágrimas mal sufridas descender por tu arrugada faz. Salúdame a mi cara y amada madre: sepa de ti largamente la triste razón por que muero. ¡Gran placer llevo de no la ver presente! Toma, padre viejo, los dones de tu vejez; que en largos días largas tristezas se sufren. Recibe las arras de tu senectud antigua, recibe allá tu amada hija. Gran dolor llevo de mí, mayor de ti, muy mayor de mi vieja madre. Dios quede contigo y con ella; a él ofrezco mi ánima; pon tú en cobro este cuerpo que allá baja.

VEINTE Y UN ACTO

ARGUMENTO DEL VEINTE Y UN ACTO

Pleberio tornado a su cámara con grandísimo llanto, pregúntale Alisa, su mujer, la causa de tan súpito mal. Cuéntale la muerte de su hija Melibea mostrándole el cuerpo della todo hecho pedazos, y haciendo su planto concluye.

PLEBERIO, ALISA

ALISA

¿Qué es esto, señor Pleberio? ¿Por qué son tus fuertes alaridos? Sin seso estaba adormida del pesar que hube cuando oí decir que sentía dolor nuestra hija; ahora oyendo tus gemidos, tus voces tan altas, tus quejas no acostumbradas, tu llanto y congoja de tanto sentimiento, en tal manera penetraron mis entrañas, en tal manera traspasaron mi corazón, así avivaron mis turbados sentidos, que el ya recibido pesar alancé de mí. Un dolor sacó otro, un sentimiento otro. Dime las causas de tus quejas. ¿Por qué maldices tu honrada vejez? ¿por qué pides la muerte? ¿por qué arrancas tus blancos cabellos? ¿por qué hieres tu honrada cara? ¿Es algún mal de Melibea? Por Dios, que me lo digas, *porque* si ella pena, no quiero yo vivir.

PLEBERIO

¡Ay, ay, noble mujer! Nuestro gozo en el pozo. Nuestro bien todo es perdido. ¡No queramos más vivir! Y porque el incogitado dolor te dé más pena todo junto sin pensarle, porque más presto vayas al sepulcro, porque no llore yo solo la pérdida dolorida de entrambos, ves allí a la que tú pariste y yo engendré, hecha pedazos. La causa supe della; más la he sabido por extenso desta su triste sirvienta. Ayúdame a llorar nuestra llagada postrimería. ¡Oh gentes que venís a mi dolor! ¡oh amigos y señores, ayudadme a sentir mi pena! ¡Oh mi hija y mi bien todo! Crueldad sería que viva yo sobre ti. Más dignos eran mis sesenta años de la sepultura que tus veinte. Turbóse la orden del morir con la trsiteza que te aquejaba. ¡Oh mis canas, salidas para haber pesar! Mejor gozara de vosotras la tierra que de aquellos rubios cabellos que presentes veo. Fuertes días me sobran para vivir: ¿quejarme he de la muerte? ¿Incusarle he su dilación? Cuanto tiempo me dejare solo después de ti, fáltame la vida, pues me faltó tu agradable compañía. ¡Oh mujer mía! Levántate de sobre ella, y si alguna vida te queda, gástala conmigo en tristes gemidos, en quebrantamiento y sospirar: y si por caso tu espíritu reposa con el suyo, si ya has dejado esta vida de dolor, ¿por qué quisiste que lo pase yo todo? En esto tenéis ventaja las hembras a los varones, que puede gran dolor sacaros del mundo sin lo sentir, o a lo menos perdéis el sentido, que es parte de descanso. ¡Oh duro corazón de padre! ¿Cómo no te quiebras de dolor, que ya quedas sin tu amada heredera? ¿Para quién edifiqué torres?

¿Para quién adquirí honras? ¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos? ¡Oh tierra dura! ¿Cómo me sostienes? ¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? ¡Oh fortuna variable, ministra y mayordoma de los temporales bienes! ¿Por qué no ejecutaste tu cruel ira, tus mudables ondas, en aquello que a ti es sujeto? ¿Por qué no destruiste mi patrimonio? ¿Por qué no quemaste mi morada? ¿Por qué no asolaste mis grandes heredamientos? Dejárasme aquella florida planta, en quien tú poder no tenías: diérasme fortuna fluctuosa, triste la mocedad con vejez alegre, no pervirtieras la orden. Mejor sufriera persecuciones de tus engaños en la recia y robusta edad, que no en la flaca postrimería.

¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada! ¡Oh mundo, mundo! Muchos mucho de ti dijeron, muchos en tus cualidades metieron la mano, a diversas cosas por oídas te compararon; yo por triste experiencia lo contaré, como a quien las ventas y compras de tu engañosa feria no prósperamente sucedieron, como aquel que mucho ha hasta ahora callado tus falsas propiedades, por no encender con odio tu ira, porque no me secases sin tiempo esta flor, que este día echaste de tu poder. Pues ahora sin temor, como quien no tiene qué perder, como aquel a quien tu compañía es ya enojosa, caminaré como caminante pobre, que sin temor de los crueles salteadores va cantando en alta voz; yo pensaba en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna orden: ahora visto el pro y la contra de tus bienandanzas, me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de

fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de espinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes, fuente de cuidados, río de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor. Cébasnos, mundo falso, con el manjar de tus deleites; al mejor sabor nos descubres el anzuelo; no lo podemos huir, que nos tienes ya cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples; échasnos de ti, porque no te podemos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuidados, a rienda suelta; descúbresnos la celada, cuando ya no hay lugar de volver. Muchos te dejaron con temor de tu arrebatado dejar; bienaventurados se llamarán, cuando vean el galardón que a este triste viejo has dado en pago de tan largo servicio. Quiébrasnos el ojo, y úntasnos con consuelos el casco: haces mal a todos, porque ningún triste se halle solo en ninguna adversidad, diciendo que es alivio a los míseros, como yo, tener compañeros en la pena; pues, desconsolado viejo, ¡qué solo estoy!

Yo fui lastimado sin haber igual compañero de semejante dolor, aunque más en mi fatigada memoria revuelvo presentes y pasados. Que si aquella severidad y paciencia de Paulo Emilio me viniere a consolar con pérdida de dos hijos muertos en siete días, diciendo que su animosidad obró que consolase él al pueblo romano, y no el pueblo a él, no me satisface, que otros dos le quedaban dados en adopción. ¿Qué compañía me ternán en mi dolor aquel Pericles, *capitán* ateniense, ni el fuerte Jenofón; pues sus

pérdidas fueron de hijos ausentes de sus tierras? Ni fue mucho no mudar su frente y tenerla serena, y el otro responder al mensajero que las tristes albricias de la muerte de su hijo le venía a pedir, que no recibiese él pena, que él no sentía pesar; que todo esto bien diferente es a mi mal.

Pues menos podrás decir, mundo lleno de males, que fuimos semejantes en pérdida aquel Anaxágoras y yo, que seamos iguales en sentir, y que responda yo, muerta mi amada hija, lo que el su único hijo, que dijo: como yo fuese mortal, sabía que había de morir el que yo engendraba. Porque Melibea mató a sí misma de su voluntad a mis ojos con la gran fatiga de amor, que la aquejaba. Al otro matáronle en muy lícita batalla. ¡Oh incomparable pérdida! ¡Oh lastimado viejo! Que cuanto más busco consuelos, menos razón hallo para me consolar: que si el profeta y rey David al hijo que enfermo lloraba, muerto no quiso llorar, diciendo, que era cuasi locura llorar lo irrecuperable, quedábanle otros muchos, con que soldase su llaga. Y yo no lloro, triste, a ella muerta; pero la causa desastrosa de su morir. Ahora perderé contigo, mi desdichada hija, los miedos y temores, que cada día me espavorecían: sola tu muerte es la que a mí me hace seguro de sospecha.

¿Qué haré cuando entre en tu cámara y retraimiento, y la halle sola? ¿Qué haré de que no me respondas si te llamo? ¿Quién me podrá cubrir la gran falta que tú me haces? Ninguno perdió lo que yo el día de hoy, aunque algo conforme parecía la fuerte animosidad de Lambas de Auria, duque de los ginoveses, que a

su hijo herido con sus brazos desde la nao echó en la mar: porque todas estas son muertes, que si roban la vida, es forzado de cumplir con la fama. Pero ¿quién forzó a mi hija a morir, sino la fuerte fuerza del amor? Pues, mundo halaguero, ¿qué remedio das a mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar en ti, conociendo tus falacias, tus lazos, tus cadenas y redes, con que pescas nuestras flacas voluntades? ¿A do me pones mi hija?, ¿quién acompañará mi desacompañada morada? ¿Quién terná en regalos mis años que caducan?

¡Oh amor, amor! ¡Que no pensé que tenías fuerza ni poder de matar a tus sujetos! Herida fue de ti mi juventud; por medio de tus brasas pasé: ¿cómo me soltaste, para me dar la paga de mi huida en mi vejez? Bien pensé que de tus lazos me había librado, cuando los cuarenta años toqué, cuando fui contento con mi conyugal compañera; cuando me vi con el fruto que me cortaste el día de hoy. No pensé que tomabas en los hijos la venganza de los padres: ni sé si hieres con hierro, ni si quemas con fuego. Sana dejas la ropa; lastimas el corazón. Haces que feo amen, y hermoso les parezca. ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarías a tus sirvientes; si los amases, no les darías pena; si alegres viviesen, no se matarían, como ahora mi amada hija. ¿En qué pararon tus sirvientes y sus ministros? La falsa alcahueta Celestina murió a manos de los más fieles compañeros que ella para su servicio emponzoñado jamás halló. Ellos murieron degollados, Calisto despeñado; mi triste hija quiso tomar la misma muerte por seguirle: esto

todo causas. Dulce nombre te dieron, amargos hechos haces. No das iguales galardones; inicua es la ley, que a todos igual no es. Alegra tu sonido, entristece tu trato. Bienaventurados los que no conociste, o de los que no te curaste. Dios te llamaron otros, no sé con qué error de su sentido traídos. Cata, que Dios mata los que crió; tú matas los que te siguen. Enemigo de toda razón, a los que menos te sirven das mayores dones, hasta tenerlos metidos en tu congojosa danza. Enemigo de amigos, amigo de enemigos, ¿por qué te riges sin orden ni concierto? Ciego te pintan, pobre y mozo, pónente un arco en la mano, con que tiras a tiento: más ciegos son tus ministros, que jamás sienten ni ven el desabrido galardón que se saca de tu servicio. Tu fuego es de ardiente rayo, que jamás hace señal do llega. La leña que gasta tu llama son almas y vidas de humanas criaturas; las cuales son tantas, que de quien comenzar pueda, apenas me ocurre. No sólo de cristianos, mas de gentiles y judíos, y todo en pago de buenos servicios. ¿Qué me dirás de aquel Macías de nuestro tiempo, cómo acabó amando, de cuyo triste fin tú fuiste la causa? ¿Qué hizo por ti Paris? ¿qué Elena? ¿qué hizo Ypermnestra? ¿qué Egisto? Todo el mundo lo sabe. Pues a Safo, Ariadna, Leandro, ¿qué pago les diste? Hasta David y Salomón no quisiste dejar sin pena. Por tu amistad Sansón pagó lo que mereció, por creerse de quien tú le forzaste a darle fe. Otros muchos que callo, porque tengo harto que contar en mi mal.

Del mundo me quejo, porque en sí me crió; porque no me dando vida, no engendrara en él a Melibea; no nacida no amara; no amando

cesara mi quejosa y lastimada postrimería. ¡O mi compañera buena! ¡Oh mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbase tu muerte? ¿Por qué no hubiste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dejaste, cuando yo te había de dejar? ¿Por qué me dejaste penado? ¿Por qué me dejaste triste y solo in hac lachrymarum valle?

CONCLUYE EL AUTOR APLICANDO LA OBRA AL PROPÓSITO POR QUE LA ACABÓ

Pues aquí vemos cuán mal fenecieron
Aquestos amantes, huyamos su danza,
Amemos aquel que espinas y lanza,
Azotes y calvos su sangre vertieron.
Los falsos judíos su faz escupieron,
Vinagre con hiel fue su potación;
Porque nos lleve con el buen ladrón,
De dos que a sus santos lados pusieron.

No dudes ni hayas vergüenza, lector,
Narrar lo lascivo que aquí se te muestra:
Que siendo discreto verás que es la muestra
Por donde se vende la honesta labor.
De nuestra vil masa con tal lamedor
Consiente cosquillas de alto consejo,
Con motes y trufas del tiempo más viejo:
Escritas a vueltas le ponen sabor.

Y así no me juzgues por eso liviano;
Mas antes celoso de limpio vivir,
Celoso de amar, temer y servir
Al alto Señor y Dios Soberano.
Por ende, si vieres turbada mi mano,
Turbias con claras mezclando razones,
Deja las burlas, que es paja y granzones,
Sacando muy limpio d'entrellas el grano.

FIN

ALONSO DE PROAZA

EL CORRECTOR DE LA IMPRESIÓN

Al lector

La arpa de Orfeo y dulce armonía
Forzaba las piedras venir a su son;
Abría los palacios del triste Plutón;
Las rápidas aguas parar las hacía.
Ni ave volaba, ni bruto pacía;
Ella asentaba en los muros troyanos
Las piedras y froga sin fuerza de manos,
Según la dulzura con que se tañía.

Prosigue y aplica

Pues mucho más puede tu lengua hacer,
Lector, con la obra que aquí te refiero,
Que a un corazón más duro que acero,
Bien la leyenda harás liquescer;
Harás al que ama, amar no querer;
Harás no ser triste al triste penado;
Al que es sin aviso harás avisado;
Así que, no es tanto las piedras mover.

Prosigue

No debujó la cómica mano
De Nevio ni Plauto, varones prudentes,
Tan bien los engaños de falsos sirvientes
Y malas mujeres, en metro romano,
Gratino y Menandro y Magnes anciano

Esta materia supieron apenas
Pintar en estilo primero de Atenas,
Como este poeta en su castellano.

:e el modo que se ha de tener leyendo esta tragicomedia

Si amas, y quieres a mucha atención,
Leyendo a Calisto, mover los oyentes,
Cumple, que sepas hablar entre dientes,
A veces con gozo, esperanza y pasión;
A veces airado con gran turbación.
Finge leyendo mil artes y modos,
Pregunta y responde por boca de todos,
Llorando y riyendo en tiempo y sazón.

:clara un secreto que el autor encubrió en s metros que puso al principio del libro

No quiere mi pluma ni manda razón,
Que quede la fama de aqueste gran hombre,
Ni su digna fama, ni su claro nombre
Cubierto de olvido por nuestra ocasión,
Por ende juntemos de cada renglón
De sus once coplas la letra primera,
Las cuales descubren de sabia manera,
Su nombre, su tierra, su clara nación.

ca cómo se debía la obra llamar, tragicomedia y no comedia

Penados amantes jamás consiguieron
De empresa tan alta tan pronta victoria,

Como estos de quien recuenta la historia,
Ni sus grandes penas tan bien sucedieron.
Mas, como firmeza nunca tuvieron
Los gozos de aqueste mundo traidor,
Suplico que llores, discreto lector,
El trágico fin que todos hubieron.

Describe el tiempo y lugar en que la obra primeramente se imprimió acabada

El carro febeo después de haber dado
Mil y quinientas vueltas en rueda,
Ambos entonces los hijos de Leda
A Febo en su casa tenían posentado,
Cuando este muy dulce e breve tractado,
Después de revisto e bien corregido,
Con gran vigilancia puntado e leído,
Fue en Salamanca impreso acabado.

ÍNDICE

	Páginas
ıcción	VII
or a un su amigo	1
ɔ	7
ɜnto de toda la obra	13
ɔrimero	15
;undo acto	61
cer acto	69
ɔ cuarto	81
ɔ quinto	107
o sexto	115
mo acto	135
ıvo acto	159
) noveno	173
imo acto	191
) onceno	205
) doceno	215
eceno	241
atorceno	249
;cimoquinto	263
lécimosexto	273
lécimoséptimo	279
lécimoctavo	287
écimonono	295
ıteno acto	307
y un acto	315
de Proaza al lector	324

91925A

2835